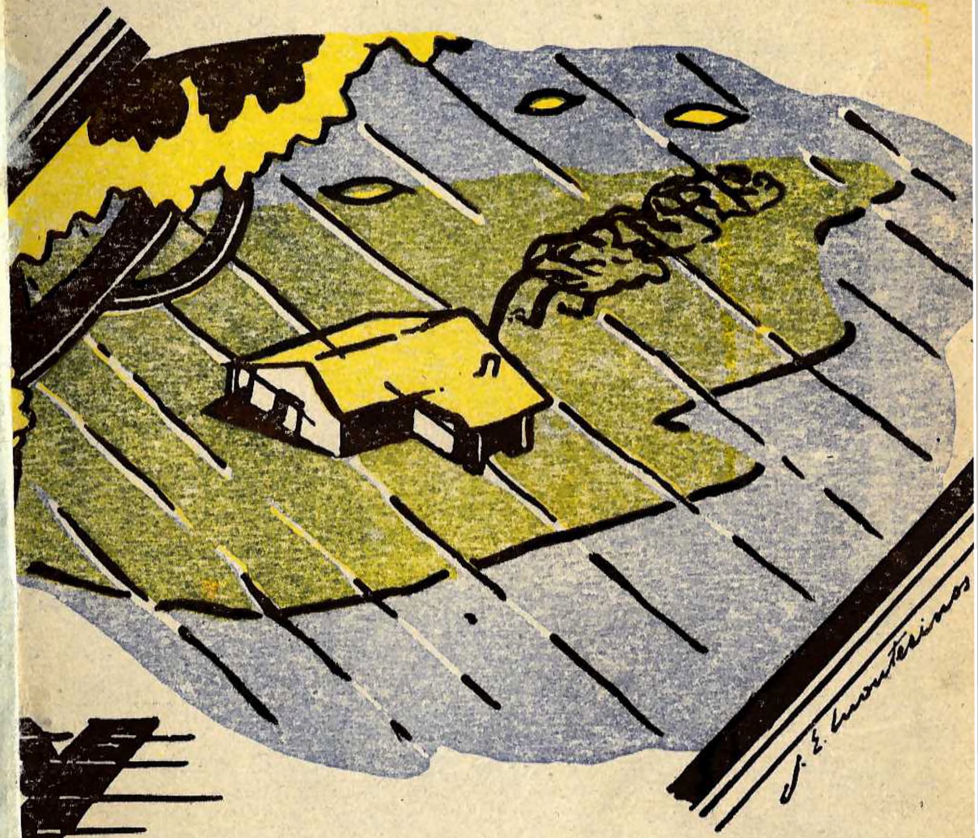
JUAN IÑIGUEZ VINTIMILLA

ALENTE



RANIZO

8/10
3759
J.307

VIENTO Y GRANIZO

VIENTO Y GRANIZO

OBRAS DEL AUTOR

Publicadas:

Notas y Colores (versos).
Gloria Suprema (poema en dieciseis cantos).
Prosas de Arte (cuentos, artículos y leyendas).
Poesías.
Primaverales (versos).
Para Tí (versos).
Notas y Colores (2ª. edición).
Pequeños Grandes Poemas (versos).
Discursos y Conferencias.
Discursos Forenses (tomo 1º.).
Viento y Granizo (novela de ambiente regional).

Inéditas:

Clarencia (drama puesto en escena).
Primero el Honor (drama puesto en escena).
Su Majestad la Calumnia (tragedia).
El Tres de Noviembre de 1820 (drama).
Al Borde del Abismo (drama).
A Ras de Tierra (comedia).
La Prueba de la Ocasión (drama).
Huerto Cerrado.

En Prensa:

Leyendas Nacionales.
Discursos Forenses (tomo 2º.).
Justicia (novela regional).

En Preparación:

Colón (poema épico).
Alas (poemas panteístas).
Himnos en Prosa.
La Epopeya de las Cumbres (canto épico).
Ternura (novela de carácter regional).

3759
E863

Juan Iñiguez Vintimilla

VIENTO Y GRANIZO

(NOVELA)

Talleres Gráficos de la Universidad de Cuenca.

VIENTO

Y

GRANIZO

Juan Bautista

Viento y Granizo

I

En un aposento de la Cárcel, no más amplio de lo suficiente para una mesa, una silla y un catre de soltero, sobre el sucio pavimento de tablas mal unidas yacía Mariano Padilla en el jergón de su cama, de espaldas, con las manos trabadas bajo la nuca, mirando sin ver las paredes enjalbegadas de yeso y aterciopeladas de polvo hasta la altura de un hombre, y de allí abajo, borrosas, llenas de agujeros, de rasguños, de trazados de carbón, de inscripciones de lápiz, de lágrimas de cera y manchas de negro de humo dejadas por las velas que, a falta de candelero, se había pegado a ellas. La luz penetraba por una ventana que caía al patio. En el bastidor que llenaba el claro, detrás de los barrotes de hierro, en lugar de vidrios, se había extendido un lienzo, que, con los años, tomó un color amarillento manchoso de jergonín de cuna pobre, todo lleno de remiendos y deshilachado en las esquinas. El Cielo

raso, con grandes desprendimientos, que dejaban ver el encarrizado en el centro de colgajos erizados de pajas, como pestañas de ojos enormes y lagañosos, ofrecía el repugnante espectáculo de calaveras y canillas dibujadas con la llama de una vela atada al extremo de una caña; distracción a la que se entregaban los infelices en las largas noches sin sueño de la prisión.

En uno de los ángulos sobre una caja de madera, se veía un poncho colorado con listas negras, de factura nacional, de lana, y junto a ella, en el suelo, un reverbero, algunos cacharros de hojalata y otros objetos de servicio doméstico, indispensables compañeros del aislamiento a que se hallan condenados los habitantes de las cárceles.

Mariano representaba de veinticinco a treinta años. Era alto, bien formado, de piel curtida por la intemperie y aire un tanto huraño. Tenía los ojos grandes y negros, cejas pobladas, pómulos un poco pronunciados, pelo y barba de azabache. Hacía muchos días que no se había afeitado. Su indumentaria se reducía a un saco negro, sobre una camisa rayada de azul, y un pantalón gris, todo de chillo. El momento en que lo vemos, tenía sus recios zapatos de suela colorada a un lado de la cama, y los pies desnudos; pies de Hércules, grandes, nudosos y juanetudos, que demostraban no estar acostumbrados al suplicio del calzado, que sólo era para los días solemnes, o cuando salía a la ciudad.

La única ilusión de su vida había sido, Rosario Larriva; una muchacha que le llenaba el ojo, y con quien hubo soñado desde cuando ambos se sentaban juntos en los bancos de la escuela de su pueblo, hasta

cuando, ya despierto el sentido por la mujer, germinó en su mente el pensamiento de hacerla su esposa.

Mariano era mucho mayor que ella. Entró en la escuela a más de los catorce años, porque, como era huérfano, nadie había que se preocupase de su educación. El, de suyo, fue a pedirle un puesto al maestro, quien le aceptó cariñoso, aplaudiendo su propósito, y alentándole con promesas de decisión. Rosario tendría a esa época, aproximadamente, seis años.

No hubo alumno que pudiera superarle. Aprendió a leer, escribir y verificar las cuatro operaciones de enteros y quebrados. En un año había terminado su aprendizaje.

Los padres, muertos antes de que hubiere despertado a la razón, habíanle dejado algunos bienes; y Rosa Padilla, la tía que le criara, así que le vió convertido en un hombre de provecho, según el decir de ella, le entregó una suma de dinero amasada con sus ahorros, para que diera principio a los negocios; dejándole en libertad para elegir la industria que mejor le pareciera.

En ese tiempo en que no había carreteras, ni se conocía más vehículo de transporte que la paciente mula, era ocupación muy socorrida la de arriero. Con un poco de suerte y otro poco de honradez, no tardaban en arribar. Mariano puso todo su caudal en dos soberbios mulares, y cargas van y cargas vienen, no tenía otro pensamiento que viajar. Tan feliz anduvo, que a la vuelta de tres años escasos, no bajaba su recua de once enjalmas: había agrandado la herencia de sus padres con buenos trozos de terreno com-

prados a los vecinos, y puesto la casa como un sol, con el producto de sus ganancias.

No había rincón del abundoso y malsano valle del Yunguilla en donde no hubiera estado. Cuando no encontraba aguardientes que sacar, compraba panela, fruta, grano, manteca en los años de escasez..... y a darse en Cuenca, para recoger su capital cuadruplicado. A Naranjal, a Loja, a Huigra, lo mismo que ir de la cocina a la cama. Sus mulas eran de hierro, con unos cascos como alpenstocks que donde los ponían se clavaban. Todo consistía en tenerlas bien calzadas, en buena mesa y que no se les hagan desolladuras en el lomo. Por lo demás, en verano como en invierno, le era todo igual.

Sólo dos ocasiones había ido a Sanagüín. ¡Con qué admiración hablaba de esa zona prodigiosa, casi desconocida y olvidada en los presupuestos del Gobierno, como si estuviera en la luna! Aquello era criminal; un verdadero atentado contra el bien público. Y la carretera estaba hecha. No había más que seguir las indicaciones de la naturaleza: de Quínoas a Patul, por la garganta de Chulo, y de allí para abajo, por la orilla del río de ese nombre, lo mismo que ir por la mano. Podían rodar coches. Casi se arrepintió la primera vez: era capaz de regresarse corrido de los malos caminos. Pero, al fin, llegó. Si tenía una cuarta de tierras allí y menos compromisos qué cumplir, se quedaba. Era tierra de milagro, que no aceptaba comparación con ninguno de los calientes conocidos. Nada de pantanos, nada de enfermedades, nada de insectos ni de miasmas palúdicos. Una producción maravillosa y temprana, un

clima delicioso, abrigado como el de la Costa, pero no sofocante y adormecedor; allí uno se sentía nuevo, repleto de energías y con el espíritu alegre.

En ambas ocasiones, engatusado por el sebo de la ganancia, fue para sacar aguardientes de contrabando. Era el único negocio de las pobres gentes que habitaban allí. Se vengaban de ese modo de los descuidos del Gobierno en darles caminos, y estaban en lo justo. Si el Estado no les daba participación en sus rentas, proveyéndoles siquiera de lo más indispensable, qué derecho tenía para exigirles participación en los productos? Se le imaginaba que en todo eso había motivos de conveniencias personales, que fueron las que antaño resolvieron el problema de la localización del horroroso camino a Naranjal, que debía estar pavimentado con monedas de a sucre, puestas de filo, en atención a la cuantía de los impuestos que le fueron asignados, y que nadie sabe en donde paran.

A donde sí no pensaba volver ni después de muerto, era a Gualaquiza. No quería acordarse del viaje que hizo, a las entradas del invierno. Si acaso no mermó su recua!....zafó con bendición por la misericordia del Cielo.

El no había nacido para jaula; para él la vida de acción, de movimiento, de sudor, que es lo que ablanda y endulza el pan. Y no tenía de qué quejarse, porque por donde quiera le había ido bien. Pero desde la muerte de su tía, como que Dios hubiera separado de sobre él los ojos, soportaba una cadena de desgracias. La quería tánto a la difunta! Si le hubieran dado a escoger entre la resurrección de la madre o de la tía, prefería sin vacilar la de ésta.

Esa muerte había sembrado en su ánimo el más profundo desaliento. Como si se le hubiere cerrado de repente el horizonte, cosa de un año permaneció postrado por el dolor, ajeno a todo cuanto le rodeaba y sin fuerzas suficientes para continuar la vida de agitación que hubo llevado. No sabía en cuyas manos poner su casa ni a quien encomendar el cultivo de sus posesiones. Por no ver ociosas a sus mulas, de las que no tenía valor para deshacerse, porque pensarlo solamente le parecía una ingratitud, contrajo amistad con Pepe Larriva, excelente muchacho, hermano de Rosario, a quien se las entregó para que hiciera sus veces, al partir de utilidades, sin más formalidad que su palabra, cumplida religiosamente, por parte y parte, mejor que si hubiera constado de escritura pública.

Esto motivó el acercamiento de Mariano a su condiscípula de la niñez, que tenía dieciocho años y todas las seducciones de mujer bonita, a esa edad en que florece la juventud en curvas sonrosadas, como manojos de claveles carmesíes transparentados al través de una epidermis blanca de raso. Pero ella se había mostrado indiferente, llegando en su trato, en veces, hasta el desvío, lo que le hacía presumir que, acaso, ni recordaba de su amistad y andanzas de la niñez, que él conservaba tan frescas en la memoria.

Cualquiera hubiese creído que en aquella elección de arriero para sus mulas hubo segunda intención; pero no era así: le llamó a Pepe, lo mismo que pudo hacerlo a cualquier otro. Mucho tiempo llevaba de no haber visto a Rosario, de quien no recordaba sino alguna vez que pasaba por su imaginación la idea de

buscarse una compañera digna del sacrificio de su libertad y de sus bienes; pero esto mismo, era algo vago, indefinido..... para cuando llegue el caso, sin la seguridad de que llegara.

—La vida de arriero es vida de castidad, decía. Se está en todas partes de paso.

La atención de la recua no le permite buscar lecho abrigado fuera de sus enjalmas, y el cansancio le tiende buena cama en donde quiera.

La mayor parte de las veces dormía al raso, donde le cogía la noche, si había pastos, o si no, donde los haya, aun antes de que anochezca. El tenía fiambre; pero las pobrecitas no contaban con otro recurso que la voluntad del amo.

Pronto llegó a aburrirse de la vida pacífica de gañán, muy poco diferente de la del buey de labor, y deseoso de volver a su ocupación, quiso antes mandarle a celebrar a su tía una misa en la ciudad; y, habiendo salido con ese objeto, después del combate del *Cinco de Julio* del noventa y seis, le tomaron los jóvenes del *Batallón Mosquera,* y fue dado de alta como soldado. ¡Todo desgracias, puras desgracias, como si Dios le hubiera dejado de su mano!

La madre de Rosario fue a verle en el cuartel, y no tuvo más recurso que entregarle las llaves de la casa y encomendarle el cuidado de sus tierras, en calidad de mediera, suplicándole ver por sus cosas, como si fueran propias de ella, hasta cuando le toque regresar, si acaso salía con vida. De esta suerte, todo cuanto tenía, fue a parar en la familia de Pepe Larriva. A Rosario la vió el momento que salían las tropas

para Tarqui, en busca del enemigo, perdida entre el gentío y con los ojos arrasados de lágrimas. Le hizo una seña con la mano, y pasó, sin poder contener las suyas. Se le imaginaba que jamás volvería a verle.

II

En medio de todo, no fue mala suerte para Mariano haber ido a caer en ese cuerpo de *voluntarios,* formado por lo mejor de la juventud, y que llevaba el nombre de *Batallón Mosquera,* en memoria del famoso Comandante así apellidado, muerto poco tiempo antes en el combate del Cristal, que le abrió al liberalismo las puertas de Cuenca.

Este cuerpo estaba dividido en cuatro compañías de veinticinco a treinta hombres cada una, y le servía de cuartel la casa de Gobierno. En el departamento que funciona la oficina de Correos, se encontraba preso el Coronel Don Belisario Torres, que había sido hecho prisionero en el combate del *Cinco de Julio* y puesto bajo la vigilancia de los jóvenes. Le tenían libre y bien atendido, pero con centinela de vista, que se relevaba, puntualmente, cada dos horas. Había llegado la víspera, al caer la tarde, y al siguiente día, a las once de la mañana, estaba ya vencido. No le habían dado tiempo ni de conocer la ciudad.

Mariano Padilla fue adscrito a la Tercera Compañía, como soldado; pero desempeñaba el papel de fu-

rriel. Su agilidad y buen carácter le granjearon el aprecio de todos, y para un barrido como para un fregado, nada se hacía sin Mariano Padilla. A su cargo corría todo el bagaje de la Compañía: él limpiaba las armas, arreglaba las cartucheras, tendía las camas y cuidaba de la cuadra de la Compañía, a la cual sólo acudía el personal por la noche, para chacotear hasta cuando les rendía el sueño.

Cuenca como un solo hombre se había levantado a la voz de DIOS Y PATRIA, como a la de DIOS LO QUIERE, los pueblos de Europa, sublevados por Pedro el Ermitaño, se lanzaron sobre el Oriente. Artesanos, industriales, comerciantes y campesinos se habían alistado en los diversos cuerpos, y la ciudad había tomado el aspecto de cuartel; pues, se echaba a cobardía y falta de patriotismo, el esquivarse de tomar las armas en defensa de la religión, para contener los avances del liberalismo, adueñado ya del resto de la República desde Junio del noventa y cinco. La misma Cuenca había sido sometida después de la derrota del Cristal, motivada por la impericia de los jefes, que condujeron a las tropas a un estéril sacrificio; pero había reaccionado, volviendo a la libertad con la acción del *Cinco de Julio* después de los valerosos triunfos de Tanquis y Guagopud en el Centro, y era preciso continuar venciendo, arrollando al enemigo hasta expulsarlo. La Providencia le había reservado para este milagro de heroísmo, como a Cobadonga para la salvación de España, de la dominación sarracena.

El Coronel Don Antonio Vega Muñoz era el caudillo, y reunía en su persona todos los prestigios para

serlo; sin que fuese el que menos significaba su hermosa figura, vaciada en los troqueles de los héroes de Homero. Desde la Restauración, en la que figuró en primera línea, no había dejado el servicio de las armas, manteniendo sus charreteras limpias de deslealtades y claudicaciones, y sin empeñarlas nunca en el asqueroso bazar de la política de conveniencias, para conservarlas siempre lucientes, altas y bien puestas. Si acaso hubiera querido volver la espalda a su causa ¡con qué regocijo habríale abierto sus brazos el partido opuesto! Hasta se decía que se le tentó a la deserción, cuando, caído y pobre, bregaba por el pan como simple ciudadano; pero que él la desechó, empeñando su hombría de bien en una empresa de agua potable, que la muerte no le dejó concluír.

El fin trágico que tuvo, en nada amenguaba la heroica figura del caudillo, sino para los espíritus unilaterales y de estrecho criterio, que no salían del concepto religioso. Vega representaba, anto todo un ideal político, y el día en que, vencido y prisionero, palpó el fracaso definitivo de su causa, porque los compañeros, que debían secundarle, habían desertado y la muchedumbre que le vitoreaba había enmudecido; viendo que su vida no debía prolongarse más allá de donde concluyera su ideal, a menos de resignarse a tomar puesto en la mesa de un partido que le era odioso, a la sombra de una bandera que detestaba, a la manera de los héroes antiguos; se sustrajo a la vida por el suicidio. Vega era la personificación de un gran partido que se debatía en las postrimerías de su grandeza, y, al caer, dejaba un enorme claro, que no habría

quien lo llene, y en el cual, sobre el peldaño de la estatua, que le erigiría la imaginación de la posteridad, se escribirían las leyendas de su heroísmo.

No se oía por las calles otro grito que el de *Viva Vega! / Viva la Religión!* Los que de noche eran soldados, recogidos en el recinto de sus cuarteles, eran durante el día operarios en la confección de municiones, que se trabajaban en talleres improvisados, bajo la dirección sin escuela de la necesidad. Las mujeres de toda edad y de toda alcurnia, deploraban no poder coger las armas, más porque faltaban aun para los hombres, que por la debilidad del sexo, y consagraban su habilidad al bordado de cintas azules y banderas, en las que, al rededor del escudo nacional, iba la leyenda *Dios y Patria*, todo en oro. Las cintas eran llevadas diariamente en el sombrero, como divisa, y, en los desfiles, cada Compañía ostentaba su pabellón.

Las madres alentaban a los hijos, las hermanas a los hermanos, las esposas a los maridos, lo mismo que en las leyendas de la vieja Esparta, imponiéndoles como un deber la heroicidad. "Hijo mío te prohibo, si no es triunfante que vuelvas" le había dicho una matrona a su hijo. Y efectivamente no volvió. El momento del desbande, quedó sólo, y se dejó matar en la trinchera.

Era una locura de muerte y de gloria la que dominaba en el ambiente. Nadie se acordaba que, en empresas semejantes, no había más glorificación que la del éxito, sin el cual, los mayores heroísmos, como larvas que jamás serán crisálidas, quedan, para siempre, en el

rincón oscuro y silencioso del olvido. Todos soñaban con el optimismo del triunfo; y para mantener vivo este sentimiento, se les ocultaba a las tropas el verdadero número del enemigo: un ejército como jamás se había movilizado en nuestras guerras intestinas, tres mil quinientos hombres bien armados, bien apertrechados y bien racionados, para ochocientos voluntarios, que no conocían disciplina, mal armados, escasos de munición y sin raciones, en un país pobre, falto de víveres y reducido, por el aislamiento del resto de la República, a condición de sitio.

Como era cuestión ambiental, todos estaban contagiados por el entusiasmo de la guerra, sin que haya motivo para acusarles ahora de deserción, al verles figurando en el partido vencedor a los mismos que en ese entonces fueron sus adversarios, y aún más, avergonzándose de decir que creen en los Seres superiores cuyas imágenes impresas en medallas y en estampas, llevaban en el sombrero, sobre la frente, y, a manera de coraza, sobre el pecho; y no había para que mencionar los escapularios y reliquias que cargaban por dentro de los vestidos, y que podían también cargarlos hoy. En las épocas de transición tan común y natural era ese contraste de lo interno con lo externo, que no provocaba extrañeza.....

Comenzaba el mes de Agosto del noventa y seis, cuando sabiendo que el enemigo, por la vía de Machala, había llegado a Girón, se dió principio a la movilización de las tropas, rumbo a Tarqui, con la esperanza, acaso, de que la sombra del gran Mariscal de Ayacucho las proteja, y sea siempre baluarte de Cuenca el Portete.

La marcha del *Batallón Mosquera* había sido una ovación, casi una apoteosis: racimos de hermosas llenaban los balcones, las ventanas, los zaguanes, y, aunque llorosos los ojos, con sus lindas manos de princesas, arrojaban flores y coronas a los valientes muchachos que en defensa de su Dios y de su suelo, marchaban con la seguridad de que, sea cualquiera la suerte que les toque, regresarían menos de los que iban.

Con la salida de las tropas, la ciudad había quedado desierta. Se había organizado una guardia civil de ancianos y de mujeres: ellos dormían en los cuarteles y ellas hacían la ronda por las calles, armadas de palos y de machetes, en previsión de alguna sorpresa nocturna de enemigos de casa adentro, que, abandonando sus escondites, al ver sin guarnición la plaza, intentaran alguna de las suyas, y complicaran las maniobras de los soldados de la libertad. Además, los cuarteles estaban llenos de los prisioneros del *Cinco de Julio,* entre los cuales se contaba el malhadado Valles, autor del asesinato al Mayor Guillén, que, habiendo caído prisionero en un encuentro nocturno, la noche del cuatro de Julio, fue fusilado inmediatamente y metido su cadáver en una tronera.

Cuando los vencedores del *Cinco* entraron en el cuartel, habían encontrado atados a los pilares del patio, con las manos para atrás, a varios jóvenes, que, sacados la víspera de sus casas, permenecían presos y esperando el cumplimiento de la orden dada por el mismo perverso jefe, de fusilarlos el momento en que suene el grito de triunfo de sus armas. Así desprestigiaban esas fieras las ideas de libertad y humanidad,

proclamadas por el partido que defendían. El liberalismo se había impuesto por el rigor, y por el rigor continuaba imperando, porque los mismos apóstoles de su credo, con sus crueldades y sus rapacerías, ponían obstáculos a que sus doctrinas lleguen a ser para el pueblo un ideal.

El *Batallón Mosquera*, que había salido para la campaña a las once del día, en medio de dos cordones de espectadores que se prolongaban hasta el puente del *Salado*, a más de una legua de la ciudad, a las seis de la tarde, con los primeros goterones de un aguacero descomunal, entraba en la casa de hacienda de los Srs. Moreno, en Tarqui, con el corazón oprimido por las escenas del día, maltratado el cuerpo por las malas cabalgaduras, para dormir sin cenar, muchos, acaso, por primera vez, sobre la dura tierra, sin otro abrigo que el de su poncho, en un clima frío e inclemente como el de Tarqui, bajo la inquietante tortura de la primera noche de campaña.

Mariano Padilla, curtido por la intemperie en su vida de arriero, había sido para los jóvenes de su Compañía una verdadera providencia: entregaba a cada dueño su alforjita de provisiones, desensillaba las cabalgaduras, ordeñaba los aperos de manera que no se confundan, y, después de conducir las acémilas al comedero, asegurándolas para que no se pierdan, colgaba su encauchado para que se escurra y prendía fogatas al rededor de las cuales, se agrupaban los pobres adolescentes de la Compañía, para desentumecer sus miembros y frotar sus manos sobre la llama, antes de abrir la fiambrera, los que tenían, para provecho de todos

dentro de la cariñosa fraternidad de la miseria común. Mariano Padilla tenía participación en el banquete del grupo de cada hoguera, y saltaba del uno al otro, dando o recibiendo, siempre alegre, ágil, sonriente, con la sagacidad de un mozo de hotel, no amenguada por la esperanza de la propina.

¡Dura era la lección y estaban al comienzo! Si así seguía la cosa, y se prolongaba por muchos días, era para renegar! Lo que importaba era ir adelante, siempre adelante, al encuentro del enemigo. Las guerras eran temibles por esto que llamaban campaña, que acababa por encanijar y desmoralizar al soldado! Los que habían estado en la del Centro referían, que tanto les abundaban los parásitos, que se cogían a puñados, y cuando llegaron a mudarse, las camisetas que habían estado puestos, andaban en el suelo. Y todo para qué?.... para que suba don fulano, en lugar de don sutano. Las guerras civiles no tenían explicación sino en el caso de lucha de ideales. Más allá de esto, sólo quedaba el crimen.

III

El chaparrón no había cesado hasta el amanecer. A las seis de la mañana, escurrían aun de los tejados las últimas gotas, y la neblina, espesa y blanca, llenaba los corredores y penetraba a las piezas, impregnando de humedad cuanto tocaba. Los escasos árboles que desde adentro se veían, destacaban sus negras siluetas esfumadas y oscuras, como envueltos en cendales de transparentes gasas. Se extrañaba la ausencia de ese ruido, que es el encanto del despertar en las haciendas, formado por el cacareo de las gallinas, el piido de los pollos, el potente grito de los pavos, arrastrando sus caudas de canónigo, el balar de las ovejas, el berrido de los terneros obligados a permanecer distante de las madres: parecían estar en uno de esos tambos botados de Quínoas o Paredones, construídos a costa del Gobierno, a la vecindad de los páramos, para asilo de los viajeros, en las épocas de nieve. Las aves habían huído; no se escuchaba siquiera el silbido del gorrión, ¡tan amigo del hombre! mucho menos el clarinear del gallo, regocijado con la vuelta de la luz, promesa halagadora de sus amores de sultán.

Todos gozaban, sin idea de despertar, de ese dulce sueño de las madrugadas frías; cuando el clarín guerrero, como un alarido de alarma que rasga las entrañas de la paz, rompió el adormecedor silencio, con el desasosegado toque de marcha, volviéndoles a todos a la conciencia de la servidumbre que se habían impuesto. ¡Aquello era bárbaro! No dejarles siquiera dormir! Acaso no sabían que ese batallón estaba compuesto de personas no acostumbradas a madrugar! ¡Qué querían con ese trato de perros! ¡Maldita la hora en que se metieron a soldados! Se escuchaban protestas por donde quiera. Y mientras se holgaban en las duras camas, que les sabían a lechos de pluma, sin ánimo para abandonarlas, vino el segundo toque; al tercero debían estar ya sobre el caballo, y no había más que obedecer. Caracoles! Soldado, ni de las milicias angélicas!

Saliendo de las cuadras, ojerosos, soñolientos, bostezando estremecidos de frío, a pesar de las mantas que les sirvieran de cama y tenían rebujadas, se apelotonaban en los corredores encharcados por la lluvia, mirando, con ojos de angustia, el lodazal batido del patio y los campos perdidos bajo el pardusco telón de la niebla, aguazados, lacrimosos, tiritando sin esperanza de sol. ¡Pobres jóvenes! Y tener que ir por ese fango, atravesando esos campos, a traer los bagajes para ensillarlos, cuando bajo techo y bien rebozados estaban a punto de encanijarse! ¡Cuánta falta les hacía la taza de café humeante que allá en la casa les servían en la cama! aquí ni una agua caliente! Todos volvían los ojos a Mariano Padilla.

—Marianito, mi caballo.

—Cholito, traerás también el mío.

—Yo te ofrezco convidar mi fiambre.

—Vas por uno, tráete todos, y no te irá mal.

Y Mariano, volvía a echarse encima el encauchado, no del todo seco, y cruzando el patio, con barro hasta los tobillos, se perdía entre la niebla, con dirección al potrero, lanzando grandes bocanadas de humo de su cigarrillo; contento de servir para algo, de ser útil a tantos que no eran para esas cosas, ahorrándoles padecimientos y haciéndoles más llevadera la perrísima vida de revolucionarios, abrazada más por snobismo y novelería que por sincera adhesión al ideal religioso, que les servía de bandera.

La culpa no era de los jóvenes ni del pueblo, sino de los dirigentes; de los que estaban al cabo de todo y sabían bien que en el fondo de cualquier problema humano, como moneda de oro, se asienta la famosa máxima de Max Nardau: *todas las cuestiones en el mundo, son cuestiones de vientre.* Mariano Padilla estaba viendo eso ahora; lo que hace antes, andaba fantaseando como los demás, bien avenido con dejar su carne en el campo de batalla, para que la coman los perros y los cuervos, a cambio de un puesto en el coro de los mártires. ¡Qué bruto había sido! ¿Quién dizque se hubiera acordado de él si hubiera muerto?

Media hora después, cada soldado de la Compañía, teniendo de la rienda a su respectiva cabalgadura, esperaba satisfecho el tercer toque, para echar pie al estribo y seguir adelante en el camino de aventuras

en que se había metido, ya que no era posible retroceder sea cual fuere la última partida que les preparaba el destino. En tanto, con esa facilidad de la juventud en pasar de la tristeza al regocijo, bromeaban lanzándose pullas, que cruzaban como avispas de luz, llevando al ánimo de todos la hilaridad.

—Fulano, tú estás muy triste; debes hacer tu testamento, para que me dejes de legado a la zutana.

—Llamen al capellán para que le confiese a mengano.

—Perencejo huele mal: se ha hecho tal cosa en los calzones.

—Préstame la esponja de tu lengua para asearme y ponerme otros.

—Basta para eso que Mariano Padilla te siente en el potrero y te arrastre de las patas.

La animación había cundido como una llama; chispeaba la alegría en los ojos, se pintaba en los semblantes y rebosaba por los labios, cristalina, traviesa, exuberante y perfumada, como un surtidor de agua de colonia a los postres de un banquete heleno. ¡Quién hubiese dicho que ese grupo de adolescentes caminaba en busca de la muerte, que podía darles el asalto a la vuelta del primer recodo o al trasponer la primera cima; y que estuviesen tan contentos, después de un día sin comida, y de una noche sin cena, pasada sobre la dura tierra, sin otro colchón que las mantas de ensillar ni otra almohada que las monturas! ¡Oh la juventud! Tesoro que se gasta sin reserva, y después de agotado, perfuma todo el resto de la vida!

Eran las siete y media de la mañana, cuando las

compañías comenzaron a desfilar en el orden de su numeración. Los que iban a la cabeza, a la distancia, perdidos los perfiles entre la bruma, un tanto enrarecida, parecían espectros, formas vaporosas, que iban a desaparecer con el primer rayo de sol, que acabe por romper el flotante cortinaje, en el cual se movían como sombras chinescas. Qué fachas las de los más, envueltos que no se les veía ni la punta de la nariz, taloneando a sus desmedradas caballerías de requisa, que daban compasión; muchas de las cuales abajaban la panza hacia el suelo, como si quisieran echarse, sintiendo la opresión de las mataduras, que trascendían a la distancia su olor de podredumbre. Con pocas excepciones, se les veía los huesos gesticulando debajo de la piel felpuda y descolorida, tonsurada a trozos por el aristín o mosqueada por el muermo. Casi ninguna tenía herraduras, y las crines, piojosas y blanqueando liendres, no habían sido tocadas por las tijeras muchos meses, probablemente desde que fueron exoncionadas del servicio, y abandonadas en los pajonales, de donde les habían traído para corceles de batalla.

Seguían, a paso lento con dirección al Portete, por el camino señalado en la llanura con cercas de *espedones* y pencas raquíticas. No había alma que trajine o dé muestras de vida en los contornos; el ganado había sido traspuesto y las casas abandonadas. Algunas curiquingas, que buscaban la comida hundiendo el pico en la lámina de agua, que cubría las azules pampas, corriendo aceleradas, acababan por desplegar las blancas alas, yendo a posarse más distante, perdidas entre el polvo gris y húmedo que limitaba el horizonte; su-

miéndoles a los expedicionarios en una especie de siniestro aislamiento que les producía la borrosa sensación de un viaje en clavileño, por el seno de una nube de tormenta, que no había de acabar hasta el infinito.

El rato menos esperado, dejando la vía principal, habían entrado por senderos estrechos, abiertos entre matorrales escarchados de agua, que les mojaban hasta las rodillas, helándoles al extremo de no saber en donde tenían los pies. Así habían caminado como una media hora, cuando, venciendo resistencias, aclaró el sol con lampos desvaídos, y las nieblas comenzaron a elevarse, dejando ver campos cerriles, cubiertos de matajes redrojos donde no había un corral ni una choza; y la inquietud de los ánimos, trajo a los labios la pregunta:

—A dónde vamos?

—Al encuentro del enemigo.

—Pero, en dónde?

—Yo te he de avisar cuando le encontremos. Por ahora, conténtate con fijarte bien, para que sepas por donde correr el rato de la derrota.

—Por el consejo que das, se ve que vas pensando en ella.

—Como huir por estos caminos, más valdría dejarse matar.

—Hagamos cuenta que han sido quemadas las naves, y que no nos queda más recurso que seguir adelante.

El calorcito del día que iba aumentando, había devuelto la alegría a los espíritus; salían a lucir las manos hasta entonces perdidas entre las mantas; las

caras eran libertadas de los abrigos; se pasaban cigarrillos de unos a otros, tendiéndose sobre las cabezas de los caballos, y en lugar de la niebla, flotaban en el tranquilo y fresco ambiente, columnillas de humo azulado y fragante. Algunos echaban a la boca los últimos restos de las golosinas que llevaban al bolsillo, y que les fueron dadas el momento de salida, por personas que ni siquiera recordaban, con el secreto pesar de que, concluídas, hasta quién sabe cuando! acababa toda esperanza; y todos estaban contentos, sin renegar de las incomodidades como si se tratara de un paseo improvisado, a cuyo final esperaban indemnizarse con creces.

De improviso, al coronar una altura, en la planicie que se extendía atrás de ella, avanzaron a distinguir un vetusto caserío, rodeado de árboles, huertos descuidados y grandes potreros, divididos por cercas de alambre. Era la hacienda de las *Salinas,* perteneciente —no recordaba bien Mariano Padilla— si a uno de los señores Vegas; y llamada así, porque tenían aguas saladas de las que un tiempo cuajaban sal en grandes evaporizadoras. Esta industria había sido abandonada, porque no rendía un beneficio apreciable, desde que se hubo facilitado los medios de transporte y cundía los mercados la de la costa; y, la hacienda misma, había venido a menos por la dificultad de brazos, quedando destinada a la cría, en pequeña escala.

Llegaron a eso de las once y media de la mañana, y, después de distribuida la ración, consistente en una troncha de carne de res, que se acababa de derribar, y un puñado de maíz tostado, se procedió a la organización del servicio de guardia, que le tocaba a

la Segunda Compañía. Recibido el santo y seña, fueron distribuidos ocho centinelas en los puntos más estratégicos, y, dos, encargados del cuidado de los caballos sueltos en los potreros. Se había prohibido, bajo pena de deserción, alejarse a más de cien metros de la casa, y recomendado especial vigilancia, porque se esperaba que, de un momento a otro, aparecería el enemigo. Comenzaba la verdadera campaña.

IV

La vieja casona de la hacienda de las *Salinas* les había servido de cuartel por pocos días. En el segundo de la llegada, montaba la guardia la Tercera Compañía, con un tiempo de perros. Mientras había luz no importaba, pero de noche..... una noche oscura, cruzada por vientos helados que se arrastraban entre las matas con estertores, simulando ruidos de grupos que avanzaban, de voces ahogadas y cautelosas, que les tenían exaltados, nerviosos, con el oído atento y el arma al brazo sin permitirles un instante de calma. Llovía como si el cielo hubiese hecho provisión para esa noche, y los pobres centinelas, sin un mal encauchado, con sus ropas ligeras de ciudadanos y sus ponchos baratos, calados de agua hasta los huesos, prohibidos de encender un cigarrillo y en imposibilidad de moverse del puesto, a punto de aterirse, pasaban cada cuarto de hora el grito de alerta, con voces que parecían escapar con el último resuello.

Mariano Padilla era el único que espontáneamente, por un sentimiento de humanidad, iba de un lado a otro, con solicitud de amigo, llevándoles a los cen-

tinelas una botella de aguardiente, de la que les hacía tomar a boca de jarro, alentándoles para que se aprovechen de la mayor cantidad, con la esperanza de que entraran en calor. Entre ellos, encontró a úno, sin más abrigo que un paño de cara, que tendido sobre el sombrero, le caía por los hombros; transido de tal manera, que no pudo recibirle la botella, y tuvo Mariano que acercársela a los labios para que bebiera su sorbo. Luego, tomándole las manos rígidas, las restregó entre las suyas, para medio desentumecerlas, y sacándose su encauchado, le puso al pobre adolescente; corriendo a participar al capitán de la Compañía y a suplicarle que le permita ir de reemplazo, puesto que no había llegado la hora del relevo. El permiso fue negado, y como insistiera, alcanzó la autorización de ir hacerle compañía.

El infeliz muchacho lloraba; enternecido por la proximidad de la muerte, que creía inevitable, le hacía las postreras confidencias. Era hijo único de una viuda pobre, que vivía de la costura y le educaba con el producto de su trabajo. Su madre no quería que se metiera a soldado; pero de ver que la mayor parte de sus compañeros estaban en el cuartel, de vergüenza que le tengan por cobarde, hizo la tontería de presentarse. Se sentía capaz de cualquiera heroísmo en el campo de batalla, frente al enemigo; pero morir así, como sabandija sorprendida por el aguacero!.... Y sollozaba con convulsiones de agonizante.

Mariano Padilla le alentaba, le fortalecía, con voz entrecortada, para no dejar paso a los sollozos. Si de improviso se encendía una luz, se le hubiese visto a

ese humilde arriero, con los ojos nadando en lágrimas, estrechando con las piernas y los brazos, debajo de su encauchado, a ese pobre revoltoso adolescente, para participarle el calor de su cuerpo, ansioso de salvarle la vida, sin vanidosas ostentaciones de virtud, en medio de la noche negra.

Cuando llegó el turno al grito de alerta, el joven centinela estaba dormido sobre el pecho de su protector, y fue éste quien dió la voz. Entre tanto, había llegado la hora del relevo, y, sintiendo los pasos de la escolta, que se aproximaba con este objeto, Mariano Padilla se puso en pie, con el cuerpo inerte tendido entre sus membrudos brazos, como si fuera un niño; presentó el arma, dió el santo y seña y las órdenes que se le habían comunicado, y se retiró con su dulce carga, silencioso y satisfecho de sustraerle a los rigores del temporal al pobre hijo de la viuda, a quien ni siquiera conocía.

A la mañana siguiente, el joven, repuesto ya del todo, se acercó a Mariano Padilla en un momento que se hallaba solo, como cuidándose de que nadie le oyera, y en tono reservado, le preguntó:

—Mariano, fue Ud. el que me acompañó anoche en mi puesto de centinela y, luego, me ha traído a la cuadra ?.

—¿Por qué me lo pregunta?— dijo ruborizándose, como si hubiera cometido una mala acción.

—Me ha salvado la vida, y quería agredecerle.

—¿Yo? Sería su Angel de la Guarda; no había como salir ¡qué....! Era la noche tan oscura, y llovía tánto!

Y se agachó, como que cogía algo del suelo, para que su interlocutor no viera que le saltaban las lágrimas; y, pidiéndole permiso, se alejó con dirección al potrero, diciendo que iba a ver las bestias.

Había comprendido que le avergonzaba la debilidad de que hubo sido víctima, y que acaso, quería recomendarle el silencio..... No lo había hecho para que le agradezca, ni mucho menos. Si no le había reconocido, porque realmente se hallaba ya casi en estado de inconsciencia ¿qué objeto tenía en recomendarse como autor? Mejor era que ignore, para que no tenga motivo de avergonzarse de nadie.

A la una de la tarde de ese día estaba el General en Jefe a visitarles; se tocó tropa, y les pasó revista. Recomendó a los Capitanes de cada Compañía que paren mucho la atención en la limpieza de las armas, porque acaso sería preciso servirse de ellas en breve. Alentó con palabras cariñosas a todos, sintiendo los malos días que les había hecho pasar el temporal y augurando que ya mejorarían; y, sin haberse desmontado del hermoso corcel blanco que cabalgaba, se alejó por el mismo camino que había venido, perdiéndose, a poco, entre la cabellera de matorrales del montículo vecino.

Corría el rumor de que a los Jefes les dijo que el enemigo se había movilizado de Girón esa mañana, sin indicarles el número, y que era probable, de avanzar por el camino real, que tenga lugar el combate al día siguiente; debiendo en todo caso estar prevenidos; pues, bien podían, forzando la marcha, caerles el mismo día, dándoles una sorpresa por la no-

che, no obstante las precauciones que para evitarlo se habían tomado. Que en combate y en esas alturas, todas las probabilidades del triunfo quedaban de parte de Vega, porque la fuerza invasora se componía casi en su totalidad, de mercenarios indisciplinados, recogidos en los muelles, y de vagamundos y de mal vivir, tuberculosos y canijos, acostumbrados al clima de la Costa, que no podrían soportar el frío del Portete, en cuya garganta se dejarían matar como ratas.

El Batallón, con estas noticias, estaba contento; y todos repasaban sus armas empeñados en dejarlas como un espejo. Contribuía al regocijo de los ánimos la esplendidez del día, con su cielo de cobalto, jaspeado de nubecillas blancas de verano, y con su horizonte sin límites, cortado a la distancia por las crestas azules de los montes, que parecían otear la inmensidad. El suelo se había oreado, y era ya factible moverse, siquiera sea dentro de los límites prescritos. Se veían grupos por todos lados; resonaban canciones y risotadas; se prendían fogatas en el campo para sancochar en la llama la carne de la ración, que devoraban chorreando sangre, y nadie recordaba ya de los tormentos de la noche anterior.

A eso de las cuatro de la tarde, un grupo que había tomado hacia las alturas de la cordillera, buscando flores y plantas raras, y que hubo pasado inconsciente la línea de movilización, regresó acelerado, trayendo consigo a un indígena, que juzgaban un espía enemigo. Sometido a un interrogatorio por los Jefes, aseguró, que era *cuentayo* de un hato circunvecino. Estando rodeando su ganado, había visto asomar

sobre la altura de la cordillera, viniendo de lado de Girón, a mucha gente armada, que no sabía la dirección que hubiese tomado; y, de miedo, había descendido por esta parte de la vertiente.

Inmediatamente se mandó destacar una avanzada de treinta hombres, entresacados de todas las compañías, y que se ensillaran treinta caballos de los mejores para el objeto. No había pasado media hora, cuando partían llevando como diestro al mismo indio, también a caballo, y los demás, quedaron bajo las torturas de la espera, con el arma al brazo, y en actitud de combate.

Al mismo tiempo se hizo un posta, con dirección al Callejón de Irquis, donde debía estar el Estado Mayor, dando cuenta al General en Jefe de lo ocurrido y de las providencias tomadas.

Antes de un cuarto de hora de la marcha del posta, se recibía otro del General en Jefe, participando que el enemigo se encontraba apostado sobre las cimas de uno y otro lado de la garganta del Portete; lo que demostraba que el grueso del ejército avanzaría por ésta, defendido por el fuego de las divisiones situadas en la altura, en caso de ser atacado. Había probabilidades de que se desarrollara la acción, en condiciones semejantes a la dirigida por el Mariscal Sucre, acaso, el día siguiente.

Los muchachos se alegraron; por fin iba a terminar la vida desastrosa que llevaban. Suerte o muerte, que se resuelva pronto. Sentían en su interior revolverse como un presentimiento el temor de que sea esa la última noche que pasaban juntos. El día siguiente,

a la misma hora, qué sería de ellos? Si la predicción del combate se cumplía, cuantos estarían tendidos en las llanadas de Irquis, muertos únos, heridos ótros..... Tal vez, derrotados, perdidos entre los matorrales de los cerros fríos e inclementes, o corriendo por la carretera, a cuatro pies, para ofrecer menos blanco, perseguidos por el enemigo. Triunfantes quizá; pero con el dolor de verse menos, al numerarse en la formación: en todo caso la muerte! Forzosamente la victoria tenía que ser a costa de la vida de unos cuantos. Pero de cuáles? Y el calofrío del terror les subía a lo largo de la columna vertebral, hasta el vértex, como una fina corriente de hielo.

Habían concluído las risas, las canciones, la ruidosa algazara. Divididos en grupos, hablaban quedamente, casi en secreto, y las conversaciones tomaban el aire de confidencias. La muerte había dejado oír el ruido de sus alas sobre el campamento, y la helada influencia de su paso, les hacía entrever con tintes lúgubres la inevitable tragedia en la cual debían ser actores. ¡Qué brutalidad era la guerra! Y, sin embargo, era necesaria. No había conquista humana que no haya sido regada con sangre. La muerte abonando la libertad, afianzando el derecho, consolidando la autoridad, era un contrasentido. Y esto venía desde el principio de los tiempos: los Estados lo mismo que las Religiones, olían a carnicería, estaban chorreando sangre.

El sol había traspuesto el horizonte; corría el viento frío de la tarde, y a espaldas de la cordillera, sobre la cual esperaban ver al enemigo, asomó el lucero vespertino, como una llama temblorosa, que se

elevaba por el diáfano azul del cielo. Los cerros se habían vuelto negros, como si de anticipado vistieran luto, en previsión de la mortandad que debían presenciar; y comenzaba el indefinible murmullo del atardecer, como un rezo, sentido y místico, modulado por muchas voces entre estremecimientos y suspiros.

La tropa, esquivándose del frío, se había recogido a la casa, salvo los centinelas, que arropados como podían, se conservaban en su puesto. De repente, roto el silencio por el estruendo repetido de disparos hechos a poca distancia, cundió la voz de alarma: era el enemigo que llegaba. Después de un breve espacio de gritos, de carreras, de encontronazos, de interjecciones y de confusión, cada Capitán estaba al frente de su Compañía desplegada en guerrilla, esperando la orden de atacar. Se oyó el ruido de caballerías que se acercaban al galope; el ¡quién vive! de los centinelas más distantes, luego, de los más cercanos: era la columna de avanzada que había marchado horas antes. No había nada que temer; todo estaba tranquilo. Cuando regresaban ya, el indio que les servía de conductor, botándose inopinadamente del caballo, se había escurrido por entre el monte, y no pudiéndole alcanzar en su fuga, le habían hecho algunos disparos, habiendo sido esos los oídos en el campamento. Estaban seguros de que el indio aquel había sido efectivamente un espía; pero, por desgracia, no les fue posible retenerlo.

Con ésto, tranquilizados los ánimos hasta donde es posible la tranquilidad en vísperas de combate, los soldados volvieron a sus cuadras, a seguir soñando, unos con la muerte y otros con la victoria.

V

Pepe Larriva venía del Yunguilla. Dada la situación, nadie había querido exponer sus aguardientes, que podían ser descaminados por la primera patrulla de moros o cristianos que encontrase, y no tuvo más remedio que proveerse de panela, abaratada por las dificultades del transporte, y arriesgarse a salir, jugando, el todo por el todo, con la espectativa de una ganancia loca.

Felizmente, él conocía muchos senderos extraviados que sólo frecuentaban los contrabandistas. Gracias a eso, había pasado por sobre Girón, mirando a la distancia el hormiguero de tropas que cubría el camino hasta el Portete; logrando coronar la cima de éste, por entre la montaña, y botarse a la hacienda de las *Salinas*, sin pensar que estuviera ocupada por los soldados de Vega; porque todas las noticias que había recibido eran de que éstos esperaban al enemigo atrincherados en la ciudad.

Habiendo conseguido trasponer sin contratiempos la cordillera, estaba hecho todo. De las *Salinas,* cogía por *Gullanzhapa*, y a dar en la casa. Bajaba

contentísimo atrás de sus mulas, silbando una tonata fresca y alegre como la mañana, ajeno a la posibilidad de ningún riesgo, cuando, al trasponer un pequeño montecillo cuajado de *huapsayes,* para entrar a la explanada de la hacienda, topó, de manos a boca, con un grupo de veguistas, que le pusieron al centro, y con las mulas por delante, le encaminaron al campamento, no sin antes haberle quitado una botella de aguardiente, que traía en la fiambrera, y algunas panelas, que se sacaron averiando el cesto.

Aquello fue para desesperar, pero no tenía remedio. Solamente sentía por las mulas, que eran de Mariano Padilla y representaban una fortuna. La panela..... que se coman. No era su costo para empobrecer a nadie. El las llevaba para negocio, mientras que la tropa perecía..... estaban en lo justo aprovechándose.

Con este pensamiento se tranquilizó el pobre muchacho, resuelto a dejar las panelas en rescate de las mulas; pero, desde antes de llegar a la casa, comenzaron, los del grupo conductor, a disputarse las mulas para reemplazo de sus caballerías, que alegaban estar malas, y Pepe Larriva sintió unas corazonadas de muerte, viendo desvanecidas sus esperanzas. Ya no tendría otra cosa que detenerse, para andar, de ceca en meca, tras sus animales, hasta poder recaudarlos.

Mariano Padilla, cuyo paradero ignoraba Pepe Larriva, no había estado en la casa el momento de llegada, y comenzaban a descargar, hecho cada soldado del cabestro de la mula que había elegido, para tomarla de su cuenta. El pobre arriero, pálido, con voz temblorosa por la emoción, les dijo:

—Niños, las mulas no son mías..... ¡Qué cuenta daría al dueño que me las ha confiado! Valen una fortuna que no podría pagar ni con mi vida entera de trabajo..... Las panelas sean de Uds., pero déjenme las mulas. ¡Por caridad, y Dios les ayudará! ¿Acaso no están peleando por El? Más que matar *chapulos* vale un acto de caridad para el prójimo. Si me hacen este mal, El, que todo lo ve ¿créen, niños, que dejará sin castigo? Y esto han de hacerme en vísperas de combate?....

Se le fueron las lágrimas, un hipo doloroso contrajo sus facciones y le cortó la voz en la garganta.

Los jóvenes se miraron, y, conmovidos por las súplicas del pobre, soltaron los cabestros y se retiraron, diciéndole que se lleve sus mulas y sus panelas, que no las necesitaban. Pero uno de ellos, persistiendo en su intento, manifestó que él no cedía; que era bueno para mujeres dejarse vencer por las lágrimas de un rústico; que antes que nada estaba su comodidad, y que por las bravatas de un maricón, no podía quedarse a pie, porque su caballo estaba amatado y flaco.

La mula que había elegido era una de color mohino, de raza, grande como un castillo, fuerte como un elefante, a la que se le podía cargar una casa. Mariano Padilla había desechado ochocientos sucres que le daban por ella, ¡y había de ir a servir al menos significativo de una mascarada política, que por el deseo de quedarse con ella, volvería la cara en fuga vergonzosa, al primer tiro del enemigo!

—Señor, el que va a la guerra, no debe asegurar la retirada. —Murmuró el arriero, casi entre dientes, y con sorna.

Una carcajada de todos los oyentes respondió a la ocurrencia del mozo; mientras el que tenía a la mula, rojo hasta la punta de sus cabellos bermejos, gritaba:

Que repita el chiste, y aquí, delante de ustedes, lo pateo.

En ese preciso instante llegaba Mariano Padilla, con aceleramiento, porque había reconocido sus animales, pasándole como un relámpago por la imaginación el riesgo que corrían. El que hablaba no era otro que aquel hijo de la viuda, a quien dos noches antes salvara de la muerte, y todos los demás eran sus camaradas. Cuadrándose militarmente, pidió permiso para hablar.

Las mulas eran suyas, el muchacho su arriero y las panelas, de los dos, al partir de utilidades. El les había servido como algo más que camarada, llegaba el turno de que le correspondan, dejando pasar en libertad lo que era suyo..... De las panelas, si deseaban, podían disponer; pero perjudicarle en sus animales..... si por desgracia no salían con el triunfo, era regalarlos al enemigo.

Al saber que sólo se disputaban la entrega de la mohina, se dirigió al que la pretendía, que se mostró terco hasta la amenaza: no la entregaba, y le rajaría la cabeza, con el calibre de su fusil, a quien pensara en quitársela.

—Ve que es de Padilla, nuestro camarada— le observaron los compañeros.

—Puede ser del mismo General Vega: si Padilla es hombre, que se la lleve!

—No— dijo Padilla, a quien se le crispaban los puños— yo no soy hombre sino para hacer lo que Ud.,

por su delicadeza, no puede; para socorrerle y salvarle de la muerte, a quien se halla aterido en medio de la tempestad, sin averiguar quien sea, ni aceptar agradecimientos: para luchar con un compañero de suerte, más débil y desafortunado que yo, ciertamente no soy hombre, y para hacer un mal a otro, mayormente, debiéndole favores, mucho peor.

Su interlocutor, agachando la cabeza, ocultó bajo el ala del sombrero el rostro, que le abrasaba la llama del rubor, encendiéndole hasta las orejas, y los demás circunstantes callaban, sin alcanzar todo el avance de las palabras de Padilla. Este, mientras tanto, sentía revolvérsele en las entrañas el dolor del resentimiento, sin ánimo para exigir de aquel hombre un servicio al cual se creía con derecho; y, separándose del grupo, fue en busca del Capitán de la Compañía, quien, asomando a poco, seguido de Padilla, ordenó la entrega de todos los animales y las cargas, indebidamente detenidos, desde que se había llevado a efecto sin orden superior que lo justifique.

Cinco minutos después, partía Pepe Larriva, acompañado de Mariano hasta la línea de circunscripción del campamento. En tanto que caminaban, Larriva le refirió a su compañero que, según los datos que había recogido, el ejército enemigo se componía de cerca de cuatro mil hombres, inclusive el Estado Mayor y la Ambulancia, y que lo comandaba el General don Eloy Alfaro en persona; asegurando que, por lo que a él le consta, el General Vega caminaba a una derrota cierta, porque no tenía gente ni para comenzar, con tanta bomba, cañones y metra-

llas que traían, como para arrasar Cuenca.

Padilla, oyendo tan terrible noticia, suspiró hondamente, y encargando recuerdos para la madre y hermana, a quienes vería pronto, si salía con vida del combate, que se libraría de un día a otro, regresó al campamento, abrumado de pesadumbre.

—¿Qué te dice tu compañero? —le preguntó el Capitán, viéndole pasar abatido y meditabundo— El, que viene del lado de allá, debía saber algo del enemigo.

—Mi Capitán, —respondió Mariano llevándose, respetuoso, la mano a la frente— si su merced me permite, donde no nos oigan, le comunicaré todo: después del favor que me ha hecho, sería una traición ocultarle.

Y los dos se alejaron por el centro de la llanada inmediata, el uno refiriendo y el otro escuchando las revelaciones de Larriva.

Cuatro mil hombres! Toda la Costa lanzada sobre Cuenca, con bombas y artillería, era, en verdad, para arrasarla! Y a esto les traía el mismo Alfaro!... ¿En dónde estaba el corazón de madre de ese tirano?..... La cosa no tenía vuelta!..... En batalla campal, ciertamente, como había dicho Pepe Larriva, Vega no tenía gente ni para comenzar. Acaso, era mejor dispersarse por esas montañas y campos, para hostigarles, en forma de *montoneras*..... Pero no, siendo tantos, dejando una parte para que sostenga los fuegos, podría avanzar el resto, y entonces ¿qué sería de la ciudad, sin hombres, a discreción de esos monstruos? Parecía más cuerdo reconcentrarse

en ella para sostenerse hasta el último, y, si era preciso perecer, perecer todos, sin dejar ni un perro en las calles. Que entre sobre escombros! Repetirse la escena de Cartago en pleno siglo de las luces, y, en guerra civil..... estaba reservado a Alfaro.

El joven Capitán se devanaba los sesos, como una fiera recién enjaulada, volviendo una y otra vez sobre la pista, sin encontrar salida. Quedaba pensativo largos momentos, con la cabeza baja, las manos a la espalda, y, como si hubiese estado discutiendo algo con su interlocutor, que, en silencio caminaba a su lado, se paraba y le decía: ¿no le parece, Padilla? Este se callaba sin saber qué contestar y el Capitán seguía: *no; imposible! El General Vega está engañado o nos está engañando.*

—¿Y no ha impartido el General orden alguna para la movilización de nuestro cuerpo?— Preguntó Padilla.

—Ninguna: esperará que nos acorralen y cacen como a liebres. Con tanta gente pueden acabarnos a calibrazos. En fin, no sucederá más de lo que deba suceder. No comunique Ud. a nadie lo que me ha referido: sería sembrar el desaliento, y hoy, más que nunca, necesitamos serenidad.

Y continuó hablando.

El General Alfaro tenía fama de valiente, en cuanto a magnánimo, como siempre resultaba derrotado, no había tenido ocasión de manifestarse; pero la magnanimidad era propia del valor. Había sido para Alfaro una obsesión la Presidencia de la República, y venía luchando por alcanzarla desde ha-

cía más de veinte años; y hubiera luchado hasta morir sin conseguirla, si acaso no se le llamaba, después de prepararle el altar. El General Vega no le era desconocido: la lección que de éste recibiera en Loja, cuando cayó prisionero Vargas Torres, no era para olvidarla fácilmente. En su vida de revolucionario empedernido ¡cuántas veces no le habría robado el sueño el nombre de Vega! La venida del Viejo Luchador en persona, era un homenaje a éste; y no daba para suponer que hiciera de Cuenca una masacre a la turca. Antes, había que esperar que la tratara como hombre de corazón, cosa de conquistarse voluntades: eso era de valientes.

Al llegar a la casa, el Capitán se separó de Mariano, dándole amistosamente una palmadita en el hombro, y se perdió en el interior de la cuadra, con la resolución de participar, con la conveniente reserva, a sus superiores, todo lo que sabía.

VI

El del General Vega no era propiamente un ejército, por más que se les diera a los diferentes cuerpos de que se componía el pomposo nombre de batallones: no era sino una guerrilla.

Todos los que lo formaban eran ciudadanos extraños a las armas, que no tenían de milicia otra cosa que la de hacer buenos tiros. Pocos eran los que cargaban un grado militar, aunque ninguno de ellos lo ejercía, porque se les había subido un punto. El mismo General en Jefe no era sino Coronel efectivo.

El número de jefes y oficiales se había completado con personas elegidas entre los demás, sin prescindir, ni para esto, de favoritismo y aristocráticas preferencias, que daban a la guerrilla un marcado carácter de familia. Casi no había individuo extraño a la parentela del General en Jefe. Este en medio del Estado Mayor estaba como en su casa en día de invitación. El que no era su pariente, había sido su subalterno; y todos le veneraban.

La disciplina estaba limitada a lo absolutamente indispensable para la conservación del orden. La división de la guerrilla en batallones se había hecho sobre la base de la homogeneidad de clases sociales. En uno estaban todos los artesanos; en otro, los estudiantes, entre los que formaban también los que habían abandonado las aulas y los desocupados, pertenecientes a familias acomodadas o venidas a menos por la inacción de sus representantes. Los comerciantes e industriales militaban en una columna aparte, y en otra, los de los pueblos.

Entre todos los batallones habían sido interpolados los prisioneros del *Cinco de Julio* que voluntariamente quisieron seguir las banderas de Vega, y que constituían una verdadera amenaza. Se asegura que muchos de ellos, a la primera oportunidad, se pasaron al enemigo, con armas y municiones en medio mismo del combate. Se les incorporó, más que para aumentar el número de combatientes, porque no había cómo distraer gente en custodiarlos. Eran muchos.

Todos eran amigos y compañeros en los diversos batallones, y departían como tales, jefes, oficiales y soldados, sin guardar distancias ni miramientos. No siquiera había la distinción de trajes. Nadie vestía uniforme. Los que contaban con posibilidades, llevaban ropa de bayeta de castilla azul; los demás, la de su vida ordinaria, y que por vieja o descolorida, no les servía para la ciudad. El conjunto era abigarrado y miserable.

La guerrilla es netamente de origen español, y conserva su forma típica en todos los países de ha-

bla castellana en América. No hay ambicioso que alce gallo en alguna república americana, que no comience sus operaciones en esa forma. Al principio son una docena, centenares más tarde y, luego, se cuentan por millares. Cuando opera dividida en grupos, se la denomina montoneras. Es una serpiente que une o dispersa sus anillos de acuerdo con las necesidades del momento. Cada anillo tiene en este último caso vida propia y opera por su cuenta, sin otro lazo de unión con los demás, que el ideal común.

La guerra de montoneras es desastrosa para los ejércitos de línea. Aparecen donde menos se las espera, y desaparecen al primer tiro, para volver a reaparecer en otro punto. Tienen una movilidad que marea, y hostigan con una persistencia de avispa, sin dejarles punto de reposo. Perseguirlas es un descalabro, porque como no tienen cuartel ni campamento, no se puede jamás darles alcance. Están en todas partes, y, por consiguiente, en ninguna. En los países montañosos, las revoluciones que toman esa forma, acaban por agotar los recursos de los gobiernos. Lo mejor que se pudiera hacer es dejarlas abandonadas a su suerte. Perecen por consunción, cuando el ideal que persiguen no las prestigia; pero, en el caso contrario, como hijas propias del pueblo, toman proporciones colosales, y hacen el vacío al rededor del poder, que no tarda en venir a tierra.

La guerrilla es la síntesis del patriotismo, de un noble ideal o de una bella causa. La persecución, lejos de aniquilarla, la enaltece y engrosa. Es un nublado que empieza por una pequeña mancha

y acaba por cubrir el cielo. La simpatía de las revueltas que comienzan por guerrillas, obedece a que son la expresión fiel del sentimiento popular en un momento dado. Los golpes de cuartel, las traiciones de gabinete, indignan. Son el exponente de la brutalidad de la fuerza, y en el fondo no se hallan sino cosas que hieden, como sedimento de cloaca. El pueblo amontonado sobre el Aventino en los días de crisis, para imponer a los Césares el respeto de sus derechos, es la expresión más alta de la guerrilla en la historia.

El Capitán, separándose de Padilla, se encaminó a la pieza de los jefes, que le recibieron sin ceremonias. Tomó asiento junto a ellos como en su casa; pero no pudo ocultar que iba allí con algún motivo grave, que le preocupaba y le volvía taciturno.

—Tu cara me da mala espina —le dijo el Primer Jefe— ¿qué te ocurre?

—Acabo de recibir noticias tan estupendas, que me da miedo de referirles. De ser ciertas, creo que debemos regresar en seguida a la ciudad.

Se levantó, cerró tras de sí la puerta, para que no le oigan los soldados que pululaban en el corredor, y luego, en voz baja, les relató cuanto sabía.

—La cosa es grave— murmuró el Primer Jefe, y, dejando su asiento, se puso a pasear, con la cabeza baja y las manos a la espalda.

Todos guardaban silencio, absortos en hallarle solución al conflicto, que mientras más examinaban, se les ofrecía más abultado, como un monte inac-

cesible cuyas escarpaduras no se aprecian hasta el momento de trepar. Sus rostros habían tomado aire de austeridad y se pintaba en las frentes el trabajo de la lucubración; el ir y venir del pensamiento, revolviéndose sobre sí mismo, como las olas en una vorágine.

El Primer Jefe se detuvo ante los demás circunstantes, dejando escapar tinosamente su manera de sentir. Creía que todo no era sino exageraciones del muchacho de Padilla, porque al General Vega se le había informado que las tropas del enemigo, a más hacer, inclusive Ambulancia y Estado Mayor, alcanzarían a mil quinientos hombres; sin que haya razón para suponer que se le hubiese engañado al General, o que el General esté engañando a las tropas, ocultándoles la verdad. El mejor argumento en contra de esta última suposición, era el plan de combate que tenía preparado. Había que tener confianza en el Jefe y esperar el desenvolvimiento de los sucesos, sin enervar, por los dichos de un cualquiera, la eficacia de los resultados. Lo que les aconsejaba era la más absoluta serenidad.

—Realmente —dijo el Capitán de la Tercera Compañía— fuera un insulto; acaso una falta de disciplina, pensar que el General Vega les engañaba; pero eso no excluía la posibilidad de la inexactitud en los datos que había recibido. En este caso ¿qué debería hacerse? ¿No debería, por lo menos, llevarse este particular al conocimiento del General en Jefe?

—¡Hombre! Ni esto me parece..... No sea que lo atribuya a cobardía, o falta de confianza. ¿Quién

puede estar mejor informado que él, sobre quien pesa todas las responsabilidades? A lo menos ya no me atrevería. ¿Qué datos tengo para garantizar la verdad de mis afirmaciones?

—¿Y si resulta cierto, no se diría que ha sido nuestro silencio la causa del fracaso?— observó el Tercer Jefe.

De nuevo se produjo un prolongado meditar, al que puso fin el Segundo Jefe, manifestando que estaba en un sentir con el primero. Había que dejarle obrar libremente al General en Jefe, sin poner trabas a su acción, por meras habladurías de personas desconocidas, acaso interesadas en hacer fracasar sus disposiciones. Lo que el Sr. Capitán de la Tercera Compañía debió hacer, era no dejarle pasar a ese muchacho, sin contar con sus superiores. Se provocaban estos conflictos, porque cada uno hacía lo que le daba su real gana, sin acordarse, en lo más mínimo, de las exigencias de la disciplina.

El Capitán se puso rojo, y, lanzando una mirada de fuego sobre su acusador, se dirigió al Primer Jefe:

—Señor Comandante, pido a Ud. permiso para retirarme. Yo no he venido aquí para contestar cargos, sino para departir, dentro de un ambiente de intimidad, acerca de lo que convenía en el caso propuesto.

—Puede Ud. retirarse. Mándemelo a Padilla.

Cinco minutos después, se cuadraba Mariano en la puerta de la Mayoría, nombre que daban al departamento de los jefes.

—Me ha llamado mi Comandante?

—Entre Ud. —le dijo el Jefe, con aire severo— Va Ud. a decirme ¿de qué manera ha sabido las noticias alarmantes comunicadas al Sr. Capitán de su Compañía?

—Me las refirió José Larriva, mi arriero, que venía del Yunguilla con una partida de raspaduras para negocio.

—¿Crée Ud. que ese muchacho le hablaba la verdad?

—No tenía razón para mentirme.

—Sea Ud. más terminante en su contestación.

—Sí mi Comandante; tanto como si hubiera visto con mis propios ojos.

—¿Conoce Ud. en dónde vive ese muchacho?

—Sí mi Comandante; en el Valle.

—Cuánto tiempo se gastará en ir y volver aquí con él? Son las dos de la tarde.

—De seis a siete estaría aquí de vuelta.

—Parta Ud. inmediatamente, y tráigalo a ese muchacho; necesito que me aclare ciertos puntos. Puede Ud garantizarle, por mi palabra, que nada le pasará. Si no vuelve Ud., le mando a juzgar como desertor en campaña..... La pena es de muerte.

—Está bien mi Comandante; pero me dará permiso para elegir un caballo.

—Concedido. Puede retirarse.

Mariano partió henchido de contento. Sentía una extraña satisfacción en volver a su casa, de soldado, con la cinta azul en el sombrero atestado de medallas, el fusil al hombro y la cartuchera de cápsulas

a la cintura. ¡Qué sorpresa no tendría Rosario al verle! La miraba cubierta de rubor, tendiéndole los brazos para abrazarle; titubeando sin acertar con las palabras y relampagueándole de alegría los ojos. ¡Cómo se acordaba del día en que salían a campaña las tropas! Cada uno tenía a la madre, a la mujer, a la hermana..... algún pariente que le lloraba, y él..... él la tuvo a ella!

Conforme iba acercándose al término del viaje, apuraba más, como los cuerpos, al caer, se aceleran por la acción de la gravedad. Rosario era su centro, y no podía encontrar reposo sino al lado de ella. Cuando alcanzó a distinguir la casa, sintió tal ansiedad de correr, que no pudo contenerse de soltar las riendas y ponerle al caballo a galope.

Recién entraba al patio su recua, cuando le dio alcance, causándole un gran susto al conductor, que creyó en la llegada de una comisión que iba tras las mulas.

—Pepe, duro has andado. Pensaba alcanzarte en el camino.

—Era capaz de volar, porque me parecía un sueño haber zafado con tanta suerte..... y qué susto me ha dado!

Al ruido, asomó Rosario en el corredor, con camisa escotada de mangas cortas, cubierta de pasamanería, y saya rosa clavel, orillada de bordados al rededor, y *punta de diamante* de terciopelo negro por ribete. Se había bañado, y llevaba el cabello suelto a la espalda, como una catarata de vino añejo color de miel, vista la trasluz: sus brazos redondos y macizos

en el arranque, hoyuelados en el codo y dorados por una ligera pelusilla de melocotón, podían caber en el puño de un niño, junto a la muñeca. Era la estatua de la juventud y la gracia campesina; Madama de Pompadour en su vida eglógica del pequeño Trianón. En sus ojos, inocentes todavía, pintábase prematuramente un vago ensueño de voluptuosidad, y sus opulentas redondeces, dentro del pulido estuche de su piel que amenazaba reventar, despertaba el recuerdo de la Esposa del Cantar de los Cantares. "¡Qué hermosa eres! Tus ojos de palomas, sin lo que está oculto por dentro. Tus cabellos como manadas de cabras, que subieron del monte de Galaad".

Mariano se arrojó de la cabalgadura y se lanzó hacia ella, sin preocuparse siquiera de recoger la rienda, y le abrazó con efusión, sintiéndola tibia y palpitante contra su pecho; los ojos chispeándole entre lágrimas, y una sonrisa de agradecimiento y de timidez entre los labios. Ella correspondió emocionada a la cariñosa demostración; pero no se oyeron más palabras que: ¡Rosarito!.... ¡Marianito! Este al rozar con sus manos los desnudos brazos de la joven, tuvo una obsesión y la besó en el nacimiento de su cabellera, sobre la frente, y ella susurró: *Está viendo el Pepe*, agregando en voz alta:

—¿Ya pelearon?.

—No todavía. Tal vez, mañana—contestó Mariano—¿Y tu mamá dónde está para darle un abrazo?

—Fue a regresar de la ciudad, preguntando noticias tuyas. ¡Qué sorpresa recibirá cuando venga, encontrándote aquí!

—No me encontrará, porque regreso ya en seguida—. Y le refirió el motivo que le había hecho ir, encargándole recuerdos para la ausente.

Luego, Mariano acudió en ayuda de Pepe para descargar a las bestias, mientras Rosario se perdía en la cocina.

Terminada la faena y asegurados los animales, se sirvieron todos tres el *draque* obsequiado por Rosario; y, Mariano en la montura y Pepe a las ancas, partieron para el campamento, en donde llegaron justamente a las siete de la noche.

La entrevista de Pepe con los Jefes duró poco, y, en cuanto se vió libre, tomó el camino de la casa, alumbrado por la tenue luz de las estrellas, y los últimos rayos de una luna en creciente, que parecía una hoz de plata, en que florecía la montaña distante.

VII

El siguiente día, a eso de las once de la mañana, se dió orden de arreglar las cabalgaduras, para abandonar la hacienda de las *Salinas,* en desconocida peregrinación, a donde se les llevara. Se había traslucido a la tropa las desventajas de número y condiciones, que les llevaba a una derrota cierta, y la preocupación, casi rayana en desaliento, les había vuelto a todos taciturnos. Los preparativos de marcha se llevaron a cabo en silencio, y, a la una de la tarde, desfilaban por los tortuosos senderos de las vertientes de este lado del Portete, sin que se oyera más ruido que el paso de las caballerías, lento, acompasado, como el de una comitiva fúnebre.

Caminaban con dificultad, siguiendo sendas no trajinadas sino por los pastores, cuando la hacienda contaba con rebaños, y, con el tiempo habían sido obstruidas por la vegetación en algunos puntos: de manera que tenían que detenerse mientras dos peatones que iban delante, armados de machetes, las despejaran. A esto se agregaba la molestia de las ramas que obligaban a los jinetes a agacharse, inclinándose

ya para un lado, ya para otro, evitando los ramalazos en la cara. Al menor descuido quedaba alguno engargantado por el cuello, zarzas espinosas se agarraban a la ropa o le quitaban el sombrero, y había que parar mientras se liberte o desmonte a recoger la prenda caída.

Mariano Padilla cerraba la marcha y caminaba atrás del hijo de la viuda, que, en el campamento, se le había declarado enemigo, por la cuestión de la *mohina;* y era de verle cómo le atendía a su adversario ni que hubiese sido su escudero. A cada momento se le oía: *hágase a la izquierda..... inclinarse a la derecha..... cuidado con las ramas.* Apenas se le caía el sombrero, estaba en el suelo para encontrarle.... Y lo hacía todo con la más grande naturalidad, sin dejar traducir el esfuerzo del vencimiento interior, ni la vacilación que acompaña a las acciones puestas por cálculo.

Y Mariano era el único, tal vez que marchaba alegre. La entrevista última con Rosario le había dejado en el alma un lampo permanente de sol, que se le derramaba al exterior en ansiedades de comunicación; en deseos de hacer partícipes de su dicha a todos; en un sentimiento de confianza en el futuro, que le convertía en profeta de optimismo.

Según él decía, no importaba el número ni la calidad de las armas; el triunfo no dependía de eso, sino del corazón. Cada hombre resuelto valía por veinte. Esos advenedizos, a quienes no les movía sino la pitanza, tenían que habérselas con los dueños de casa, y no era difícil para nadie prever de qué lado quedaría la victoria. Y, si eran una cáfila de bandidos, co-

mo se decía, ¡peor para ellos! la mala conciencia jamás había sido compañera del valor, y les empujaría a la derrota a la primera descarga. El soldado para ser bueno debía luchar por convicción, con la conciencia de que obraba bien, y en su propio terreno.

Todas estas ventajas quedaban de parte de la gente de Vega. Los otros eran unos infelices, incapaces de ningún heroísmo, desde que no luchaban ni por su terruño ni por su religión, sin más aliciente que la buena paga y la esperanza del saqueo que el pícaro de Alfaro les había ofrecido. Había que exterminarlos para dejar saneada la Costa de semejante plaga.

El hijo de la viuda iba delante, sin contestarle nada, enfurruñado y displicente, como un gran señor, que se encuentra solo en mitad de sus criados, a quienes no se digna dirigirles la palabra. Y Mariano acabó por tomarse el silencio, sintiendo la amargura del aislamiento en medio de tantos señores, a quienes había servido deseoso de acortar distancias y sentir la dulce efusión del compañerismo, sin alcanzar otra cosa que el convencimiento de que se encontraba fuera de su sitio, que estaba en el otro cuerpo, en el batallón de los artesanos, de los gañanes, de los hijos del pueblo; y mirando hacia atrás, vió que toda su vida había sido de soledad.

No recordaba haber conocido a sus padres. A no ser por las relaciones de su finada tía, no habría sabido nada respecto de sus antecesores y allegados. Cuando entró en la edad de la razón, supo que no le quedaban sino dos parientes: la santa que le había criado y Juana Padilla, su prima, hija de Juan Pa-

dilla, muerto no sé cuantos años antes. Juana vivía en Totoracocha, con la madre, en una posesión, propiedad de ésta. Se acordaba que siendo niño todavía, se fue una vez, llevado por la tía, a visitar a Juana. Quedaba en su mente la idea de una chiquilla desmedrada y flacucha, con unos ojos grandes y negros que le parecían ajenos, rodeados de unas pestañas tan largas y arriscadas, que sostenía en ellas un palo del grueso de un dedo. Vestía una saya de franela colorada, que no le pasaba de las rodillas, y que le colgaba de la cintura lo mismo que de una percha. Era una locuela. La visita fue en tiempo de capulíes. Subía ella a los árboles con el desparpajo de un chiquillo, sin preocuparse de lo que podían verle, y en el llano daba volatines, sacudiendo sin pudor sus largas piernas, que dejaba visibles hasta la cadera, mientras bajarse las faldas que se le iban a la cabeza. Su cutis era blanco, con esa blancura percudida y pringosa de los manteles de cocina.

La posesión se le presentaba en la memoria como destacándose de un paisaje de oleografía. Una casita de campo, sombreada de árboles de capulí; delante un patiecito de a cuarta, rodeado de tomateros y de plantas de pimientos morrocotudos y coloradotes como las mejillas de un abate, sostenidas por palos colocados sobre horquetas. Al pie de cada planta había una olla rajada que llenaban de agua en el verano, para que no les falte humedad. Después, el alfalfar cubierto de flores moradas, ondulantes al más ligero soplo, como una sobrecama bajo la cual se acariciase una pareja de novios. Ar-

boles por los linderos; y allá, un trozo de río, espejeando al sol como una lámina pulimentada de acero, con sobrepuestos de plata aborregada. La conocería a la primera vista, pero no recordaba el camino que conducía a ella.

De la viuda de su tío no guardaba sino una imagen borrosa, sin contornos determinados. Cuando la conoció era todavía joven. La dentadura le había impresionado: blanca, pareja, como dos carreras de una mazorca de maíz. Se acordaba que le hizo muchos mimos, y que, al despedirse, le regaló una moneda de plata y un pollo cochinchino que aun no echaba plumas.

No la hubo vuelto a ver hasta cuando ocurrió la muerte de la tía. No se daba cuenta de cómo pudo haberle ido la noticia; pero es lo cierto que estuvo allí la noche del duelo, y no regresó sino al siguiente día del entierro. Estaba con Juana. No podía precisar la sensación que le produjo verla a ésta transformada en una joven de tez limpia y sonrosada, con ojos preciosos, y un cuerpo esbelto en el cual se adivinaban curvas y almohadillados de carne exhuberante y sana. Con su dolor no estaba para fijarse en nada, ni para distraer su sentimiento en otra cosa que llorar a la querida muerta, y atender a los preparativos de los funerales.

Guadalupe, la madre de Juana, pocos momentos antes de despedirse, le habló de la soledad en que, con la muerte de la tía quedaba, compadeciéndole, y le insinuó que buscara una mujer de su clase con quien casarse, para que le sirva de compañía y traiga

calor a la casa; recalcando mucho en que sea de su clase, porque la igualdad era el secreto principal para el buen avenimiento en el matrimonio. Felizmente no era un pelado para que tuviera miedo de poner hogar, y los mismos compromisos que tenía, lo reclamaban como una medida de urgencia inaplazable. El oyó todo eso como quien oye llover, sin darse cuenta cabal de lo que se le decía.

En el duelo estuvieron también Rosario Larriva, su madre y su hermano Pepe. Se apersonaron de tal modo, con tanta solicitud y cariño, que no acertaba cómo agradecerles. ¡Sin ellos que hubiera sido de él! Mientras las dos preparaban la comida para los acompañantes, cuidaban de la casa y atendían a todos con el agua caliente y azucarada para el *draque,* y la chicha que se repartía por jarros, Pepe no se daba punto de reposo, arreglando lo concerniente a los funerales. Era para no olvidar cómo ajustaba los derechos con el Cura, el sacristán, los músicos, el Maestro de Capilla, regateando ni que fuese a pagar de su bolsillo, empeñado en que todo sea lo mejor y lo más barato. Quizá influyó aquel comportamiento en el negocio que, después, cerrara con Pepe para que le sirva de arriero.

Cuando Guadalupe y Juana se despidieron, Rosario y su familia no se habían retirado de la casa de Mariano. Desempeñaron su papel hasta el fin, y no se separaron sino después de *lavado el cinco,* que era ya innecesaria su presencia, porque nada quedaba por hacer. Entonces le dieron cuenta de como dejaban la casa, señalándole el lugar donde hallaría cada cosa,

con solicitud verdaderamente maternal; le repitieron su condolencia, ofreciéndose para lo que pudiera ocurrírsele en lo sucesivo, y se despidieron, haciendo esfuerzos por no llorar, compadecidas del abandono en que le dejaban.

Hasta entonces Mariano no se había dado cuenta exacta de su situación; pero, cuando se encontró solo, obligado a multiplicarse para atender a su recua y las necesidades domésticas; sin una mano que encienda el hogar, mientras él se ausentaba con los animales; sin el afecto de alguien que le disponga la mesa, le aliste la ropa y le tienda la cama, se le ahondaba el dolor de la pérdida que había padecido con el desaparecimiento de la tía, y entraba en desesperación.

Después de una semana de vagar como un sonámbulo, comiendo unos días y ayunando otros; con sus mulas ociosas que le devoraban sin devolverle ni el valor de la comida, fue a visitarle Pepe Larriva, llevándole expresiones de parte de los suyos. Mariano le recibió como una providencia, le contó la desesperante situación en que se hallaba, y concluyó por comprometerle para que hiciera el primer viaje a Yunguilla, a sacar una partida de aguardientes, en cumplimiento de cierto compromiso, cuyo plazo estaba al vencerse. Larriva no se hizo repetir; preparó el viaje en seguida, y seis días después, estaba de vuelta. A tiempo que se retiraba entregando las mulas, Mariano le dijo:

—Las dejo a tu cargo. Puedes llevártelas o quedarte a su cuidado. Las utilidades a medias ¿quieres?

—Que Dios le pague, don Mariano.

Y quedó cerrado el negocio. Pepe Larriva se

apersonó de la recua desde ese instante, y Mariano pudo hacer más llevadera su soledad y consagrarse al reposo de la vida casera, distribuyendo la atención en el cuidado de su propia persona y el laboreo de sus campos, que hasta entonces había corrido a cargo de la tía. Pero, el reposo no era compañía. Días enteros sin cruzar palabra, sin ver rostro humano ni oír el acento de persona alguna, era para desesperar. Su vida de recluta había roto esa monotonía, pero no por eso se encontraba menos solo. Si se le hubiera dado de alta en otro cuerpo menos aristocrático ¡quizá hubiese estado más contento!

Los que le precedían apresuraron el paso, y el movimiento acelerado del caballo, le sacó a Mariano de su abstracción. Se abría adelante la llanura de Irquis, recostada sobre las faldas del Portete, bajo la caricia adormecedora de un sol de oro, que había pasado el meridiano y comenzaba a inclinarse hacia el poniente: eran las dos de la tarde.

Los demás cuerpos de tropa se hallaban escalonados en las faldas del Nudo, y sólo faltaba la destinación del que llegaba. Sonaron toques de corneta; las voces de mando cruzaron como una ráfaga, y el batallón desfiló a lo largo de la orilla izquierda del río de Irquis, que dividía la llanura del mismo nombre en dos mitades, guardando la distancia de ocho metros, y con la vista a la *Boca del Portete*. Luego, se dió la orden de echar pie a tierra, conservando cada uno su cabalgadura, y que carguen los fusiles. Todo esto se había verificado en un profundo silencio, interrumpido únicamente por el ruido de las armas al cargarlas.

El General en Jefe, rodeado de su Estado Mayor, y acompañado del Capellán, recorrió la línea recomendando un varonil comportamiento, y después, este último, situándose al frente, en el centro, mandó arrodillarse en sus propios puestos, para darles la absolución. Todos se hincaron, pálidos y emocionados por la solemnidad del momento y del acto, con los sombreros a la mano y rendida la cabeza con el mismo desaliento que el agonizante, al escuchar a su cabecera el *proficisi ánima cristiana* que le abre las puertas hacia las riberas de la eternidad. De los labios sin color de los penitentes se escapaba como un tenue susurro el acto de contrición, y los golpes de pecho se escuchaban como un lejano tropel de caballos sobre un terreno volcánico.

Mariano, al recordar ésto, protestaba. La Religión no debía mezclarse en esas bravuconadas de la política, si acaso aspiraba a conservar su grandiosidad y su prestigio de cosa santa. Si sólo se hubiese tratado del sacrificio de esos hombres, como cuando al reo se le lleva al patíbulo en virtud de una sentencia, estaba bien; pero esos hombres estaban, ante todo, destinados a matar, y era ridículo y cruel que la absolución aparezca como preludio de la matanza.

Además, eso de recordar a la tropa el riesgo que iba a correr, aflojaba mucho el ánimo. Estaba seguro que, si a raíz de aquella escena de muerte, sonaba el primer tiro del contrario, no hubiera quedado nadie en su puesto, porque se les había despertado el sentimiento de condenados que se encontraban en capilla; que ciertamente, no era el más a propósito para infundirles valor. Creía que lo mejor era que los señores sacerdo-

tes estén lejos de los campamentos, porque mayores servicios podían prestar con sus oraciones, que absolviendo con la mano y animando a la matanza con la boca y con el ejemplo, como si fuera lícito a la Religión tener partidos y estuviese la caridad limitada a los propios. La Religión y la Ambulancia eran dos instituciones hermanas, cuyas alas tenían el destino sublime de cobijar a los combatientes de ambos bandos, en cuanto hubiesen sido inutilizados, porque entonces ya no pertenecían a ninguno, sino únicamente a la humanidad.

Las tropas habían permanecido en actitud de combate hasta más de las cuatro de la tarde, que, regresando una columna de exploradores destacada horas antes, daba cuenta que la gente de Alfaro acababa de pasar por Ventanas, con dirección a la ciudad. La presencia de tropas sobre las alturas del Portete, no había sido sino una estratagema para llamar la atención, mientras poner a salvo el grueso del ejército y, acaso, dar una sorpresa a Cuenca en ausencia de sus defensores.

Con esta noticia, ya no hubo más que levantar el campo y dirigirse precipitadamente a la ciudad, en donde entraron las tropas, con traza de derrota, a eso de las once de la noche; siendo distribuidas en pequeñas guerrillas de cuatro a cinco hombres, en los huertos de las casas de la *Calle larga* y en los alares de la contigua a la *Cruz del Vado*, dominando la vega del Egido, por donde se esperaba que asomaría, de un momento a otro, el enemigo.

VIII

Los catalejos, los binóculos, las largavistas y cuantos instrumentos de visión extensa había en la ciudad, no encontraban punto de reposo el día siguiente, escudriñando el horizonte, en dirección de Turi. Había una animación mezclada de zozobra y se veían grupos de personas en las esquinas, las torres de los templos y las azoteas de las casas; destacando en estas últimas los trajes de colores de las jóvenes, como gigantescas flores que se desperezaban al calor del sol, que subía centellando por el campo azul de un cielo sin límites.

A eso de las once de la mañana, desde la *Cruz de Todos Santos*, en donde se encontraba el General Vega en persona, a caballo y con los gemelos en los ojos, cuatro de los más afamados tiradores, hicieron algunas descargas por orden del Jefe, a los cerros del frente, donde creían distinguir bultos que se movían; pero, no obteniendo respuesta, continuaron las cosas en la misma situación que por la noche, permaneciendo las guerrillas en sus puestos, sin permiso para separarse ni aun para las necesidades más urgentes.

La población en masa había refluído hacia la *Calle larga*, y cordones de gente coronaban el barranco,

del *Vado* a *Todos Santos*. Los zaguanes estaban abiertos, y cada casa era un jubileo. Para asegurar la libertad de las maniobras y precaver los destrozos que los tiros enemigos podían causar a los indefensos, se les obligó a éstos a despejar el campo y fueron cerrojados los zaguanes. Quedaron sólo las guerrillas con el arma al brazo, oteando la extensión que tenían delante, en espera del enemigo, que sabían estaba cerca y no aparecía por ninguna parte.

En la última casa, en un corredor alto, en el cual habían colocado adobes hasta la altura de la balaustrada, para que les sirva de trinchera, se encontraba Mariano Padilla con cuatro compañeros más. Sentado sobre el parapeto, con los pies colgando y la quijada sobre la boca del fusil, contemplaba a los transeuntes que pasaban el puente, que se encontraba inmediato, cuando vió asomar a Rosario Larriva acompañada de su madre, con una cesta de agarradera, cubierta de un mantel blanco, a la mano.

Con los ojos que seguían la línea de guerrillas casi no se fijaban en el camino, dominadas por la curiosidad. Mariano tenía el convencimiento de que le veían, y sacándose el sombrero les saludó; cruzaron algunas palabras entre ellas, y, sin corresponderle, dejaron de mirarle, como si les hubiese disgustado aquel acto de atención. Probablemente no le habían conocido por la distancia.

Dejando el parapeto, fue al extremo del corredor y tendido sobre el pasamano de madera que lo cerraba por ese lado, echó medio cuerpo afuera, para verlas pasar. Subían la cuesta conversando, y, al darse

cuenta que las miraba, se tomaron el silencio y, haciendo como que no le veían, pasaron muy estiradas, casi por debajo de él, con visibles muestras de contrariedad. No cabía duda, que les había caído en desgracia, y el único motivo que encontraba, era el beso que en la última entrevista le había dado a Rosario. Eso quería decir que no le amaba.

Mariano Padilla quedó desconcertado. Acababa de desvanecerse la esperanza de toda su vida; la ilusión con tanta solicitud acariciada; la luz que desde los bancos de la escuela había iluminado su sendero, haciéndole aceptar toda especie de penalidades, a cambio de un porvenir dichoso a lado de Rosario. Ya no le quedaba nada; sentía dentro de su alma el frío de la soledad interior, más cruda y más desesperante que la de afuera. Era un hombre verdaderamente desgraciado, y lo mejor que podía hacer Dios con él, era mandarle la muerte, porque el mundo sólo había sido hecho para los demás, para los felices.

Estaba bien; debía trazarse una línea de conducta completamente opuesta a la anterior, en caso de que saliera con vida del combate..... pero no, no le sucedería ésto, porque estaba resuelto a dejarse matar; si la muerte huía de él, la buscaría hasta encontrarla. Sentía desesperación porque comience el tiroteo, e iba entrando en temor de que acaso lleguen los jefes a una componenda de las suyas, en las que es el dinero siempre el árbitro. Se pasaba las horas dando vueltas en el corredor como en una jaula, con la cabeza que le dolía y el pecho que se le hinchaba de lágrimas que no podía verterlas, porque se hubiese imputado a cobardía.

—Mucho piensas, Marianito,— le dijo cariñosamente Sebastián Garrido, bello e inteligente mozo, estudiante de Medicina, que hacía de Subteniente en el grupo.

—Y la verdad es que no doy con el motivo de esta guerra, mi Subteniente— contestó Mariano, llevándose la mano a la altura de los ojos, dando a entender que su ensimismamiento obedecía a la situación política.

—¡Vaya, hombre! La cosa más sencilla. El Liberalismo que quiere entrar, y la Religión que no quiere entregarle el puesto.

—Y el Liberalismo por qué es contrario a la Religión?

—Porque proclama la libertad de conciencia; esto es, que cada hombre es libre para abrazar la Religión que le dé la gana.

—Yo no entiendo de esas cosas; pero me parece que así debe ser: ¿cómo ni por qué se me ha de obligar a creer en lo que no quiero? Ni qué tendría que ver que yo sea cristiano y Ud. sea musulmán, para hacer un negocio? La Religión no lo hace, sino la honradez. Hay tantos cristianos pícaros, como habrá tantos hombres de bien entre los que no lo son. Además, los que vienen con Alfaro ¿no son tan ecuatorianos como nosotros? En el Ecuador nunca han existido moros; de suerte que vamos a pelear cristianos contra cristianos.... Esto sí que no me parece bien.

—Lo que sucede, Marianito, es que proclamar la libertad de conciencia es desconocer que la Religión cristiana es la única verdadera, equiparándola a las demás, que son falsas.

—Perdóneme Ud., mi Subteniente; pero a mí me parece que, para cada hombre, no hay otra religión verdadera que aquella en que ha nacido, que no se dejaría arrancar sino con el pellejo; siendo una temeridad pretender que cambie, como si mudara de vestido, a voluntad del que manda. Así el mundo estaría dividido en tantos pueblos como religiones y separados por murallas más grandes que las de la China, para que los del uno no entren en el otro, sino cuando se encuentren despechados de la vida, a no ser fingiendo una falsa apostasía..... Y, entonces, ¡fuera comercio y fuera todo! La humanidad estaría circunscrita a los del mismo credo. Los demás serían enemigos: relaciones con ellos..... ¡ni de salutación! ¿No le parece a Ud. así?

—No, Mariano. La libertad de conciencia trae como corolario la exclusión de la enseñanza cristiana en las escuelas y colegios, y tú bien sabes que, si no se les enseña cuando niños, después es imposible.

—Pero, si no todos los que viven en el país son cristianos ¿no sería peor excluir de la enseñanza a los hijos de los disidentes? o tendría que costearse el Gobierno en tantas escuelas como credos, para que cada uno ponga a sus hijos en la que se enseñe el que profesa. Como esto es imposible, aceptado que todos los hombres pertenecen a la comunión humana, la escuela debe ser para todos y no enseñarse en ella otra religión que la de la honradez, para que nadie se crea injuriado en sus creencias, que las sabrá inculcar por su cuenta a los suyos. Si acaso esto se cuartara.... entonces sí, que venga la guerra. Digo mal o digo bien?

—Dices mal, porque no le es indiferente al hom-

bre abrazar la verdad o la mentira; es así que la Religión Católica es la única verdadera; luego, ésta es la única a la cual está obligado en conciencia.

Y siguió hablando: La Religión Católica era la única que conducía a la finalidad humana, que no estaba en esta vida, sino en la otra. Jesucristo al establecerla había dicho terminantemente que su reino no era de este mundo. Y así como sería inhumano dejar a un viajero que siga el camino del precipicio, sin indicarle el que lleva a la posada; así también era crimen de lesa humanidad, proclamar la libertad de cultos, dejando que siga cada uno el que se le antoje. Lo cual, por otra parte, encarnaba el peligro del contagio, que podía descarriar a muchos de los verdaderos creyentes. La irreligión era como la lepra y exigía el aislamiento sin consideración a pérdidas materiales. Debían verse las cosas, no con los ojos de la carne, para la cual no hay más Dios que ella misma, sino con los del espíritu, que enseña el camino de la abnegación y el sacrificio e impone como un deber el renunciamiento. El secreto de la virtud estaba en esto, y sólo el catolicismo tenía el honor de que a sus héroes se les hubiese elevado, por el voto unánime del mundo entero, a la cumbre divina de la santidad.

Mariano le escuchaba con atención; pero, a cada pausa de su interlocutor, como que deseaba hablar, movía los labios y en sus ojos, que se iluminaban por la luz interior del pensamiento, se le adivinaba que se le ocurrían nuevas objeciones. Cuando concluyó su interlocutor, murmuró tímidamente:

—Lo que Ud. acaba de decir del Catolicismo, al

cual también yo pertenezco, puede aplicarse igualmente a las otras religiones; porque cada uno está convencido, indudablemente, de que la única verdadera es la suya. Y volvemos otra vez a la necesidad del aislamiento de cada credo, lo cual rompería la mancomunidad humana, convirtiendo el mundo en un campo de batalla y contradiciendo a las mismas enseñanzas de la Iglesia Católica, que proclama como dogma la unidad de la especie.

Creía Mariano, que antes que la religión, estaba la naturaleza. Que primero era ser hombre, antes que católico, protestante o musulmán, y que las creencias debían ceder el paso a la mancomunidad humana, cooperando a su realización y no poniéndole obstáculos; mucho menos, levantando un credo como bandera de combate contra los demás, sin ver que aquello contrariaba a la naturaleza, cuya sabiduría, al establecer la unidad de origen, había sancionado también como un imperativo umano, la hunidad de fin.

—¡Muy bien! —exclamó su interlocutor— ese fin lo coloca el Catolicismo más allá de esta vida, en la bienaventuranza eterna, mientras los otros lo colocan en este mundo y proclaman el materialismo.

El hombre, decía Sebastián Garrido, desde la cuna necesitaba alguien que le asista y guíe, porque de por sí, era incapaz aun para los actos más comunes, y no alcanzaba ningún conocimiento, ni aun de los más rudimentarios, sino recibiéndolo de los demás, por medio de la enseñanza. Con mayor razón se debía aplicar ésto en cuanto a la acertada dirección de las almas hacia la finalidad de su destino, y esta misión

estaba confiada a la Iglesia Católica, como depositaria de la verdad, por mandato del mismo Jesucristo que la instituyó. Ninguna de las otras iglesias podía proclamar título igual de magisterio, y, por lo mismo, al hacerla oposición a la Católica, iban contra su propio bien y ponían obstáculos a la finalidad humana.

Pero, para Mariano era inconcebible que la finalidad humana esté reservada exclusivamente para después de la vida, desde que, de ser así, resultaba alcanzarla únicamente aquellos a quienes les hubiese tocado en suerte nacer dentro del grupo de los predestinados. Le parecía que el hombre debía tener toda su finalidad en el tiempo y dentro de la especie, no de un grupo. Y consistía en el propio renunciamiento en bien de los demás, sin consideración alguna a premios ni castigos. De esta suerte, sin destruir la doctrina de la espiritualidad, colocaba la finalidad humana en esta vida; pero en un plano altísimo, al cual no se podía ascender sino por el camino de acrisoladas virtudes, que le transformaban al hombre casi en divinidad.

La finalidad del hombre, para ser humana, según Mariano Padilla, debía tener por objetivo al hombre mismo, y esto era contradictorio sostener que tenga su realización más allá de la humanidad, después de los linderos del tiempo y donde ya el hombre no necesitaba del hombre. No le disgustaba que más allá de la vida exista una sanción para los actos humanos, y aún la creía necesaria como un medio de comunicar eficacia a la ley de la solidaridad; pero le repugnaba elevarla a la categoría de fin, porque aquello implicaba la proclamación del egoísmo como término de toda virtud.

Sebastián Garrido le escuchaba asombrado. Era esta una doctrina nueva y de una subida espiritualidad, que contrastaba terriblemente con la humildad de los labios que la formulaban. Le producía el mismo efecto que ver salir un torrente de luz de las entrañas de una vasija de barro. Admiraba el corazón de ese pobre rústico, que emitía sonidos delicadísimos, de una armonía celestialmente terrena, que le ponían a la altura de un reformador.

De repente Mariano calló, como si le hubiese acometido un súbito dolor, y la palidez cubrió su rostro, al mismo tiempo que sus ojos se fijaban en dos mujeres, que, frente a ellos, iban por el alameda en dirección al puente. Su paso era intranquilo y a cada rato volvían la cara para fijarse en la línea de guerrillas, como si regresaran desalentadas de no encontrar entre ellas a alguna persona querida que buscaban.

—Esas mujeres, —dijo Garrido— pasaron hace cosa de tres horas por el puente hacia la ciudad, llevando esa misma cesta tapada con su mantel blanco. De seguro que llevaban su cuy asado con papas revueltas y mote caliente a alguno de nuestros compañeros, y no encontrándolo, vuelven a la casa con la tristeza de comerse ellas solas. ¡Qué bien nos sentaría, Marianito, ese potaje! ¿Las cenoces?

—Están muy lejos— respondió Mariano, y ambos se quedaron mirándolas.

Eran Rosario Larriva y su madre que regresaban a la casa, dando la vuelta por el Puente del *Vado,* con la contradicción de haber recorrido toda la línea de combate, averiguando por Mariano Padilla, para ob-

sequiarle lo que había dicho Garrido, sin encontrar persona que les diera razón de su paradero. No le habían visto a Mariano cuando pasaron o, si le vieron, no le habían reconocido.

IX

A las seis de la tarde de ese mismo día, fueron retiradas las guerrillas y reconcentrada toda la tropa en la plaza Calderón, ignorándose la causa de estas órdenes, que daban lugar a diversos comentarios, sin que nadie pudiera aducir pruebas que confirmen su manera de sentir. A las siete, se las puso en formación con el mayor sigilo, y a las ocho, desfilaban misteriosamente con rumbo a la *Cruz del Vado,* en donde se hizo alto.

Unos cuerpos ocupaban la carretera, y el batallón en el que estaba Mariano, la vereda de la calle alta en la que está la *Cruz*. El silencio era completo, porque se habían dictado las órdenes más severas para que se lo observe. Así permanecieron en pie, arrimados a sus fusiles, hasta eso de las nueve de la noche.

Durante esta permanencia de silencio y recogimiento, Sebastián Garrido, en quien habían producido profunda impresión, meditaba en las palabras de Mariano. La finalidad humana tenía su realización en la vida presente y consistía en el sacrificio de sí propio en favor de los demás. Cada hombre debía ser como una luz que arde para que los demás vean. Según

esto no había sino tres categorías de hombres que cumplían con este sagrado ministerio: el sabio, el artista y el apóstol. Como faros encendidos, de trecho en trecho, iluminaban los senderos de la vida, por donde pasaba la gran masa anónima, guiada por los embusteros de las finanzas, la política y la guerra. El financista era un mercader disfrazado de sabio, que había dado con el secreto de desnudar a los demás; el político tenía el rostro oculto bajo la máscara de dos caras del teatro antiguo, era el artista de la mentira, la una cara mostraba al pueblo, la otra a sus correligionarios, mientras su rostro reía debajo de las dos; y el guerrero era el ejecutor de las infamias de ambos. Eran la trinidad brotada del abismo, que extendía sobre el mundo el imperio de la sombra, en cuyo seno, bajo cortinas de oropel, sobre un trono de cadáveres, se alzaba el egoísmo.

La naturaleza estaba organizada en sentido de subordinación de las especies inferiores a las superiores, y la realización de éstas era la base fundamental de la vida. El hombre, que ocupaba el tramo más alto en la escala de las existencias, a la vez que era el dominador de todos los órdenes, se debía a los demás hombres en el tiempo, y, más allá del tiempo, sólo a Dios.

Que bien había dicho Mariano Padilla, que no daba con el motivo de esta guerra. Estando el hombre obligado al hombre, por ser esa la finalidad de su destino ¿Cómo avanzaba a su encuentro para la destrucción? La guerra, evidentemente, era contraria a la naturaleza, y no podía justificarla sino el egoísmo co-

mo hijo de la oscuridad de la materia. La ignorancia era una necesidad para la dominación de los financistas, los políticos y los guerreros. Las guerras tendrían su término el día en que el pueblo, el gran galeote, llegue a ser antorcha.

Lo malo era que no llegaría nunca a eso, porque a la democracia se le había quitado su verdadero sentido, haciéndola concebir, no como un florecimiento de luz, cuyas cabezas se nivelan en la altura, sino como una compactación de sombras, igualada por el rasero en las esferas inferiores. Esto condenaba Garrido en su pensamiento como una infamia. En su sentir, la democracia no era una fórmula depresiva, sino la expresión de la aristocracia de todos, en la forma concreta de una distinguida superioridad espiritual. Había que hacer esta rectificación en las repúblicas, para que todos dirijan sus energías en el sentido de ascensión. De otra suerte, se confundía la audacia con el mérito, y la dirección de los destinos de los pueblos, caía en manos de los peores, abriendo el paso a la demagogia.

Esta guerra no tenía explicación sino en este terreno. Alfaro, a título de liberalismo, no tendía sino a revertir el orden social; a suprimir las gerarquías, que eran tan naturales como los desniveles en el mundo físico, y a la supremacía de los mediocres. Era ésta una obra de degeneración y de ruina, a la cual tenían obligación de oponerse los que concebían la democracia como una igualdad superior, abierta a todos cuantos tuvieran capacidad para agigantarse hasta alcanzarla. No había en ello propiamente un ideal, pero la de Cuenca era una bella causa, y bien merecía el

sacrificio de quienes la defendían. Tal era el verdadero aspecto político de la cuestión. Vega era la personificación de ese ideal de democracia. El sentimiento religioso no era sino uno de los perfiles de superioridad que ennoblecía la causa, concediéndole una elevada distinción espiritual. Había que batirse.

En ese preciso momento, comenzaban a desfilar las tropas con rumbo a *San Roque.*

La noche era de luna, cuya luz, al través de un cielo borroso y ceniciento, se tamizaba en un crepúsculo tenue, que no permitía distinguir con precisión los objetos. Corría del Sur un vientecillo helado, que causaba en los rostros la impresión de hojas de espada, de largura infinita, deslizadas al contacto. Se dejaba sentir un ligerísimo polvo de llovizna que acentuaba la frialdad del viento.

En *San Roque* hicieron alto los demás cuerpos, y sólo avanzó el *Batallón Mosquera* por la *Calle Vieja,* con dirección a la *Loma de Yanuncay.* Excepto los Jefes, todos, oficiales y soldados, iban a pie. La marcha era lenta y accidentada. Marcaba el paso un rumor de pedregal removido, con frecuentes interrupciones, durante las cuales se escuchaban susurros de palabras ahogadas y breves, ruido de saltos y chapoteo de agua. Las acequias de los riegos, como bocas desdentadas, y roídas por el cáncer, cortaban la calle con sus charcos negros, obligando a largas paradas y saltos difíciles, que algunos los evitaban, cruzándolos a pie enjuto, hundidos hasta las rodillas!

En algunos puntos del camino, habían cruzado los morales, de lado y lado, sus ramas, y los que iban

delante, tenían que despejar el paso a calibrazos, cuyo ruido despertaba a los perros de las quintas vecinas, que acudían ladrando desesperadamente; y los dueños, desmelenados y en paños menores, asomaban sus cabezas soñolientas por entre la maraña de las cercas, contemplando, con ojos asombrados, ese silencioso desfile de sombras, rasgadas por el relucir metálico del calibre de los fusiles, que les producía frío en las entrañas; y desaparecían con precipitación, encorvados, a cuatro pies, como si ya mismo oyeran tras ellos traquetear los manubrios, anunciando una descarga.

Conforme se acercaban a la *Loma de Yanuncay*, redoblaban las precauciones y el paso se tornaba sigiloso. Todos iban nerviosos, hundiendo sus miradas, como flechas, al través de los matajes que coronaban las cercas, espesos, negros, movedizos y susurrantes por las ráfagas de viento; esperando que, de un momento a otro, cien bocas de hierro, de en medio de ellos, vomiten la muerte sobre las filas.

Iban a dar una sorpresa al Estado Mayor enemigo, que se hallaba alojado en la quinta de la Sra. Hortensia Mata, y temían ser ellos los sorprendidos. Audaz era el proyecto; pero no aventurado: pues, sabíase que había perdido el Estado Mayor su contacto con el grueso del ejército, que, sin dejar sino un reducido cuerpo de guardia, pasara temprano por el puente de los Ugaldes, a acampar al otro lado del Tomebamba, en las alturas de Balsay, a más de una legua de distancia.

De repente se paralizó la marcha, y, poco a poco, se extendió el más completo silencio. Se hubiese di-

cho que esa masa de hombres, que un momento antes se movía, acababa de perder hasta el aliento. Esta situación, que pudo prolongarse por mucho rato y volverse intolerable, se resolvió afortunadamente pronto. Los espías enviados delante, trajeron la desconsoladora noticia de que, media hora antes habían huído los últimos pájaros, dejando la jaula vacía. Por algunos minutos de retardo, se había malogrado la empresa que, acaso, sin mayor mortandad, afirmando el triunfo de Cuenca, hubiera cambiado la situación política de toda la República. Era preciso precipitar la contramarcha para tomar posesiones antes de que amanezca, porque ya no quedaba otro recurso que la suerte de las armas.

Alfaro y sus tropas no conocían el terreno, pero, por desgracia, algunos hijos de Cuenca, a quienes Alfaro concediera grados militares de importancia, le acompañaban como Jefes y dirigían todas las operaciones. Traían la desolación y la ruina a su propia casa. La madre había arrojado de su seno a los hijos ingratos y había murado las puertas para que no entren; y ellos traían fuerzas extrañas para arrasarla y penetrar a sangre y fuego, sin cargar siquiera la nota de traidores..... La guerra civil era el peor monstruo, y paseaba su cabeza erizada de serpientes y sus manos teñidas en sangre de hermanos, por todos los pueblos de la tierra. Las guerras internacionales, dentro de la ficción de las fronteras, tomaban apariencias de justicia, ya que el derecho mismo, en la mayor parte de sus instituciones, no tenía más reglas que los convencionalismos humanos; pero la guerra civil era

inexplicable, a no ser por la ambición de unos pocos y la ignorancia de los demás.

Vega dispuso sus tropas en dos alas que se tocaban por el vértice, formando ángulo, el lado opuesto a este vértice era el frente de batalla del ejército contrario. El ala derecha descansaba sobre las alturas del *Cebollar,* y la izquierda se extendía hasta el Tomebamba. Ambas fuerzas estaban tan cercanas que se veían y se insultaban, antes de comenzar el combate, en las primeras horas de la mañana: una mañana con un cielo azul y un sol de gloria, digna de alumbrar el abrazo de la paz universal, iba a presenciar una carnicería de hermanos!

El *Batallón Mosquera,* no había sido destinado. Permanecía en su cuartel, listo para acudir a donde se le llame.

X

Si acaso las guerras civiles fueran dignas de la majestuosa grandeza de la epopeya, Cuenca, no obstante haber sido vencida, tendría derecho a ella, por la heroisidad de sus hijos en la sangrienta batalla del veintidós de Agosto de 1896. Los mismos vencedores tuvieron la hidalguía de reconocerle los honores del triunfo; pero es cierto que fue ventaja para Cuenca, que haya venido al frente de la expedición el Héroe de Jaramijó; el Viejo de alma fuerte y corazón de madre, consagrado por la pluma de Montalvo, como una de las más justas glorias de la América Española. El General Don Eloy Alfaro tendió su mano generosa sobre la heroína moribunda, que, sangrando por mil heridas, se mantenía aun de pié, en la serena actitud de mártir; y por respeto a esa mano, tuvieron que tragarse su propia venganza los traidores, que pensaban hallar en él al portaestandarte de la desolación y la ruina de Cuenca, que no tenía otro crimen que haberles servido de cuna.

El combate había comenzado a las ocho de la mañana, con un fuego nutrido de fusilería y metralla por parte del enemigo, sin la menor intermitencia, al

que contestaban las tropas de Vega con la parcimonia de cazadores, conscientes de su destreza, para quienes no hay tiro perdido; pero los enormes claros que abrían en las filas contrarias, eran llenados inmediatamente, en sucesión interminable, como las olas en el río.

De rato en rato, estallaba el cañón, cuyos ecos se dilataban formidables con la majestad de un trueno, y los soldados de Vega se tendían en tierra, amedrentados y visoños, mientras pasaban pesadamente por sobre ellos las granadas, yendo a estrellarse contra las torres o los edificios más destacantes de la ciudad. El temor duró poco. Convencidos de la inutilidad de aquel aparato de destrucción, cada disparo era recibido con gritos y silvos de rechifla, como una vana alaraca de terror que, lejos de infundir miedo, enardecía la sangre de los combatientes; para los cuales en una lucha de hermanos, donde el mal debía limitarse a lo indispensable para el triunfo, estaba demás aquella criminal ostentación de venganza. ¿Acaso no era Cuenca una de las más bellas poblaciones de la República? ¿Por qué se la bombardeaba, como si se tratara de una joya de nación enemiga? El bombardeo, en las revueltas civiles, era un crimen de lesa patria; un acto de salvajismo; una prueba de degeneración y de retroceso, que los convertía a los consumadores de semejante infamia, en enemigos de la nación o en alienados que despedazan, por recreo, las más costosas y bellas joyas.

El bombardeo duró todo el día, sin producir otro efecto que destruir edificios y sembrar el terror y la

intranquilidad en los hogares, donde no quedaban sino mujeres, ancianos, niños y enfermos..... toda la parte indefensa de la población, que hasta en las guerras internacionales se respeta. Esas personas no pertenecen a ningún partido, y están a la sombra de la bandera de la humanidad, que no reconoce fronteras en la tierra, y se confunde con el vasto azul de los espacios en la inmensidad. Cuenca, la ciudad de los pensadores, la ciudad de los leales, valiente con los enemigos, hidalga con los vencidos, hospitalaria para con todos, había sido tratada como tierra de conquista, donde no podía germinar la paz sino con el abono de la desolación.

A las nueve de la mañana, a la grupa de uno de los ayudantes de campo, era traido el primer prisionero; un negro que, con el sombrero a la mano, pasaba saludando a cuantos encontraba, mostrando con gesto salamero, las hileras de sus dientes blancos, como un teclado de marfil en un piano de caoba. En medio de la alegría que despertaba en el público este comienzo de triunfo, escuchábase frases de compasión para el pobre hombre, y ni una sola de reproche o de venganza; porque los pueblos cultos, que se han distinguido por su amor a la belleza, no pueden descender de las alturas del sentimiento estético, a la villanía del sarcasmo o la estupidez del maltrato a quien no puede defenderse. Cuenca vió en aquel hombre a un vencido, y lo tomó a su cargo, proporcionándole pan y abrigo, sin que se le ocurra siquiera pensar en que las manos podía tener manchadas en sangre de alguno de sus soldados.

Los Jefes y Oficiales del ejército invasor desespe-

raban ya del triunfo, y abusando de las ventajas del número, lanzaban sobre las abiertas pampas batallones enteros, en masas compactas, con la consigna de avanzar en carrera suelta sobre los atrincheramientos enemigos, para poderlos desalojar; pero negreaban los rastrojos en menos tiempo del que tardamos en referir, y no alcanzaba ni uno a coronar su intento. Esto enardecía el ánimo de las tropas de la revolución, que esperaban, cuando más después de dos horas, elevar el grito de victoria, demostrando que nada puede el número contra el valor, y nadie se movía de sus puestos, abrigados por enormes cercas de piedra, con tupidas cabelleras de maleza, que, sin estorbarles para el tiro, les volvían invisibles para el contrario.

Pero, de repente, el ala izquierda se sintió flanqueada y envuelta por las fuerzas enemigas, que, bajando como una abalancha desde las alturas del *Cebollar*, intentaban cortarles el paso. Aquel había sido un momento de terror, que para otros soldados que no fuesen los de Cuenca, hubiera consumado la derrota; pero, no produjo más efecto que el de una ordenada y prudente maniobra, en la cual padecieron algunas bajas, sin perder ni un fusil, porque los que no quedaban en el campo, recogían el arma y la cartuchera de los caidos, sin temor al diluvio de balas, para continuar retirándose.

Qué había ocurrido con los del ala derecha? ¿Habían sido tal vez derrotados? Nada: era simplemente una traición que malogró el triunfo, y cambió por completo el aspecto del combate. Una criminal disputa de Jefes sobre primacías de mando, en la columna *Pauteña*,

que ocupaba el extremo del ala derecha, y defendía las alturas del *Cebollar,* motivó la retirada de esa columna en masa, sin una sola baja, dejando así abierto el paso por aquel lado a las tropas enemigas y consumando la ruina de las de Vega, que tuvieron que replegar a la ciudad.

En aquellos momentos de pánico, el Coronel Luis Galves, en la desesperación del desastre, sin saber cómo contener a la soldadezca de Alfaro que, como un manto negro y movedizo se descolgaba por los flancos de la colina; para dejarles maniobrar libremente a sus soldados; se precipitó hacia aquellos, sin más arma que su espada, a paso de vencedor, por en medio del campo abierto, intimándoles rendimiento, a gritos, en una actitud heróica. Todos los fusiles se dirigieron sobre él, y en medio de las descargas, como si fuese invulnerable, seguía avanzando; pero al fin cayó, traspasado por veinte proyectiles a un tiempo, tirándoles la espada al rostro y haciéndoles un gesto insolente con el brazo..... ¡tomen esto!

Había nacido en Cañar y tenía estampa de héroe. Las charreteras de Coronel las conquistó por su valor en la *Restauración.* Era tan alto el concepto en que se le tenía entre los Jefes de aquella época, que tuvo el honor de ser designado como parlamentario cerca del General Dn. Ignacio de Veintemilla. Fue recibido por Dña. Marieta, la amazona quiteña, sobrina del General, a quien acompañaba a todas partes, y cuando ésta le preguntó, ¿cuántos son Uds.? Galves, cuadrándose militarmente, y dándose una palmada en el pecho, le contestó con enfatismo: *Pocos, señora, pero todos co-*

mo yo. Agradó tanto esta contestación a la hermosa guerrera, que extendiendo su blanca mano, más digna de los besos de un amante, que de la empuñadura de la espada, tomó una botella de vino, llenó dos copas, y entregándole la una a Galves, bebió la otra a su salud.

En la noche del cuatro de Julio, que se consumó el asesinato del Mayor Guillén, Galves, con veinte compañeros más, había sido tomado prisionero. Todos se hallaban encerrados en un calabozo, donde permanecieron hasta el día cinco. A las once de la mañana de este día, había llegado a saber el Coronel León Valles la existencia de estos prisioneros, y mandó que se los saque y enfile en el patio, para fusilarlos. La escolta que debía consumar el crimen se hallaba ya desplegada al frente con los fusiles en peligro, esperando la señal de mando. Pero, al perverso Jefe, que no podía hacer nada sin demostrar la bajeza y villanía de su alma, se le ocurrió primero ultrajarles a los sentenciados. Galves ocupaba el tercer puesto entre los de la fila. Había el infame abofeteado canallamente a los dos infelices que le precedía a Galves, e iba a poner sus manos de orangután sobre éste. Galves se cuadró como él sólo sabía cuadrarse, y (perdón por el vocablo) le gritó: *¡Carajo!, puede Ud. descargar sobre mí todo el parque, pero no me pone sus manos viles como hombre!* y acompañando al dicho el hecho, dió tal bofetada al ruín por el rostro, que lo botó patas arriba, a cuatro metros de distancia. En ese mismo instante, el clamor de la derrota cundió en el cuartel, y levantándose el malvado, poseído del pá-

nico a tal noticia, huyó, olvidándose de los prisioneros, que quedaron vivos, gracias a la actitud de gigante del Coronel Galves.

Valles, había ido a desvestir a un pobre indio que se hallaba en el cuartel, para disfrazarse con esos harapos. Y le caían tan bien las *oshotas*, el pantalón de bayeta, el *poncho hualoto* y el sombrero de lana, que nadie pudo sospechar al verlo, que era ese miserable indio el famoso Coronel Valles. Cuando se le llegó a reconocer, había ya pasado el enfurecimiento de la ola popular, que lo buscaba para vengar el asesinato de Guillén, y nadie le tocó en la punta de un pelo. Pero, su alma vil, si acaso la tenía racional, había pasado por todas las torturas de la situación, porque la marea de odio que le perseguía, se desarrollaba delante de él, que apelotonado debajo de su poncho y su sombrero de lana, temblaba en un ángulo del corredor.

El Coronel Galves era acreedor a que se le eleve una estatua ¡allí! en el rastrojo donde cayera, de cara al cielo, en medio de los tallos de maíz que erizaban el campo como calibres de fusilería de un ejército que, con el arma al hombro, le hiciera los honores fúnebres debidos a su grado y a su gloria, durante las veinticuatro horas largas de su abandono. Si hubo un héroe que se distinguiera entre tantos de aquella jornada, ¡ese era Galves! El mal éxito de la guerra, había sido parte para que sus restos sean arrojados a la fosa común, en repugnante promiscuidad, acaso, con los de los mismos que le mataron.

El *BatallónMosquera* avanzó por la calle *Bolí-*

var, ansioso de restablecer la línea de combate; pero no había podido pasar de la *Cruz de San Sebastián,* porque ya los enemigos se encontraban por los *molinos del Ingenio* y se extendían al otro extremo, por las calles de la *Suelería,* hasta los bajíos de *Cullca.* Ya no era posible una línea regular de combate, y cada soldado, de su cuenta, corría al punto que mejor le parecía, improvisando barricadas en las boca—calles, para contener el avance de los contrarios; mientras otros acudían a las alturas de la colina de *Cullca,* para impedir que los que combatían en las calles sean cogidos a dos fuegos. A la cabeza de estos últimos, iba el General Dn. Alberto Muñoz Vernaza, a caballo, y el Coronel Dn. Luis Lazo, a pie. Ganados por el enemigo en la maniobra, tuvieron que establecer una nueva línéa de combate, tomando los dos frentes la forma de una escuadra; posesión en la cual se mantuvieron, sin cejar por una ni otra parte, hasta cuando cerró la noche.

En una de las esquinas de la *Suelería,* desde la casa, según se decía, de un Barrera, en la cual se había construído un emparedado, a eso de las dos de la tarde, había sido herido el General Muñoz Vernaza. Los asesinos que se habían emparedado en aquella casa, causaban a mansalva, sin correr riesgo alguno, más destrozos que todas las guerrillas de Alfaro.

En esa esquina se había encontrado Mariano Padilla, y se había sostenido firme hasta eso de las cinco de la tarde; sin que le queden más compañeros que el bermejo, hijo de la viuda, y uno de los prisioneros del *Cinco de Julio,* dado de alta en el mismo cuerpo.

A pocos pasos de la esquina, en la acera del frente, de rato en rato, asomaba la cabeza de un anciano. En una de esas, recibió un balazo que le hizo rodar a media calle, despedazado el cráneo, al mismo tiempo que una viejecita, su mujer seguramente, aparecía en el umbral, desesperada, solicitando auxilio para recoger el cadáver. Aquella era una escena desesperante y lúgubre. ¿Quién podía socorrerla, si no había más gente que los tres guerrilleros de la esquina? Mariano Padilla no pudo vencer la sensibilidad esquisita de su alma, y, en medio de la granizada de balas de la casa y de la esquina, abandonando la barricada, acudió a las voces de la pobre señora, tomó el cadáver del esposo con los miramientos de un hijo, entre sus brazos, le dejó adentro en la tienda y regresó a su puesto..... Ya no estaban en la barricada los compañeros. Una guerrilla asomada a sus espaldas, acababa de flanquearles. Solo y cogido a dos fuegos, no tuvo otro recurso que reconcentrarse a la ciudad, a carrera suelta, con fuego nutrido por las espaldas.

La esquina a la cual avanzaba, atachada como era, podía ponerle al abrigo de ambos flancos. Llegó allí el preciso momento en que el prisionero dado de alta, luchaba con el hijo de la viuda, pretendiendo asesinarle. No había una alma hasta la calle *Bolívar,* que estaba una cuadra más allá. De un calibrazo en la cabeza le hizo rodar al asesino, y haciéndose del arma y el pertrecho, le insinuó al hijo de la viuda, que tomara hacia la calle *Bolívar*, mientras él sostenía los fuegos guardándole las espaldas. Cuando el compañero hubo ya salido a la carretera, emprendió tras él, y quedaron esos

barrios abandonados. Había sido el último en retirarse.

En la esquina del *Cenáculo* se había levantado una barricada de adobes con dos frentes, que miraban el uno a *San Sebastián* y el otro a *Cullca.* Allí se reconcentraron todos los combatientes, con los escasos cartuchos que restaban, ya sin otra esperanza que la de contener el avance del enemigo en son de triunfo, especialmente de noche, y poner a la población a cubierto de sus desafueros. Pasaron palomeándose hasta el amanecer.

Con el día, recrudecieron los fuegos, y la línea de combate se extendía a lo largo de la calle *Portete,* hoy *Tarqui,* desde el *Vado* a la *Suelería;* pero, por una y otra parte, había decaído el entusiasmo; les enervaba el cansancio.

Mientras tanto, los Jefes que aun quedaban en pie, se habían reunido a deliberar, y resolvieron mandar una comisión de paz a Don Eloy Alfaro, para parlamentar y conseguir algunas garantías. Se ofreció para ello el Coronel Don Moisés Arteaga, distinguido jurisconsulto, de acrisolada honradez, valor y arrogancia a toda prueba, al cual se adjuntaron otro militar de grado inferior y Monseñor León, el Obispo santo y sabio, al que acolitaba su hermano Justo, Arcediano de la Catedral de Cuenca, superior a su Prelado en santidad y de saber indiscutible en Cánones.

Marchó la comisión a las diez de la mañana, precedida por la simbólica bandera blanca. El General Alfaro les había recibido con los brazos abiertos. A pesar de algunos abejarros, hijos de Cuenca, que le insinuaban a no ceder, concedió toda especie de garantías,

sin más condición que la de que se retiren todos los combatientes, para lo cual se les concedía media hora de término. Así se realizó. Y a las once de la mañana, en orden de estricta formación, desfilaban las tropas de Alfaro por la calle *Bolívar,* con dirección a sus respectivos alojamientos. Ocuparon la Curia, el Seminario y la *Casa de Ejercicios* en el *Corazón de Jesús.*

Resultado final: muchos edificios averiados, mil seiscientos y tantos muertos, de los cuales ciento dieciseis eran cuencanos, y un centenar de heridos de uno y otro bando. Total: un diluvio de sangre, para firmar un tratado de paz.

XI

Cuando Mariano Padilla, con el ánimo deprimido por la derrota, se acercaba a su humilde albergue, sentía algo que se le angustiaba dentro del alma, afligiéndole haber quedado con vida, cuando su corazón no era sino un ataúd en el que pesaba, con frialdad de hielo, el cadáver de la esperanza. ¿Qué haría allí, si nadie le esperaba e iba a ser más bien un estorbo su presencia? Tenía el convencimiento de que la soledad se agranda con la compañía, cuando no hay correspondencia de sentimientos, y deseaba que nadie estuviera en su casa, para gozar de la amarga dureza de su desamparo.

Desde un altozano próximo, donde se detuvo, contempló su heredad. La casa con su rojizo tejado y sus paredes blancas, sin la animación del penacho azul de humo, escapado por la chimenea como cántico de vida, le parecía una de esas tumbas de los cementerios campesinos; los terrenos de labor, agostados y yermos, aun más que cuando los dejó, no habían sentido la caricia fecundadora del arado en sus entrañas, y todo respiraba tristeza y abandono. En medio de las otras heredades, cubiertas de negros terrones, esperando la primera lluvia para convertirse en polvo, la su-

ya semejaba un huérfano envuelto en su pingajo de harapos descoloridos, sin mano cariñosa que le ponga un traje nuevo, o le quite la carroña de la suciedad.

Extrañaba la vida de tumulto, de marchas y contramarchas, de torturas y de riesgos de la campaña, que habían sido como paliativos de la decepción que se le presentaba irremediable, negra, prolongando su oscuridad a las profundidades del porvenir, en el cual envano hundía los ojos con la persistencia del náufrago que busca una vela entre las brumas del océano, sin distinguir nada que comporte una promesa. Si hubiera muerto! ¡Qué bien hubiera estado, tendido en la fosa común, en promiscuidad repugnante con los enemigos; pero, al fin, muerto, sin ver, sin oír, sin experimentar las torturas que le amargaban, y que iban a ser más grandes cada día con la presencia de la mujer amada! Pero, estaba resuelto; no tendría ocasión Rosario Larriva para darle nuevos disgustos.... ¡Ojalá nunca volvería a verla!

Avanzó despacio, con precaución, decidido a huir, a buscar en donde refugiarse, mientras estuvieran allí, como un ladrón, detrás de un cerco o los chaparrales del huerto, para vigilar que se alejen y poder entrar en la casa. Pero felizmente, nadie estaba allí. Después de dar la vuelta al rededor del edificio, como si quisiera cerciorarse de la soledad, cayó de bruces al pie de una parba de *calcha*, en uno de los ángulos del patio, y con la cabeza entre los brazos, lloró hasta sentirse aliviado.

Al levantarse, no tenía conciencia precisa de lo que deseaba, y se puso a recorrer los pedazos de tierra que componían la heredad, de uno en uno, siguien-

do los linderos, como si tratara de conocerlos. Nada se había alterado; eran los mismos; delante, los rastrojos habían desaparecido, devorados por los animales, cuyas huellas estaban patentes: en ése habían sido amarradas las mulas, en el otro, la vaca, en el de más allá todos. No quedaban sino las *tarallas,* arrancadas o torcidas, brillando al sol con su charol de oro entre los restos atropellados de hierbas agostadas, de las que no quedaban sino los pajizos tallos.

Así estaba su alma; pero sus campos, a la caricia del arado y de las lluvias renacerían, verdes, hermosos, coronados de flores, que luego serían frutos; mientras que su alma permanecería siempre muerta; cada vez más desolada, como las playas arenosas del mar por las que nunca pasa la primavera, derramando las flores de su canastillo, ni sienten otra caricia que la esterilizadora de las mareas.

Mariano Padilla estaba verdaderamente triste y derramaba un baño de pesimismo sobre todas las cosas, comunicándoles las oscuras tonalidades de su espíritu. Se le había atrofiado la facultad de la belleza a tal extremo, que no podía apreciar sino el lado turbio de cuanto le rodeaba, intensificado con pinceladas tan negras, que, al fin, no veía por todas partes sino la imagen espantosa de su dolor, multiplicada, agrandada, sin límites, hasta confundirse con la naturaleza.

Deseaba ver sus mulas, únicas compañeras de suerte, que no le pondrían malos ojos y de cuya lealtad estaba seguro. No debían estar en viaje, porque aun no habían descansado lo bastante. Se encaminó al potrero, situado a cosa de un kilómetro de la casa. Un sol abra-

sador caldeaba los campos, como si quisiera incendiarlos. El cielo estaba azul, pero por el Sur asomaban grandes cúmulos, de color cárdeno, orlados de plata por los cantos-nubes de Girón, portadoras indefectibles de lluvias. Vibraba la atmósfera por el exceso de calor, sin una ráfaga de viento que la refresque.

—Mis pobres mulas —pensó Mariano— estarán muriendo de sed tan olvidadas y solas como yo. Y recordó que no había comido desde el día anterior. Calculó que sería la una de la tarde, porque las sombras comenzaban a tenderse hacia el Oriente. El día anterior había almorzado un *sándwich,* y un vaso de *chicha,* en uno de los tenduchos de la *Suelería,* más o menos, a la misma hora; y en veinticuatro horas de no probar bocado, no sentía nada, como si hubiera nacido para no comer. Se llevó la mano al bolsillo del saco, y una ráfaga de satisfacción iluminó su rostro hallándose dueño de media panela de dulce. Ya tenía para sus mulas. Sobre una piedra, con un cortaplumas de viaje, hizo doce pedazos, con uno que se reservó para tomar agua.

Las mulas le reconocieron apenas asomó en la tranca por donde se entraba en la azul llanura, y dando pequeños rebuznos, semejantes a balidos, se le fueron acercando hasta rodearle. Mariano les habló a todas y comenzó a repartir caricias y palmadas, a cada una, diciéndoles ternezas como si fuesen personas, y terminaba metiéndoles en el hocico su pedazo de raspadura. Como estaban sueltas, no habían necesitado que nadie las llevase al abrevadero. Si querían, que le sigan; él iba a beber agua. Y, satisfecho del cariño

de su recua, mascando el pedazo de dulce que se había reservado, se alejó hacia un extremo del potrero, por donde corría un arroyo, y, puesto de vientre sobre la grama, con la boca hundida en la fuente, apuró la cristalina frescura hasta saciarse.

Después de secarse la boca y la punta de la nariz con la manga del saco, se lavó las manos, pegajosas con el dulce, y se fue a sentar contra la cerca inmediata, a la fresca sombra de los espesos matorrales, que la cubrían como una cabellera verde y abundosa por la que jamás había pasado el peine.

Mientras contemplaba a sus animales, sin darse cuenta, recordó de su tía, a quien tanto había querido, y cuyo cariño, como una oleada de calor, se extendía a todo lo que era de él: la casa, el campo, los animales..... se alcanzaba para todo. De donde quiera que venía, a cualquier hora, la mesa estaba puesta, la cama tendida y a la cabecera de ésta, lista la ropa que debía cambiarse. ¿Dónde encontrar una mujer como ella? Las virtudes se heredaban de la misma manera que los vicios; pero su tía no había dejado descendencia, y en cuanto a su prima Juana, estaba por asegurar que no la conocía.

Cruzó por la mente de Mariano Padilla la idea de hacerle una visita. Estaba debiéndole la del pésame. Pero, sus esfuerzos por recordar dónde se hallaba la casa y el camino que a élla conducía, eran inútiles. En fin, sabía que estaba en *Totora—cocha,* lo demás lo haría la diligencia. Esta resolución tranquilizó su espíritu, como la fresca brisa de la tarde orea el campo tostado todo el día por el sol. Saltando cercas y

atravesando pampas, hundiéndose entre los terrones revueltos por el arado, se dirigió hacia el camino público, para evitar cualquiera encuentro con alguno de sus partidarios, si regresaba por la heredad.

Acababa Mariano de trasponer la última valla, cuando oyó que le llamaban por su nombre. Era Pepe Larriva, que volvía de la ciudad, a donde hubo ido la tarde del día anterior, en busca de Mariano, después que había visto al General Vega, a eso de las tres de la tarde, acompañado de otros dos, pasar con dirección al Sígsig. Supuso que todo había concluído, y fue a indagar por Mariano, a quienes daban unos por muerto, mientras otros decían estar herido. Llegando en *Todos Santos*, como el combate continuaba, se detuvo. Ese día, atraído por la curiosidad de la entrada de las tropas vencedoras, perdió el hilo de las pesquisas y volvía descorazonado de no encontrarle, para tener la agradable sorpresa de hallarlo ya junto a la casa.

—Me alegro mucho, don Marianito, de encontrarle vivo y sano. ¡Cuánto contento tendrá mi familia de verlo regresar!

—¡Gracias, Pepito! Saluda a tu familia: yo me voy donde mi tía Guadalupe.

—Eso no puede ser, don Mariano; se irá mañana. Para lo más de una noche, aun cuando la nuestra fuera casa de enemigos.

—Nada de eso; no faltará tiempo para molestarles. Ahora dime: ¿en verdad pasó el General Vega ayer?

—Sí; y cuando le preguntamos acerca del combate, nos contestó: *todo está perdido!* y pasó precipitadamente.

—Cuenca le estará haciendo muchos agasajos al viejo Alfaro.

—Al contrario: las tropas desfilaron ante las puertas cerradas, sin que haya persona que, ni por curiosidad asome a los balcones, excepto las pocas familias alfaristas, que habían colocado banderas.... Parecía una ciudad encantada.

El General Alfaro está alojado en la Gobernación, que parece un jubileo de indios, que entran y salen, con su obsequio de huevos y quesillos, que los asistentes recolectan en canastas. Le saludan al General besándole las manos y se despiden en la misma forma, en tanto que el General les abraza o acaricia dándoles palmaditas y llamándoles sus hijos.

Por las calles no se ve sino soldados que pasean en grandes grupos; pero sin causar daños ni cometer abusos, porque el General les ha intimado que lo hará fusilar sin fórmula de juicio, a quien cometiere cualquier atropello.

—Y ¿en dónde han acuartelado a tanta gente?

—Unos están en el Colegio *Seminario*, otros en la *Casa de Ejercicios*, y el Estado Mayor en la Curia. Se ve que le han tenido miedo a Vega, para haber movilizado todas las fuerzas del Gobierno.... Circula mucho dinero; pero, en cambio, las cosas están por las nubes.... Se barren con cuanto sale al mercado, por lo que pidan, sin disputas ni regateos. Este era tiempo de hacer negocio, pero no me queda ni una panela de las que traje.... Antes, vamos para pasar cuentas, a que se lleve su parte de las utilidades.

—Guárdala hasta mi vuelta.

Había llegado a la entrada del camino de la casa, y Mariano le tendió la diestra a su interlocutor, despidiéndose; pero éste sin corresponderle, insistía en que entre, siquiera no sea sino para tomarse un draque y descansar un rato.

—Mi madre y mi hermana han de tener tanto gusto en verle.

—No puedo; se hace tarde, y parece que va a llover. Luego estaré por aquí para molestarles hasta que se cansen. Salúdales y agradéceles todas sus bondades.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos. Mariano continuó camino de la casa de su tía Guadalupe, y Pepe se perdió en el callejón que conducía a la suya, contrariado por la terquedad de su partidario y sin acertar a explicarse tan original conducta.

Estará enamorado de su prima Juana, pensó, sintiendo en su interior cierta pesadumbre, porque Mariano le parecía un buen partido para su hermana Rosario, que, a pesar de todo su orgullo, estaba convencido que le tenía mucha voluntad.

Iba despacio, preocupado, sin saber lo que diría a su familia. Si le decía la verdad, estaba seguro de que Rosario en un arranque de despecho, con ese engreimiento de buena moza que le era peculiar, no se andaría con contemplaciones, dando al traste con todo; pero a su vez, no encontraba prudente una mentira, para lo cual no tenía una explicación satisfactoria, y que, en la primera visita de Mariano, hubiera sido deshecha, y resolvió contar las cosas conforme hubieron ocurrido, dejando que hagan lo demás el tiempo y el destino.

XII

Mariano Padilla, aunque sentía tan marcada inclinación por la hermana de José Larriva, al extremo de haber pensado en ella desde la niñez, como si no hubiesen en el mundo otras mujeres, nunca había dejado traslucir sus sentimientos. A no ser por ciertos derrames de alma, con que le hicieran traición los ojos, nadie se habría enterado de sus aficiones. Y no es que en este modo de conducirse haya habido nada intencional, sino que, para su desgracia, todo era llegar a la presencia de Rosario, y volverse un tonto, como él decía. Deseando hacerle un agasajo o dirigirle una broma, salía con una pachotada, que le ponía a la muchacha al reviento, mientras él llevado por la desesperación, tenía ímpetus de estrellarse contra las piedras o tirarse de cabeza al río, porque no había sido hecho para el amor.

Cuando se hallaba sometido a la influencia de esos accesos de despecho, rehuía los encuentros con Rosario, demostrando hacia ella un desvío rayano en odio. Entonces era la madre de Rosario la que iba a verle, acompañada frecuentemente de su hija. Pero, Mariano, lejos de aprovechar esas ocasiones para borrar la mala impresión de lo de antes, quedaba tan

cortado, que, muchas veces, ni siquiera les brindaba asiento, recibiéndoles la visita de pie, donde era encontrado, sin interrumpir la faena que atendía. En su conversación, como si no estuviera allí Rosario, se concretaba con la madre, hasta que, picada la joven en su amor propio, acababa por irse, con visibles muestras de aburrimiento y de cólera. Allí era cuando Mariano desfallecía, yéndosele los ojos tras la hermosa, que se alejaba balanceándose, como para poner de relieve sus encantos; perdía el hilo de la palabra, como si fuera a correr, para atajarla tirándose de rodillas delante, o seguirla atrás, besando la tierra donde Rosario, ponía los pies.

Mercedes, la madre de Rosario, viéndole a Mariano en tan angustiosa situación dejaba vagar una maliciosa sonrisa entre los labios. Tenía evidencia de la pasión del arriero por su hija, y procuraba el acercamiento de ésta; pero la muchacha, aunque nada deseaba tanto como que no sea equivocación de su madre, fingiéndose ofendida protestaba.

—No soy tan fea: si quisiera casarme no me faltaría con quien, para irme a rogarle a ese lindote.

—No es por que te haga falta —contestaba Mercedes— pero un hombre honrado, y que tiene bien cubiertos los riñones, no se halla a la vuelta de cada esquina..... Si no fuera tu madre, maldito el caso que haría de tu suerte!

—¡Bueno! Ele, ya le quiero, y ¿qué?....— replicaba Rosario en forma despreciativa y burlona, poniéndole cara de picaresco desafío.

—Estoy segura de que tu amor le tiene chala-

dito.... Como es un hombre virgen, que no ha tratado nunca con mujeres, cuando se encuentra con su ojo derecho, se encandila, no sabe lo que dice ni lo que hace. Ya verás.

Un día la madre de Rosario le preguntó si había ido a visitar a Juana. Mariano le contestó que muchos años antes fue llevado por la tía, cuando muchacho, y que no conservaba recuerdo del camino; que, desde entonces, no la había vuelto a ver.

—Es una chiquilla muy guapa: debes pensar en casarte, Marianito.

—Con mi prima, no —respondió Mariano— yo tengo vista otra, señó *Michi*. De *huambra* me sentaba a su lado en la escuela.... pero el diablo es que no me resuelvo todavía.

Esta fue una revelación. Cuando Mercedes le contó a su hija, recordaba ésta cómo Mariano, en la escuela, le hacía partícipe de su fiambre, le llevaba nidos y pagaba golosinas a que se atrase de las demás compañeras para hacer el camino los dos solos. Se metían por senderos desconocidos para ella, por donde le llevaba Mariano para brindarle racimos de moras que él tenía vistas y las cuidaba hasta que estén maduras. Una ocasión, estando sentados al pie de un árbol, le abrazó y la besó, diciéndole que la quería; que cuando sea grande y tenga plata, había de casarse con ella.... Pero, había pasado tanto tiempo sin verse.... Tal vez ni recordaba de aquellos amores de la escuela!

Era un muchacho tan bueno y tan aplicado! El maestro le distinguía como al mejor de sus discípulos. El primer premio fué para él, y no siquiera lo llevó

a su casa; sino que le regaló a ella, encomendándole que guarde y conserve como un recuerdo, porque él ya no regresaría a la escuela. Iba a trabajar, a buscar fortuna, para volver por ella, cuando la hubiese conseguido.

A pesar de ser tan bueno, era ya un poco malicioso. En veces, haciéndole subir a los árboles, él se ponía debajo para indicarle este o aquel racimo, con el objeto de curiosear lo que ella ocultaba debajo de las sayas. Y ella, ajena a las intenciones de su compañero, le daba gusto, saltando como un mirlo por entre las ramas. Cuando bajaba, no le permitía tocar el suelo, apenas estaba a su alcance, la cogía por los tobillos, corriéndole la mano por las piernas, y la tomaba en sus brazos, colmándole de vehementes caricias. Ella se enojaba, y, para entrar en amistad, le regalaba reales y hacía que le perdone, ofreciéndole no repetir, y, en efecto, no repetía hasta cuando se le presentaba la ocasión.

Si acaso la quisiera como entonces! Ella no había podido olvidar ese amor de la niñez, y sus recuerdos le ligaban a Mariano de tal suerte que era capaz de cualquiera cosa por él. Pero, como él había cambiado tanto!.... y luego, no era dable que una joven, por grande que sea la inclinación a un hombre, vaya a estarlo haciendo carantoñas.... Ya tendría para echarle en cara el mejor día, diciendo que le ha rogado. ¡Todo, menos eso! La mujer debía conservar su puesto. No era ninguna perdida.... y hasta para éstas era un insulto que las digan rogadoras. Su programa estaba hecho. Si la quería como había dicho en la escuela, que

vaya por ella.... Y ni aun entonces le aceptaría a la primera.... no le daría campo a decir que se ha estado cayendo por él!.... A la segunda o tercera, ya era otra cosa. La mujer debía ir a la casa del marido con todo el prestigio de un triunfo: no era una mercancía que la lleva quien paga, sino un trofeo que sólo puede disfrutar quien lo alcanza.

La madre le había contado que el marido anduvo por ella tres años; quería que Mariano hiciera lo mismo por la hija. Pero esa exigencia, basada en la falta de conocimiento del mundo, podía perjudicarla, dando al traste con su buena suerte.

—No todo hombre es *don Constante* como lo fue tu padre— le decía Mercedes a su hija.

Había hombres que son como el río, al que jamás le faltan aguas, y en los cuales el amor era una corriente perenne, que, aun cuando disminuya, nunca se agota por completo; era en otros, como los aluviones, que parecen montañas que se van a tragar la tierra, arrollando cuanto tienen delante; pero que no duraban sino lo que dura la tempestad. El secreto estaba en conocer a cual de las dos castas pertenecía el pretendiente, para obrar de acuerdo con su genio.

Pero, Rosario había formado su programa de conducta, y por nada de este mundo se arriesgaba a renunciar lo que tenía pensado. No eran sus planes hijos de la presunción ni de la soberbia, y más que a su propia dicha, miraban el porvenir del hombre que la eligiera, para quien estimaba, indudablemente, más grata la compañía de la mujer que más trabajo le hubo costado.

Estaba segura que Mariano, cuando le habló a Mercedes, había aludido a ella, porque en la escuela no hubo otra a quien se hubiese acercado, y esperaba que la solicitara, llevando su insistencia hasta el ruego y rogándola hasta el vencimiento.... Si alguna se le interponía.... ¡No quería ni pensar en ello! Pero, de suceder.... ella se conocía!.... era capaz de todo.... de todo! Y por su mente de buena moza herida en su vanidad, pasaban pensamientos siniestros, cubriéndola de sombras, como una nube de tempestad que se desliza por debajo del sol fulgurante en un cielo azul.

—Seré la mujer de Mariano —se decía en su interior— y, si no soy su mujer, seré la sombra negra de la que con él me arrebate mi dicha: yo amargaré sus horas!

Cuando Pepe Larriva les refirió lo ocurrido con Mariano, Rosario emocionada, se dirigió a Mercedes:

—Ya ve Ud., madre, lo que yo le decía. Cuando por darle gusto a Ud. fuimos a perder el tiempo buscándole en las guerrillas, seguramente estaba en algún rincón con la bella de su prima.... Pero, mejor que no lo hayamos encontrado.... ni que sepa jamás esa tontería en la que me puso Ud.... Parece que tiene empeño en zafar de mí!

Y se echó a llorar con hipos, lamentándose de no tener edad ni dinero para independizarse y dejarle libre de la carga de su persona, que tanto parecía pesarle, como si ella hubiese tenido alguna parte en su venida al mundo. Debían haber pensado esto con tiempo, y no curarle de aquella fiebre que, cuando chica, le hubo arrastrado hasta los umbrales de la muer-

to; ahora no le molestaría.... una boca menos en la mesa, era una peseta más en el bolsillo, y no tendrían que preocuparse de ella, llevándole a cometer inconveniencias a pretexto de porvenir, de felicidad, como si acaso la vida misma no fuera una desdicha.

—Calla, loca —le decía Mercedes— no te hables disparates que ofenden a Dios. Te has suelto en una tarea de blasfemias capaces de desgraciar la casa.

También ella había sido joven, pero no tenía otra voluntad que la de sus padres, por eso le echó su bendición el Cielo, concediéndole para marido un hombre al que no le inquietaba otro pensamiento que el bienestar de su mujer y de sus hijos. Ahora todo andaba al revés; pretendían los hijos hacer lo que les daba su real gana, contra el torrente de sus padres, como si éstos fueran enemigos de quienes debieran desconfiar; y los matrimonios se iban al baile, sin más duración que lo que tardaban en salir de la iglesia, después de pronunciar el sí. Las muchachas apenas llegaban a los quince años, se creían personas de su derecho, con más experiencia en las cosas del mundo, que los que habían encanecido mirando tantas porquerías detestables, en las que, sin la advertencia de los padres, se revolcarían como chanchos. No tenían otro pensamiento que el de ser libres, como si en el hogar se les tuviera de esclavas, sin ver que la verdadera servidumbre estaba afuera, en la vida que ellas llamaban de libertad, como contrapuesta, a la de sujeción. La joven que deja el hogar es como pájaro caído del nido, había dicho el Señor Cura; y así era en verdad. El primero que pasa se cree con

derecho para echarle mano, y por una migaja de pan o un granillo de mijo, van, de caída en caída, a pudrirse en el hospital, si acaso no acuden en su socorro los viejos roñosos de quienes fueron huyendo, para restituirlas a la esclavitud de su cariño, limpiarlas con sus lágrimas la carroña de las correrías pasadas, y volverlas gente.

—¡Oh, si pudiera abrirme el pecho y guardarles en él! Si, como a las zarigüeyas, les hubiese concedido Dios a las mujeres una bolsa en donde pudieran llevar a los hijos!....

Se le fueron las lágrimas también a Mercedes; el sentimiento descorrió el velo de los recuerdos, trayéndole a la memoria las finezas del marido, que estaría en el cielo, gozando de la bienaventuranza; mientras ella, viuda y pobre, odiada hasta de sus propios hijos, quedaba aquí, condenada a toda clase de humillaciones, en castigo de sus pecados. Pero ya había expiado lo suficiente, y Dios tendría compasión de ella llevándole a su lado. No tenían que esperar mucho; felizmente ellos, sus hijos, estaban ya grandes y no le necesitaban para nada. Su tarea estaba cumplida y era ya tiempo de que llegue el turno del descanso.

Pepe, que hasta entonces se había mantenido silencioso, de ver la desesperación de su madre, corrió a ella, abrazándola:

—Madre, cálmese: yo no he tenido la culpa de nada. Mi único afán ha sido servirla, y usted se queja de ambos.

Rosario se acercó también abrumada, y poniéndose

dose de rodillas ante Mercedes, pidió que la perdone. Mercedes, silenciosa, les abrazó a sus dos hijos puestos de rodillas ante ella y, alzando los ojos al cielo, les bendijo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que Dios les haga felices.

XIII

Juan Padilla había roto la cadena de tradicional honradez de la familia, oriunda del Valle, asombrando con sus calaveradas al vecindario. Después de consumida la herencia de sus padres, cargado de deudas, se ausentó sin que se supiera donde paraba. Pero, de repente, asomó a saldar cuentas. Se había casado con Guadalupe Peñafiel, una ricacha de la banda, ya un poco pasada de sazón, pero hermosa y bien conservada. En el transcurso de menos de un año, le dejó una chiquilla, en reemplazo de la fortuna, que resultó corta para sus ansias de derrochador; y, a raíz de tremendas peloteras con la mujer, se marchó a la costa, muriendo de fiebre amarilla, a los pocos días de llegado. La viuda le lloró sinceramente, y se consagró a la crianza y educación de su hija Juana; haciendo milagros de laboriosidad y ahorro para conservarle la pequeña propiedad donde vivía. No quedaban de los Padillas más que Mariano, y esta hija de su tío Juan.

Juana Padilla era la flor de Monay. En edad andaba con Rosario Larriva, aventajándola en corpulencia, hermosura y sal. Pero como al ser amado no le amamos por lo que es, sino por lo que de lo nues-

tro le hemos puesto, al igual que el planeta por la luz del sol, nos deslumbra y esclaviza porque viste nuestro ensueño. Para Mariano, Juana quedaba oscura a lado de Rosario. Juana era una mujer bella y Rosario un ideal. Nadie puede explicar este fenómeno; pero este fenómeno es la clave de las inexplicables preferencias. Lo malo no está aquí, sino en que al contacto de la vida real, pierde el ídolo el oropel, como la mariposa el polvo de las alas, y a la hora del desobligo, nos admiramos de nuestra propia estupidez: ¿cómo pude amar esta avestruz?

No había mozo del vecindario que no la hubiese requebrado a Juana Padilla. Pero huyeron todos cuando se presentó como pretendiente Antonio Rojas; un perillán de siete suelas que así cantaba una guara, rasgando la guitarra y poniendo los ojos en lo alto, como zampaba una puñalada por quítame allá esas pajas. No acababa de salir de la niñez, cuando mató a un compañero en un juego de canicas, salvando de las garras de la justicia por la fuga. Regresó a más de los diez años, hecho todo un jayán, y se había convertido en el terror del barrio.

Era la pesadilla de los hogares en donde había mozas casaderas; los viejos le ponían buena cara, de miedo; y las madres le hacían cruces desde lejos, rezando las oraciones que juzgaban más poderosas para auyentar al Malo. De repente se presentó en la casa de Juana Padilla, una Noche Buena, cargado de su guitarra, que era su arma de conquista. Cantó en la puerta trovas como él sabía cantarlas, y no hubo ya cerrojos ni trancas que se le opongan.

Juana había oído su nombre, y tenía la maligna curiosidad de conocerlo. Apenas se presentó, le encontró de su gusto. Nadie como él para decir un donaire, lanzar con oportunidad una estrofa de circunstancias y bailar la chilena o el san juanito, acompañándose de la guitarra y alentando con los pies. Alto, fornido, de ojos felinos, atusado bigote y ensortijada melena, era un tipo interesante e irresistible para las jóvenes campesinas, que mareadas por no sé qué misteriosa atracción, volaban hacia él, como los gorriones a la boca de la lagartija.

Los jóvenes que se encontraban allí, cortejándole a Juana, con la sana intención de pasarse una buena noche, le cedieron el campo a Rojas, arrinconándose como ovejas asustadas en el lobo. Guadalupe sintió el calofrío del terror, que le quitaba hasta el ánimo de hablar, fijando sus ojos en los parietales de su visitante, extrañosa de no ver asomar por entre los anillos del cabello, las puntas de los pitones, porque no podía concebir un demonio sin cuernos.

Rojas, como que se diera cuenta de la frialdad del recibimiento, presentó sus excusas a la señora de la casa. Tanto había oído hablar de su educación y su bondad, como de la belleza de Juana, que no habría sido "noche buena" para él, si malograba la oportunidad de saludarlas y ofrecerlas sus respetos. Estaba complacido de hallar que la realidad, acaso por primera vez, excedía a la fama. La señora era una matrona digna de las tierras distantes en que él viviera, y en ninguna parte había encontrado una mujer más bella que Juana. Tenían razón los jóvenes que la rodeaban, de

haber elegido tan grato albergue, en donde hasta la del Viernes Santo sería Noche Buena.

—Olé joven amigo, siga el buen humo; yo toco.— Les dijo a los jóvenes.

De ver que ninguno se movía, pidió permiso a la señora, y le invitó a Juana: una vueltita, porque iban a criar moho, si no se movían. Para eso era Noche Buena, y a él le gustaba cada cosa a su tiempo. Ya vendría la cuaresma, santurrona y triste, para arrinconarse y pasar las horas mascullando antífonas.

Juana pretendió excusarse; pero él la obligó a salir.

—Un zapateaito, niña hermosa. Si uté me deprecia, soy capá e colgame el prime árbol el camino, pa que le siva de epantajo a lo jóvene y no se epongan a ime hacé compañía.

—Pero, si es que no sé....—le decía Juana— Una pobre joven que jamás ha estado en diversiones.... Ya ve usted.

¡Pero nada! Era hombre que jamás había podido soportar un desprecio, y sino que le escupan en la cara. A él le gustaban las cosas claras como el agua. Si estorbaba, iría con la música a otra parte. ¡Rediós! Sería la primera vez que se le hiciera pasar por semejante humillación. Pero, él estaba allí para acatar el fallo, que bastaba pronuncien tan hermosos labios, para que lo cumpla, por más que le cueste pena el marcharse.

—Con qué, niña no sea uté tirana. Venga esa mano e princesa.... No quiero sino que se pae, y yo daé vuelta en su tono como la tiera al rededó el sol.

—Para que usted vea que no le desprecio— murmuró Juana. Y comenzó el baile.

Antonio Rojas, con la guitarra cruzada sobre el pecho, cantando y zapateando, a compás, desplegó su habilidad con un entusiasmo rayano en locura, menudeando vueltas, saltos, melindres y reverencias de una soltura y espontaneidad, que demostraban, a la legua, prolongado ejercicio de vagancia y tunantería. Juana, como contagiada del buen humor de su pareja, se dejaba llevar por la corriente, girando desatentada, ebria, con el donaire y la coquetería de una comediante; dejando ver sus torneadas y carnudas piernas, dentro de la funda rosada de las medias, hasta más arriba de éstas, bajo las faldas que, en las vueltas, se abrían como un paraguas.

Hubo necesidad de que Guadalupe, cansada de toser, le dijera que era suficiente, que ya el señor Rojas se rendía, para que la muchacha vaya a buscar su puesto, encendida, sudorosa y jadeante, con una sonrisa inefable de satisfacción en los provocativos labios y una extraña voluptuosidad en los rasgados ojos, vueltos hacia su galán en un transporte de ternura.

—¡Mil gracias, encantadora! —Le dijo a su pareja, y a los espectadores: así se baila cabayeros. Si hay una copa, que venga por esta divinidá. Tomaemo a la salú de la señoa que la dió al mundo pa orguyo de su sexo.

Agotada la copa, que se apresuró uno de los jóvenes a ofrecerle, fue a caer junto a Juana, guiñándole los ojos y cuchicheándole al oído palabras de admiración y de cariño, que ella las aceptaba satisfecha,

contestándole en voz baja y suave como un susurro.

—A vé, señore —propuso de repente Rojas— ¿Cuál baila con la señoa? Yo y esta niña cantamo.

Guadalupe, que tenía desesperación de ver a su hij haciendo carantoñas al perdido, se excusó redondamente:

—Es en vano. Yo no bailo.... Como es ya muy tarde y tenemos que madrugar a misa.... ustedes también necesitan descansar.

—Ayá con lo cabayero —repuso Rojas—Lo que e yo, pueo pasame una semana sin pegá lo ojos.... Si la señoa quería acostarse etaba en su derecho. ¿Qué ice uté, niña mía, no manda también a la caye?

—No hay por qué —respondió Juana, bajando los ojos, para esquivar las miradas de la madre.— Es todavía muy temprano; pero, si usted o los señores quieren; porque tengan posada mejor en donde ir a disfrutar el resto de la noche....

—¡Esta vale!— gritó Rojas, alentado por las palabras de Juana. La juventud tenía sus derechos, y las mamitas, sin perjuicio de su autoridad, debían respetarlos, si no querían ser desobedecidas.

—A vé, señore, ¿cual de uté no hace el favó de ino a traé alguna cosita pa remojá la palabra?

—Es en vano—atajó la señora— hay licor suficiente.... Yo y mi hija no podemos beber.... y, luego, es demasiado tarde....

—No es de mi genio bebé a cotiya.... Nesito corepondé si esto señore la participación que e lo suyo me han dao.... Pue, iré yó!.... Una copa, y me depido. Vuelvo al punto.—Y salió, dejando su guitarra.

Apenas se había perdido a la distancia el ruido de los pasos de Rojas, la señora les habló a los jóvenes:

—Perdónenme ustedes la grosería de mi confianza! Les suplico que me hagan el favor de retirarse, para poner llave a las puertas. No quiero que vuelva a mi casa ese hombre!

Había en su acento y la expresión de su semblante un sentimiento de angustia tan hondo y sincero, que conmovió a sus amigos, dispuestos a satisfacerla en su deseo, sin hacerse repetir, con tanta mayor razón cuanto que aquello lisonjeaba su amor propio, por cierto sentido de preferencia que para ellos, encerraba la hostilidad contra Rojas. Pero, Juana como que le guardara las espaldas al ausente, protestó:

—¡Qué dices, mamá! Se ha portado tan bien, sea cual fuere la fama que tenga.... ¿por qué le hemos de tratar de ese modo? ¿Quiéres que se vuelva nuestro enemigo? Y.... ¿qué hacemos de la guitarra?.... Es capaz de echarnos las puertas abajo para llevarla.

—Te trae deshonra!.... Así sois vosotras las chiquillas, por eso quedáis pringadas.... Le diré que mañana le mandaré su guitarra.

—Y, si te la exige ahora?

—El remedio es sencillo —repuso Guadalupe— anda acostaraste. Diré que te has puesto mal. Estos amigos me ayudarán a sostener el embuste; que Dios sabe que no es en mal de nadie, y todo quedará terminado. ¡Angel de mi Guarda! Un hombre a quien tánto miedo he tenido! Con qué ¡pronto! a tu cama.

—Eso si que nó! —contestó con terquedad Juana, removiéndose sobre las caderas como para afirmarse

en el puesto— Me haces tan poco favor!..... Bien dicen que la deshonra sale de la casa!— Y comenzó a gimotear con hipos. Felizmente a los que estaban allí les constaba que no había habido cosa que la denigre. El portarse con educación no era motivo para que se la obligue a esconderse como una criminal. Qué cosa que su madre la pidiera no le habría concedido, sin tener otra voluntad que la suya; pero era demasiado consentir en el papel ridículo que se la imponía. Ya no era niña de teta para que se le espante con el coco. Necesitaba tratar con las gentes, aprender maneras sociales, dejar de ser un animal doméstico, saber siquiera cómo se contesta a un saludo..... Esto no era deshonrarse, sino prevenirse contra la deshonra, en la que caían las jóvenes, más que por malicia, por falta de conocimiento del mundo.

No había aún concluido de hablar, cuando se oyó la voz de Rojas, que se acercaba cantando:

Allá voy, paloma mía;
Aunque no me esperes voy.....
A tus pies me hallará el día,
Porque ya tu esclavo soy.

Desde aquella Noche Buena, como si hubiera entrado el demonio en la casa, ya no había para Guadalupe un solo momento de calma. No pasaba día que no aparezca Rojas por alguna parte. En la calle y en la casa, a lo mejor, estaba delante, con su cara de *judío del prendimiento,* como decía Guadalupe, sin dejarles libertad ni para sus necesidades naturales. Y

Juana, a encontrarse con él. No parecía sino que se hallaban en cita perpetua. En la orilla de la fuente, a donde iba Juana por agua, les había sorprendido Guadalupe muchas veces, con el cántaro al lado cogidos de las manos, parlotea y parlotea. Por encima de las cercas del lindero, ocultos entre los matorrales y el enredo de las moras, ella del un lado y él del otro, tanto se habían visto, que el camino que allá conducía era una carretera. No podía Guadalupe salir a ninguna parte, sin llevar a su hija consigo por temor de que, en un momento de ausencia, dé al traste con su honestidad. Y mientras tanto, la casa botada, sin que haya quien prenda la candela o le tenga una agua caliente, hasta regresar de sus ocupaciones. ¡Aquello era inaguantable!

Vísperas del veintidós de agosto, aprovechando de que Rojas había desaparecido, yendo según se decía, a juntarse con las tropas de Alfaro, porque ni religión tenía el maldito! y temerosa de algún atropello, si acaso triunfaban los sin Dios, Guadalupe emigró para Llacao, con pretexto de visitar a una hermana suya, y quieras que no, regresó a la casa, dejando allá a su hija por algunos días; resuelta a dilatar la permanencia el mayor tiempo posible, por si se curase la chica de aquella peste de amor, y regrese sentada ya la cabeza y con mejor juicio. Felizmente, no era una excepción: no había mujer a quien, a su edad, no se le hubiera levantado igual ventolera dentro del cráneo; pero pasada la crisis, como curadas de espanto, no volvían a las andadas. ¿Por qué no había de ser también para su hija una cosa pasajera?

Además, nada era imposible para Dios; Guadalupe

la había puesto a su hija bajo la protección de Nuestra Señora del Rosario, y esperaba confiada el milagro, pasándole por la mente descolorido y tenue, como una simple idea, el deseo de que Rojas, si acaso efectivamente había ido a tomar parte en la guerra, no regrese.... ¡Oh qué solución esa! Pero, no. Guadalupe no pedía la muerte de su prójimo, era un pensamiento, que el Señor la perdonaría en vista de cuanto le había hecho sufrir ese hombre, nada más. Que la Virgen Santísima haga con su hija lo que más convenga; pero que la libre de aquel malvado.

XIV

Mariano había vagado toda la tarde, indagando en *Totoracocha* por la casa de su tía Guadalupe, sin encontrar persona que le dé razón: nadie le conocía ni había oído hablar de la existencia de tal señora.

Ya perdía las esperanzas de conseguir su intento, contrariado de regresar a la casa, donde estaba su suplicio, cuando un viejo, guiñando maliciosamente sus ojos apagados por la edad, le preguntó:

—No es una señora que tiene una hija muy buenamoza, llamada Juana?

—La misma —contestó Mariano, añadiendo con cierta satisfacción:— la hija es Juana Padilla, mi prima hermana.

—Entonces— repuso el anciano— ésa vive en *Monay,* más abajo de *Guatana,* faltando poco para el puente.

Mariano dirigió sus pasos de acuerdo con esta última indicación, sin acertar a explicar cómo pudo haberse equivocado tanto en orden a la localización de la vivienda de su tía: efectivamente estaba cerca de un río, sin que haya ninguno en *Totoracocha*, que era terreno de secano, donde sus moradores, en las épocas de sequía trasnochaban en actitud bélica, disputándose una gota de agua. Hubiera jurado, no una, sino cien mil veces, que Guadalupe vivía en *Totoracocha* y aho-

ra resultaba lo contrario. Si acaso hubiera sido llamado a testificar en algún juicio, estaba ya con un perjurio encima. No se debía creer a los hombres ni con juramento, porque aun cuando tenga voluntad de hablar lo cierto, podían decir mentira por causas extrañas a su deseo, con la mayor buena fe.

Qué barbaridades no sucederán en los juicios! ¡Cuántas injusticias no se consumarían, juzgando las cosas por los dichos de cualquiera, sin más garantía de verdad, que el haberlas firmado con juramento! ¿Acaso el juramento podía eliminar tantos otros motivos de error independientes de la mala fe? Debía ser cosa muy ardua la misión de juez, porque al fin o al cabo, no conceptuaba Mariano Padilla que la justicia esté simplemente en fallar por lo que digan los testigos; sino que creía necesario que el criterio del juez coincida con la verdad, para que se diga que una sentencia es justa. Y se admiraba de que, en la vida práctica, se ponga la administración de justicia sin otro criterio que el del partidarismo o los padrinazgos, en manos de personas indoctas, venales o corrompidas que convierten en negocio tan elevado ministerio. Así necesariamente tenían que andar las Repúblicas patas arriba; sin base alguna de estabilidad, carcomidas en su cimiento, que era la justicia.

Iba ya cerrando la noche, cuando Mariano Padilla, desviando del camino a mano derecha, entraba por el estrecho callejón, que conducía a la casa de Guadalupe, encerrado entre altas cercas coronadas de morales entreverados con geranios rojos, cuyas flores, asomaban por entre el verde enredo, como rosas de san-

gre; como llagas recién abiertas. Por la parte de atrás, a uno y otro lado, levantaban su esqueleto algunos árboles frutales, un poco agobiados sobre las parcelas que delimitaban, conservando apenas una que otra hoja amarilla, que serían arrastradas por el primer viento, como lo habían sido las demás por las ráfagas anteriores. Arrancada la última, volverían a brotar las nuevas yemas, que vestirían de verdor las ramas, en las que, al beso de la primavera, apuntarían las flores, que serían frutos en otoño, para tornar a desaparecer y reaparecer, en sucesión indefinida de años, señalando con sus transformaciones, en la pauta de los tiempos, la eternidad de la vida.

A distancia como de veinte metros de la casa, le salió a impedir que avance un hermoso perro blanco con las colgantes orejas y el robusto lomo manchados de café oscuro, que traía a la memoria una de las pinturas de Edmundo Osthaus, el artista americano que con más entusiasmo ha consagrado su pincel al más cariñoso de nuestros amigos. El perro es el mejor regalo que la naturaleza, en su solicitud exquisita, ha podido hacerle al hombre, que, sin él, no habría podido dormir tranquilo, ni extender sus conquistas sobre los otros animales. En la cabaña del pobre, como en el palacio del rico, desempeña su papel con la misma abnegación, fidelidad y cariño. Es el único animal que ha merecido elevarse por sus cualidades a la categoría de miembro de familia y partícipe de las venturas y desventuras del hogar. No tener ni un perro que le ladre, es la síntesis del supremo abandono.

A poco, de entre las sombras que se espesaban

en el corredor, se destacó la figura de una mujer, que, apaciguando las iras del bravo guardián, le tendió cariñosamente los brazos a Mariano:

—Tú aquí, Marianito! ¡Que grata sorpresa! Me llegas como una bendición, porque sabiendo que ha entrado ya Alfaro en Cuenca, me tenías temblando.

Era Guadalupe. Juana se hallaba ausente; la había ido a dejar en Llacao, previniendo cualquier atropello de los malvados sin Dios, que harían quién sabe qué cosas..... Había pensado mucho en Mariano, al saber que estaba de soldado, encomendándole en sus oraciones para que le sacara con bien..... Pero no le había pasado ni por la imaginación el tenerlo allí. ¡Cómo se hubiera alegrado Juana viéndole! Le quería tanto, que no pasaba día que no haga memoria de él. Cuando les llegó la noticia de que estaba Mariano en el cuartel, Juana había llorado como si se tratara de un hermano, y, después de hacer una novena a la Virgen, la víspera de irse a Llacao, le había aplicado una comunión, para que le defienda de las balas enemigas y le libre de todo peligro.

—¿A qué hora abandonaste la ciudad?

—Al sonar las once, y he dado vueltas y más vueltas sin encontrar la casa. Si no era por el cansancio que tenía, me tiraba al Valle.

—¿Y en ayunas tal vez?

—Desde hace dos días, no se lo que es un bocado caliente.

—Entra, Marianito; prende la luz, y acuéstate a descansar sobre mi cama, mientras te preparo *un cualquier cosa.*

Mariano Padilla se zambulló en la oscuridad de la pieza, a tientas, y, deteniéndose dos pasos adentro del umbral, raspó un fósforo y prendió la vela que estaba en su candelero, sobre una ancha mesa de tablas, en la cual, pegada a la pared había una urna grande de hojalata, con puertas de cristal. En el interior de ésta, recostado sobre pajas de trigo, cuyos canutillos brillaban como dedos de charol, sonreía un Niño Dios, pequeñito, sin más abrigo que una camisa de punto blanco, cuyo cuello cerraba un lazo de fina cinta roja de seda. La cabeza del niño descansaba sobre una almohada diminuta de raso azul, salpicada de lentejuelas de oro y con borlas de hilo del mismo metal en las esquinas. Delante del Niño, de rodillas, destacaban una estatuita de la Virgen, a la cabecera, y una de San José, a los pies, en actitud de adoración. Al medio de las dos, con las patas dobladas bajo el vientre, estaba el toro, y más allá la mula, parada, con algunos tallitos de paja en el hocico. Más allá pastores seguidos de sus rebaños, tocando pífanos unos, y otros, flautas, y miles de figurillas esparcidas por todas partes, en medio de musgo y peñas artificiales. Del cielo de la urna, pendían de hilillos de plata, globitos de cristal, abalorios de diversos colores y monedas de plata agujereadas, de diferentes tamaños.

Mariano Padilla, con la vela en la mano, después de curiosear cuanto contenía la urna, alzó los ojos más arriba, contemplando un cuadro de Nuestra Señora del Rosario, que colgaba, de la pared, adornado con cintas, blondas de velillo y otras baratijas. A los lados de este cuadro, pintado al óleo, estaban: uno

de San Jacinto de Yaguachi, a la derecha, y otro, de San Vicente Ferrer a la izquierda; y, en el espacio que quedaba entre el cuadro principal y la urna, como un lirio ensangrentado, se veía un Cristo de la Buena Muerte, que, inclusive la cruz, tendría una tercia. De las manos y los pies, colgaban diminutas madejas de seda floja colorada, simulando chorros de sangre.

La pared, en la parte que ocupaba el altar, había sido entapizada con papel periódico, hasta la altura de la mesa. Sobre ésta, a los dos lados de la urna, se alzaban dos palmas de flores artificiales de cosa de una vara de alto, afirmadas sobre porrones de *ceraturo* cubiertos con papel dorado, y delante de la misma, dos ramos de flores naturales en jarrones de barro, esparcían la fresca delicia de su perfume en toda la estancia. Del cielo raso, abarcando toda la extensión del altar, pendían un docel de cadenillas de papel de color, alternando con sartas de rosas de diversos matices, y un farolillo chino al centro.

En el suelo, a los lados de la mesa, enfilaban pegados a la pared, bancas de madera, ollas ordinarias y dos baúles de regular tamaño, revestidos de suela negra con grabados en el centro del lomo y siguiendo los bordes de la tapa. Los catres eran dos y estaban frente a frente, a los lados de la puerta, cada uno dentro de una especie de urna de esteras, que tenía por puerta dos cortinas de percal café con grandes ramazones verdes y flores de color. Estas cortinas estaban recogidas mediante un garfio de alambre, soldado a una roseta de hojalata, y suspendido al extremo de una tira atada a la punta de cada una

de las dos velas delanteras del catre.

Las camas estaban tendidas y demostraban el aseo y la distinción de la casa, así por la limpieza, como por la hermosa sobrecama bordada y el rodapié de red con zurcidos de hilo flojo de hermosísimos dibujos. Tanto los bordados como los zurcidos eran obra de Juana, que tenía manos de hada para esas cosas, como decía Guadalupe, con la cariñosa jactancia de su afecto de madre, mostrando el bastidor sobre el cielo de una de las camas, vuelto las patas hacia arriba y cubierto de pólvo, mientras regrese su dueño.

Acabado el examen, Mariano se tendió en una de las bancas, satisfecho de las comodidades de que disfrutaba su tía, en gran parte de las cuales veía la mano de su prima, admirado de que esa muchacha loca, que le había hecho colorear, con sus deshonestas exhibiciones, sea autora de aquel confort, que imprimía a su pobreza cierto carácter de aristocrática distinción entre las de su clase. Había tantas familias que disponían de mayor fortuna y contaban con mayor número de hijas, cuyas habitaciones malolientes y desaseadas, revelaban inopia y denunciaban ociosidad, grosería de sentimientos y estrechez de espíritu. Juana debía ser una mujer de carácter dulce, de imaginación ardiente y de exquisita sensibilidad. Por primera vez pasó por la imaginación de Mariano una figura de mujer que no era la de Rosario, capaz de reemplazar a ésta en el sagrado altar de sus ilusiones, y sintió la tristeza del desencanto al ver empequeñecido su ídolo.

—Por qué no te acostaste en la cama?— le preguntó Guadalupe, entrando con la comida— Esa banca

os tan dura! Tuviste miedo de que te sigan mis piojos?

—Al contrario, tuve recelo de dejar los míos. Figúrese que no me he mudado durante toda la campaña.

—Pasa a comer, y mientras tanto, cuéntame algo de tu vida de soldado.

—¡Ay tía! mejor es que no toquemos eso. Lo único que le puedo decir es que no hay brutalidad peor que la de la guerra. Dos grupos de hombres que van a matarse sin conocerse y muchas veces, sin saber siquiera por qué se matan.... Pero en fin, ellos mueren.... ¿y la mujer, y los hijos, que son la prolongación de su persona en la vida?.... ¡Mil seiscientos muertos! Es decir, mil seiscientas viudas o madres sin pan, rodeadas cada una, de un rondador de niños haraposos y hambrientos.... ¡Que grupo para decorar el escabel de la estatua de la Victoria! ¿Y qué es la victoria? La consagración del despotismo del vencedor; la holgura de un pequeño grupo de privilegiados, que no han esgrimido otra arma que la de la adulación, y la servidumbre, cada vez más dura, del pueblo.... De esa especie de vía láctea creada por Dios para llenar la tierra, como la del cielo para poblar de mundos los espacios, sacan sus ejércitos los aventureros de la política, contrariando los destinos de la naturaleza. Y, sabiendo que nada hay más poderoso que el número, nos dejamos llevar en rebaño al matadero, vitoreando al criminal que nos conduce a morir y matar, sin acordarnos de nuestras mujeres, sin acordarnos de nuestros hijos, sin acordarnos de que esos hombres contra quienes nos lanzan, como a los gallos en la cancha,

son nuestros hermanos.... Y a esta monstruosidad cooperan los sabios con su ciencia, los sacerdotes con sus predicaciones, los poetas con sus estrofas, los legisladores con sus leyes, los mecánicos con sus máquinas y el pueblo con su sangre.... todo el género humano, como si su presencia sobre el planeta no tuviera otra finalidad que la destrucción. ¿Concibe usted estupidez semejante?

Para Mariano, los poderosos habían dividido el mundo entre ellos como un tablero de ajedrez, para tener la sangrienta distracción de la guerra, defendiendo cada uno su casilla, en la cual conservaba el rebaño de cuyo esquilmo vivía. Más tarde, codicioso de las grandezas en que nadaba el amo, se levantaba el primer audaz de la manada, acolitado por la ignorancia de los demás, y, a las matanzas de fuera, sucedían las matanzas de adentro, peores mil veces que las otras, porque significaban el exterminio del propio grupo que, desangrado y reducido, quedaba a discreción de los vecinos que, como a tierra de conquista, le invadían por todos lados, como lo habían hecho el Perú y Colombia con el Ecuador, que continuaba debilitándose. Los países revoltosos se parecían a Saturno devorando a sus propios hijos, y era su destino el de ser hollados por todas las ambiciones, como la casa del pobre por todos los despotismos.

Mariano había acabado de comer y se manifestaba sentido por la ausencia de Juana, a quien tenía vehemente deseo de verla. Cuando estuvo en el velorio de la tía, a pesar de que su estado de ánimo no era para nada, le había parecido hermosa, y con el

año transcurrido desde entonces, debía haber llegado a la plenitud el desarrollo de su belleza. Pero, ya que era en vano esperarla, puesto que no podía regresar mientras no vaya Guadalupe a traerla, él volvería por allí en el primer claro que le dejen sus ocupaciones.

—Mejor es que me acompañes mañana a Llacao,— le dijo Guadalupe.—Aunque mi intención era no traerla hasta cuando se vaya Alfaro, vendremos con ella...· Haz la cuenta que continúas en campaña y no dejes pasar esta ocasión para desagraviarnos de tu olvido.

—Nada de olvido! Siempre las he tenido en el pensamiento, haciendo el viaje todos los días para verlas, sin llegar a realizarlo, porque a lo mejor se me presentaba cualquier obstáculo para impedirlo. Pero, ya que estoy aquí..... ¡listos! nos vamos mañana. ¿A qué hora?

—A las siete, después de tomar café. Hasta las ocho y media o nueve estamos allá. Ahora, esa es tu cama, a dormir para levantarnos temprano.

XV

El cacareo de las gallinas y los aletazos de los gallos que se las disputaban, acabaron por despertarle a Mariano, que había hecho un solo sueño desde que puso la cabeza en la almohada.

Guadalupe al levantarse, para que siga dúrmiendo el sobrino, había dejado medio entornada la puerta, desigualándola, a fin de que la luz que entraba por la rendija no le diera en la cara, pero le advirtiera la llegada del día. Mariano tuvo una especie de sorpresa ¡qué noche tan corta! apenas acababa de cerrar los ojos, y ya era hora de levantarse. No hacía cuenta de las dos noches que llevaba de retraso sin haber prendido los párpados.... y la naturaleza es la mejor cobradora de deudas. De un tirón había dormido diez horas. Se sentía restablecido, vigoroso. El humor negro del día precedente se había disipado y ya la vacuidad de su existencia no se le imaginaba tan grande. Rosario Larriva perdía su prestigio de única esperanza, y en el cielo de las ilusiones de Mariano, aunque con luz difusa y pálida, emergía un nuevo astro.

Desperezándose un poco, se removió bajo las

calientes ropas del lecho, en el cual le parecía sentir algo del calorcillo rezagado del cuerpo de Juana. Percibía el perfume de femenil juventud que había impregnado en las sábanas la última noche que durmiera..... ¡Quizá su musculatura se había adaptado a la huella que dejó la de Juana, impresa en el espeso y suave colchón de lana, que se acunaba a la presión de sus miembros de hombre fuerte! Se le imaginaba que Juana había dormido a su lado, abandonando el puesto antes de que se despierte, y que iba a entrar para reirse de él, calificándole de marmota..... Ya la veía adelante, dejando adivinar la opulencia de sus formas, bajo sus ropas ligeras y riéndose hasta que le salgan las lágrimas.....

Se abrió la puerta, dejando ver en la ancha faja blanca que bañó el suelo, la silueta de una mujer, y entró Guadalupe. Estaba listo el desayuno, y era hora de marcharse. ¿Había olvidado acaso el compromiso? De ver que iba haciéndose tarde, se había resuelto, aunque con pena, a despertarle.

—Huesos de punta, Marianito!

—Gracias tía! He pasado una de las mejores noches de mi vida.

Salió Guadalupe, y Mariano, echando hacia el rincón las cobijas, comenzó a vestirse. Estaba contento de haber ido a recalar allí, donde esa tía que con tanto cariño le miraba, y que tenía esa hija tan buenamoza, como le había dicho el viejo aquel que le indicó la vivienda.

Ya la vería, y si le gustaba, que se quedasé allá Rosario con su orgullo y sus pretensiones sin funda-

mento. Ella se arrepentiría más tarde.

Al poner Mariano los pies fuera del umbral, se encontró con la tropa alada y bulliciosa, que recogía los últimos granos del desayuno matinal.

—¡Que hermosa partida de gallinas tiene Ud. tía!

—Fuera de dos, o tres, todas son de Juana. Tiene una pasión por las gallinas que no se queda sin adquirir la que le gusta a cualquier precio. Hay algunas por las que ha pagado hasta cinco sucres. Por esa blanca que ves allá, dió un rodapié de red por el cual el más muerto de hambre le hubiera pagado siete sucres.

Lo merecía: era un hermoso ejemplar de la raza *Leghorn,* abundante en los alrededores de Madrid. Estas gallinas alcanzaban a poner hasta trescientos huevos al año, pero eran malas abrazadoras. Mediterráneas en su origen, se habían extendido a todos los países del mundo; existiendo dos tipos: el europeo y el norteamericano. Las había de todos los colores, siendo las más hermosas las blancas.

Aquí entre nosotros no se distinguían bien las razas, ni las cultivaban en forma metódica, dando lugar a la hibridación, que acababa con los tipos, originando la mediocridad de las nuevas especies. Ese gallo negro de gorguera verde, y tarsos emplumados, por ejemplo, era de la raza *Langshan* y se lo daba el nombre de cochinchino. La raza *Cochinchina* tenía las canillas y las patas perdidas en un oleaje de plumas tan abundantes y espesas, que el cuerpo parecía reposar sobre una columna de nubes; distinguiéndose de la *Brahama Armiñada* en que las de esta raza sólo llevaban en cada pata un triángulo de plumas que

se unían al cuerpo por el vértice. Estas tres razas eran originarias del Asia.

Se había puesto a la mesa para servirse el desayuno, cuando *Vencedor*, que sentado sobre sus patas traseras esperaba su parte, se disparó latiendo hacia el camino, por donde avanzaba un hombre. Mariano lo conoció a éste a la primera vista: era Pepe Larriva. Guadalupe le enojó al perro que se volvió mohino y de mala gana, y Mariano salió al encuentro del amigo.

—Ola! mi querido Pepe ¿qué novedad?

—Poca cosa; pero me ha parecido de urgencia y he venido a buscarle.

—Bien! Ahora hablaremos. Has llegado a tiempo. Vea, tía, hágame el favor de partir mi plato en dos, para que me acompañe nuestro amigo Pepe.

Y entró en la pieza en pos de una silla para el recién llegado, que hablaba con Guadalupe, dándole razón de la familia. Habían trabado amistad con ocasión del duelo de Rosa Padilla.

Pepe se sentó a la mesa, y luego que habían acabado de comer, le dijo a Mariano, que el objeto de su presencia era el de entregarle una boleta girada por la Tenencia Política del Valle, ordenándole comparecer en el término de la distancia, para una averiguación de orden público; y le entregó el papel. Inmediatamente había ido Pepe a manifestar que Mariano estaba ausente, sin que se espere su regreso ni se supiera el rumbo que hubiese tomado después del combate. Pero el Teniente estaba informado de todo y nada había podido conseguir. Creía Pepe que la cues-

tión era de urgencia, y le aconsejaba atender cuanto antes a la autoridad, para precaverse de prevenciones y ultrajes posteriores.

No le podía decir el objeto preciso del llamamiento, porque el Teniente se había negado a comunicarle; pero, por indicación de otras personas, sabía que el General Alfaro, empeñado en el aseguramiento de la paz, trataba de recoger las armas de poder de cuantos estuvieron con Vega en la revolución; habiendo con este fin, ordenado oficiar a los Tenientes de todas las parroquias para que procedan en su respectiva jurisdicción, en ese sentido, remitiendo presos a cuantos se negaran a entregarlas. Con este antecedente, suponía Pepe, que no se trataba de otra cosa, y que Mariano estaba en el caso de prevenir cualquier contingencia, si no conservaba su rifle, haciendo por conseguirse uno, antes de comparecer.

Si sólo era para eso, no había ninguna dificultad, porque felizmente Mariano conservaba el suyo. Era un "manglicher" calibre once que pensó aprovecharlo para una carabina, haciéndolo recortar el cañón. Iban a quitarle el único recuerdo que le quedaba de su vida de soldado.... Mejor que de esa inicua guerra no le quede sino la impresión de una pesadilla! Al paso había dejado encargando el arma donde un amigo, en *Chahuarchimbana*. Tenía que dar la vuelta por allí. Pepe estaba dispuesto a seguirle hasta el fin del mundo.

—Ya ve Ud., tía, cómo la suerte destruye nuestros planes! En fin, yo estaré por aquí tan pronto como se haya solucionado esta cuestión. ¡Quizá hasta entonces esté ya de vuelta mi prima. Entre tanto, dele un

abrazo y mis mejores recuerdos.

Habían acabado de salir la cuestecilla que conducía hasta el panteón y quedaron asombrados y recelosos. Por las tres calles, amplia la central, y estrechas las laterales, en que la Avenida del Cementerio estaba dividida por las cuatro hileras de gigantescos eucaliptos que la cubrían de espesa sombra, subían y bajaban, en grupos compactos, casacas azules y tiras coloradas; gorras y galones, con una algaravía de voces, gritos, imprecaciones, carcajadas y cantos que salían de bocas aguardentosas, de extraños dialectos, en las que la blasfemia y la palabrota indecente eran el condimento de toda frase.

Un labriego, saltando una cerca, salió a la calle, y, acercándose a Mariano y Pepe, les interrogó si no había soldados para abajo. Lo que hace la ciudad estaba atestada, que no había manera de trajinar sin riesgo, porque no se veían sino soldados, como que estaban con puertas todos los batallones. A todo hombre que asomaba le agredían, y se lanzaban tras las mujeres como bestias en celo: penetrando en las tiendas para hacer de las suyas, en pandillas. Las protestas, las voces de auxilio con que eran recibidos, quedaban en breve ahogadas bajo el predominio de la fuerza y el número, sin que se escuchen sino sollozos intermitentes y débiles de las víctimas del atropello. Los zaguanes habían sido cerrojados: no se hallaba una casa abierta, salvo las de los partidarios de Alfaro; pero las tiendas, que no tenían otra luz que la que recibían por la puerta, estaban a merced de la soldadezca..... Era cosa de morirse, de desesperarse,

de pedir a gritos que llueva fuego del cielo y acabe con tanta infamia. El campesino aquel, que venía, desde la Plaza del Mercado, habíase salvado por milagro, no sin cargar algunos planazos y golpes, que resultaban menos crueles que el chaparrón de injurias que los acompañaban. Desde *San Blas* se había metido por los huertos, para evitar nuevos encuentros.

El hombre siguió adelante su camino, y Mariano Padilla y Pepe Larriva tomaron el que él había traído, yendo a salir tras el templo de *San Blas,* en la esquina del panteón de la misma parroquia. De allí, enderezaron por la calle del *Corazón de María* hacia *Puma—pungo.* No existía en ese entonces el puente de *El Inca,* sobre el río Tomebamba, y les era forzoso dar la vuelta por el de *Todos Santos.* De *Puma—pungo,* doblaron a la derecha, y, a poco andar, vieron el hormiguero de soldados que pululaba a uno y otro lado de este último puente. Evitando toparse con un grupo que se encontraba junto a la *Cruz,* tomaron por el barranco para descender al puente; pero aún no habían acabado de bajar, cuando les salieron al encuentro algunos individuos de otro grupo que bebía en el corredor de una cantina situada al pie, desnudando unos el sable y otros el machete. Pepe Larriva, que iba adelante, se detuvo y, descubriéndose, agitó el sombrero como una bandera, a la vez que les gritaba a los de abajo */Camaradas, viva Alfaro!* —*/Viva!*— le contestaron, amainando la actitud y cambiando el gesto de sus rostros patibularios que, revestidos de amabilidad, todavía hubieran hecho correr. En el puente se vieron detenidos por una gavilla; pero Mariano les

dijo que iba en comisión del General Alfaro a comprometer arrieros para el regreso. De una de las tiendas de frente del Camal salían voces ahogadas de mujeres que rogaban entre sollozos: *por Dios, pero no tantos* /En el corredor había como veinte que aguardaban el turno. Pasaron rápidamente, como si no les vieran, aguantándose una lluvia de palabrotas soeces e interjecciones brutales.

Lo que ahora es la hermosa *Avenida Chile,* entre los puentes de *Todos Santos* y el de *El Inca,* era en ese entonces un sendero estrecho y tortuoso, carcomido en muchos puntos por el río, y cubierto de lado y lado por matajes espesos de altamisas, higuerillas y chamecos, entre los cuales serpenteaba. Hacia la mitad del camino se abría, a mano derecha, una especie de plazoleta tapizada de grama, en cuya rinconada destacaban las paredes de una casa de dos pisos. Los pedazos colgantes de tapices y algunos restos de desconchadas pinturas, decían haber sido una villa de recreo. Se la conocía con el nombre de la quinta del Dr. Yepes. Era un lugar solitario y funesto, acerca del cual corrían muchas leyendas. Dos campesinas, una joven y otra ya madura, probablemente madre de la primera, que iban con dirección a la ciudad, desembocaron en aquella plazoleta. Un pelotón de soldados que, acaso de propósito esperaban allí, se lanzaron sobre las infelices, arrastrándolas hacia las paredes, sin que les sirvan de nada gritos y pataleos.

Mariano y Pepe que venían por el otro extremo, y que no habían sido vistos por los asaltantes, creyeron prudente detenerse y se agazaparon entre los

matorrales de la orilla del río. Vieron desnudarlas a tirón limpio, arrancándolas todas las amarras de los vestidos, que quedaron tirados en la grama, y perderse con las infelices tras las paredes. Mariano y Pepe, arrastrándose por entre los matorrales ganaron el otro extremo de la plazoleta, y desde allí les gritaron, al mismo tiempo que les lanzaban piedras. Una cabeza y un brazo que asomaron por tras de la pared les respondieron con varios disparos de pistola, y éllos pusieron pies en polvorosa. Así llegaron en *Chahuarchimbana,* recogieron el .arma en la vivienda donde Mariano la había dejado, y abandonando el camino del *Mal Paso,* tomaron por la cuesta para *Gapal,* con el alma no del todo serena, después de lo que habían pasado y visto. ¡Pobre Cuenca! ¡Qué buenas garantías había alcanzado con el rendimiento!

Pepe le llevó a Mariano, no obstante las resistencias de éste, directamente a su casa, donde les esperaban Mercedes y Rosario. Esta, por un sentimiento de inocente coquetería, llevaba el mismo vestido que el día en que Mariano fue del campamento en pos de Pepe, y el momento en que llegaron, remataba, sobre una mesita pequeña, la falda de un sombrero de paja toquilla. Su actitud fue amable, con cierta mezcla de enfurruñamiento, dejando traslucir que estaba resentida; pero no pasó por la vulgaridad de reconvenirle; su altivez la ponía por sobre todos los desvíos y variaciones de Mariano, a quien despotizaba como si le perteneciera de firme.

Se habían hecho muy tarde. Les aguardaban para almorzar, temerosas de que las despreciara prefiriendo

venir haciéndolo con la tía, donde las golosinas que le habrá preparado Juana le habrían hecho a Mariano olvidar la querencia. Esto le decía Mercedes, mientras Rosario, abandonando su tarea, iba y venía de un lado a otro, disponiendo la mesa, moviéndose graciosa y elegantemente, con marcada intención de reconquista. Los ojos de Mariano la seguían en todas direcciones, besándole en los ojos, en la nuca, en los desnudos brazos, en el blanco pecho donde se marcaba el redondo nacimiento de los senos.

Mariano se excusó: su espíritu adivinaba las molestias que le traería aquella desgraciada campaña, y había querido retardar su presencia allá lo más que pudiera, dando tiempo al olvido; y ya veían cómo ni el refugio que hubo buscado ha sido bastante para que no se acordasen de él. Era tampoco relacionado, y sin saber a donde ir, optó por marcharse donde Guadalupe. De otra suerte ¡qué mejor para él que hacerlas cargar con la molestia de su persona, que con tanta bondad habían soportado desde antes!

No sabía para lo que le llamaba el Teniente; pero, de seguro no sería para nada bueno, y esto le daba a presumir ¡quién sabe qué serie de ultrajes y de prevenciones! El, que jamás había tenido una demanda e ignoraba hasta el modo de presentarse ante las autoridades.... Era capaz de coger sus mulas y mandarse a cambiar hasta cuando las cosas se asienten.... ¿Qué le parece a Ud. *seño Michi*? interrogó a Mercedes con angustioso acento.

Rosario, que hasta entonces había guardado silencio, se detuvo junto a la mesa en donde almorza-

ban, y antelándose a su madre, le contestó:

—Yo en tu lugar!.... como irme a estar andando padeciendo en tierras extrañas, me volviera a *Monay*... Allí al lado de tu prima te serían dulces las horas..... Ni las hostilidades del Teniente bastarían para amargarlas.—Y, se alejó a continuar las atenciones del servicio, sin dejarle tiempo a contestar.

Después de dar gracias, retirada la mesa, Mercedes habló. No le parecía malo el consejo de Rosario. De allí no más, podría dar con frecuencia un brinco a ver sus cosas, hasta cuándo serenado ya el ambiente, regrese a su casa, cuyo cuidado, si no le parecía bien dejarlo a ella, no faltaría persona que lo acepte. Huir a peregrinar ¡quién sabe dónde! le parecía un disparate.

—Dónde podrías irte que no te alcance la mano de una autoridad prevenida?

—A Sanagüín, *seño Michi*. Allí estaría a cubierto de todo vejamen, de toda injusticia, de toda mala voluntad....

—Peor sería el remedio que la enfermedad.... ¡Más bien la muerte, antes que irte a meter en ese infierno!

—No es verdad eso.— Y habló Mariano con entusiasmo.

Así decían los que no conocen esa tierra.... ¡Pero véngale a él con exageraciones y mentiras! El la conocía. José María Vázquez de Noboa, el Prócer de la Independencia de Cuenca, no era ningún papanatas, sino hombre de acción y de extensa visual del porvenir; y fué él quien hizo la denuncia de esa región, como terreno baldío, para que se le adjudique en propiedad

por el Gobierno. Después, en su accidentada vida de político, sin dinero y sin tranquilidad para cultivarla, se había visto en la necesidad de venderla, y así, fraccionada en muchas partes, había ido a dar en manos inactivas o pobres, que no podían sacar otro provecho que el de una vida semisalvaje, por el aislamiento a que les condenaba la falta de vías de comunicación. No había otros senderos que los trazados por los pies de los aborígenes, que no conocieron el caballo, ni pudieron vislumbrar los adelantos de la locomoción moderna. Por ellos arriesgaban, en la paciente mula, los héroes de la necesidad, en inverosímiles aventuras de contrabando y peregrinaciones de pan en las épocas de hambruna, tan frecuentes para Cuenca, que podía decirse que jamás había disfrutado de abundancia. En la calamidad del ochenta y dos, la más acentuada de cuantas ha soportado el Azuay, Sanagüín había sido la despensa de donde las hambreadas caravanas traían el dulce, la yuca, el plátano y varias especies de cereales. Si hubiera habido caminos y no hubiesen los cultivos estado limitados a las necesidades de sus habitantes, Sanagüín habría bastado para conjurar el flagelo en esta provincia. Pasada la necesidad, volvía esa zona generosa a caer en el antiguo olvido, participando de la inconsciencia con que el hombre, en medio de la abundancia, derriba el árbol de humildes frutos, que le mantuvo en tiempo de escasez.

El clima de Sanagüín es ardiente, pero sano; más sano que el de Yunguilla, más sano que el de todos los puntos de la Costa; más sano que el del Oriente en cualquiera de sus zonas: salvo durante el invierno,

que, como en todas las regiones montañosas, era crudo, por la respiración acuosa de la selva que se bañaba con su propio aliento revertido en constante lluvia. En el verano era lugar de paseo por la delicia de sus frutos, la sorpresa de su flora incomparable y la variedad y abundancia de su fauna. La naranja era superior a la de Daule, tan ponderada de don Juan Montalvo, por la dulzura y jugosidad de su pulpa roja como brasa de candela; el banano, desde el almendro, pequeñito —manjar de príncipes en envoltorio de seda—, hasta el dominico y el barraganete, que aristocratizaban la mesa con la golosina del *ahumado* y el encanto del *bollo;* la yuca, como enorme cucurucho de algodón crema o blanco, de la cual se preparaba, con el corazón de queso, el bizcocho para el café de los valientes que habían tenido el inaudito coraje de visitar esa tierra de promisión. La caza proveía la mesa de toda especie de carnes, y la pesca en las cristalinas corrientes del caudaloso Patul, la regalaba con *damas, bocachicos* y otras especies, de tornasoladas escamas, tan abundantes que, con echar el atarraya, recogían por arrobas.

Allí nadie se podía morir de hambre, porque bastaba extender la mano para tomar lo necesario. Pero, además había para hacerse rico, derramando por el mundo el tesoro oculto en las entrañas de esa tierra, que, con mediano esfuerzo, se habrían transformado en frutos de toda especie. El cacao y el café eran tan buenos o acaso superiores a los de Machala, Balao y otros lugares. Crecían silvestres el caucho, la quina roja, la tagua, la paja toquilla y la mocora. La diver-

sidad de maderas no era para descrita, mereciendo mencionarse únicamente el roble, el guayacán, el cabo de hacha, y fernán sánchez. Abundaba en minas de mica, alabastro y mármol negro. Los aborígenes habían laborado las de oro y plata; pero, con el tiempo y la vegetación se había perdido la memoria del lugar en donde estaban situadas, sin que sea difícil volverlas a encontrar. No era muy antigua la leyenda de un negro tal, que conocía una veta de oro, gruesa como el cabo de una lampa, de la que sacaba trozos cada vez que venía a Cuenca, para con su precio darse un atracón de ciudad, volviendo a su rancho, después de ocho o quince días, con dinero para todo el año.

—Esto es Sanagüín, *seño Michi;* situado entre la costa y la sierra, a una jornada de una y otra, para ser un paraíso sólo le falta camino; y el día que suba al poder un hombre honrado, de espíritu equitativo y patriota de verdad, lo tendrá, y lo tendrá a poca costa. No hay hoya productiva que no haya sido provista por la Naturaleza de su respectiva puerta de entrada. La de Sanagüín está en Patul, para donde se toma desde Quínoas. Desde Patul la carretera seguiría la orilla del río del mismo nombre, con una gradiente para carros, hasta el mismo Naranjal. Pero, que se dejen de ingenieros y otros pájaros de garra, cuya técnica no tiene otra base que el medro personal y está a discresión de los acaudalados y los influyentes. Otra vez han de ir a encaramarse por sobre los ventisqueros del Cajas, para darnos un camino del cielo, por las dificultades y amarguras que lo harán casi impracticable. El ingeniero debe poner su técnica al ser-

vicio del conocimiento del terreno: necesita que uno de los montuvios de Sanagüín le sirva de guía. En cuestiones prácticas la técnica debe seguir las lecciones de la experiencia.

—Oyéndote, soy capaz de seguirte —contestó Mercedes— Pero, en fin, para lo que quiera, conviene que vayas a donde el Teniente. Que te acompañe Pepe..... Y ya sabes, que tu casa es ésta, en tanto que no tengas quien prenda candela en la tuya.

XVI

Eran las dos de la tarde por filo, cuando Mariano llegaba a la casa del Teniente que desempeñaba el doble papel de Despacho y de vivienda, y se encontraba situada en el campo, lejos del centro. El Teniente no estaba en ella, había ido a la ciudad con toda su familia, para que ésta visite y conozca al General; lamentándose de la falta de oportunidad de su mujer en los partos..... ¡Ahora era tiempo!.... La mar de indios menos fatales que él, le habían llevado sus hijos para que los apadrine, y el General..... ¡encantado! como si no hubiese venido para otra cosa.... ¡De caberle esa suerte, estaba asegurada la Tenencia para toda la vida, si acaso no le tocaba en el reparto algo mejor! Pero, esa dicha no se hizo para él, tendría que continuar apuntalándose con obsequios a cada Gobernador que asomaba, andándose boquiseco, día tras día, y sin asegurarse nunca contra el boicoteo de tantos pretendientes, que al fin acabarían por salirse con la suya. Buena plata le costaban los diez años que llevaba de Teniente. A no ser porque el mismo puestito daba para todo, era hora ya de estarse en la calle. ¡"Que ganga, hija mía, —decíale el Teniente a su mujer— con cuatro rasgos por correo: compadre, quiero esto o el otro, dejarles con tanta nariz a mis contrarios"! Pero,

ya que no era cosa de improvisar un chico, había por lo menos, que irse a visitarle, con un *besa manos* respetable. Y lanzó a sus galgos —los rondas de su dependencia— tras las gallinas, huevos y quesillos de la Insula, haciendo una recogida como para mantener al Estado Mayor por tres días. Con ese obsequio, distribuído en tantas cestas cuantos eran los miembros de familia, había partido muy de madrugada, sin regresar hasta esas horas.

Tal era la razón que le dió a Mariano el *cabo de rondas*, un indio entrado en años, que envuelto en su poncho largo *hualoto* y con un bastón de chonta negra, con empuñadura y chapas de plata, en la mano, permanecía sentado en un poyo del corredor de la casa, cuidando ésta y vigilando el trabajo de cinco números de su dependencia, que desempeñaban diversos servicios en el campo, cumpliendo las órdenes que al partir, les había impuesto el *soberano*.

¡Pobres indios! No almorzaban hasta esas horas temerosos de que llegue el señor Teniente en su ausencia y encuentre la casa abandonada. Salario, ninguno; ni siquiera la comida. En los días que no había trabajo, se les comisionaba la compra de gallinas, huevos, quesillos, etc., al precio que les fijaba el Teniente, y tenían ellos, muchas veces, cuando no se dejaban saltear las gentes, que poner de su bolsillo para completar el número, y así salvarse de las multas y castigos que les imponía como a desobedientes. Para sus trabajos propios no tenían los infelices sino un día en cada semana, siempre que no tuviese el Teniente labores de urgencia; y en estos casos, debían también llevar a la

familia para que den la mano, y notificar a muchos otros vecinos, para que concurran con su yunta aperada, su lampa o su barra, cada uno, según la naturaleza de los trabajos. Y todos iban, porque la ojeriza del Teniente era peor que el granizo para las sementeras; el granizo sólo caía alguna vez, mientras que la jeringa del Teniente era de todos los días, de todas las horas, inventando motivos aparentes, cuando no los había verdaderos. Para quienes, por cualquiera causa, no podían ir al trabajo, el camino del desagravio eran los obsequios. Y así tenía bien cultivado el campo y la despensa llena. Un servicio, aun de los anexos al cargo, nunca, sino por el dinero. Vivir en el campo era para renegar, por la codicia y la tiranía de los Tenientes, sin que haya autoridad superior que les haga justicia, porque toda queja se estrellaba contra el muro blanducho de los obsequios, que como bloque de colchones, no atravesaba ni el rayo. Y, en seguida estaba el desquite, hasta indemnizarse de los gastos, con el quinto o tercio de ganancia.

¡Cuánto había hecho el *cabo de rondas,* para que le exencionen del cargo! Escritos de Abogado, certificados de médico, empeños con cuantas personas pudientes y de influencia conocía..... ¡todo en vano! Había ido la papeleta firmada por el Gobernador, nombrándole de Guardia Civil del pueblo; y con la amenaza de multas y otras calamidades, había tenido que aceptar. Guardia Civil era el título con que los Gobernadores proveían de esclavos a los Tenientes, sin imponerles siquiera la obligación de pasarles la comida. Se había prohibido que los Curas tengan pongos y

barayos: pero no se habían acordado de cortar los abusos de los Tenientes, cuya tiranía no aceptaba comparación con el trato amable que los párrocos daban a sus servidores.

Los Tenientes eran la peor de las calamidades que pesaban sobre los pueblos, dejándose sentir con mayor gravedad a proporción de la distancia que les separaba de la cabecera de provincia; y los hacía más insoportables la selección de entre los peores, que era el criterio con que, desde cuando el *cabo de rondas* había abierto los ojos, se proveía ese cargo. Estaba seguro de que esto era debido al desprecio con que se lo miraba, como a empleo de último orden; siendo así que el Presidente de la República, no tenía en la capital, el poder irrefrenado que un Teniente en su parroquia.

Muchas veces el Teniente era un hambre exportada de otro lugar, para que se desquite con el pueblo, la miseria a que la ociosidad y los vicios de su vida anterior le habían conducido. Ese no era hombre, sino un aparato de succión, una sanguijuela, un pulpo, que no tenía más ocupación que chupar hasta ponerse redondo. La venta de la justicia era una de sus mejores entradas, porque siempre la tenía el que daba más, y estaba garantizado contra toda queja por su insolvencia.

Antes el control del Teniente era el Cura, quien, en cuanto no entraba en la órbita de su codicia, se ponía siempre de lado del pueblo; pero, ahora, el mismo Cura era muchas veces víctima del Teniente. De esta suerte habían venido a quedar los pueblos bajo

la despótica autoridad de un dómine de aldea, que imponía su voluntad con la omnipotencia de un Zar. Precisaba que los Gobernadores procedan con mejor criterio en la elección del personal para las Tenencias, poniendo tan delicado cargo, con prescindencia de obsequios y compadrazgos, en manos de los mejores; consultando, si era posible, la voluntad consciente del pueblo, representada por lo más connotado del mismo.

En cierta ocasión, una prestigiosa hombría de bien, fue a pedir su apoyo a un caballero influyente en la política, para que le hiciera nombrar Teniente Político de Jadán, en donde vivía. El caballero, que lo estimaba al hombre aquel, creyó de su deber observarle acerca de la inconveniencia de ese empleo, que hacía de quien lo aceptaba un miserable esbirro, un estropajo de los superiores, sin provecho alguno, por la insignificancia del sueldo; y quedó asombrado oyéndole al solicitante, que había desempeñado ya esa Tenencia en otra ocasión, asegurarle que producía dos mil sucres anuales, fuera de obsequios y facilidades de trabajo para sus fundos. Era por obra y gracia de la *rebusca,* más lucrativa que la Gobernación!

El *cabo de rondas* había escuchado esta relación, y tenía material para hablar un año sobre el asunto; pero tuvo que interrumpir, porque apareció el Teniente, con la mujer y las hijas por delante, haciendo equis con la mona que llevaba, enderezando hacia la casa por la heredad de un vecino, con la misma libertad que el señor por el campo que cultiva un feudatario.

Los *rondas* se movieron con la solicitud y agilidad que una cuadrilla de jornaleros cuando llega el amo, y el *cabo,* yéndose al encuentro, con el sombrero a la mano, le solicitó permiso para que la gente vaya al almuerzo. ¡Eso menos! No era tan pempinela para darle crédito. ¡Caracoles! Si no habían tragado, para eso tenían toda la noche..... Que completen el día y se rasquen. "Pero, señor Teniente"..... quiso observarle el *cabo* ¡Qué peros, ni qué alforjas! Bien sabía que no aceptaba contradicciones. Y, dejándolo patifrío se disparó contra Mariano. Así quería verlo! era una lástima que no hubiese acabado con toda la plaga de *curuchupas".* Lo que el General Alfaro debió hacer era amontonarlos como tusas en media plaza, echarlos kerosine y prenderles fuego. Pronto tendría que arrepentirse de sus bondades..... Pero así era la buena gente..... Alfaro valía más que cien Vegas y toda su parentela..... ¡Qué hombre! ¡Con qué amabilidad les había tratado!..... Verle con sus manitas poderosas y regordetas recibir en persona la polla encintada que se había acercado a regalarle la pequeña, era cosa que sabía a gloria! Y, luego, tome usted un billete de banco de a veinte..... ¡cuándo, pues, los muertos de hambre de los *curuchupas!*..... Era un viejo adorable.... Como el arado, ponía todo lo de debajo encima, para recoger buenos frutos..... Los levas, los boquirrubios, los doctorcitos..... lejos: él se abrazaba con los de abajo.

Después de agitarse como un poseso, con la boca blanca de espuma en las comisuras de los labios, la carota roja y sudorosa y los ojos inyectados en sangre, como los de los condenados en aquel antiguo

cuadro que existía en la entrada del templo de San Alfonso, cuando parecía haberle ya olvidado, se volvió a Mariano:

—¡Cara..... coles! ¿Dónde está esa arma?

—¿Qué arma, mi Teniente?

—¡Qué arma!..... Ya lo vas a saber.—Y con los ojos turbios, buscó a su rededor al *cabo de rondas,* que después de la agresión recibida, se había retirado a reunirse a sus compañeros de esclavitud.

Mariano adivinando la intención del Teniente, se dirigió a la señora y las hijas de éste, suplicándolas que le hicieran ver que estaba en lo justo desde que nada le había dicho aun del objeto con que se le llamara, porque la boleta era para una averiguación. El sabría agradecerles como lo merecían.

—Oye —intervino la señora— si todavía no le has dicho para qué se le ha llamado, ¿cómo quieres que te responda este pobre hombre?

Volviéndose para entenderla, quedó delante de la señora, con la cabeza gacha, en la misma postura que los niños, después de muchas vueltas, bajo la acción del mareo, y murmuró:

—Bueno! El arma que exijo que me traiga este hombre, es esa con que asesinó a la gente de Alfaro en la guerra de antes de ayer..... Y, como no me la entrega, voy a remitirlo amarrado a Cuenca..... Esa es la orden del General. ¿Estamos ya, mujercita?

Ahora, que sabía de lo que se trataba, Mariano le pedía permiso para irla a traer..... media hora, cuando más.

Ni un minuto! Todos estos veguistas eran pája-

ros de largo vuelo a los que había que cortar las alas y atar corto, si no se deseaba tener tremolina cada ocho días. Bastante había padecido durante el mes y medio de la dominación *curuchupa*..... ¡Qué memoria tan mala tenían las mujeres! Eso de andar durmiendo encargado, hoy en una casa, mañana en otra..... sin desvestirse para poder huir al primer latido de los perros..... en perpetuo sobresalto..... no era para olvidar tan pronto. Parecía que a ella (aludía a su mujer) no le hubiese hecho falta dormir separados tanto tiempo..... Que le crea quien no la conoce, ni sabe de los encontronazos que tenían detrás de las cercas, o entre los chaparrales, como dos contrabandistas..... a toda luz y temblando hasta de las propias hijas..... ja..... ja..... ja. Reía, mientras la mujer protestaba ¡Qué bruto! Debía beber con juicio..... Que no le crean semejantes insolencias propias de la borrachera..... Para eso era el empeño de ser Teniente: para venir borrachote todos los días, a pretexto de que le convidan, y derramar bascocidades por esa boca que hedía más que un excusado. Siquiera los días que mandaba el General Vega, había descansado de soportar semejante suplicio..... Que vaya a dormir la mona; no estaba en estado de atender al despacho; y que vuelva Mariano [al siguiente día, de madrugada, si quería encontrarle en juicio a su marido..... Era una verdadera desgracia la tal Tenencia. No conocía uno que la hubiese desempeñado, sin dar en bebedor.

Le tomó imperiosamente al marido por el brazo y le arrastró hacia el dormitorio, al mismo tiempo que les hacía señas a Mariano y Pepe que se vayan, y

cerraba la puerta tras de sí. Las hijas, como familiarizadas con tales ocurrencias, permanecían indiferentes, mientras el ruido y las palabras entrecortadas que se oían, denunciaban adentro el desarrollo de una escena grotesca de macho excitado en lucha con la hembra que se le resiste. "Suéltame..... ¿qué quieres?..... No seas bruto"! decía ella. "Entonces, no me acuesto..... déjame", murmuraba el hombre. "Ya quisieras!"..... para que vayas nuevamente a publicar", protestaba la mujer. A los cuchicheos se mezclaba el musical ruido de palmadas acariciadoras. Quedaba todo en silencio..... Y, otra vez, la lucha, los estrujones, las protestas a media voz: "están oyendo las chicas"..... Nuevamente silencio.....

Se abrió la puerta y asomó la señora, ruborizada, arreglándose con la una mano los vestidos y con la otra el pelo que se le había alborotado. Por fin, dormía el marido. Cuando sano, era un excelente hombre, cariñoso con la familia, y que jamás le hacía faltar lo necesario. Pero de borracho, era intolerable. Y, por desgracia, cuando estaba de Teniente, esto era de todos los días. En no saliendo de la casa, pasaba bien; pero, si iba a la calle, no transcurría media hora, que estaba hecho una uva. Y no era tanto lo que bebía, sino que era de cabeza débil. Con una copa ya no podía pararse. Por eso, les aconsejaba a Mariano y Pepe que volvieran a la mañana siguiente, para que hablen con él, así como se levante. Allí verían cómo, de sano, era otro hombre.

XVII

La cuestión del arma se había arreglado, gracias a la intervención de la buena señora del Teniente, a quien, Mariano, en cumplimiento de su oferta, llevó un par de cuyes grandes como zarigüeyas, de seis dedos, de los de la cría del Pucará, tan apreciados por su descomunal tamaño, y un pañuelo de huevos. Lo que le afligía era el nublado de las prevenciones de la autoridad, que veía espesarse por momentos, amenazando resolverse en un diluvio de hostilidades que le harían insoportable la permanencia en el lugar, mientras no cambie de personal la Tenencia. Pero, ésto se le presentaba imposible. ¡Quién le iba a tocar a ese bicho del Teniente, que poseía el secreto de las dádivas para conservarse en un puesto, tenido en tan de menos por las autoridades superiores, que, para proveerlo, no había otro criterio que la cuantía de los obsequios? No había ni que pensar en eso.

El *cabo de rondas,* que abrigaba simpatía hacia Mariano, por la bondad con que le atendiera sus desahogos contra el Teniente, habíale comunicado que éste se *afilaba* para imponerle toda suerte de humillaciones. Estaba en lista como arriero para la conducción de la carga del General Alfaro, y, a la vuelta, le encontraría con el nombramiento de ronda..... A los veguistas había que reventarlos.

¡Por la Divina Sangre! Mariano, veguista? Era como un barco cogido entre dos aguas, que recibía latigazos de ambas. Vega le había dado de alta, zarandeándole durante la campaña, sin que tuviera por él más afecto que el esclavo por el amo, que tiene de su parte la fuerza, el terror de las barbaridades militares, la muerte; y cuando creía haberse librado, volver a vivir, sentirse hombre, le hería la persecución de los secuaces de Alfaro, haciéndole comprender que la libertad era un hermoso sueño, que no podía tener realización sino en la soledad de las selvas o en el lecho sin pesadillas de la tumba.....

Lo que le importaba a Mariano era huir. Comunicó su pensamiento a Pepe Larriva; y aquella misma noche, antecogiendo sus mulas, se encaminaron para el *Yunguilla,* yendo a dormir en *Narancay,* donde tenía Pepe una posada conocida, en la cual pararían hasta arreglar con más calma el viaje.

Cuando llegaron a las puertas de Raimundo Sigüencie, Pepe no tuvo sino que dar su nombre para que se le abran. Sigüencie era un cincuentón, bajo de estatura, de abultadas formas y rostro blanco y bondadoso, enmarcado dentro de un círculo de pelos negros y blancos que en una quincena de ausencia de la navaja, retoñaban vigorosos, como los renuevos en un terreno de montaña, recién descuajada. Los bigotes eran grises, con un gris amarillento, ahumados por el uso del tabaco. Era viudo y vivía atendido por sus dos hijas. De éstas, la mayor pasaba de los treinta, y la menor estaba en los dieciocho. Aquella se llamaba Margarita y ésta Berta.

Después de la presentación que Pepe hiciera de Mariano a la familia, hablaron de la guerra. Mariano les refirió, con entusiasmo cuanto hubo presenciado como guerrillero en las barricadas. Cuando les tocó el incidente del prisionero dado de alta, con el hijo de la viuda, que de no llegar él a tiempo hubiera sido asesinado, las dos mujeres tomaron interés por saber quien era aquel joven. Mariano les impuso de lo que sabía. Oyéndole, la mayor le dijo a la menor: "es él". Y supo Mariano que se trataba de un primo hermano de ellas, hijo de una hermana de su padre. ¡Pobrecito! le había rescatado para pocas horas. El último tiro, a las diez de la mañana, momento antes de entrar Alfaro, le había perforado el cráneo, penetrando por un agujero de la trinchera, dentro de la cual se encontraba tendido. Había quedado inmóvil, en la postura que se encontraba: de vientre, con la culata del fusil apoyada en el hombro, en actitud de apuntar. Su nombre era Dositeo Cárdenas. Exacto, era él: Mariano recordaba haberle oído llamar de esa manera.

¡Malditas guerras! suspiró la viuda. ¿Cuándo dejarían los hombres de ser tan brutos? ¿Qué sacaban de matarse peor que fieras? Ese Vega tenía toda la culpa. Sin él habrían vivido en paz..... Y no haber una bala para él! ¡Apenas veía mal parada la cosa, no pensaba sino en salvar su pellejo. Lo mismo había hecho en la guerra del Cristal. Allí murió el marido de Margarita. Hacía un año justo, y ya un nuevo muerto en la familia. Las lágrimas asomaron a los ojos de la infeliz, y calló para enjugarlas con la punta de su paño de macana.

No! —atajó don Raimundo, Vega no había hecho sino poner su persona al servicio de la opinión del pueblo. Los culpables eran los hombres sin Dios; esa tarea de descamisados, que bajo capa de libertad, traían la servidumbre. El hombre que no creía en lo de arriba, se dejaba guiar por la panza, y era peor que las más feroces bestias, porque éstas se saciaban y, siquiera durante la digestión, dejaban de hacer daño. El hombre incrédulo y materialista no se saciaba nunca; juntaba millones a millones, y cada mañana amanecía con más hambre. Felizmente ya él se iría, estaba viejo; pero, que se acuerden que, tras el liberalismo, vendría la comuna: la guerra de los ociosos, que eran tantos, contra los que han trabajado, que eran pocos. ¿Nó tenían esos insolentes la infamia de decir que la propiedad era un robo? Ellos no querían ser propietarios. ¿Qué habían de quererlo, si la propiedad requería esfuerzo, privaciones y honradez? Lo que ellos querían era entrar al disfrute de la riqueza de los demás con manos limpias, sin más trabajo que el de llevarla a la boca. Y se indignaba, considerando como un milagro que Alfaro no haya cumplido su oferta de dar saqueo a las tropas. Se veía que Dios amaba mucho a Cuenca, cuando, a pesar de sus crímenes, le había favorecido tan visiblemente.... ¡Qué hubiera sido de la honestidad de las mujeres..... hasta las monjas de los conventos hubieran pasado por el suplicio de la deshonra! Sin embargo, sabía, que, con garantías y todo, habían sido muchos los desafueros cometidos por las tropas, especialmente con las pobres hembras de tienda, de los barrios retirados... El había huído con sus hijas, y no esperaba volver si-

no cuando toda esa bandada de malhechores desocupe el campo. Pero, por la misericordia divina, no había ido nadie por allí. En fin, los bienes, con un poco de trabajo podían restaurarse, pero el honor de una joven era pérdida sin reparo.

Pepe y Mariano pidieron permiso para arreglar sus mulas. Que las pongan en el potrero, dijo don Raimundo. Estaba malo por la sequía; pero era seguro, y podían dejarlas sueltas: buscando tendrían para llenarse. Las mujeres fueron a la cocina para prepararles la cena a los recién llegados.

Con las puertas de par en par, desde adentro, enseñaba don Raimundo la vela mortecina, para que no la acabara el viento, haciendo correr el sebo a chorros, si acaso no la apagaba; Mariano y Pepe, trayendo las mulas al centro de la mancha blanquecina de luz que se derramaba sobre el corral, encuadrada por la puerta, iban desensillando, de una en una, con ruido de estribos, de hebillas, de sobrecargas que arrastraban, de barriles entrechocados con secos golpes de madera hueca, y de gritos y palmadas a las mulas. ¡Arré allá! Le atizaban un golpe por el cuello a la que habían libertado de sus aparejos, para que fueran llegando las demás, traídas por uno de los arrieros, en tanto que el otro acomodaba en el corredor, haciendo parva, los arreos y los barriles que habían descargado. Supongo que aquí estará todo seguro? "No tenga cuidado; nadie toca", contestaba don Raimundo; y el montón de trastos malolientes a cuero, sudor, y aguardiente desvanecido, que recordaba el de los cestos desocupados de peras, formaban contra la pared una montaña.

De rato en rato, se recortaba sobre el cuadro de luz la silueta de alguna de las dos mujeres, que iban y venían de la cocina a la despensa, llevando o trayendo los necesarios para la cena. El hogar, que estaba en uno de los extremos del corredor, derramaba sobre éste su resplandor rojizo, e iluminaba la balumba de cosas amontonadas en el extremo opuesto, proyectando su sombra, sobre la pared del frente, con los perfiles de una barricada. Sonaba la llama con acecidos de huracán al soplo del aventador, y chirriaban las ollas con el rehogado, dejando escapar un tufillo apetitoso de especerías y condimentos, que hacía desear que el mantel sea tendido pronto.

Los arrieros, acabando de desensillar a las mulas, arrearon a éstas con dirección al potrero, que era ya conocido por ellas en las tantas veces que Pepe Larriva había posado allí; y don Raimundo, después de cerrar las puertas, para que no penetre el sereno, dejando la luz sobre la mesa que se hallaba cercana a la cama, se puso a pasear, haciendo tiempo, hasta que regresen los huéspedes. El reloj que colgaba de la pared, colocado en un garfio de hierro, marcaba las nueve y media de la noche, e interrumpía el silencio de la estancia con el incansable y monótono tic tac de su oscilación.

—Venga Ud. don Mariano —dijo amablemente el dueño de casa, cuando Mariano avanzó su persona, abriendo suavemente las hojas de la puerta— fumaremos un cigarrillo, mientras las chicas nos traigan la cena. Y fumando, fumando, se pusieron a charlar.

Pepe Larriva, a quien más interesaba la compa-

ñía de las mujeres que la del padre, se había encaminado a la cocina, y sentado en un escaño de madera, cerca del fogón, les refería las escenas de la soldadesca en Cuenca; especialmente la de las dos pobres campesinas, a quienes vió desnudar públicamente, a toda luz, perdiéndose con ellas tras de las paredes de la quinta del Dr. Yepes. Esa era una insolencia que no tenía perdón. Traspasaba todos los límites de la racionalidad, poniéndoles a sus autores en el número de las bestias. Como *Narancay* no estaba muy lejos, había temido que la ola de crímenes de esos hombres hubiese avanzado hasta allá, y tenía verdadera desesperación por verlas. De manera que, cuando Mariano le hizo la propuesta del viaje, él se había dado modos de apresurarlo, para calmar sus angustias, aun cuando las pese la molestia que les daba.

Nada de eso; tenían mucho gusto de servirles. Hablaba Margarita. Era de opinión que Pepe se decid..... ya bastante tiempo llevaban de conocerse. No era porque fuese su hermana, Berta era una muchacha que le llevaría la felicidad.....

Berta, al oirse nombrar, aturdida y con la cara más llameante que el hogar, buscó un pretexto para salir, en tanto que Margarita continuaba en su tarea de empujadora. Berta tenía muchos propuestos, algunos, sin ofensa de Pepe, tan buenos, o acaso mejores.... Pero ella se había decidido por Pepe, y no era correcto que la hiciera sufrir tanto..... había que formalizar.... o, si no le convenía, ser más franco, dejando el campo expedito para que la pobre joven sepa que nada sacaba con la espera..... Don Raimundo le había hablado

ya de ello a Margarita, resuelto a cerrarle las puertas al arriero, para tapar la boca del vecindario, que empezaba ya a murmurar de noviazgo tan largo. El que entraba en una casa con intenciones de arraigar en la familia, como una rama que se siembra, se cubría de hojas en el primer invierno, o había que hacer sitio a otra planta. El amor era como la flor de la maravilla; plegaba sus pétalos a los rayos del sol de la reflexión. Por algo le pintaban niño y con los ojos vendados. Margarita había conseguido calmarlo de compasión por la chica; pero eso no podía prolongarse; era preciso decidirse o evacuar la plaza.

Pepe protestó: nadie sería su mujer sino Berta..... estaba decidido..... La maldita pobreza era la que le tenía en penas. ¿Acaso bastaba la bendición del cura para que la mesa se cubra de pan? A la vuelta del viaje arreglaría las cosas de manera que todos queden contentos..... ahora estaba de paso..... ¡Qué diría el mismo don Raimundo!..... Eso de formalizar un negocio tan serio, no era como el de la compra de una mula, para prescindir de toda ritualidad, llevándolo a cabo donde la ocasión se presentaba. ¡Jesucristo! Sólo en pensar se le paraban los pelos de frío. Un hombre que se estima en algo no podía proceder de esa manera.....

Margarita facilitó las cosas. No trataba ella de que el matrimonio se haga ya, sino simplemente de sacarle el consentimiento a don Raimundo, dejando para más tarde la celebración de la boda. Lo que ella deseaba era que alcance la voluntad del jefe de la casa, para que tenga libertad de continuar frecuentándo con derecho de prometido de la hija. Y la

maniobra era sencilla. Margarita promovería un paseo para el día siguiente, a la posesión que don Raimundo tenía junto a la capilla de *Narancay;* y allí, donde tomarían una que otra copa, para Pepe quedaba expedito el vado. No se le exigía otro sacrificio que el de quedarse a pasar el día juntos. ¿Estamos?

Pepe lo pensaría. No estaba solo para contestar en el acto. Era de su deber revelarle a Mariano, que era su protector y compañero para que decida..... aunque no alcanzaba la necesidad de tanto apresuramiento, para dejar las cosas en el mismo estado..... Pero que tuviera paciencia Margarita, a quien esperaba comunicarle cualquiera resolución en esa misma noche. Y salió de la cocina, tomando para tras de la casa, en el preciso instante que Berta se retiraba de la ventana, después de haber escuchado, sin ser vista, la conferencia de su hermana con su novio. Y se encontraron en el alar de la casa.

—¡Berta!

—¡Pepe!

—Qué te parece la exigencia de tu hermana Margarita?

—No sé de qué se trata.

—Se le ha puesto en la cabeza que le proponga a tu padre mañana, o que no vuelva a verte. Eso es tenerme por un bribón, y no saber cuanto te amo!

—Pero, si me amas ¿por qué encuentras tan difícil lo que mi hermana te pide?

—Porque no he venido preparado para ello.... estoy de tránsito.... sin dinero.... Sería para mí una vergüenza, por la que creo que tú no me exigirás que pase.

—Es que padre va poniéndose celoso. Supone que tú no estás sino por pasatiempo, y quiere cerrarte las puertas. Para tí eso no significaría nada; pero yo te amo.... Imagínate mi sufrimiento el día en que sepa que tú ya no puedes volver.... Las malas lenguas del vecindario se ocupan de nosotros, y le pican a mi padre en su amor propio de campesino honrado. No sé si mi hermana te habrá dicho esto....

—Qué no significaría nada que tu padre me eche a la calle!.... Lo que me duele es que lo digas tú... Pero ¡por Dios!.... —Juntó sus manos con vehemencia, teniendo una de las de ella entre las suyas, que las alzó hasta la altura del pecho, y quedó en súplica muda, esperando que Berta pusiera término a su desesperación. Ella murmuró, al fin:

—Si me amas, es preciso.... Mi padre tiene razón.... Ya ves, más de un año.... y no se le ha dicho una palabra.

—Está bien; pasaré por este bochorno.... Pero, para hacerlo más tarde... Toda la culpa tiene el maldito dinero, que huye de mis manos.... Si fuera rico, hace tiempo que hubieras estado conmigo.... quizá con un churumbel.— Y abrazándola juntó sus labios a los de ella, que, rechazándole, en voz baja le decía:

—Déjame.... no seas tonto.... no digas eso.... Espérate aquí, me iré yo primero.... Entonces, mañana.— Y huyó apresuradamente a la cocina, con el rostro más encendido que cuando salió, y con un fulgor de satisfacción en los ojos.

Cuando entró Pepe en busca de Mariano, don Raimundo hablaba a éste insinuándole parar el día siguien-

te, mientras se le prepare su fiambre. Aun cuando no era rico para ofrecerle cosas buenas, no le iría mal. Subirían a su posesión de la *Capilla*, en la que había ido a pasar los días de la guerra, para precaver cualquier riesgo contra el honor de sus hijas, y volverían de tarde, después de despachar una piernita de cuy y un vaso de chicha, el vino de los pobres, que él prefería a la cerveza, y hasta al mismo vino, que no era sino agua de panela con quien sabe qué porquerías, nocivas para la salud. Pepe llegaba a tiempo. Querían conocer su opinión. ¿Se quedaban o nó? Pepe estaba a lo que don Raimundo mande, y quedó decidido el paseo, antes que Margarita meta basa; dejando entrever que todo había sido preparado por el viejo en el afán de asegurar la suerte de la hija.

Cuando Mariano y Pepe se vieron solos, éste confió a su amigo y protector el secreto móvil del proyectado paseo, exponiéndole la vergüenza de su situación económica, y el bondadoso amigo le franqueó su bolsillo. Si por eso no más era, que dispusiese de lo que tenía. Llevaba algún dinero para sus negocios en *Yunguilla*....

Tranquilizado con esto Pepe, y abrigado el estómago con la buena cena que habían disfrutado, cerró los ojos a la caricia de un sueño dulce, poblado de halagadoras visiones, que eran la promesa del porvenir.

XVIII

Amaneció un día espléndido, como todos los de Agosto, después de deshechas las últimas nieves de Julio, que es el mes de los constipados y las pulmonías, con los cuales la muerte hace anualmente la cosecha de viejos. Al romper en canto los pajarillos, cuando los campos comenzaban a blanquear con las primeras luces, había partido Pepe a la ciudad, en una de las caballerías de Mariano, con las alforjas dobladas sobre la silla y el bolsillo repleto de monedas con que debían llenarse. El sol doraba ya con sus primeros rayos las cresterías de los cerros distantes, que semejaban enormes loros con cabeza de fuego, y Pepe no regresaba todavía.

Don Raimundo y sus hijas con su humanidad enfundada en lo mejor del ropero, se impacientaban esperándole al ausente. Iban y venían de un lado a otro, buscando con que entretener la espera, y, de rato en rato, saliendo al alar de la casa, tendían la vista por la carretera, húmeda aun por el relente de la noche, y que empezaba a poblarse de transeuntes. Los que venían de *Zhucay*, de *Tarqui*, de todos esos contornos, jornaleros, albañiles con el costalillo de herramientas a la mano, vendedoras de hortalizas con las canastas rebosantes de verduras a las espaldas, agri-

cultores a caballo, con las alforjas repletas de grano, yunguillanos arreando sus mulas cargadas de raspaduras o de fruta, pasaban apresurados con dirección a la ciudad, para la feria: era día jueves. Sin detenerse delante de la casa, saludaban *buenos días don Raimundo..... chiquilla Berta, buenos días,* y se alejaban, ansiosos de llegar pronto a la plaza para tomar los mejores puestos. Algunas mujeres invitaban a Berta *vamos para regresar pronto;* y ella contestaba *adelante..... ya le sigo.* Las vecinas más inmediatas, echaban llave a las puertas y se encaminaban a la feria, deteniéndose en la carretera, a poco trecho de la casa, para enojar a los perros que les seguían, fingiendo unas veces y, otras, cogiendo efectivamente piedras, con las que les tiraban, para que regresen a la querencia. *Buenos días; y ustedes no se van?* decían a la familia de don Raimundo; contestando cualquiera de los miembros de ella *más tardecito..... después de un rato .... ya le seguimos.* Todo el mundo iba a la ciudad para hacer el mercado de la semana, y los campos quedaban desiertos, al cuidado de los perros que, tirados al sol, de largo en largo, se adormían con musulmana indiferencia, como si estuvieran acostumbrados a esas ausencias del jueves, que era para ellos un día de hambre.

Por fin apareció a la distancia un jinete, que venía en sentido opuesto a la corriente de feriantes que acudía a la ciudad. ¡Allí viene Larriva! Y la casa se puso en movimiento, encerrando a las gallinas; poniendo de comer a los puercos; echando llave a las puertas, y sacando al corredor cuanto debían llevar. A la llegada de Pepe, sólo quedaba por asegurar la pieza en

la cual estaba servido el café, con doradas tortillas de maíz y nata fresca.

Despachado el desayuno, tomaron por la larga pendiente para la *Capilla,* don Raimundo y Mariano caballeros en sendas mulas cargadas de respetables alforjas, que parecía iban a reventar de puro llenas, y Pepe y las dos mujeres a pie: les gustaba hacer ejercicio y preferían ir así.

La lluvia de oro del sol les alcanzaba ya, aumentando en sus cuerpos el calor desarrollado por el camino. Pepe y las dos mujeres caminaban con lentitud. Estas le referían las impaciencias que Berta había tenido que soportar desde hacía cosa de un mes, en que al padre le infundieran recelos las habladurías del vecindario. Ellas no habían dudado nunca de la buena fe del joven, y, por lo mismo, temían que una indiscreción de don Raimundo malogre unos amores por tanto tiempo sostenidos, y que no debían tener otro remate que la bendición del Párroco. No tenía Pepe nada que temer, porque estaba aceptado de antemano: la propuesta no era sino una fórmula.

De trecho en trecho, se detenían a descansar, y sus ojos vagaban por los campos, envueltos en una tenue gaza de oro que se espesaba a lo largo del lecho del río Tarqui, como si se hubiese hecho un doblez junto a las crespas cabelleras verdegueantes de los sauces, inclinados sobre las corrientes para mirarse en su fondo. Los terrenos recién arados, negros, cubiertos de terrones, alternaban con los cuadros verdes de los huertos, de los alfalfares y los potreros. Los lindes de cada parcela marcaban cercas de piedra, coronadas de cabu-

yos azulejos, entre los cuales se abrían campo los capulíes, cuyos esqueletos vestían apenas alguna que otra hoja colorada, temblando a cada soplo de la brisa, como si temieran caer. A lo largo de ellas gateaban los morales, enredando su maraña entre los brazos espinosos de las pencas y las mazorcas de espinas blancas, que se empinaban erizadas de púas, como indignados guardianes de la propiedad, contra el desfile de codicias del camino. La hermosura y regularidad de tablero de ajedrez de las playas, eran interrumpidas por selvas negras de eucaliptos puntiagudos y gigantescos, cuya sombra esterilizaba, hasta gran distancia, los campos inmediatos.

Cada casa determinaba una propiedad, y las compañeras de Pepe, le decían a éste el nombre de cada dueño, agregando el comentario de bueno o mal vecino, con el recuento de las virtudes o las fechorías que justificaban el concepto.

En los descansos, mientras los de caballería, como haciendo tiempo para no adelantarse mucho, iban a voluntad de las cabalgaduras, con las piernas inactivas y la rienda floja, Pepe sacaba su botella de *Melocotón,* reservada exprofeso para fiambre, y en un *pilchi* cuajado de labores por fuera y con filete de plata por los bordes, repartía a las dos mujeres, y luego, tomaba él, rociando el cansancio de la subida. Mientras con las frecuentes libaciones disminuía el líquido contenido en la botella, las lenguas poníanse verbosas, y las pláticas, que comenzaron tímidas, cortadas por extensas lagunas de silencio y meditadas reticencias, se convertían en expansivas revelaciones de confianza.

¡Nada de tapujos! Cuando el cariño era sincero, debían decirse y hacerse las cosas con franqueza. ¿Acaso no iban a vivir juntos, en intimidad de almas y de cuerpos, poniendo sus virtudes y sus miserias en contacto? Mejor era conocerse de anticipado para no tener sorpresas ni ocultaciones qué echarse en cara.

Las mujeres enardecidas más por el calorcillo de las copas que llevaban bebidas, que por la fatiga del camino, poniéndose rojas, hasta la raíz del cabello, como temerosas de que Pepe tratara de desnudarlas, aprobaban las palabras de éste:

Así debía ser, pero según y conforme. No por decir que son novios estaban autorizados para traspasar los límites de la decencia. Podían tolerarse las demasías de la lengua, pero las manos debían estar siempre quietas.

El mozo les habló de su pobreza. Llevaba poco tiempo de trabajar, gracias a la generosa protección de Mariano, que era su segundo padre, y no había querido decidirse a nada, mientras no tener algo seguro para hacer frente a las cargas del matrimonio. El amor desnudo era gran cosa para endulzar la soltería. A los pajaritos de oro del ensueño, les bastaba la atmósfera cargada de suspiros y querellas en la que revoloteaban con su gloriosa espiritualidad; pero el acoplamiento de dos amantes, por el bagaje de materia que llevaban, tenía sus exigencias, que se multiplicaban con el tiempo por la transformación de los ensueños, de pajaritos de oro, en muñecos de carne, cuya voracidad y desnudez demandaban chorros de dinero. El no se había hecho ilusiones a este respecto, ni por-

tenecía al gremio de los que vivían a costa de la mujer, haciéndose pagar por la fecundación, como los zánganos. Había creído siempre que pesaba sobre el marido la obligación de atender a todas las necesidades del hogar.....

—Estás equivocado —protestó Margarita— por algo se dice que con ambas manos se lava la cara. El peso de la familia recae sobre el marido, tanto como sobre la mujer.

Ella tenía el convencimiento de que el matrimonio no podía otra base que el cariño para su estabilidad y bienestar. La fortuna era un milagro del afecto, que florecía en actividad, por parte del hombre, y en ahorro y acertada administración, por parte de la mujer. Había visto parejas literalmente desnudas, después de días de hambre, pasando por la abundancia, llegar a la riqueza; así como había visto también otras, descender de la opulencia a la mendicidad, por la falta de economía de la mujer, más que por dejadez del marido. La mujer era la llave de la fortuna en las familias: sabía multiplicar el pan, y el secreto mágico de las transformaciones de lo viejo en nuevo: los desechos de la ropa de los mayores, al toque de sus manos de hada, se convertían en el lujo de los pequeños; y en el corral eran chanchos gordos los desperdicios de la cocina. A las puertas de la mujer hacendosa no llegaba jamás el fantasma del hambre, y cuando al marido le faltaba trabajo o le caía cruz en algún negocio, ella sacaba el mantel de la virtud y la mesa aparecía cubierta de manjares.

Ella no hablaba del señorío de las ciudades, que,

como pájaros de lujo vivían en casas de varios pisos, como jaulas de cristal, llenas de cortinajes de seda y de lunas brillantes para verse por todos lados, y se pasaban el día en el tocador, cubierto de una botica de menjurjes, poniéndose labios y ojeras hasta donde no se ve. Con el valor de los trastos dedicados a sus desahogos personales había para comprarse una hacienda, para cuyo trabajo bastaba la servidumbre, porque hasta para el aseo de cada persona tenían un sirviente especial. Esas mujeres no conocían el amor ni los encantos de la maternidad. Idólatras de su persona, no tenían más preocupación que el lujo; y el día en que el pobre marido venía a menos, iban ellas a aumentar el número en los burdeles, para continuar su vida de oropel y de frivolidad sin un momento de calma, con el inmenso bostezo del vacío interior, que se aumentaba mientras más plumas se echaban por fuera. Esas señoronas no eran mujeres, sino objetos de lujo, buenos para la ornamentación de la casa, y que sólo podían tenerlos, a costa de mucho dinero, los millonarios.

Berta tenía intacta la herencia de su madre y, precisamente, iban allá, para que Pepe conociera lo que después de poco sería suyo. No era una hacienda, pero, sabiendo trabajar, bastaba para suministrar lo necesario para la vida. Junto a la de Berta estaba la herencia de Margarita, y como ella tenía que acompañarle al padre, debía Pepe hacer cuenta que también le pertenecía. De modo que, por dinero, no había que retardar..... el dinero vendría después..... Berta era una chica crecida con muy buenos ejemplos delante.....

no había por qué tener miedo al porvenir..... serían felices.

Pepe se dió por vencido. Las razones de Margarita eran para convencerle a un alcornoque; pero, su pensamiento era el de no poner nunca la mano en la fortuna de su mujer, mientras Dios le diera fuerzas y trabajo en que emplearlas con provecho. La había querido a Berta sin preocuparse de que tuviera o no algo: por lo que era ella y nada más. Hubiera deseado no hacer semejante descubrimiento, sino después de casados, para que se conozca que no había tenido otro móvil que el cariño. Pero felizmente, Berta sabía esto mejor que nadie ¿no es verdad alma mía? Berta le contestó con una mirada, que valía más que todo el oro que derramaba el sol.

Habían llegado a la plazoleta de la Capilla. En el flanco Sur había una casa de teja, a cuyos pilares estaban amarradas las mulas. La puerta estaba franca; la había abierto don Raimundo, y éste y Mariano descansaban en los poyos de adobe del corredor, sobre un poncho que lo habían extendido para el objeto. Al verles llegar a Pepe y las dos mujeres, salieron a recibirles.

—Vaya, muchachas, a ponernos una agua caliente para espantar al diablo, y cuidado con olvidarse que está en las manos de ustedes, darnos un buen día —dijo don Raimundo refregándose las manos.

—Mientras venga el agua caliente, aceptenme ustedes una copa de lo mío —propuso Pepe, sacando su botella y su *pilchi caminero.*

—¡Ah bribonazo! —exclamó el viejo, viendo la bo-

tella con menos de la mitad de su contenido— ¡Con razón se han tardado tanto en subir! Cada vez que nos revolvíamos a verles, descansando..... Se ve que este Pepe es de una suerte admirable— concluyó dirigiéndose a Mariano.

—Pero mayor es la bondad de usted, don Raimundo —arguyó el aludido— que me permite tan dulces satisfacciones. Lo que siento es no ser un mozo de provecho para pagarlas como se merecen..... pero, el tiempo lo dirá. Vaya esta copa por usted. —Y se la presentó.

Cuando, después de servirse los tres fueron en pos de las mujeres para hacerlas partícipes, éstas, en trapillo y arremangadas hasta el codo, desocupaban las alforjas, poniendo en orden botellas, latas y cuanto iban extrayendo del fondo de ellas.

Viéndoles llegar se enderezaron. Si querían el agua, estaba ya lista; pero, que no les dieran a ellas ni una gota más, si acaso no querían ayunar; porque si se ajumaban no había quien hiciera nada.

—Para eso estoy yo, contestó Mariano. Venga esa agua caliente, y dennos ustedes el ejemplo.

—No, don Mariano, —repuso Margarita— no es sino una broma: ya mandé a llamar a unas mujercitas para que atiendan la cocina, mientras nosotros nos damos a la holganza..... ustedes con las botellas afuera, y nosotras metidas en la cocina, sería un día de perros; la cuestión es estar juntos. —Y se echó adentro la copa que tenía a la mano— ¡Por la salud de ustedes!

—Yo sí que estoy ya viendo *ninacuros*— murmuró Berta, recibiendo la suya.

—No seas tonta —le observó la hermana— si la fiesta es tuya. ¡Vivan los novios!

—¿Cómo novios? —preguntó don Raimundo, fingiendo ignorancia— Yo y don Mariano estamos en ayunas.

—Sí, don Raimundo —murmuró Pepe— dándose una palmada en el pecho— el desgraciado de Pepe Larriva, juntó con la mano de su hija Berta, la última y más hermosa flor de su huerto, le pide el título de hijo.

—Vaya! —repuso el viejo— siempre somos los padres los últimos en saber estas cosas. Mi hija no ha de ser monja, y según los informes que me ha dado el señor Padilla, con nadie puede estar mejor que contigo, mi querido Pepe.... Concedido lo que me pides, y, con mi hija, todo cuanto tengo: dame un abrazo.... Pero mis brazos son dos, y me está sobrando el uno; venga también mi Berta.

¡Qué grupo ese del anciano abrazando a los dos jóvenes, palpitantes de amor y de agradecimiento, con las cabezas que se unían sobre el pecho del padre, en una escena de silencio, donde las lágrimas escribieron con diamantes el solemne compromiso!

Fijada la boda para el seis de enero, Mariano aceptó ser padrino, y, después de un día lleno de satisfacciones, ya con las primeras sombras de la noche, arreando las mulas, bajaron todos a pie, para gozar por igual el placer de los multiplicados descansos.

XIX

Para Guadalupe, la llegada de Pepe Larriva fué el mayor de los desencantos. Le pareció un maleficio del demonio protector de Antonio Rojas, maquinando la pérdida de Juana. En la vida, desde cuando quedara viuda, no había tenido otra preocupación que la suerte de esta hija, que sintetizaba para ella todos los anhelos de la juventud y todo el amor y los sacrificios de su matrimonio. No desconocía que fue el instinto de la maternidad lo que le llevó a unir su suerte a la de Juan Padilla, cuya fama de calavera y conquistador de hembras había llegado a sus oídos. Quería ver su carne, su amor y su hermosura reflorecer en otros seres, que pensaba amasar a su antojo, predestinándolos para la dicha; robusteciéndolos para las luchas de la existencia, en la cual los miraba siempre triunfadores. Dios, misericordioso había limitado todas sus ansias a esa hija.... ¡Qué dizque hubiera sido de ella si acaso la hubiese concedido más!

Cuando se casó, se acordaba Guadalupe, haber sentido el orgullo del triunfo sobre tantas infelices como su marido había burlado, y que ella consideraba como las figuras ornamentales del escabel de su trono. Ahora, veía que no había sido sino una nueva víctima

que se sumaba a las demás. Como ella sobre las otras, sentía que las que vinieron después, gravitaban sobre ella con la pesadumbre de la estafa y de la traición. Las otras, si no habían sacado algo, por lo menos, no habían perdido; mientras que ella.... ¿Qué le quedaba de toda su fortuna? Cada propiedad vendida, le recordaba un rival..... Y desfilaban por su mente todas las que le fueron conocidas, con las cuales tuvo encuentros y luchas personales, defendiendo sus derechos de mujer legítima.

Le quedaba como justo motivo de orgullo que ninguna de ellas pudiese ostentar el fruto de esos amores malditos, como si la semilla de la vida hubiera caído en campos de esterilidad, y consideraba a Juana como flor de bendición. Pero, ahora ya no era del mismo parecer. La maldita había sido ella ¡Pobre Guadalupe! Bien le había castigado el Cielo sus ansias de maternidad, dándole esa hija en la cual veía reproducido al padre con su voracidad insaciable de mujeres; sin otro pensamiento que el dinero para derrocharlo en vagamundas, pasando por sobre todo obstáculo, tocado de abulia para cuanto no fuese su pasión vergonzosa.

Cada pelotera que tenía con su hija, pretendiendo separarla de las relaciones con Antonio Rojas, refrescaba en su memoria las que había tenido con el consorte, casi desde el siguiente día de casados. El mismo llamear de los ojos, la misma voluptuosidad de los labios, el mismo desasosiego interior que le impulsaba fuera de la casa al padre, había visto asomar en la hija, desde el momento en que topó con Antonio Rojas. Había sido un despertar brusco, sin preparación,

sin anuncio, como el incendio de una choza de paja por el arrimo intempestivo de un fósforo. Juana ardía, y escarbar en su pasión era exacerbarla.

Ninguno de los medios ensayados para separarle a Juana del camino que llevaba le había dado resultado. Alguna vez parecía ceder, manteniéndose en aparente tranquilidad por breves temporadas; pero, al fin, como las aguas acumuladas por una represa, acababa por saltar sobre el obstáculo o por arrastrarlo, con incalculable violencia. Entonces no le quedaba otro recurso que una muda y constante vigilancia, rayana en persecución, a la que correspondía la muchacha con un enfurruñamiento de fiera exasperada, que a la menor palabra despedía chispas y levantaba contra la madre llamaradas de rebelión y de odio.

La educación que la había dado, como no la recibían muchas señoritas de calidad, le había puesto a Juana tan por encima de las personas de su clase, que a todos los jóvenes que la cortejaban los encontraba mediocres, insignificantes, indignos de su atención, sin que despertasen en su alma el menor interés. El único que le parecía merecedor de algún afecto era Mariano, tanto por su bondad, como por sus conocimientos y la soltura de su conversación. En la visita que le hicieron con motivo del duelo, había visto Juana la librería que guardaba el primo en su gabinete particular; encontrando en ella muchas obras que ni personas de letras las hubiesen desdeñado: tratados de literatura y de filosofía, libros de versos, novelas, catecismos en varios tomos, métodos para el cultivo de plantas, para la cría de gallinas, etc., y aun cuando no lo elevó

hasta la altura que ocupaba Rojas, no se desdeñó de aceptarle como a pariente y sentarlo a su lado, haciendo buenas memorias de él, cuando estaba de humor.

Para Juana, su primo no era un simple arriero, sino un hombre de sabiduría. Los libros con señales y acotaciones de su puño y letra, demostraban haberlos leído entendiendo y confrontando doctrinas. ¿Qué capricho le hacía que continuara ocultándose bajo la humilde capa de arriero? Un día que ella le dijera eso, él se había reído, contestándole: que la arriería misma era escuela práctica de saber, para quien no estaba al nivel de sus mulas. ¿Y en qué pensaba ella que había de emplear él su tiempo en los largos descansos de su recua? Muchas veces le tocaba la compañía de personas grandes con quienes no le acomodaba el papel de simple trotacaminos. Su padre había sido arriero, y él llevaba el oficio en la sangre..... No encontraba ocupación mejor: tenía pan y libertad, sin estar viendo la cara de nadie. Especialmente en vida de su tía, había leído mucho, y hasta había escrito y compuesto versos....

¿Versos? Ella le había exigido que se los leyera, y le leyó estos, que no le parecieron tan lindos como él juzgaba:

Yo soy arriero.... ¡arriero! pero mi alma,
Mientras yo arreo mis cansadas mulas,
Bebe aguas de ideal en las lagunas
De la inefable soledad en calma.....

A veces se me atrasa en el camino,
Contemplando borrosas lontananzas,

Y está llegando, rica de esperanzas,
Después que yo, al lugar de mi destino.....

¡Oh! la divina compañera mía!
¡Tan buena y tan leal! que tánto me ama!
Y en mi interior, del exterior derrama
Todo cuanto es consuelo o alegría!

Estos antecedentes, aparte de las demás prendas que le adornaban, hacían que Guadalupe pensara en Mariano como el único hombre capaz de rivalizar con Rojas hasta el punto de arrancarle de entre las garras a Juana. Desde cuando concibió la idea, no le preocupaba otro pensamiento que el de arbitrar la manera de acercarlos. Estaba segura que el incendio prendería porque no sospechaba que Mariano estuviese enamorado, creyéndolo campo fecundo, donde bastaba arrojar la semilla para que fructifique.

En esta disposición de ánimo, la llegada de Mariano fue para Guadalupe una bendición, y revistió todas las condiciones de un prodigio verle en disposición de ir como peregrino al refugio de Juana. La noche se le había hecho larga, pensando en la realización de sus planes; pero aun se le habían hecho más largas las horas de la mañana, esperando que despertase. ¡Cómo se arrepentía de aquella espera! Con marchar un cuarto de hora antes, se hubiera evitado la entrevista de Pepe Larriva y la entrega de esa maldita boleta, que había frustrado toda esperanza.

Recordaba Guadalupe que Mariano le había ofrecido volver tan pronto como hubiese solucionado la

cuestión que le llevaba, y, para eliminar obstáculos, puesto que no se mostraba Rojas por ninguna parte, pensó en repatriarla cuanto antes a Juana, y marchó para Llacao con la madrugada del día siguiente.

¡Cuán bueno era Dios! ¡Qué hubiera sido de sus esperanzas, si se iba con Mariano! Cuando entró en la posada de Juana, la encontró a ésta en charla tirada con el malvado que Guadalupe creía tan lejos. Había ido el canalla a instalarse en Llacao con víspera, presentándose en la casa a visitarla a Juana, tan pronto como hubo vuelto la madre, haciéndose recibir como pretendiente oficial. Las personas de la familia que no estaban en antecedentes, no habían tenido reparo en aceptarlo y fomentar las relaciones, encontrándole digno de las preferencias de Juana, por la cultura y gracia con que había sabido ganarse la simpatía y confianza de todos.

Guadalupe se indignaba contra la hija..... ¡Infame! qué bien había sabido engañarla! Igualita al padre!..... Se acordaba que en cierta ocasión Juan Padilla, después de varios días de preparar un viaje a Loja, marchó una mañana con todo el aparato del caso, habiendo ido, con un largo rodeo, a dar en la casa de una querida, para comerse en un mes de permanencia, el dinero que le hubo arrancado con pretexto de negocios. La muy sinvergüenza había hecho adelantar al perillán, para irse luego, como muy temerosa de los riesgos de la guerra, a pasar la temporada a sus anchas en sus correrías indecentes.....

La cosa había sido para estallar; pero, Guadalupe se manejó prudente. No dijo una palabra acerca de la

verdad a sus parientes, para quienes era un hecho el noviazgo de Juana; pues, Guadalupe, tinosa y resuelta a conjurar la situación, consintiendo en que se casara con Rojas, insinuó a éste, hacer el regreso juntos, con el fresco de la mañana siguiente, y le retuvo todo el día aquel en su compañía, colmándole de atenciones y comedimientos.

En el camino, cuando habían salido ya a la carretera, Guadalupe, a presencia de Juana, abordó la cuestión sin rodeos.

—Señor Rojas, es usted un hombre de honor, que no puede consentir, menos pensar, en la deshonra de una persona que estima. Veo la inclinación que tiene por mi hija, quien parece también corresponderle. Como tanto tiempo ha pasado desde que tuve la suerte de recibirle en mi casa, y empiezan ya las malas lenguas a cebarse en el honor de mi hija, quiero que termine esta situación, cuanto antes, mejor..... Es preciso que se decida..... ¿Qué dice usted?

—Si mi circunstancia fueran favorable no habría eperado que uté me lo dijera: ya etaríamo anidando hace fecha..... Pero el matrimonio e cosa mu seria..... Un poco má pa atrá llegaría a ello..... Por lo mimo que amo a la niña, precisa allegá lo necesario pa recibirla.

—Bien; pero hasta entonces..... mientras cuente usted con lo necesario, le suplico que me haga el favor de retirarse, de dejarla en tranquilidad a la chica.

—Me pide uté un imposible..... Ni yo ni eya podemo viví sin verno..... lo seguro e que, al fin o al cabo, iremo po la bendición..... así de pronto, ni pa pensarlo.

Se deslizó entre ellos un silencio embarazoso, y caminaron largo rato, sobre sus propias sombras, tendidas en la carretera por el sol que les calentaba las espaldas. Las hermosas vegas de *Challuabamba,* el antiguo Paucarbamba de los Incas, enmarcadas entre el río y la carretera, cubiertas de vegetación, respirando aromas bajo la dorada caricia de la mañana, nada decían a el alma de Guadalupe, desconcertada por la insolente franqueza del corruptor de su hija. Había creído que ésta, ante la negativa del mozo, sintiéndose ofendida, reaccionaría poniendo un gesto de altivez que la eleve y la dignifique..... ¡Nada! Seguía el camino satisfecha, sin perder ocasión de verle con miradas de adoración, de rendimiento, de deseo, sin que le importe nada la manera de llegar a la finalidad de sus aspiraciones de hembra.....

A Guadalupe le dolía la cabeza como si le apretaran gradualmente con un cincho de hierro. Tenía vergüenza de que la vean ir hombreando con el galán de la hija, en un papel de rufianería y desprestigio..... ¡Cómo andaría el inicuo contando a todo el mundo lo sucedido, y burlándose de ella, que había tenido que rogarle! Después de la tontería que había hecho de llamarle, de insinuarse con él, se creería en adelante autorizado para portarse como dueño de casa, haciéndole aun más insoportable la situación, y dando lugar a que todos le crean amante oficial de Juana, a quien la propia madre servía de colchón.

Iban ya a entrar en el puente de Machángara. Guadalupe, frente al callejón de eucaliptos por donde se penetra a la quinta de la Sra. Hortensia Mata, de-

teniéndose de repente, le dijo a Rojas, con la mayor naturalidad:

—Nos quedamos aquí: tengo que arreglar un negocio con la mujer del Mayordomo de esta hacienda. Hasta luego.

Y sin dejarle a su interlocutor tiempo de contestar, se encaminó por el callejón, seguida de Juana, que no opuso resistencia alguna.

Antonio Rojas, pasando el puente, continuó su camino por la carretera volviendo insistentemente la cara y escudriñando con los ojos el callejón, viéndolas ir, apareciendo y desapareciendo al través de los robustos eucaliptos y de la melena de matorrales de las cercas. De repente ya no las vió más. Se habían sentado a descansar, haciendo tiempo que se aleje lo bastante, para ellas tomar un sendero extraviado que, partiendo del puente, se encaramaba por sobre la altura, yendo a caer directamente a Monay.

Mientras descansaban, le habló a Juana: era preciso que no vuelva ni a recordar de ese hombre. Había visto cómo se negaba a casarse, ¿qué pensaba? Ella sabía bien la repugnancia que le tenía, pero de verla tan decidida había llegado al extremo de convenirse con el matrimonio, creyéndole un hombre de honor, sin suponerse que la rechazaría..... Era una vergüenza para una joven ser despreciada así..... ¿acaso le faltaban propuestos o estaba cayéndose de vieja para que continuara pensando en ese monstruo?

Juana no contestó. Había arrancado una rama de poleo y con la diestra se azotaba en la palma de la otra mano, saturando el ambiente del pungente olor

que, maltratada, despedía la hierba; parecía que Guadalupe no se dirigiera a ella, sino a otra persona. Clavados los ojos en la palma de la mano, y con una desdeñosa sonrisa en los labios, demostraba una resistencia muda, pero incontrastable.

Esto le indignó a la madre. Estaba bien, que hiciera lo que tenga la gana, pero le juraba que en la primera vez que los encontrase juntos, les mataría a palos a ambos. No le importaba ir a presidio, con tal de librarla de ese hombre..... y si la mataba éste, mejor, que sobre su cadáver consume Juana su deshonra..... Dios quedaba para hacerla expiar..... tarde se acordaría de su madre, cuando ya las cosas no tengan remedio.

XX

Mariano había vuelto del *Yunguilla* y llevaba en su casa vida de cenobita, dividiendo su tiempo entre la lectura de sus libros hacía fecha arrinconados, el cuidado de sus mulas y el cultivo de una pequeña fracción de terreno que había dejado vencer su partidaria.

Gozaba del placer de estar solo y libre. El Teniente había sido reemplazado, a despecho de todas sus astucias, por un hombre remolón y sin espíritu para el bien público, pero inofensivo, y disfrutaba de tranquilidad el pueblo. Bien veía Mariano que aquello era una desgracia, porque los caminos se ponían intransitables, cerrados por las pencas y malezas, sin mano que quite una piedra, rellene un bache y peine las cercas; pero era preferible a la explotación de la codicia que hallaba en todo eso un pretexto de lucro y de hostilidad permanentes. Para los asuntos de justicia, como estaba tan cerca la ciudad, acudían los que la necesitaban a las Comisarías del Cantón, donde la encontraban más barata y eficaz, así por la prontitud, como por el respeto con que eran cumplidos los fallos. Hasta creía Mariano que en las parroquias inmediatas a la cabecera del cantón, estaban demás los Tenientes, y se les podía suprimir sin que se sienta en lo mínimo su falta. Para cumplir las órdenes que, de tarde en

tarde, impartían los superiores, allí estaban los jueces. Y pensaba que acaso fuera mejor organizar la Policía rural por departamentos, agrupando varios pueblos bajo la jurisdicción de Comisarios departamentales, con un buen número de agentes rentados con lo que se invertía en sueldos de Tenientes, provistos de bagajes propios y listos para acudir a cualquiera parte. Así se le figuraba que habría podido ser útil la policía: de otra suerte, era una institución que sólo servía de pretexto para el enriquecimiento de los jefes, llámense intendentes o tenientes.

No había ido para nada donde Rosario; pero se había visto con ésta alguna que otra vez, con motivo del partir, manteniéndose estrictamente dentro del límite que se había impuesto de una atenta y bien marcada amistad.

Pepe, como que se diera cuenta del medio giro que habían tomado las cosas, se mostraba un poco huraño, frecuentaba cada día menos la casa de Mariano, y había dejado en olvido las mulas, como si hubiese terminado el negocio, sin que se haya dicho una sola palabra sobre el particular. En todo eso veía Mariano la voluntariosa imposición de Rosario que no aceptaba contradicción de nadie de la familia. Y esto, lejos de amortiguar su afecto, parecía inflamarlo, poniéndole cierto sello de aristocracia, que la elevaba sobre las de su clase. La altivez de la soltera era garantía de felicidad cuando casada. No le gustaban esas mujeres que al primer guiño de un hombre, mostraban los dientes, poniendo los ojos en blanco y haciéndose las sentimentales: eran buenas para amantes, pero no para esposas.

Alguna vez pensaba en Juana, pero su imagen se le presentaba difusa, sin lineamientos precisos. No la había visto sino al través de la atmósfera pesada del dolor, en esos días del duelo por la tía. Las impresiones que experimentara cuando fue a verla y no la encontró, le hablaban de sus cualidades de mujer hábil y hacendosa, que aun cuando muy buenas en la vida doméstica, no significaban gran cosa para el amor. Deseaba volver a verla; pero era su deseo tan débil, que no le movía la voluntad hasta el punto de arrancarle de esa vida de inactividad y misantropía que le dominaba. El desengaño padecido con Rosario le había aplanado, y tenía miedo de emprender una nueva conquista, presintiendo un final semejante. Había leído tanto, y sin embargo, en materias de amor estaba en la primera página: no sabía nada.

Casi todos los días iba Mercedes a verlo, reprobando su aislamiento y exigiéndole que fuera a su casa, o que, si no quería ir, le aceptase la comida en la de él. Era un capricho en que se había metido sin fundamento y del cual se arrepentiría. Estaba bien que viva de fiambres o prenda la cocina él mismo, a la hora que le fuera posible, cuando estaba de viaje, sin persona que, sea bien o mal, le atienda; pero no se explicaba semejante vida en la casa, donde había estado hecho a las atenciones de la tía, cuyo único pensamiento era que nada le faltara. Recordaba la ternura de la Sra. cuando en sus últimos instantes le recomendaba que no le dejasen solo a su Mariano. Quería cumplir la recomendación de esa santa mujer, a quien Dios tendría en gloria, y le rogaba que le acep-

te, sin conseguir que Mariano desista de su propósito de soledad.

Deseaba acostumbrarse a la nueva situación, porque no le era posible irles a molestar toda la vida. Cualquier día, después de un tiempo más o menos largo, tendría que volver a ella, y no quería recomenzar, cuando estaba ya haciéndose. Al principio ciertamente le pesaba; todo se le ponía imposible..... Unas veces comía, y otras se acostaba sin probar bocado caliente.... Al fin, había logrado ordenar su vida y le quedaba tiempo para todo.

Había recogido sus pobres perros, que, tristes y encanijados, andaban por las vecindades como si no tuvieran dueño; las gallinas con sus cuidados estaban ya comenzando a poner; la vaca estaba en días.... tal vez antes de dos semanas tendría leche; al puerco se le estaba comenzando a colgar el tocino.... hasta los gorriones, como tenían algo que picotear en los alrededores de la casa, habían vuelto con la música de sus trinos y andaban afanados en fabricarse nidos.... Todo era vida en su torno, y no quería dejar que se apague nuevamente el fuego. Su tristeza era lo de menos: le bastaba la alegría de cuanto le rodeaba. Para él no tenía significación la vida sino en cuanto cristalizaba en alegría a su alrededor.

Había hecho la limpieza de las acequias, recortado la melena a las cercas, cuyas cabelleras se derramaban viciosas dañando los sembríos; estaban abonados los alfalfares, y en el huerto engrosaban las envolturas de los repollos y las cabezas de las cebollas, los ajos y los puerros. Tenía una parcela de lechugas

que despertaban el apetito con verlas; y, en los ratos desocupados, contaba con la gloria de sus libros, sus viejos amigos tan condescendientes y buenos, que le hablaban de lo que deseaba según la situación de su espíritu.

—Esta es mi vida, *seño Michi*. La he logrado rehacer a dura costa, y me propongo mantenerla, porque, si la pierdo, no me creo con fuerzas para volver a restaurarla. De no ser así, ¿dónde estaría mejor que en su casa de Ud., que siempre he mirado como mía?

—Está bien, Marianito; pero, por lo mismo, es preciso que no la olvides.... ¡Ya cuántos días que no siquiera nos visitas! ¿Qué motivo ha habido para tu alejamiento?

—Son cosas de mi corazón: la suerte me ha oprimido con tanta crueldad, que no me ha dejado ánimo para nada. Ha puesto su pie destructor hasta en lo más recóndito de mis sentimientos, y no hay una ilusión que no haya sido destruída. Este vacío de mi alma lleno con la fatiga del trabajo, y es la mano del cansancio la que me tiende la cama y cierra mis ojos.... de otro modo no podría dormir.

—Debes pensar en una compañera; esos son males que no se curan sino con el calor de la mujer.

—Ni eso puedo: la que había sido mi sueño de oro de toda la vida ya no me quiere.

—Si no la buscas, si no la llamas, si no la ruegas, quien quiera que sea, ¿cómo te ha de querer? No ha de venir a proponerte ella. Deja tu vida de cartujo.... la gente con la gente vive.... y doy mi pescuezo, si no te acepta la primera a quien propongas.

—Esa suerte sólo se hizo para Pepe.

—¿Que Pepe?

—¿No ha sabido? El Pepe de Ud.

—Pobrecito ¡Qué va a pensar en esas cosas!

—Creí que le había contado: está ya comprometido, y la chica vale la pena. Está fijada la boda para *Tres Reyes.*

—Me embromas.... ¡Cuánto diera porque fuera cierto! Ya no me queda otra preocupación que la de mis hijos.... desearía verlos constituídos.... Muerta yo ¿qué es de ellos?....

—Pués, entonces alégrese.

Y Mariano le refirió todo. Berta Sigüencie era una muchacha digna de Pepe: joven, donosa, de buena familia y con condumio. Aunque las chiquillas, cuando novias ocultaban las uñas, Berta le parecía de carácter inalterable, virtuosa y de buenas prendas. Huérfana de madre, tenía una considerable herencia y la espectativa de redondearse cuando muera el padre. Pepe había tenido buen ojo y había sabido hacer las cosas bien hechas.

Berta no tenía sino a su hermana Margarita, que idolatraba en ella, a quien consideraba como a hija. La fortuna de la hermana era otra espectativa para Berta.

Lo único que encontraba de malo Mariano, era que vaya Pepe a establecerse tan lejos de la familia, en *Narancay.* Por lo demás, le sonreía un porvenir halagüeño.

Mariano tampoco había sabido nada. La reserva de Pepe había sido absoluta, como que todavía no pensaba en formalizar el compromiso, dilatando para

hacerlo más adelante, cuando contara con algún dinero. Al verse apremiado por la familia de la prometida, no había tenido más remedio que decidirse.

Mercedes le escuchaba a Mariano con los ojos que le nadaban en lágrimas. Pobrecito de su hijo !, bien merecía de Dios el premio que le dàba. Ya remediado él, no le quedaba sino Rosario, cuyo amor propio le hacía sufrir con exageraciones que rayaban en orgullo; pero, en el fondo era buena. A Mercedes no le disgustaba ese carácter, que consideraba como virtud en una joven, porque la precavía de los deshonrosos contactos a que vivían expuestas las coquetas. Pero, hubiera deseado que Rosario fuese más dulce. Esos caracteres fuertes corrían el riesgo de tomar por el atajo del capricho, llevando sus sentimientos hasta el sacrificio o el crimen.

En cambio, Pepe era tan bueno, tan humilde! ¡Cuándo un mal modo, una palabra descomedida ! De la mañana a la noche trabajaba como si tuviera obligación para mantenerlas a Mercedes y Rosario, sin preocuparse para nada de su persona. Si no fuera por ellas, que, a su vez, se preocupaban de él, no tendría un calzón para mudarse. La mujer que se case con Pepe sería feliz. No tenía otro pero que la pobreza.

Mariano le observó que ese no era un defecto. Cuando Adán y Eva se casaron, ninguno de los dos llevaba otra cosa que su pellejo, teniendo el Señor que darles la primera mudada, al arrojarles del Paraíso. La fortuna, especialmente de la mujer, era muchas veces, más bien que suerte, un semillero de discordias.... El, si se casara, buscaría una mujer pobre....

La única fuente de la fortuna era el trabajo honrado, siempre que le hiciera compañía el ahorro. El había visto muchos matrimonios tan pobres como el de nuestros primeros padres, allegar considerables riquezas, y, por el contrario, matrimonios ricos, quedar en mendicidad, al correr de poco tiempo. Nadie sabía el secreto de la fortuna, que era caprichosa y tenía sus preferencias; pero, estaba convencido que la laboriosidad vencía a la mala suerte, acabando por ponerla de su lado. Al que no le permitía punto de reposo era al haragán. Mientras dormía lo minaba por todas partes, hasta ponerle en media calle con una mano adelante y otra atrás, sin nada con que cubrir su vergüenza. Aunque era verdad que el día malo tendía la cama al bueno, la laboriosidad y el ahorro compensaban esas desigualdades de la fortuna, regularizando el curso económico de la vida.

El dicho aquel de que los pájaros no siembran ni entrojan y se pasan, sin embargo, mejor que un rey, era una engañifa. La sentencia del Señor contra el hombre: "comerás con el sudor de tu frente", tenía, necesariamente que cumplirse, y revestía como emanada de la boca divina, todas las características de una bendición. No acertaba Mariano a imaginarse que habría sido del hombre sin el precepto de trabajar, que le ponía por encima de todos los seres de la creación, valiéndose así mismo y haciéndose dueño de su suerte, hasta el punto de haber llegado a convertirse en su propia providencia. El hombre no podía vivir de salteador como los pájaros. El salteamiento presuponía que hubiese qué saltear. La tierra era madre buena y

generosa con los que la estrangulaban sin descanso obligándola a producir; pero era dura y cruel con los holgazanes, para quienes sólo brotaba abrojos y espinas.

Ni como broma pasaba la afirmación de que Dios sabía sumar, restar y multiplicar, pero no dividir, porque había dado mucho a unos y a otros nada. Mariano encontraba precisamente en la desigualdad económica de los hombres, la demostración de una sabiduría y providencia encargadas del gobierno del universo. La retribución, para ser justa, debía guardar proporcionalidad con las energías consumidas en alcanzarla: el que menos trabajaba, menos tenía. Y, la riqueza era la fórmula expresiva de la previsión frente a las oscuridades del futuro, en la constante alternativa de las siete vacas gordas y las siete flacas del Nilo, que eran el símbolo de la inestabilidad económica, confirmada por la experiencia, así para los individuos como para los pueblos.

La igualdad económica, soñada por los niveladores de la suerte humana, era una utopía, y no aceptaba sino dos soluciones: la vuelta del hombre a la edad paradisíaca, por el alcance de la perfección absoluta; o la desnaturalización del mismo hasta convertirlo en bestia. El primer extremo, al paso que llevaba la humanidad, era poco menos que imposible, a no ser en una serie de millones de millones de siglos, que no alcanzaba la imaginación; luego, sólo quedaba el otro: la animalización del hombre hasta reducirlo a rebaño. De los dos, el primer extremo, no sólo podía, sino que debía ser abrazado por todo hombre como el supremo ideal; pero el segundo, había que combatir como una infamia.

No quedaba a la salvación humana otro camino que el del trabajo y el ahorro, para contrarrestar la inconstancia de la fortuna, que, como hembra, era variable y caprichosa. El hombre laborioso y económico no tenía por qué temer nada, en las múltiples encrucijadas de la vida, porque estaba prevenido contra las traiciones de la mala suerte.

Pepe era un muchacho trabajador y moderado en sus gastos. Los capitales de Berta eran para él un buen principio. Después de poco tiempo habría llegado a la riqueza. No le quedaba a Mercedes otro remedio que bendecirle.

XXI

Contra todo lo que esperaba Guadalupe, la negativa de Antonio Rojas a formalizar el matrimonio, no había producido efecto alguno en el ánimo de Juana, que continuaba por el camino de su insensata pasión, como si no persiguiera otra cosa que la deshonra, si acaso no había llegado ya a esa finalidad. En sus venas corría tumultuosa y ardiente la sangre de Juan Padilla, el sátiro incorregible, para quien no había en la existencia otro sentimiento que el de la lascivia. Si Juana hubiese resultado hombre ¡vaya!.... pero, para una joven, era un verdadero castigo.

Ni las súplicas empapadas en lágrimas de la madre, ni los consejos y amenazas del confesor, ni las murmuraciones de los vecinos, que la espiaban y seguían los pasos con insana delectación, bastaban a moderarla. Estaba poseída por la locura de la concupiscencia, en esa edad en que las naturalezas menos ardientes llegan a desequilibrarse, y parecía desafiar a todos con la ostentación de su desvergüenza, a todas horas y en toda circunstancia.

Guadalupe, agotada por la lucha diaria contra las rebeldías de la hija, había caído en desaliento: su actitud era, aparentemente, de resistencia pasiva; pero nunca como entonces estaba tan apercibida a la de-

fensa, mediante una prolija vigilancia. Ya no se agriaba contra Juana; su sentimiento de disgusto había sido reemplazado por la más honda compasión. La consideraba como una víctima de la naturaleza morbosa del padre, y la rodeaba de cuantos cuidados le sugería su amor de madre, manteniéndola sitiada por una muralla de cariño. Había tomado sobre sí la carga de todos los servicios domésticos, a fin de que la hija no tuviese pretexto para salir de la casa, y siendo siempre la última en acostarse y la primera en abandonar el lecho, después de asegurar las puertas cada noche, se ponía la llave bajo la almohada, para coartar toda posibilidad de alguna nocturna cita.

Una noche la sintió a Juana levantarse. Ella se hizo la dormida para sorprenderla. Llegándose de puntillas a la cabecera; inclinándose sobre la madre se cercioró que dormía, y haciéndose con la llave, segura de la impunidad, abriendo con tino la puerta, se escurrió para fuera. Guadalupe hizo lo propio, armada de una tralla con grueso cabo de madera fuerte, que servía para arrear la yunta en las aradas.

La noche era de luna. Cantaban los gallos, señalando la hora de las visiones y los aparecidos. La luz pálida del satélite bañaba el corredor, cortada a trechos por la sombra de los árboles. Se oía ese rumor peculiar del campo a altas horas, coreado por el chirriar de los grillos y el croar de las ranas, que, abandonando sus diurnos escondites, sentadas al borde de los hierbales, alzaban sus redondas cabezas hacia el cielo.... ¡Ni una alma! Ya se resolvía a levantar la voz, pidiendo a gritos socorro al vecindario; pero se contuvo,

temerosa de rematar la deshonra de la hija, cuyo honor quería salvar. Avanzó a tientas, tambaleándose como una sonámbula, hacia uno de los extremos de corredor, y percibió, allí cerca, detrás de una enredadera de alverjillas florecidas, al pie de un sauce, cuyas cepas de filamentos rojos como carne de jamón, formaban blando lecho, el rumor tenue de dos voces que alternaban. Conteniendo el aliento y arrastrándose por el suelo para no ser descubierta, llegó a ponerse tan próxima, que oía el roce voluptuoso que produce una mano al frotar sobre el crispado raso de la piel.

Hablaban.

—No —decía ella— imposible si no es como Dios manda..... Se ve que no me quieres..... Si es así, te juro que no volveré a verme contigo en adelante.....

—Eres tú la que no me quieres —contestaba él— si cariño me tuvieras no dudaras en darme la prueba que te pido..... Te juro que apenas amanezca estoy donde tu madre para pedirte en matrimonio.

—Y, si no me cumples?..... Si me engañas como has hecho con tantas otras?..... No sabes el sacrificio que me cuesta!..... Pero, júrame, júrame otra vez, que no me dejarás burlada.....

Llegaban ya las cosas al último límite. Crugía la nave haciendo agua por todas partes..... El naufragio era inevitable. Se enderezó Guadalupe, rígida, como levantada por un resorte, y cayó sobre ellos con la valentía del amor maternal, que hace a la clueca lanzarse sobre el gavilán o la zorra, en defensa de los polluelos. ¡Bandido, así no se engaña! y con el cabo de la tralla le dió unas tantas roturas de cabeza. El hom-

bre huyó sangrando, sin hacer la menor resistencia ni pronunciar una palabra de excusa. Entonces, cerró con la hija, que se encontraba en enaguas. Ya no era el cabo, sino el látigo de la tralla el que sonaba sobre las duras prominencias crispadas por la voluptuosidad, como si cayera sobre piedras; y, haciéndola rodar a trallazos y puntapiés, la llevó hasta la pieza, zurrándola de lo lindo, allí, donde suponía haber rozado las manos del seductor, como si quisiera borrar a látigos las huellas que hubiesen dejado.....

Cansada, jadeante, le ordenó a Juana que se vistiera, si no quería que acabe de matarla. Formó un lío de las ropas más indispensables; lo cargó, hizo adelantar a Juana; puso llave a las puertas, y le dijo lacónicamente:

—A Cuenca, por el camino del río.

Y la hija adelante y Guadalupe atrás, se encaminaron por un sendero que se abría por mitad de la sementera y por el cual acostumbraban traer agua del río para los servicios domésticos; en medio del silencio de la noche, estremeciéndose con el frío de las primeras horas de la madrugada; silenciosas, atónitas y preocupadas, cada una, por diversos pensamientos.

Al llegar a la orilla del río, cuyas aguas estaban bajas, Guadalupe se hincó llorando desesperada; rezó algunas oraciones; se santiguó tres veces de corrido y murmuró, entre lágrimas:

—Puede ese hombre encontrarnos, y ser la defensa de tu honor la causa de mi muerte.... ¡Dios mío, protégeme y salva a esta desgraciada!

—No me digas así—sollozó Juana— perdóname y bendíceme. Yo te juro que no me ha pasado nada,

y que, de hoy en adelante, no haré sino tu voluntad. Y se arrodilló a recibir el perdón de la madre.

Ambas lloraron abrazadas, y, hecha la reconciliación, pasaron a pie enjuto el río, ganando sin contratiempos la orilla opuesta, donde, acabando de calzarse, preguntó Juana:

—¿A dónde vamos?

—Al Valle —contestó la madre— donde tu primo Mariano, que se encuentra solo, y nos agradecerá que le hagamos compañía una temporada.... Y Dios quiera que le caigas en gracia y halles en él un marido que te haga feliz.

—¿Te gustaría que me case con Mariano?

—Creo que sería el mejor partido..... Ya sabes como debes portarte.... con él no hay los riesgos que acabas de pasar, y puedes acercarte sin recelo.

—Puesto que tú lo quieres, te ofrezco que haré cuanto sea necesario para darte gusto; pero no vuelvas a recordarme lo sucedido.... ¡Bien castigada estoy! Cuando bastaba la sorpresa, me has puesto el cuerpo como el de Jesucristo.

—Doy gracias a Dios que me haya librado de matar a uno de los dos.

Habían llegado frente a la desembocadura de la *Quebrada del Mal Paso,* y entraron por ésta, que era el único camino que existía para conducirse de *Monay* al *Valle.* Una pequeña serpiente de agua corría por el centro, arrastrándose entre las arenas como una babosa, sobre cuyo lomo, de trecho en trecho, rielaba la luz de las estrellas. Aquí y allá, al descolgarse por entre las piedras, en el silencio de la noche, su débil mur-

murio, tenía rumor de palabras, y en más de una ocasión, las pobres viajeras, temerosas de un mal encuentro, se refugiaban temblando entre las zarzas lujuriantes que colgaban de los bordes, apelotonándose y permaneciendo sin respirar y con el oído atento; volviendo a continuar la angustiosa marcha cuando llegaban a convencerse, que lo que habían escuchado, no era sino el murmullo del agua.

No era camino aquella quiebra ¡qué camino iba a ser! El empujón de la necesidad era el que les precipitaba por allí a las gentes, en un país olvidado por los gobiernos, sin otras vías de comunicación que las improvisadas por los aborígenes en su existencia semisalvaje. En algunos puntos, el material arrastrado por las crecidas en las grandes tempestades, interrumpía el paso con hacinamientos de pencas, troncos de árboles, bolas enormes de tierra y piedras, amalgamadas en un rodar de leguas. Cuando la tempestad cedía en su ímpetu, quedaban en reposo, acumulándose como en una barricada monstruosa, deforme, incalificable, hasta cuando otra tempestad los desarraigaba en trozos diseminados aquí, allá, lo que iban a formar un conglomerado heterogéneo en otra parte. Los frecuentes derrumbes del un borde dirigían las aguas con tra elotro, socabándolo por su base, con peligro del transeunte, que pasaba temblando, para ver, muchas veces, hundirse tras de sí.... Con todo esto, la quiebra era infractuosa, llena de ángulos y recodos, que segregaban cantidades de légamo resistentes aun a los más calurosos veranos, y que hacían de soterraderos. Para aventurar por allí sin peligro, era preciso conocerla por una práctica cons-

tante, porque de un invierno a otro, variaba su fisonomía al capricho de las crecientes.

La quiebra era profunda y funesta, con los altos bordes festonados de matorrales, donde el *sigsal* levantaba sus banderas de muselina blanca, o algún árbol gigantesco de sauce, carcomido en sus raíces, se inclinaba con los enmarañados brazos tendidos hacia la profundidad; en los recodos de ésta los espesos matajes proporcionaban asilos a la impunidad de cualquiera malhechor. Se contaban espeluznantes leyendas de campesinas cuyo honor había sido inmolado en esos recodos al imperio de la fuerza, y de pasajeros asesinados por salteadores. Y tantos y tantos hechos de bandidaje se habían consumado allí, que, desde tiempo inmemorial, se la conocía con el significativo nombre de la *Quebrada del Mal Paso.*

Por allí caminaban las dos indefensas mujeres, luchando con los obstáculos materiales que dificultaban la marcha a cada paso, venciendo el sentimiento avasallador del miedo, que, a la luz difusa de la luna, poblaba la funesta quebrada de visiones de vivos y muertos, que las escalofriaban hasta el arrepentimiento. Habían acabado de agonizar con las jugadas de alguna ráfaga de viento, que hacía danzar bultos extraños sobre los bordes o las mazas negras de los recodos, cuando, descolgándose por los jarales, con estrépito de asalto, huían por entre sus pies conejos o zarigüeyas, dándoles sustos mortales. En una de esas, pasó una raposa gruñéndoles y enseñándoles los dientes, seguida de dos cachorros; en otra fué un perro negro, en el cual creyeron ver al demonio, persignándose y haciéndole cruces.

Cuando, pasando por debajo de la canal que lleva agua desde *Chahuarchimbana* para los predios de Monay, comenzaron a subir la cuesta, con dirección al Valle, parecía que se les aclaraba el alma, tanto como el cielo. Tras de las cumbres oscuras del Oriente rayaba el alba.

Las casas, los árboles, los matorrales, cuanto se levantaba sobre la tierra, dibujábase en negro sobre el tocado rosáceo de la aurora, y poco a poco, iban tomando forma y color todas las cosas, con la aproximación del día; pero la vida de rumor, de animación, de movimiento, continuaba aun dormida. Las viajeras consideraron inoportuno seguir adelante; lo extraordinario de la hora habría sido la revelación de algo extraño, inusitado, inexplicable, y resolvieron hacer alto mientras amanezca plenamente.

Con este propósito, desviándose del camino, penetraron por un terreno cuajado de chaparros, y se ocultaron en una rinconada, al pie de una arboleda de capulíes, desde donde se contemplaba el avance de la luz por el cielo, que se iba incendiando, en tanto que se apagaban las estrellas, a medida que avanzaba la zona luminosa. Se oyó el canto, del primer gallo, y luego, el de otro y otro, como en competencia, e iba despertando la vida en todas direcciones.

Comenzaban a blanquear los campos, antes de que la luz reviente en perfiles y colores, y el silencio, casi religioso de la madrugada, fue interrumpido por la melodía indígena primitiva de un rondador, que bajaba por el camino, derramando en la frescura del amanecer, las enternecedoras notas del yaraví, yendo a perderse entre las quiebras desoladas del *Mal Paso.*

¡Qué mundo de sentimientos despertó en el alma de las infelices mujeres esa doliente querella, que como el milagro del don de lenguas de los apóstoles del Crucificado, ponía en contacto el espíritu del anónimo trovador con el de cuantos le escucharon pasar a modo de una visión de melodía por aquellos campos! Cuántos corazones destrozados por el dolor, habrían llorado como las dos viajeras, sintiendo sus penas convertidas en plegaria de música, elevarse en la calma beatífica del amanecer, igual que una onda de amoroso incienso a las alturas! ¡Música! ¡Música! único idioma escapado al fracaso de Babel, y qué todos los humanos entienden!

Aun se escuchaban tenues, ahogadas por la distancia, las vibraciones del rústico instrumento, cuando los pájaros, trovadores bohemios, como si hubiesen sentido despertar su instinto músico, coordinaron su orquesta. Arboles y matajes florecieron en trinos, a los que se unieron luego las columnas azules de humo de los hogares y los gorjeos infantiles de los muchachos: había acabado de amanecer.

Guadalupe estaba ojerosa y triste. Ambas tenían los ojos inflamados por el insomnio y las lágrimas. Saliendo del lugar de su refugio, volvieron al camino. Desde una eminencia de él, se distinguía la casa de Mariano en una hoyada, defendida del viento. En el patio se veían las mulas, echadas en perezosa somnolencia. Del tejado de la cocina se levantaba una pequeña columna de humo, que fue aumentando y elevándose recta, como una oración, hacia el espacio azul, en medio de la tranquilidad de la mañana. Era hora de avanzar, y avanzaron.

XXII

Muy cerca de llegar, saliendo de un portillo, con un cántaro de agua al hombro, les encontró Mariano, que se apresuró a saludarlas.

—¡Cuánto gusto tía.....! ¿Qué milagro por aquí?

Bajó el cántaro, poniéndolo junto a una cerca para que no se voltee, y les extendió la mano, primero a Guadalupe y luego, a Juana.

—¿Cómo estás, Marianito?

—Ya me voy endurando, aunque la soledad me desespera..... Ya ven ustedes, llevando agua..... Cuando llegue, se habrá apagado la candela..... y va de nuevo..... A veces tengo ganas de no volver..... Pero, como mis animales necesitan descansar..... Toda la semana anterior estuve ausente: fuí a sacar carga de Naranjal. Llegué anoche.

—Pero la soledad tiene remedio —le dijo Juana— Padeces porque quieres. Yo en tu lugar ya estuviera bien acompañado.

—¿Y quién me ha de querer a mí?

—Bueno! —ordenó Guadalupe, cortando la conversación—. Ve, Juana, lleva tú ese cántaro, y vamos andando.

—Eso no! —protestó Mariano— Deja, prima, te vas a mojar; tú no estás acostumbrada a esto.....

—¡Qué me crees! —repuso Juana, arrebatándole de las manos la vasija y poniéndosela al hombro—. Venimos para acompañarte algunos días, y comienza mi papel de cocinera..... Ya verás que no soy tan maula como me supones.

—¡Qué suerte fuera para mí tenerlas siquiera una temporada! —murmuró Mariano— Pero, no les creo.

—Efectivamente —confirmó Guadalupe— venimos a pedirte posada por algunos días. Estoy enferma, aunque no de gravedad, y el médico cree que es por la humedad de la casa: me ha recetado cambiar de habitación y de clima. Pensando a donde irme, Juana se acordó de tí, y me dije, "realmente, a ninguna parte podríamos ir con más confianza y mayor seguridad que donde mi sobrino Mariano", y hemos tomado la madrugada para cogerte antes de que salgas a tus ocupaciones.

—Han hecho bien, y llegan a tiempo..... No pensaba en semejante suerte! Quizá Juana no se aburra en esta soledad, extrañando lo que habrá dejado allá.....

—Felizmente no tengo nada: tú eres el único primo ¿Dónde puedo estar mejor que a tu lado, aun cuando no sea sino para servirte de estorbo?

—¡Prima!..... Si eso fuera cierto!..... Eres demasiado guapa para creer que no tengas quienes te echen de menos..... No te has visto la cara ni siquiera en el espejo del río, cuando te ibas a bañar?.....

—No quiero darme de humilde: si me creo corriente.... Pero, como no tengo blanca, nadie se me apega; el pobre hiede a cobre.

Habían llegado a la casa. Mariano se apresuró a

franquear las puertas de la cocina, diciéndole a Juana:

—Ve, chica, da principio a tus funciones, poniendo una agüita caliente para tomarnos un *draque,* festejando la buena llegada de ustedes; tengo una calabaza de *puro,* que no sabía con quien disfrutar.

Y, llevándole a Guadalupe de la mano, se retiró a las habitaciones, con un ruido de llaves y de puertas, que iba de un lado a otro. A poco volvieron a reaparecer, Guadalupe con un paquete de azúcar para endulzar el agua, y Mariano, con una calabaza forrada de cuero en la una mano y un vaso de cristal en la otra.

—Esa agüita que esté echando brincos —dijo Mariano desde la puerta de la cocina, entregando a Juana lo que llevaba— entre tanto, voy a regresar soltando a mis mulas en el potrero —Y se alejó a despicotar a éstas. —"¡Vamos!.... Alcen ociosas!"— Y fué abriendo a cada una las ataduras, hablándolas y haciéndolas caricias como a personas. Los animales le conocían, y demostraban corresponderle, lamiéndole las manos— "Ah, *zamba*, golosa! ya estás queriendo sal; y vos también *cebruna.* Pero, se equivocan; eso sólo cada mes, y en medida, para que no se me hagan *calentonas....* "¡Arre al potrero!.... ¿A dónde vas loca?" Y, antecogiéndolas, camino del potrero, se alejó silbando una tonada.

Estaba ya distante, y, deteniéndose sobre una protuberancia del terreno, tras la cual acababa de desaparecer el anca redonda de la última mula, revolviéndose Mariano hacia la casa, con las manos en la boca, a manera de cornetín, para recoger los sonidos, gritó:

—Tiíía.... tiíía Guadaluuupe....

Cuando ésta, acudiendo a la llamada, asomó a la puerta de la cocina, le dijo, así mismo, a gritos:

—Quizá me hace el favor de ordeñar a la vaca hasta yo volver.

—Bueeeno.... bueeeno— contestó Guadalupe. Y Mariano, satisfecho, siguió a la recua, perdiéndose como las mulas, tras la prominencia de terreno sobre la cual se había detenido.

Sentía en su interior una renovación optimista, que él mismo no habría podido explicarse, si acaso averiguaba la causa. La mañana le parecía más clara, más alegre que de costumbre. Un sol de oro se había levantado sobre las montañas azules, disipando las últimas neblinas, que en las hondonadas distantes, flotaban como un ligero polvillo rubio. El *Guagualzhuma* sobre el anfiteatro de colinas que le rodean, destacaba de gala, con las faldas cubiertas de cultivos y la pelada cresta reverberante. En mañanas como ésa, debían haberle visto los pastorcillos de los alrededores a *Mama Huaca*, sentada a la puerta ¡tan buscada de sus tesoros! hilando copos de oro para los telares, donde confeccionaba sus vestidos y los de las damas y galanes de su servicio, mientras se calentaba al sol. Más allá, vestido de azul marino oscuro, se dibujaba la silueta del *Cojitambo*, cuyo boquerón, poblado de murciélagos, no se sabía donde conduzca, y que algunos sabios creen ser el cráter apagado de un volcán, que ha llenado de pedruscos arrojados de su seno la fértil comarca de *Chuquipata*, a cuya cabecera se alza. Después, seguían en sucesión interminable, montañas escalonadas como peldaños para ascender al A-

zuay, que era la última cima, que se esfumaba entre el velo azulino del horizonte, despejado como raras veces lo había visto.

A cuantos encontraba, Mariano saludaba o devolvía la salutación risueñamente, como si hubiera vuelto a visitarle el buen tiempo, cuando la difunta era la madre de casa y no tenía nada que le preocupe acerca del arreglo de ella, ni le inquietaba el porvenir, porque la suerte, como obligada por un pacto, no se le separaba, por donde quiera que iba, colmándole de fortuna.

Tantos arrieros que entraron al negocio al mismo tiempo que él, y muchos, antes, habían sucumbido. Los inviernos les fueron fatales; camino por donde iban les quitaba una mula, con las sobrantes un torozón o un *mal aire* habían terminado, o consumaron la ruina los ladrones. El, en tanto tiempo, ningún revés.... adelante siempre, volviendo, al cabo de cada viaje, con su recua intacta y los bolsillos repletos de dinero.

Fuera de la mala pasada que le hizo, llevándose a la tía, estaba satisfecho de los beneficios con que le había colmado la Providencia. Y, ahora, como para indemnizarle de aquella pérdida, le mandaba a la hermana, su otra tía, que se mostraba tan buena como la difunta, y luego, ¡esa prima tan hermosa!, que, sin melindres se había echado al hombro el cántaro de agua, manifestando que deseaba apersonarse de la cocina, lo más pesado de la casa.... Todo esto era prueba de suerte.... Ya la otra no tendría por qué hacerse de rogar.... Y le pasó por la imaginación la silueta de Rosario, con sus engreimientos de preferida y pretensio-

nes de soberana, llevando sobre la frente, en el nacimiento de los cabellos, ese beso que relucía como una estrella de elección.....

Mariano estaba contento y, silbando alegres tonadas, gemelas de la mañana, continuó tras sus mulas, que, persiguiéndose entre ellas y tomando, de aquí de allá, sus bocados, iban camino del potrero, como si les alcanzara la felicidad del amo.

A poco de haber desaparecido Mariano, estando Guadalupe preparándose para ordeñar a la vaca, que había sacado del corral y atado a uno de los postes del patio, donde la tenía amaneada, llegaron Mercedes y Rosario, quienes, como medieras, cuidaban de la casa en las ausencias de Mariano. Se habían conocido con Guadalupe y su hija, con ocasión del duelo de la difunta Rosa Padilla, y desde entonces, no habían vuelto a verse.

La presencia de las dos parientas de Mariano, apersonadas de la casa, de buenas a primeras, fue motivo de contrariedad y sorpresa para las partidarias, que no pudieron disimular, por más que en sus palabras procuraban expresiones de cordialidad y complacencia.

Guadalupe les manifestó, sin reveses, su determinación de permanecer una temporada en compañía de su sobrino, durante la cual deseaba que no la dejasen de ver, agregando así la satisfacción de su amistad, a la que sentía con servirle a Mariano, con quien se habría quedado definitivamente, a no ser porque necesitaba atender los cortos bienes que tenía en la banda.

Mercedes, le aplaudió: así debía de ser.... no hallaba justificación a la tardanza. Le tocaba de derecho

el puesto de la difunta..... ¿A quién podía Mariano confiar su casa mejor que a ella, que era su propia sangre?.... De verle hombre solo, en vecindad, y por ser tan amigo de José, ellas, cuando podían le prestaban algún comedimiento..... Eso mismo, era arriesgado..... tenía su hija grande..... y había que temer las malas lenguas..... Felizmente Mariano no era para eso.....

Rosario, dándose por aludida, terció en la conversación, haciendo dengues de buenamoza, que tenía conciencia de su valer.

— Y, aun cuando fuera ¿quién le habría de aguantar? El sabrá con quien lo hace— Y continuó dándose importancia.

En previsión, ella nunca iba sola, para no darle ocasión de atrevimientos. Cuántas veces le había dicho a su madre, que era mejor terminar el negocio del partir, para que las gentes no se ocuparan de ellas.... ¡pero nada! Mariano le tenía cortada el ombligo.... y todo por darle gusto a José, para quien no había hombre mejor..... Entre tanto, Guadalupe había acabado de ordeñar, y, entregando la olla de leche a Juana para que la pusiera a cocer, pidió permiso a las visitantes, para ir a dejar la vaca en un hierbal vecino, mientras Mariano disponga a donde conducirla.

Estaban sentadas en el pretil del corredor conversando, con los pies al sol, cuando oyeron una voz que cantaba:

Hermosa está la mañana
Y está alegre el cielo azul:
Parece que a la ventana
Hubieras salido Tú.

Te amo, porque eres morena
Cual la Virgen del Rosario....
Si como Ella fueras buena,
No viviera solitario.

—Juana, ya viene tu primo: tendrás lista el agua— dijo Guadalupe, dirigiéndose a la hija, que no había salido de la cocina.

Mercedes y Rosario se pusieron en pie para despedirse; pero, Guadalupe las obligó a sentarse. Si habían ido por verle a Mariano, no era dable que se retiraran como enemigas: Mariano las estimaba tanto, y no querían ellas que su presencia entibie tan buenas relaciones.

Juana, saliendo de la cocina, con los brazos descubiertos hasta el codo, se acercó para abrazarles, pidiendo la excusen por la tardanza en saludarlas. Como la casa había estado en abandono, interesada en arreglar los trastos, poniéndolos un poco de orden, se había despreocupado de lo de afuera. Iban a ser vecinas, y deseaba que no la tuviesen por huraña con la gente. Serían buenas amigas.

—Hoy ha vuelto Dios a mi casa, después de tanto tiempo! —exclamó Mariano, asomando en la gotera— Todas las personas que estimo, aquí! ¡Que felicidad! —Y les tendió la mano a las dos amigas— ¿Qué es de Pepe?

—Madrugó para *Narancay*. No sabíamos que habías llegado —respondió Mercedes— Te has vuelto un extraño para nosotros.

—Llegué tardecito anoche, y no quise molestar-

les; debía pasar a verles ahora..... Pero, mejor está como ha sucedido. —Y dirigiéndose a Juana agregó: —Prima, si no te es pensionoso, esa agüita....

Guadalupe y Juana se alejaron, regresando al instante, la una con la tetera de agua de azúcar coloreada con *ataco,* lo que le daba un hermoso color rosa, y la otra con la calabaza de caña y el vaso de cristal. Tres dedos de aguardiente y uno de agua fue la dosis:

—Comencemos por tí, sobrino —dijo Guadalupe presentándole la copa a Mariano.

—No; que venga de ustedes el ejemplo.

Bebieron primero las mujeres a la salud de Mariano, y luego, éste pagó a todas, y agregó:

—Un servicio, vecinas: quédense a almorzar un cualquier cosa conmigo, aun cuando sea que ustedes mismas tengan que preparar. Hace tanto tiempo que no he podido, a pesar mío, brindarles siquiera una agua caliente, ahora que, por milagro del Cielo, les tengo a mi tía y mi prima, no me han de despreciar.

Mercedes y Rosario se negaron, pretextando tener muchos quehaceres; y como Mariano insistiese, aceptaron a condición de ir a regresar; pero, no regresaron. Cuando, a la hora conveniente, fue Mariano a traerlas, encontró a Rosario que se hallaba en cama, amarrada la cabeza, quejándose de un tremendo dolorazo que le volvía loca.

—¡Me desprecias? —le preguntó Mariano, con acento de profundo resentimiento; y Rosario le contestó:

—¿Y qué te importa, si tienes en tu casa la alegría?

—Quería que la completes tú.

—¡Gracias! por tu buen deseo: copa llena, no a-

cepta complemento.

—¿De veras estás enferma?

—Puedes suponerme sana; ningún interés tengo que me creas..... Para lo más de decirte que no quiero irme a soportar los desplantes de tu linda prima, no necesitaba fingir.

—Perdóname: nadie menos que tú tiene derecho para decirme lo que me has dicho.... Sabes? un amigo me contaba un día, que tuvo un cariño, que nació en los bancos de la escuela; cuando hombre, fue ese cariño el norte de todas sus acciones, y cuando, un día, juzgándose con fuerzas para realizar su ensueño, se fue a buscarlo, ella no le conoció. Pudieron ser felices, y ambos son desgraciados..... Deseo que te mejores. Hasta luego.

Salió precipitado, sintiéndose próximo a llorar como un muchacho, y dentro de su alma se corrió un telón negro, quitándole lo mejor del horizonte. Se había engañado pensando que Juana podía sustituirla. Ahora se convencía de que lo único firme en su alma era el amor a Rosario. Esa misma terquedad; ese anhelo de dominio absoluto; esa intolerancia de toda participación de afecto a cualquiera que no fuese ella, le cautivaban. Era el tipo de la mujer fiel, que no aceptaba otra línea que la recta en su conducta, siguiéndola sin vacilaciones ni arrastramientos indecentes, hasta el triunfo o el fracaso de su ideal. ¡Qué dichoso era el hombre que encontraba una mujer así, que iba al altar, no con el macho que ha de poseerla, sino con el amado de toda la vida, convertido en esposo por una compenetración espiritual!

La mujer mudable, que hacía cara a cuantos se le presentaban, lista a decidirse por el primero que le hable de matrimonio, aun cuando era lo común, por aquello de que "el hombre se casa cuando quiere y la mujer cuando hay quien le proponga", para Mariano era detestable. No veía en esas uniones, por parte de la mujer, otro móvil que la sensualidad.

—¿No vienen tus vecinas? —le preguntó Guadalupe a Mariano, apenas estuvo al alcance de su voz— ¿Qué dicen?

—No pueden venir: Rosario está enferma, parece que la copa que le dimos le ha sentado mal. No faltará ocasión, mientras ustedes estén aquí, para cumplir mi deseo. Es una familia a la que debo muchos servicios. —Y llegándose a la puerta de la cocina le dijo a Juana— Querida prima, podemos almorzar.

—Es una lástima.... más valía que hubiesen hablado con franqueza.... un verdadero desperdicio de comida...

—Mejor para nosotros —murmuró Mariano, fingiendo alegría— nos tocará ración doble.

XXIII

En cuanto Mariano se hubo retirado, saltó Rosario de la cama, arrojando al rincón de ésta el pañuelo que le ataba la cabeza, descontenta de si misma, contrariada de haber hecho su voluntad, sin medir las consecuencias. Sin que mediara motivo alguno de queja, Mariano, desde cuando volvió de la guerra, se había mostrado esquivo, de seguro que lo que acababa de hacer, le alejaría más, acaso para siempre. Se quedaba pensativa, y en sus oídos sonaban suaves, dulces, reveladoras las últimas palabras de Mariano, haciéndole la historia de ese cariño de la escuela, en cuya busca había ido.... "y ella no le conoció.... Pudieron ser felices y ambos son desgraciados". Esta era su propia historia.... Y ella que creía que Mariano le había olvidado! ¿Por qué no le habría dicho antes?.... Sentía en sus labios el calor de esos besos.... en su cuerpo la caricia de esas manos.... como si los acabara de recibir.... Y se veía niña, con la saya corta que apenas le cubría las rodillas; luego, joven; mujer después, y en su corazón no había otra imagen de hombre que la de Mariano, como si en el mundo no hubiese habido otro que él.... y lo acababa de despedir desdeñosamente, por una simple veleidad.... por un capricho....

Salió atrás de la casa, cuidándose de que no la

vea la madre, cruzó el campo al través de la sementera, que la llegaba a la cintura, y en el último rincón de la heredad, tendida sobre un banco de césped, lloró hasta sentirse aliviada. Al levantar la cabeza, vió a Mercedes cerca de ella, vigilándola con el pretexto de coger leña.

La primera impresión fue de vergüenza; pero, recordó que Mercedes no era ajena a ese cariño, sino que más bien lo había fomentado. Se enjugó los ojos y se le acercó, simulando ayudarle en la faena, resuelta a confesarle su situación y referirle cuanto Mariano le había dicho.

—¿Ya te pasó el dolor de cabeza? —le preguntó Mercedes sonriendo.

—Como no era sino para disimular la negativa —contestó Rosario.

—Pero eres muy singular: haces tu santa gana, poniéndome hasta a mí en conflictos, y después lloras.

—No debió usted dejarme hacer.... Ciertamente que fue un disparate.... Pero, a lo hecho, pecho.

—Con ese modo de ser tuyo vas camino de alejarlo a Mariano, que es tan susceptible, y destruir tu porvenir..... Qué no le amas? Mentira. Tu pasión es más grande de lo que yo creía, y puede arrastrarte.....

—Eso no! prefiero la muerte antes que darle a entender que le amo. ¿Qué quiere Ud. que haga? Tengo mi idea.... ¡Cuánto me he arrepentido de lo de hoy!... Pero mujer que se declara, es mujer que se entrega y.... algo más.... Las hembras de los animales tienen su época, la mujer no debe demostrar nunca que se halla sujeta a esa debilidad.... Sería imposible que el

matrimonio, sobre base tan deleznable, tenga duración....

—Bien está que la mujer obre con dignidad, pero no al extremo de malograr lo mismo que desea..... El negocio del porvenir es tan delicado, que la menor inconveniencia basta para echarlo a pique. Por lo mismo que Mariano tiene aquí a su prima, que dejando a un lado mi amor de madre, es superior a tí bajo muchos respectos, era necesario que dejes la rigidez de tu carácter, para mantener la preferencia.....

—Es que no puedo: así como en mi corazón, desde los bancos de la escuela, nadie ha tenido posada fuera de él, me irrita que en el de él tenga cabida otra imagen que la mía..... Sólo el pensarlo me pone fuera de mí..... no respondo de lo que hago....

—Pero hay que saber que en el hombre, no es reprensible que corteje a muchas mujeres, porque tiene el derecho de elegir; pero no sucede lo mismo con la mujer, a la que no le queda sino el de preferir entre los pocos que se le acercan.... ¿Nunca te ha dicho nada Mariano?....

—No.... —y Rosario quedó en silencio con la vista baja, como si dudara entre hacer o no una declaración— Cuando vino del campamento en pos de Pepe.... Usted no estuvo en la casa.... al abrazarme, me besó en la frente. Y ahora, el momento de despedirse, con voz suave en la que temblaban las lágrimas, me dijo: "sabes? un amigo tuvo un cariño nacido en los bancos de la escuela; de joven, ese cariño fue el norte de todas sus empresas, y, cuando hombre, un día, resuelto a realizar su ensueño, se fue a buscarlo..... ella no le conoció.... Pudieron ser felices, y ambos son

desgraciados....” Y salió casi corriendo, para que no le venzan las lágrimas. Esto, que es la historia de los dos, me ha enternecido.

Y refirió a Mercedes las andanzas de su niñez, en compañía de Mariano, por caminos extraviados y huertos de los vecinos, robando fruta, sorprendiendo nidos, o andando por andar, sin otro objeto que el de prolongar el encanto de estar solos, abrazados como Pablo y Virginia, en conversaciones superficiales, interrumpidas por largos silencios, en los que hablaba el estremecido contacto de sus cuerpos, más elocuentemente que los labios, que acababan por buscarse y unirse en prolongados besos, sin saber siquiera lo que significaban.

En el examen, como era tan aprovechado, había recibido Mariano el primer premio, que le obsequió a ella, rogándole que guarde como un recuerdo; que él volvería en su busca cuando fuese grande y tuviera plata, para casarse con élla. El premio era esa imagen de arroz de la Purísima Concepción, que la conservaba en la urna, sobre la mesa. Era la prenda de cariño que Mariano le había dado, así como élla le dió en cambio, una medalla de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que le cayó en premio. Mariano la llevaba al cuello; ella lo había visto, y, desde entonces, era devoto de esa advocación, a la que atribuía muchos milagros.

En cierta ocasión, viniendo de Loja, con cargas, le había cerrado la noche en el Silván, donde merodeaba una partida de bandidos y salteadores, que mataban y desvalijaban a los viajeros. El jefe de la

banda era Rosalío Cabrera, que había tomado como nombre de guerra el de *Lagarto;* un hombre desalmado, al que Mariano le había conocido en uno de los pueblos de la frontera, en un viaje que realizó al Macará. Perseguido allá por sus crímenes, había huído, con parte de la banda, viniendo a recalar en las inmediaciones del Silván, donde sembraba el terror. No respetaba la miseria ni la desgracia. Una vez había encontrado a un joven decente, que no se sabe por qué especial circunstancia, atravesaba el páramo a pie. Hizo que sus compañeros le busquen, y, como no le encontraran nada que robarle, mandó que le bajen los pantalones y le peguen cien látigos por ocioso; le quitaron la ropa y los botines, y se fueron dejándole en camiseta y calzoncillos, en estado de no poder moverse por la flagelación.

La noche era de luna. Mariano iba solo, sin esperanza de otro auxilio que el del Cielo. Improviso vió a la distancia un jinete, en uno de esos matalones cerreros hechos a los caminos de la altura, y que corren como un gamo. Sacó la medalla que llevaba al pecho, se encomendó a la portentosa imagen grabada en ella, la besó y la dejó caer por sobre la ropa, para que le sirva de escudo. El jinete avanzaba al galope. A la luz de la luna pudo apreciar sus perfiles, al mismo tiempo que delante de él acababa de chazar en firme, con tanta rapidez, que el caballo parecía descuartizarse: era *Lagarto.* —¿A dónde amigo? —Deseoso de llegar al tambo.— Será si le dejan. ¿La carga es suya? —Un pobre arriero casi nunca lleva carga propia.— ¿Me conoce usted?— Habría sido mucha suerte

para mí topar con una persona conocida en esta soledad. ¿Podrá su señoría confiarme su nombre, para recordar de este feliz encuentro? —Voy a hacer por usted algo más: vienen atrás mis compañeros..... pero no!.... Apure a sus bestias, iremos juntos hasta ponerlo en salvo.

El tímido arriero foeteando con tesón a sus mulas y el bandido atrás, desandando el camino que había llevado, desfilaron a la luz argéntea de la luna, que proyectaba la sombra de la caravana sobre el sendero polvoriento. A cosa de un cuarto de hora, se oyó un silbido al que contestó el jinete; y luego, como si hablara para sí, murmuró: "Allá vienen los míos". A poco, por detrás de un montículo, aparecieron éstos. Entre ellos y el jefe, cruzaron palabras en *caló*, que Mariano no pudo comprender. La banda quedó allí y los dos continuaron andando juntos algún tiempo. Al fin, deteniéndose, le dijo a Mariano: "Adiós amigo. Cuando oiga alguna vez hablar mal de *Lagarto*, diga usted que no es tan perverso como le pintan". Torneó el caballo y picó, sin dejarle a Mariano tiempo de contestar.

Para Mariano era éste el mayor de los milagros, pero a veces daba la preferencia a otro que le hizo en el Azuay. Venía dejando cargas en Alausí, y se detuvo para almorzar en *Culebrillas*. Después de su pobre fiambre de arriero, había tomado agua de la laguna, que era tan fría como cristalina. Inmediatamente había sentido los dolores de un cólico, y con el vientre como una caja, se revolcaba sin auxilio humano, en la soledad del pajonal, esperando la muerte, cuyas

frías caricias comenzaba a sentir. Entonces recordó de la medalla portentosa que llevaba al cuello. Con las manos rígidas, venciendo el dolor de los calambres que le inmovilizaban los brazos, en un esfuerzo supremo, logró sacarse la medalla del cuello; se encomendó a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, besando la divina imagen grabada en ella, y se colocó la medalla sobre la caja del vientre descubierto. Y, en seguida, desalojando los gases que le mataban, como por encanto, quedó sano.

Rosario al relatar estos portentos, se sentía orgullosa de la importancia de la prenda que había cambiado con la de Mariano, como si fuera ella en persona la autora de tan magníficos prodigios; o, por lo menos, como si hubiese sido el contacto de sus manos, el que había comunicado a aquel amuleto las virtudes que tenía. Parece que hasta pensaba a veces, que era su amor, simbolizado por esa prenda, el que anticipándose a sus desvelos de esposa, que vendrían después, cuidaba de la salud del hombre que le pertenecía por elección suya y predeterminación del Cielo, que la quería casada con Mariano.

Mercedes, oyéndola a su hija, no acertaba a compaginar la pasión que sentía por Mariano, con la conducta que observaba con el mismo, capaz de entibiar el más bien cimentado cariño. Si tanta era su inclinación, debía comportarse de otra manera. Se podía ser amable, dar a comprender el afecto que se tiene por una persona, sin necesidad de llegar a la coquetería, ni ponerse en la pendiente resbaladiza de las conversaciones a solas y las citas, que deshonraban, aun cuan-

do la honestidad saliera a salvo. Ella aprobaba que Rosario fuese juiciosa, portándose con decencia; pero, sin llegar a la terquedad, mucho menos al extremo de simular un desapego, que estaba tan distante de sentir. Debía enmendar la plana, de suerte que Mariano regrese a la querencia, seguro de que no se le despreciaba.

Para Rosario eso era imposible. Mientras Mariano no la solicitase en matrimonio, le parecía aquello un desplante, una desviación de la línea de conducta que se había impuesto. Era preciso no conocerla para que se crea capaz de variar de trayectoria al primer obstáculo. Tanto más razonable encontraba esto, cuanto que Mariano parecía inclinarse hacia otra parte, especialmente desde cuando regresó de la guerra. Suponía que hubo algo de parte de la prima, durante el tiempo de la campaña, que le había movido a enfriarse de ella; y no se sentía con fuerzas para aguantarse un desprecio. Ella, era ella, y, a pesar de la pobreza y la insignificancia de su persona, no aceptaba a nadie por encima, mucho menos a Juana, por más que Mercedes la encontrase superior.

—Tarde te arrepentirás, hija mía.

—Quién se arrepienta será ella..... quien quiera que fuese la que me arrebate mi felicidad..... seré su sombra negra.

—Qué dices? —preguntó Mercedes escandalizada.

—Un disparate —contestó Rosario— no me haga caso..... Acabo de decirle que el pensar en que Mariano me deje, me quita el juicio..... Si de mí se desobligara, con mayor razón se desobligará de Juana..... en amores y vinos, el más añejo.

Rosario, a pesar de los consejos de su madre y de la pasión que sentía por Mariano, continuó por el camino que se había trazado, esperando que ese amor volviera en su busca, para aceptarlo después de ponerlo a prueba, yendo al nuevo hogar, como lo tenía pensado, con todo el prestigio de un triunfo.

XXIV

¡Cuánto se arrepentía Antonio Rojas, de no haber optado por casarse con Juana, asegurándola, de una vez, para sí! Ahora que la había perdido, se daba cuenta del afecto verdadero y profundo que la tenía. Todas las indagaciones que había hecho, resultaban inútiles: madre e hija habían desaparecido como si las hubiese comido la tierra. Su maldita costumbre de seductor, obscureciéndole el criterio, había hecho que no distinguiera el sentimiento del verdadero amor, de cuantos, hasta entonces, no habían sido sino su caricatura. No hallaba placer en nada..... En vano buscaba distracciones, conquistas fáciles o atrevimientos de riesgo, donde había tenido que poner a prueba su valor, en presencia de maridos deshonrados, que intentaban alcanzar su rehabilitación con sangre..... El vacío iba con él a todas partes, cada vez más agrandado, más voraz, más devorante.....

Jamás había creído que pudiese una mujer ocupar así, tan completamente la existencia de un hombre, al extremo de dejarle inutilizado para la vida, como si le hubieran extraído el alma. Se había burlado tantas veces de los que se mataban por amor..... ¡Qué brutos!..... habiendo tantas mujeres!.... Ahora comprendía que el bruto había sido él. En su profesión de

burlador afortunado, había hecho mofa de los hombres que se casaban, reduciendo el círculo de sus actividades amorosas a las caricias de una sola mujer.... le parecía ésta una renuncia de mala ley, contraria a la naturaleza, que imponía la poligamia con la insaciabilidad del macho y la abundancia del otro sexo.... Estaba equivocado! Al dar con el verdadero amor, las otras mujeres desaparecían.... se borraban.... sólo quedaba ella: la amada.

Tenían razón los que a raíz de una decepción amorosa, así grande como la que a él le había sobrevenido, se metían a frailes, más que por santidad, por vivir de su vida interior, en adoración perpetua de la mujer que amaron, transformada por la pérdida en ideal. Ahora comprendía la benevolencia de los misioneros para con los enamorados, a quienes protegían en sus amores, poniéndose de su lado ante las resistencias paternales, hasta echarlos al uno en brazos del otro, haciéndolos marido y mujer. Ellos, que se sentían desorbitados por el fracaso, arrastrando una vida sin objetivo, condenados al culto de un idealismo pasional, en el vacío de una existencia muerta, hacían obra de redención, protegiendo a los enamorados.... ¡Qué ganas tenía de marcharse lejos, donde nadie le conociera, a pedir el puesto de lego en algún convento, en donde pudiera entregarse a la adoración de Juana, y morir en olor de santidad!....

Mirando su conducta retrospectivamente, encontraba que había sido malo; que no había puesto un acto que no se tradujese en desgracia para alguno. Mató al muchacho aquel, su amigo y compañero, no so-

lamente sin motivo, sino injustamente, porque la razón estaba de su parte.... Salvó de la justicia por la fuga; una fuga precipitada, por caminos solitarios, poblados de visiones terroríficas.... y en la primera familia donde halló hospitalidad, habiéndole dado puesto de hijo, se aprovechó de la confianza que se le había dispensado y consumó la deshonra de una de las hijas de su protector, dándose otra vez a la fuga.... ¡Qué horror! La carrera de su existencia había sido una cadena no interrumpida de infamias.... casi no había crimen que no hubiese cometido.... Pero, ahora se sentía transformado; se había verificado en su naturaleza un trastorno, que no podía explicarse.... Nunca le habían inspirado compasión las desgracias de los demás, y ahora, no podía mirar, sin conmoverse, las lágrimas de una mujer, la desesperación de un hombre.... se interesaba hasta por los animales, como si tuvieran también derechos de fraternidad.

El amor le había transfigurado de manera que no se conocía. ¡Cuánta razón tenía santa Teresa de decir que "si el demonio fuera capaz de amar, dejaría de ser demonio"! Allí estaba él para sacar verdadera a la santa. Se sentía en contacto con todos los seres de la creación, en medio de los cuales se encontraba antes aislado: todo le hablaba, todo le conmovía, todo tenía su sentido. Se le habían amplificado los horizontes de la existencia, amalgamándole con la vida universal de tal suerte, que repercutían en su espíritu, el escintilar de la estrella y el estremecimiento de la flor. Era una vida nueva; una vida de comunión espiritual con cuanto le rodeaba, que, a su manera, en ofrenda de con-

solación, le ayudaba a recordar y a sufrir.

Este nuevo sentido de la existencia, apegándole a la Naturaleza, le llevó a buscar los parajes donde había estado alguna vez con Juana, en los que le parecía encontrar algo de ella, en el aire que respiró, en la tierra que rozara con sus plantas, en la sombra de los árboles que la cubrieron con su follaje.... y comenzó a rondar la morada de la ausente, repasando la historia de sus amores en los mismos sitios en que se desarrollaron, paulatinamente, desde la primera entrevista, hasta aquella noche fatal.... en que hubo desaparecido.

¡Cómo se acordaba del primer encuentro, dos días después de la Noche Buena!.... Ella leía, sentada, como en un trono, en el tronco de aquel sauce corpulento, que levanta su cabellera verdegueante en el lindero. Con el abandono propio de quien cuenta con la discreción de la soledad, tenía la una pierna recogida y colgante la otra, que las faldas dejaban ver hasta la rodilla; el abrigo le había descendido de los hombros, arrollándose a la cintura, y, al descubierto, emergía por el escote el blanco busto, cortado verticalmente por las macizas trenzas de su cabellera oscura.... El llegó atravesando el campo del vecino, a la ventura, empujado por una indecisa esperanza de verla.... sólo la cerca les separaba.... Una ligera tos; ella volvió el rostro.... y se encontraron frente a frente.... No recordaba cual fué el primero en romper el silencio de la sorpresa, ni cómo se inició la conversación. Ambos estaban emocionados..... desde entonces se vieron todos los días, todas las horas, cuantas veces les fuera posible.

Más allá, en ese recodo de alisos, donde se quie-

bra borbotando el río, sonrieron envidiosas las náyades, que de seguro habitan allí, viéndole arrancar de los labios de Juana la primera rosa de amor, el primer beso.... hasta entonces sólo le había consentido que le besara las manos....

Y esa playa.... ¡Su recuerdo se ensombrecía! Juana sola recogía fréjol tierno en la falda, cantando endechas de amor, perdida entre el crecido maizal. El había ido para esperarla en el alisar, y, dirigiéndose por la voz, llegó junto a ella, que ajena a la posibilidad de este encuentro, vestía nada más que un debajero sobre el camisón de inmaculada blancura, orillado de pasamanería. Al verle se le incendiaron las mejillas y, para disimular la ligereza de su traje, se sentó sobre la hierba, y comenzó a desenvainar el grano tierno que tenía recolectado.... El se sentó junto a ella, y hablaron y hablaron, cada vez más enardecidos.... y como ella se negara a sus deseos exasperados por la soledad, el sitio y la semidesnudez de Juana.... intentó alcanzar por fuerza lo que le negaba por voluntad.... ¡Qué estupidez!.... Después de una lucha grotesca, innoble, Juana había huído con el camisón despedazado, dejando esparcido por el suelo el grano que tenía en la falda.... y quince días no la volvió a ver, pasando ella enfurruñada, cada vez que se encontraban, sin hablarle y tornando el rostro a otra parte. Aun oía gritarle indignada: "canalla a mí no se me toma", y sentía en las mejillas las bofetadas con que acompañó estas palabras.

Poco a poco, en esta peregrinación de recuerdos, había ido a dar a la casa. Todo denunciaba la precipitación de la fuga. Las cosas estaban como antes de

partir: parecía que no se hubieran ido sino a las inmediaciones para volver en seguida. El pobre perro, el fiel *Vencedor*, enflaquecido y triste, permanecía en la casa, atendido por la caridad de algún vecino que, de tarde en tarde, le daba un plato de comida; las gallinas de Juana, esas gallinas tan admiradas por Mariano, andaban cacareando de hambre, y, después de muchos revoloteos, sin poder entrar al ponedero, que estaba en un rincón de la cocina, habían improvisado nidos al pie de las cercas, entre las malezas de los alrededores o entre la *chacra*. La blanca de raza *Leghorn*, preferida por Juana, había anidado entre las cepas del sauce, que estaba delante, en el propio lugar en que Juana iba a caer rendida por la pasión.... El momento en que llegó Rojas allí, estaba poniendo.

El perro se le acercó a Rojas, moviendo la cola, a lamerle las manos; las gallinas, aleteando, con cortos vuelos, le rodearon. Parecía que, reconociéndole, le pidieran noticias de la ausente o le hablaran del doloroso abandono en que los había dejado. Conmovido se tendió sobre el banco de madera que había en el corredor y lloró con hipos, desesperadamente, largo rato. No tenía nada que darles a esos buenos amigos, sus compañeros de orfandad y de viudez, que padecían tanto como él por la adorada ausente.

De improviso, se levantó con resolución, como para poner en práctica una idea que se le acababa de ocurrir, y tomó por el callejón de entrada, con dirección a la calle, seguido un buen trecho por la tropa alada y el fiel *Vencedor*, que viéndole, entristecidos, irse de largo, volvieron a continuar su vida de hambre y aban-

dono en la casa, como si dijeran hablándose mutuamente: "no hay remedio: también nos deja"!

No había pasado media hora, cuando asomó Rojas, con una pequeña alforja de provisiones al hombro, él, tan pintiparado! que no quería llevar un paquete a la mano. A *Vencedor*, le dió carne y pan, y repartió grano a las gallinas. "¡Pobrecitos! por lo pronto conténtense con esto"! Y, por primera vez, sintió en su alma la dulzura inefable de hacer el bien, que era como el amanecer de un sol que jamás había conocido.

No tenía un amigo con quien compartir su desgracia, porque su carácter avasallador y díscolo, le había alejado de todos, y, en su desolación, ideaba cada día nuevas formas de apaciguar la voracidad de su vacío. Quería unir el tiempo al paisaje, visitando cada sitio de sus escenas de amor, a la propia hora en que acaecieron; y se le veía, a la luz del sol y entre las sombras de la noche, yendo de una parte a otra, para la evocación de sus recuerdos; haciendo revivir el pasado en la hora presente, con el concurso de la Naturaleza, que parecía condescender a sus deseos, reproduciendo, en cada uno de aquellos momentos, el paisaje en las mismas condiciones que cuando estuvo con Juana, de manera que para la perfección de la realidad, sólo faltaba ella.

De esta suerte, la heredad abandonada había llegado a convertirse en su vivienda, y ya no se le veía sino allí, proveyendo al sustento de los animales, extirpando las malas hierbas del jardín, renovando los puntales a los pimientos y cuidando de todo lo que le

rodeaba; sin interrumpir estas faenas sino a la hora de cada *estación,* que acudía al lugar donde debía renovarla.

No salía a la calle sino para aprovisionarse de alimentos para sus amigos y compañeros. A él llevábale la comida una mujer de la vecindad, a quien le había comprometido para que le atendiera. Había muerto para la vida de más allá de las lindes de la heredad, porque sólo la comunidad espiritual con Juana, era capaz, si no de llenar, de hacerle soportable el vacío de su pérdida.

A veces, sentado en cualquier paraje donde le sorprendía la tentación, pensaba en Juana, ideando lo que haría en caso de que llegara a descubrir su paradero. La imaginaba en toda especie de situaciones, planeando la manera de resolverlas, de forma que siempre fuera Juana su trofeo. Si estaba de monja, escalaría los muros del convento que la oculte, sin perdonar el fuego y la sangre, si acaso eran precisos para el triunfo; si estaba casada..... ¡Oh!..... si estaba casada!..... se mordía los puños, relampagueaban sus ojos y lloraba..... lloraba..... lloraba hasta que se le borre la idea. No quería pensarla sino soltera; rodeada de dificultades, como rosa entre espinas, pero, libre..... ¡Amando así, no concebía cielo comparable al del matrimonio!

XXV

Juana Padilla era para Mariano una mujer verdaderamente encantadora. Tenía cierto *chic* que la daba aires de aristocracia. Cuando estaba con él en intimidad, se le imaginaba una señorita de tono, que había salido a pasar una temporada de campo. Pero, la encontraba un poco más desenvuelta de lo conveniente. ¿Le miraba con indiferencia, como si él no fuese hombre, o se proponía conquistarle para amante? Especialmente, cuando estaban solos, se le presentaba con ropas ligeras, medio desnuda, estudiando actitudes que pusieran de relieve los ocultos primores de su escultura enriquecida por una insuperable profusión de curvas. Aquello, al fin, no le disgustaba a Mariano, como hombre; pero le alejaba del camino de las intenciones rectas: era peligrosa para mujer. Un hombre pobre, obligado a largas temporadas de ausencia en la lucha por la vida, necesitaba que la compañera de su existencia sea menos hembra.... Y su imaginación, después de revolotear en torno de las gracias de Juana, como las abejas en torno de una flor de primorosa estructura, pero escasa de miel, volaba a plegar las alas sobre Rosario: la encontraba más *maciza.*

Juana tenía muchas prendas de inestimable valor en la vida doméstica. Se multiplicaba para aten-

der todo hasta en los más mínimos detalles. Ella estaba en la cocina, en el huerto, en la despensa, en el costurero.... y en todas partes se veía su mano hacendosa, prolija, ahorrativa y ordenada. Como ella decía, en la cocina podía regarse mazamorra y recogerla sin que un grano de polvo se la mezcle: desde las piedras del fogón, ollas y cacharros brillaban por su limpieza, colocados sobre improvisados anaqueles, o pendientes de estaquillas o de clavos; el patio bien barrido, las picotas de los animales desembarazadas de los restos de forraje y los desechos pestilentes; las piezas de habitación sin átomo de polvo, las camas olorosas al agua de la fuente, albeando sin una arruga; en los roperos, el agua, la aguja y la plancha habían hecho su oficio.... todo era un anís.

El huerto no ofrecía suficiente espacio a su actividad y echaba de menos no poder disponer de mayor campo: las coles como enormes rosas de verdes pétalos, mostraban la blancura del repollo, en parcelas que alternaban con las de cebollas, de ajos, de lechugas, de rábanos y zanahorias; por los cantos gateaban los *zapallos*, los *limeños* y otras especies de cucurbitáceas. En un extremo estaba el jardín, donde la luz se complacía en repartir y combinar todos los colores de su paleta; pero Juana tenía especial predilección por las margaritas, las azucenas y los nardos.

Las tardes, a raíz de la comida, que no pasaba de las cinco, se les veía a Mariano y Juana en el huerto, de donde volvían a las seis para arreglar los animales; asomando Mariano, como un señorito, con flores en el ojal de su vieja chaqueta de trabajo, colocadas

por Juana, a cuyo deseo de obsequiarle no podía negarse. En cuanto entraba a su cuarto las colocaba en los floreros del crucifijo, que tenía sobre la mesa.

¡Qué buena eres prima! Desde que tú viniste parece que ha vuelto la suerte a mi casa; pero yo querría algo más.... —le decía Mariano, codicioso de los tesoros que coquetona y traviesa le dejaba entrever Juana con sus maniobras de conquista.

—Qué más? —preguntaba ella con aire de inocencia— soy tu cocinera, tu hortelana, tu costurera, te tiendo la cama, te arreglo el cuarto, te ayudo en todo lo que puedo ¿qué más he de hacer para mostrarte mi cariño de prima?

—Querría que en todo eso hagas menos, y te acuerdes un poco más de mí.... que me ames.

—Y crees que sin quererte hiciera todo eso? Te quiero como a primo.... mi único primo.... Dirás que es amor con interés porque nos tienes aquí? No; si algo tuviera que darte, no necesitarías pedirme....

—Y esto —le preguntaba Mariano extendiendo atrevidamente sus manos sobre las tibias curvas de la joven cuyo contacto le ponía fuera de sí— ¿para quién guardas?

—Para los gusanos —contestaba sin esquivarse, con la candorosidad de un niño cuyos sentidos no hubiesen despertado aun a las oscuras solicitaciones de la carne. Y, oyéndola Mariano, erraba por un dédalo de divagaciones. Lo que él había tomado como desenvoltura, no era sino imprevisión de inocencia.... Pero ¿era posible tanta blancura en el alma de una mujer de veinte años, de educación superior a la de su cla-

se, experta y físicamente tan bien desarrollada como Juana?.... No tenía dato alguno para suponerla una veterana del amor, a quien un constante fogueo hubiera especializado en la ciencia del engaño.... La nobleza de alma de Mariano se rebelaba ante la idea de abusar de la inocencia de Juana, y aflojaba el cerco que se había propuesto poner a su honestidad, como una infamia.

Pasados días de respeto en los que parecía que la tentación del deseo se le convertía en amor, tornaba otra vez a la carga.... y la seguridad de que Juana era una virgen inexperta iba afirmándose en él. Hubiera deseado que se defienda, que proteste, que ponga a sus atrevimientos la pimienta incitadora de la resistencia...

Siempre iba Juana las noches al cuarto de Mariano para oirle leer, y soportaba impasible y con cierta satisfacción las caricias de que le colmaba entre los claros de la lectura. Una noche le tomó la mano; "no; eso no". Mariano la miró con extrañeza, interrogándole con los ojos, el secreto de ese cambio. Juana explicó llanamente. Le había contado a su madre cuanto la quería Mariano, y su madre, le había aconsejado que no se dejara besar, mucho menos.... eso.... ¿qué eso?.... Que la manoseara. Ella no había creído que eso fuera pecado.... pensaba que eran cariños de primo.... pero, de allí en adelante, se acabó.... Si quería que vaya las noches.... ¡fuera de eso....!

Mariano estaba cogido. Juana era una mujer ideal; una flor a la cual no se había apegado ningún insecto con sus alucinadores zumbidos, y cuya miel intacta había sido el primero que apuró en sus labios, abiertos a las caricias con la inconsciencia insabora de la niñez.

Desde aquella noche, Juana había cambiado de conducta para con Mariano, poniendo en todos sus actos una maestría, que no se hubiese podido sustraer a la seducción el más resabido galán. Procuraba no estar nunca a solas con él, sino que siempre estuviese Guadalupe en su compañía; de manera que en las faenas vespertinas del huerto o en las nocturnas lecturas del cuarto de Mariano, estaban siempre los tres. Había dejado la predilección por las ropas ligeras, los amplios escotes y las mangas cortas: ya no se la veía sino la cara y las manos. Si alguna vez, las manos de Mariano le rozaban donde con tanta impasibilidad recibía antes sus caricias, las mejillas se le encendían de rubor, bajaba los ojos y tartamudeaba lánguidas protestas.

Mariano estaba satisfecho. Por fin Juana había despertado de su inocencia de nene, que le había hecho suponer que no le tenía por hombre o le miraba con la envilecedora superioridad del ama a sus esclavos. Ya tenía con quien habérselas; ir hasta la conquista, sin temor a que le calificaran de infame.

Ya entonces era Mariano el que acechaba las ocasiones de estar a solas con la prima, y ésta la que estudiadamente las evitaba, pero sin frustrarle del todo en sus anhelos. En esas sorpresas había llegado Mariano hasta el ruego, pero sin apelar a las protestas de matrimonio, que las estimaba como una zancadilla de pícaros, indigna de un hombre honrado, para quien los compromisos verbales eran tan sagrados o más que los escritos. Mariano tenía dada su palabra de matrimonio a Rosario, y mientras no se le releve de su cumplimiento, se consideraba atado, sin libertad para

ofrecer su corazón a otra. No era partidario de los que tienen a la mujer como un objeto de conquista, para cuya posesión no había medio que no fuese lícito. Aquello era anular la personalidad en la porción más bella y delicada del género humano, que era por naturaleza tan libre en sus determinaciones como el hombre, sin que nada justifique la condición de víctima en que se le quería colocar.... Si como víctima se la consideraba ¿para qué el engaño, la felonía....? La mujer debía entrar al amor por su voluntad, o había que proclamar francamente el derecho de la fuerza, como en la época del hombre de las cavernas.

—Sí; te amo, —le decía Juana, a la terminación de esas escenas,— pero jamás seré tuya, sino como Dios manda. Si no habías de poder casarte conmigo, ¿por qué cometiste el crimen de despertar mis sentimientos, que dormían tan tranquilos como mi alma al abrigo de la inocencia?.... Me has hecho desgraciada.... ¡Qué responsabilidad la tuya!.... Mi madre no supo lo que hacía cuando me trajo.... te juzgaba un hombre formal.... ¡Qué desilusión para ella cuando sepa tus intenciones!.... Y lloraba con tan profundo sentimiento, con tan abundantes y sinceras lágrimas, que Mariano conmovido se le acercaba, le cubría de besos las manos, le hacía reclinar la cabeza sobre su hombro y le enjugaba los ojos con los labios, acariciándola hasta serenarla, como en los primeros días, sin que proteste ni se defienda.

—No, prima: si no es con tu voluntad, nada tienes que temer de mí.... No codicio tu cuerpo, sino tu amor, un amor libre, espontáneo, exento de engaños

y de ficciones, para que nunca tengas nada que echarme en cara.... Lo demás depende de tí, si sabes retenerme en tus redes, hacerme feliz, no es difícil que venzas mi repugnancia de soltero viejo y me asegures para siempre.

El dormitorio era común. La puerta se abría en el centro. Entrando, a mano derecha estaba el catre de Mariano; a la izquierda, el de Juana, y, en la misma línea, ocupaba el otro ángulo, el de Guadalupe. Era una tentación para Mariano la proximidad del lecho de Juana, con sus oquedades y prominencias de incitante movilidad. En las noches, cuando se le iba el sueño atacado en sus reductos por las idealidades del alucinamiento amoroso, Mariano prendía la palmatoria, para admirar a Juana abandonada al descanso en posturas no adivinadas por los pintores, a las que comunicaba cierto misterio voluptuoso el desorden de las ropas del lecho, que le tentaban a desnudarla.... ¡Mejor era no ver! Apagaba la luz, dándose vueltas en la cama hasta que brillaba la del sol.

Cuando le sentía despierta a Juana, abandonando él su lecho, pasaba a tientas al de ella, y entablaban diálogos mudos, interpretados por presiones y sacudimientos breves y enérgicos. Rechazado hasta del borde del catre, se arrodillaba en el suelo; retirándose agotado por una lucha de horas, en las que tiritaba de frío, para ir a continuar el insomnio entre sábanas heladas como su cuerpo, sin que Juana le hubiese permitido sino satisfacciones ligeras de tacto fugitivo, que le enardecían y martirizaban. Concluyendo por decirle al oído: "estás perdiendo el tiempo: todo será tuyo,

pero con la bendición del Cura, y, si no.... nada!"

Consumido en esa lucha estéril, que le había paralizado la voluntad para el trabajo, se pasaba los días como un sonámbulo, yendo de un lado a otro, atrás de Juana; devorándola con el deseo, y haciendo, como todos los enamorados el papel de tonto. Aquella vida llegó a cansarle, y resolvió sacudirse de ella, emprendiendo un viaje a Loja: le pagaban bien, y podía traer de regreso carga propia.

Lo anunció así a sus parientas, y dos días después, durante los cuales no se había dado punto de reposo, haciendo herrar a las mulas, repasando los aparejos y previniendo cuanto podía serle necesario, salió muy de madrugada, despidiéndose para quince días, si acaso no tenía contratiempos que le retarden. Guadalupe y Juana quedaron encargadas del cuidado de la casa.

XXVI

Pasada la primera semana, atonidas a que Mariano, dada la pasión que le absorbía, no hubiese llevado a mal, Guadalupe y Juana procedieron a sembrar un retazo de terreno, que aun se encontraba sin cultivo, quitándole de hecho a Mercedes, que era partidaria de todo. Estaban acabando de tapar las últimas rayas, cuando asomaron a reclamar su derecho Mercedes y Rosario. El encuentro fue agrio. A las razones que cada parte exponía, sucedieron las alusiones despectivas, a las alusiones los insultos, a los insultos los golpes: la lucha indecorosa y cruda.

—Rogadora..... Muerta de hambre! —le dijo Rosario a Juana, en el ardor de la lidia.

—Hecho bien! —respondió Juana, avanzando contra Rosario como un brazo de mar —Mitaya..... Mitaya verde..... Debes ver a quien lo dices!

Mercedes se interpuso, corriendo a la defensa de la hija, mientras ésta, con aire de desafío, replicaba:

—Yo verde?..... Ya quisieras lo que llevo bajo las sayas, para lucir de cara en un día de Corpus!..... Rogadora!..... Rogadora!.....

Juana, que se encontraba detenida por Mercedes, echó a ésta un empujón formidable, que la tendió de espaldas cuan larga era, y se lanzó sobre la rival.

—Mitaya! Ahora te arranco la medalla para meterte por los ojos; como la llevas atrás no has podido verte.

Las dos se agarraron; se hicieron un ovillo, y rodaron sobre los negros terrenos del reciente cultivo. No se veían sino ráfagas de blancura que cortaban los vivos colores de las sayas, y gruesas pantorrillas que, dos a dos, unas veces estaban encima y otras, debajo; acompañadas de un ruido de jadeos desesperados, y palabras entrecortadas, que parecían gruñidos. Al fin, dominó Juana, como que era la más fuerte, y puesta a horcajadas sobre la espalda de su enemiga que yacía de vientre, arremangándole las faldas, sació su venganza arañándole hasta ensangrentarse las uñas..... Más allá, peleaban las viejas..... Todas huyeron sangrando. Y Rosario, ya lejos, arrodillándose en tierra, le gritó a Juana:

—Sinvergüenza!..... Rogadora! Te juro por esta cruz de Dios, que cualquier día me has de pagar ésta! —Y besó la uña del pulgar de su diestra, con ósculo sonoro.

En el lugar de la pelea, entre los terrones removidos como si hubiesen escarbado el suelo, quedaban mechones de cabellos, manchas de sangre, guiñapos de vestidos de diversos colores, que habían sido arrancados por manos ávidas de destrucción.....

Juana no se arrepentía de lo que había hecho; reíase imaginando a Rosario boca abajo, haciéndose curar con el hermano las tersuras donde ella, sádicamente había clavado las garras, viéndolas cubrirse de listas de sangre, como geranios rojos que desfilaran

sobre un campo de margaritas. Y, a pesar del odio que aquel encuentro había encendido en su alma, sentía como una vaga envidia de las bellas curvas y suaves duricias de la opulenta carnadura de su rival. Justificaba el enamoramiento de Mariano, como apenada de no ser hombre.

Entonces ya no reía, y por una incoherente asociación de ideas, se acordaba de Antonio Rojas, en el momento en que les sorprendió Guadalupe; sintiendo en su cuerpo el escozor de los zurriagazos, señalados por vetas de sangre, como sus arañazos en el cuerpo de Rosario. Una ola de fuego, quemándole la región maltratada, como si recién acabaran de flagelarla, le invadía los flancos, y le subía por las espaldas hasta abrasarle las sienes.

Recordaba de Rojas con esa fruición absorbente del verdadero amor; reconstruyendo en su imaginación cada una de las escenas de pasión en las que le había visto arrastrarse suplicante a sus pies; o bien, atrevido, luchando por alcanzar a la fuerza, lo que ella le negaba por egoísmo. Transportada espiritualmente a la pequeña heredad de su madre, recorría cada uno de los sitios en donde hubo estado con Rojas, y concluía por llorar, con la misma desesperación que la viuda, al hacer memoria de las caricias y los caprichos amorosos del esposo, que ya no regresaría nunca. Se acusaba de cobarde en haber cedido a las insinuaciones de su madre, teniéndose por la única autora de su propia desgracia. No solamente había apostatado de su amor, negándolo; sino que había cometido la villanía de pasar sobre él, en un repugnante papel de seduc-

ción..... ¡Qué bien había hecho Rosario en llamarle: rogadora!

Hubo creído amarle a Mariano; pero por entre la maraña de este falso sentimiento, veía alzarse la imagen de Rojas, bañada por la luz alucinante del imposible, que le prestigiaba como a divinidad. Por él debió luchar hasta el vencimiento, o ir hasta el sacrificio, si no vencía. Digna era del calificativo que le diera Rosario..... ¡Qué horror!..... ¿En qué se distinguía ella de esas mujeres que iban tras los hombres por negocio? ¡Rosario había dicho la verdad! Sus ojos de enamorada habían visto lo que ni ella misma se atrevía a confesar..... Pero ¡bien castigada estaba!..... Y volvía a sentir en sí el escozor de los arañones que debían estarle atormentando a su rival.

Cuando llegó Mariano; luego que arreglando las cargas, fue a dejar las mulas en el potrero, Juana fue tras de él, para encontrarle cuando regrese, distante de la casa, y ponerle al tanto de lo ocurrido, dando a sus revelaciones el seductor encanto de queja de enamorada. El sol se había puesto y comenzaba a cerrar la noche; al mismo tiempo que se arrebolaba el cielo del Oriente anunciando plenilunio. Al volver el recodo de un camino, Mariano tuvo la grata sorpresa de encontrarla.

—¡Prima, tú aquí!

—Como no podemos hablar a solas en la casa, he venido a esperarte. ¿Qué tal te ha ido? Y mimosamente se le colgó del cuello.— ¿Te has acordado de mí?

—Mucho!.... Si supieras la falta que me has hecho!...

—De veras? ¿No me estás mintiendo? Ya no le cogía las manos a Mariano para defenderse de sus caricias.

—Y tú, ¿te has acordado de mí?

—Me imaginaba que me había quedado viuda.... y he llorado mucho.... ¿Quieres que te cuente una cosa?.... Pero ¿no has de tener rabia?

Mariano, embelesado en acariciarla, le autorizó para que le dijera cuanto quería, segura de que bastaba venga de su boca adorable para que le supiera a gloria.

Juana se limpió el pecho, refiriéndole a Mariano, sin llegar a los indecentes detalles de la verdad, todo lo acontecido con Mercedes y Rosario; recargando sombras sobre esta última, como si quisiera desarraigarle el amor del pecho. Y terminó suplicándole que, en caso de explicaciones, dijera que Guadalupe había procedido mandada por él, y no de manera arbitraria.

Mariano, oyéndola, quedó pensativo; languidecieron sus caricias como si acabara de rompérsele algún resorte interior, y murmuró, sin irritación, pero con amargura:

—Han hecho ustedes mal, y peor aún, aseverando que tenían mi autorización.... Esa es una familia a la que me liga la gratitud más grande: me han tratado siempre como a un miembro de ella.... ¡Cuánto hubiera deseado que no suceda esto! En fin, ya veremos la forma de arreglar, si es que acepta arreglo.....

—Desde entonces —continuó Juana— han dejado en abandono el partir: la segunda deshierba hemos tenido que hacerla dar nosotras.

—Así tenía que ser.... Y, después que ustedes me dejen, yo qué me hago! Ya saben que mi vida es de perpetua ausencia.... Sin una persona que haga mis veces, se cargaría todo el diablo.

—Si tú quisieras, podríamos quedarnos hasta.... hasta que no te seamos necesarias. ¿No te parece bien?

—Habría sido para mí una ganancia; sólo que no sabemos lo que dirá mi tía.... Ella tiene sus bienes en la banda ¿crees que ha de querer abandonarlos?

Mariano había dejado de acariciar a Juana, quien retenía con la suya, la una mano del primo, como para impedirle que separara el brazo que le había pasado por el talle; y bañados de frente por la luz de la luna, que se elevaba en un cielo azul, iban acercándose a la casa. La conversación languidecía; se hacían más y más frecuentes los claros de silencio, y ambos interlocutores sentían mal estar.

Cerca ya de la casa, Juana se detuvo; retiró de su talle la mano de Mariano, sin dejar de retenerla en la suya, y suplicativamente le dijo:

—Bueno, primo; yo conozco que hemos obrado mal; pero, si algún cariño me tienes, no me indispongas con tus vecinas: sabiendo que hemos sembrado sin tu autorización, son capaces de cualquier cosa....

—Si no ha de haber necesidad de eso!.... Pierde cuidado. Yo haré que todo recaiga sobre mí. ¡Prima, tú no me conoces!

Durante la cena, Mariano se mostró contento; parecía haber recuperado su buen humor. Les refirió a las dos mujeres las incidencias del viaje. El primer día hubo dormido en Narancay, donde la novia de José

Larriva, su futura ahijada de matrimonio. Ponderaba el cariñoso acogimiento que le hizo: muchas copas, una espléndida cena y buena cama. A la vuelta no había pasado por allí: tomó por *Gullanzhapa*, en el afán de acortar el camino. En Loja no encontrando carga que traer, tuvo que demorar una semana, para conseguir un poco de café y otras frioleras.

—Zafada la época de feria, Loja es tierra de poca vida. La manutención de las bestias cuesta un sentido, y son detestables las posadas.

De la mesa se retiró a su cuarto, sin invitarle a Juana como acostumbraba; permaneciendo con las puertas cerradas, hasta cuando salió para meterse en la cama. Juana, por el ojo de la llave, le había visto sentado, el codo en la mano izquierda y la diestra en la frente, en actitud meditativa. No le quedaba duda que estaba contrariado, y que encontraba obstáculos de monta para el arreglo de la situación.

Un vago presentimiento le anunciaba a Juana que de aquel ensimismamiento de su primo iba a resultar algo definitivo, relacionado con la suerte de ella, y la indecisión la ponía intranquila. Acaso le llegaba el momento de regresar a Monay!.... Esta idea reavivó el recuerdo de Rojas en su memoria, llenándola a un tiempo, de satisfacción y de temor. No quería ni imaginarse lo que hiciera!.... Pero estaba segura de su fortaleza. Ya sabía el secreto de dominar a los hombres. ¿Cómo le vería al fogoso de Antonio Rojas, arrastrándose humilde a sus pies, solicitándola en matrimonio, rendido a todos los caprichos de la voluntad de ella!...

Mariano, cuando dejó su cuarto para ir al dormi-

torio, había efectivamente resuelto el problema de su soltería. Era tiempo de poner término a su soledad, y pensó serena y maduramente a quien elegiría por esposa. Volvió a ocupar en su mente el primer puesto la imagen de Rosario Larriva, y acabó por decidirse. Nada tenía él que ver en los disgustos de sus parientas ¡Cosas de mujeres!. Antes, de eso haría su fuerte. Si Rosario buscaba ocasión de humillar a Juana, estaba seguro de que le recibiría con los brazos abiertos. Lo que le importaba era obrar y obrar sin demora. Veinticuatro horas para realizar sus cargas y reunir un poco de dinero.... Estaba concluído.

Con respecto a su prima, daba gracias de no haber tenido ningún enredo. Volvería por el camino que trajo, sin tener nada que echarle en cara, tan pronto como le vea a su mujercita instalarse en la casa de dueña y señora de todo. El, a trabajar con nuevos bríos, a llenar la hucha para la bien amada y los churumbeles que vendrían.

La noche le pareció larga. A pesar del cansancio, su sueño había sido interrumpido muchas veces, y le costaba trabajo volver a conciliarlo. A las cinco estuvo en pie. Hizo cargar a sus mulas, y se encaminó a la ciudad para realizar sus mercancías.

———

XXVII

Acababa la luna de mostrarse sobre el horizonte, cuando Mariano, llevando consigo una caja de licores y presentes para Rosario, se encaminó a la casa de ésta, poniendo en práctica lo que tenía resuelto. La gravedad del negocio para el cual iba, le pesaba como una mole. A paso lento, la cabeza inclinada, en actitud de vencido, salió a la calle; renunciando a enderezar por la sementera, como era su costumbre, para imprimir carácter de seriedad a su visita. No obstante la convicción que abrigaba de ser aceptado, un presentimiento vago e impreciso le anublaba el espíritu como una nube de tormenta. Muchas veces se detuvo en el camino, atacado por accesos de cobardía, como si una mano invisible le empujara del pecho, al mismo tiempo que una voz interior le aconsejaba que se vuelva. La presencia de José Larriva, asomado por un portillo, devolvió a Mariano sus energías.

—Don Marianito, buenas noches. ¿Qué milagro? Y yo que le hacía en viaje!....

—Pepito, ¿cómo estás?..... Llegué ayer..... Tenía gana de verles.... Están aquí?

Habían llegado, y la contestación de José a esta última pregunta, fué anunciarles a la madre y a la hermana la presencia de Mariano. Le hizo tomar asiento

en el poyo del corredor bañado por la luna, y mientras asomen ellas, hablaban de negocios. El café había subido con exceso, llegando a cotizarse hasta a quince reales la libra. Mariano había colocado el que trajo con notable provecho. Sentía no haber podido traer más. Hacer otro viaje era un disparate, porque luego cundiría el mercado con tanto negociante que se había lanzado tras del artículo. Para Mariano el acierto estaba en acaparar cuanto llegase, a fin de imponer el precio. Pero eso requería dinero.... Mucho dinero.

En cuanto apareció Mercedes, fué Mariano a su encuentro, con expresiones afectuosas. Pero ella le correspondió con terquedad. Entonces se acordó Mariano del disgusto habido con sus allegadas cuando se encontraba ausente.... Tenía razón.

—Y Rosarito ¿cómo está?

—Ya puedes suponer como estará después de lo pasado.....

—Nada sé yo: hágame el favor de explicarse.

—Peor que peor!.... Escondes la mano después de lanzar la piedra.... Nosotras te hemos querido como a miembro de familia.... De ver tu soledad, acepté el partir, más por servirte que por utilizarme..... si no te parecía bien, debiste decirme, y no echarnos encima a las perras bravas de tus parientas para que nos hostilicen y nos ultrajen..... ¿Y no sabes nada?

—Créame, señora, que en verdad nada sé. Yo he venido aquí inocente, con el objeto exclusivo de visitarles y ofrecerles una copa, con la sinceridad de siempre....

—No, ¡hijo! Gracias!.... Mañana vendrán tu tía y

tu prima a sacarnos del gaznate lo que nos brindes.....

—Pero, madre! —intervino Pepe— Si no fuese como dice don Mariano, ¿cómo explica usted que haya venido?

—Tú cállate! —le impuso Mercedes— porque eres el único responsable de cuanto ha sucedido!.... Por darte gusto, contra mis sentimientos, acepté el partir....

—Señora, —le interrumpió Mariano— usted que ha hecho oficio de madre para mí, concédame, como último servicio, el favor de aceptarme una copa; y, luego, hablaremos de un negocio, que será la mejor satisfacción que pueda darle.....— Y, diciendo y haciendo, descorchó una botella de *pisco,* agregando al presentarle:

—Lo he traído desde Loja para tomar con ustedes; y, si no me acepta, bóteme en la cara.

—Háblame del negocio que dices: pudiera que te acepte después.

—Antes es necesario persuadirme de que he hallado gracia ante usted: de otra suerte, no lo sabrá nunca.

—Está bien. Para que veas que no por estar resentida, ha menguado mi buena voluntad para tí. ¡Salud!

Luego que tomaron, Mariano suplicó a Pepe, le hiciera la fineza de llevarle una copa a Rosario: que le acepte, aunque no tenga voluntad de verle. Cuando quedaron solos, Mariano expuso a Mercedes el objeto de su presencia. Lo había tenido resuelto desde antes, desde cuando la conoció a Rosario en los bancos de la escuela; pero las circunstancias habían hecho que retardase.

Mercedes quedó pensativa, y, después de mostrarse reconocida por la elección, le dijo:

—Tú sabes que siempre me ha sobrado voluntad para tí; pero no soy yo quien debo contestarte, sino Rosario. Yo vería gustosa que mi voluntad coincida con la de ella. Voy a traerla.

Mariano quedó solo. La luna le bañaba de las rodillas abajo. Delante se extendía el pequeño patio, rodeado por las sementeras, entre cuyas hojas susurraba, de rato en rato, alguna ráfaga de viento. Por allí cerca croaba una rana, a la que respondían otras, más distante. Nubes negras de argentados bordes alternaban con otras blancas revueltas y arrolladas como las ropas de un lecho recién abandonado: la luna acababa de emerger entre ellas. Se iluminó la pieza en la que había entrado Mercedes, de la cual escapaba el murmullo de un diálogo sostenido con viveza, a media voz. Asomó Pepe, y, acercándose a Mariano, le insinuó que pasara.

—Rosarito, buenas noches.—Saludó Mariano al entrar, estrechándole la mano.

—Buenas noches. Siéntate— contestó ella con enfurruñamiento. La copa que le llevara Pepe, estaba sobre la mesa: no la había probado.

—Ya tu mamá te habrá dicho el objeto de mi venida.

—Sí..... ¡Muchas gracias! Y la he contestado que no estoy muriéndome de vieja para hacer de suplefalta..... Vuelve no más a donde tu linda prima, que te ha de hacer feliz.

—¿Por qué me dices eso? Parece que hubieras

olvidado, que mi cariño para tí, no es de ahora.....

—Pero el tapaboca, que te diera tu prima, sí lo es..... Y has venido a donde mí para decirle: "ve que no me falta".

—Me rechazas?

—Después de lo sucedido con tus parientas, no cabe otra cosa..... Regresa al lado de tu ídolo: si no es hoy, quizá algún día te acepte.

—Me estás hablando en serio? Creo que lo mejor será que recapacites, para que me contestes después de algunos días. Ahora estás herida, al decir de tu mamá, por no sé qué sucedido entre ustedes y mis parientas.

—Esa es una deuda que yo sabré cobrarla. Y en cuanto a tus propuestas..... bien me conoces! Así como no tengo más que un corazón, tampoco tengo más que una palabra.....

Después de un momento de silencio, Mariano se levantó trémulo, y tomando la copa que estaba en la mesa, se acercó a Rosario:

—No has querido aceptarme esta copa como símbolo de afecto, acéptamela como despedida.

Rosario, presa de una excitación nerviosa excesiva, recibiéndola, con mano temblorosa la agotó; devolviendo la copa.

—¡Gracias, señor Padilla!

Para Mariano fué esto peor que una puñalada. Puso la copa en la mesa, y fué a caer en su asiento, anonadado. Tenía ímpetus de estallar en lágrimas o en injurias; y, con la cabeza tronchada, quedó como si hubiera perdido la razón.

Entonces Pepe, que hasta ese instante había guar-

dado silencio, llenó dos copas, y presentándole la una a Mariano, dijo:

—Don Mariano, está usted equivocado, no hay por qué despedirse..... Así son las mujeres: desprecian lo mismo que están deseando.... Mañana será otro día... Tomemos esta copa por nuestra amistad.

—Gracias Pepe!— Y volviéndose a Mercedes agregó:

—Señora, mi buena, mi santa vecina, el desprecio de la señorita su hija, no es suficiente para borrar de mi alma la gratitud que han sembrado con tantos y tan multiplicados favores que de ustedes he recibido: siempre y en toda circunstancia tendrán en mí un humilde servidor; pero, mis pies no volverán a profanar este santuario del cual he sido tan injusta y cruelmente expulsado.... ¡Adiós!

Apuró la copa y salió, seguido de Pepe, que se esforzaba por contenerlo. Como no lo consiguiera, le insinuó que le esperase para acompañarle. Al cabo de un momento, asomó con la caja llevada por Mariano, y se dirigieron silenciosos a la casa de éste.

Cerca de llegar se detuvo de rrepente Mariano, y le advirtió a Pepe que no dijera a nadie una palabra acerca de lo sucedido, al mismo tiempo que le rogaba pasara con él la noche. Pepe se excusó, alegando los disgustos ocurridos con su familia. Pero, como insistiera Mariano, acabó por consentir en lo que deseaba.

Guadalupe y Juana, extrañosas de la tardanza de Mariano, cuyo paradero ignoraban, hacían tiempo en el corredor, gozando de la belleza de la noche, mientras regrese. Guadalupe, respaldada en el pilar en que apo-

yaba la cabeza, con los ojos cerrados, pasaba maquinalmente los dedos por la cabellera de Juana, que, recostada en el regazo de la madre, musitaba una canción.

Ambas habían pasado el día preocupadas por la visible contrariedad de Mariano, al saber lo pasado con sus amigas; pero, el malestar para nadie se ofrecía tan profundo y sin orillas como para Guadalupe. Echaba cuentas acerca de su situación, si le tocaba el turno de regresar a la banda, llevando consigo a la hija; y sentía la desesperación del náufrago que en alta mar se agita en todos sentidos, sin hallar por donde quiera sino el abismo lóbrego y salado. Juana, por el contrario, esperaba con cierta satisfacción mezclada de incertidumbre, que las cosas ocurrieran de suerte que, sin buscarlo, le arrojaran en brazos de Rojas..... Eso habría dado un sabor, providencial a sus amores, y ya se consideraba fuerte para la rebeldía hasta el vencimiento.

La aparición de Mariano y Pepe fué para las dos una sorpresa, y abandonando la postura en la que estaban, se pusieron de pie, y después de saludar con Pepe, se dirigió la tía a Mariano:

—Mucho has tardado: nos tenías con aprensión.

—Pero ya estoy aquí. Préndannos una luz y vamos adentro: la noche está muy fría.

Apenas entrados, fué Mariano personalmente en busca de servicio, y entre alegre y risueño, empezó a repartir copas, como si quisiera intencionalmente embriagarse. Jamás le había visto Juana en semejante disposición, y como quería que todos bebieran como él, le dijo:

—Pero ¿qué te ha pasado? Quieres emborracharme?

—Sí..... sí, prima: quiero emborracharme por última vez en mi soltería.

—Es decir, que te casas?

—Di: que nos casamos.

—¡Anda con tus bromas!

—Nada de bromas, prima..... Aquí está mi amigo Pepe, que será nuestro padrino; así como los dos seremos los padrinos de él. ¿Me aceptas, prima?

—Allí está con quien debes arreglar eso: Yo no haré sino su voluntad —contestó Juana, señalando a Guadalupe.

Mariano corrió con los brazos abiertos hacia su tía, llamándola cariñoso y entusiasmado, madre. Guadalupe le apretó contra su corazón, repitiendo entre lágrimas, hijo.

—No pongo sino una condición —planteó Mariano— nos casamos mañana. Prima, tú sabes cuanto te amo, y no quiero estar por más tiempo fuera de tus brazos.

Luego, sacando las prendas que llevara para Rosario, entregó a su prima como presente de bodas. Estaba cerrado el compromiso.

Pepe quedó helado, atónito como si se le escapara de las manos la fortuna. Cuanto había hecho para ganarle a Mariano para su hermana, veía desvanecido por la soberbia de ella. Ya no era cosa de remediar. ¡Así estaba de Dios!..... Felicitó a los novios, ratificando su oferta de apadrinarles en compañía de Guadalupe; y, avanzada la noche, quedó a dormir en la casa, para entenderse en las gestiones conducentes, tan pron-

to como amaneciese. La cama se le había preparado en el gabinete de Mariano.

Cuando pasaron los dos a este departamento, separándose de las mujeres, Pepe le observó a Mariano:

—Yo no quiero ni puedo criticar a usted, pero parece que, por esta vez, ha procedido con demasiada precipitación.

—Así es la verdad; —respondió Mariano— pero, de otra suerte, me hubiera sido imposible vencer la pasión que sentía por tu hermana..... Figúrate que ha sido el ideal de toda mi vida. Por ella he sido laborioso..... Por ella he sido honrado..... Sólo, bajo el imperio del resentimiento, podía decidirme por mi prima. Y he exigido que sea el matrimonio mañana, para no dejar tiempo a la reacción de mi primer cariño. Esto no quiere decir que no le tenga afecto a Juana..... En fin, está hecho!..... Depende de mí labrar su felicidad y la mía.

Se paseó un momento silencioso, con las manos a la espalda y la cabeza rendida sobre el pecho y, con un gran suspiro, extendiéndole la mano a Pepe, murmuró:

—Pases una feliz noche. Yo voy a dormir solo por última vez.

XXVIII

Mariano era feliz. Juana le quería y se había plegado tan bien a su carácter que no le dejaba nada que desear. Por medio de Pepe estaba arreglada la cuestión de las sementeras, pagando el trabajo y las semillas a Mercedes, y el recuerdo de Rosario quedaba tan lejos, que apenas sí se acordaba de ella como de un peligro pasado.

A cosa de un mes después del matrimonio tuvo que realizar un viaje a *La Provincia,* para traer anís; artículo de gran consumo para los mallorcas de las distintas fábricas de la ciudad, y que era abundantísimo en Alausí y demás pueblos del cantón, cuyo conjunto denominaban *La Provincia.*

El momento que iba a montar, le expresó Guadalupe su deseo de volverse a su casita de la banda, suplicándole el pronto regreso, para no dejarle sola a su hija. Esto le contrarió un tanto: su anhelo era que no les abandonase la tía. En seguida, le llamó Juana al dormitorio, como para despedirse sin testigos, y echándole los brazos al cuello, al mismo tiempo que le insinuaba que volviera pronto, le anunció que se sentía madre. Esta noticia le devolvió el buen humor y, después de colmarla de caricias, le advirtió que se abstuviera de todo trabajo pesado que pudiera malo-

grar su dicha, prometiendo que antes de dos semanas estaría de vuelta.

Al siguiente día, se le metió a Guadalupe irse a visitar su propiedad. Juana recordando el juramento de venganza de Rosario, tuvo miedo de la soledad, y decidió acompañarla, no obstante la oposición de su madre, que proveía en ello un peligro. Mientras estaba soltera tenían razón de ser esos temores; pero ahora eran un verdadero disparate. El peligro que debía conjurar era el de la soledad, allí, a dos pasos de la casa de su enemiga, que, de seguro vivía en perpetuo acecho, para aprovecharse de la primera ocasión y cobrarse en la misma moneda y con usura. Siendo lo peor el encontrarse Juana en estado de no poder defenderse, para repetirle la lección a Rosario.

Ante semejantes razones, Guadalupe no tuvo por menos que ceder; y madrugaron al día siguiente, a fin de poder regresar por la tarde.

Siguiendo el mismo camino que trajeran de venida, llegaron al puente de Monay, y, pasándolo, tomaron el camino real, para entrar al fundo por el callejón. Todos los campos vecinos estaban cultivados, con las sementeras altas, unas pidiendo la segunda deshierba, y otras ya deshierbadas. En algunos huertos los maizales sembrados en la Natividad, echaban ya *señoritas*. Guadalupe los miraba con envidia, recordando que sus tierras estaban en abandono. Tendría que regar cebada y arvejas: ya para maíz era tarde. Si no se perdía del todo, se retrasaba la cosecha, para recurso de las aves y los perros del vecindario.

Llegaron a la casa, y su sorpresa fué sin límites...

¿Quién había ido a meterse allí en su ausencia? Todo estaba cuidado, acaso con mayor esmero que antes: el jardín cubierto de flores: los pimientos apuntalados, derramando maduros frutos, y el campo con sementeras desarrolladas y hermosas, mejores que cuando ellas en persona las cuidaban. ¡Aquello era intolerable! ¿Quién sería el intruso que había ido a hacerse dueño de todo?

De las gallinas no faltaba una: algunas asomaban llevando tras de sí un cortejo de polluelos, ellos recién nacidos, ellos ya grandes, en estado de separarlos. Sólo *Vencedor* no aparecía. Era probable que hubiese muerto o buscado asilo en otra parte.

Al abrir las puertas con el convencimiento de encontrar el menaje de los nuevos habitadores, su sorpresa creció de punto. Todo se hallaba tal como hubo quedado en aquella noche fatal, con la precipitación de la fuga. Una capa de polvo cubría las cosas, y se percibía ese olor peculiar de las habitaciones mucho tiempo abandonadas.

El fogón estaba muerto, frío, rodeado de los últimos haces de leña que habían acercado para que se secaran durante la noche. Las cestas colgadas en la pared para nido de las gallinas estaban en su puesto, blanqueando en el fondo los huevos que a la fecha de la fuga existían. El bribón que había metido mano en el campo, había respetado la casa! ¡Quizá algún buen vecino, de compasión, se habría comedido a cultivar a medias! Si era así, estaban en el caso de agradecerle: les ha hecho un positivo favor.

De repente, viniendo del lado del río, apareció *Vencedor,* ladrando furioso; y al reconocerlas, se lanzó

a colmarlas de caricias, parándose en dos para abrazarles, haciendo cabriolas y correteando como loco de un lado a otro; poniéndoles en fuga a las gallinas y derribando los puntales de algunos pimientos. Luego corría por entre la sementera, con dirección al río, dando latidos, para volver a reaparecer de la misma suerte. Parecía que deseaba avisarles que alguien estaba allá, y, a su vez, al otro, que ellas habían llegado.

Terminado el examen interior de las habitaciones, Guadalupe adelante y Juana atrás, precedidas por *Vencedor,* se internaron en la sementera, siguiendo el camino del río; y, al volver de un recodo, dieron, manos a boca, con José Antonio Rojas, que, con el saco al hombro y una lampa a la mano, venía por el mismo camino, con dirección a la casa.

Tanto Rojas, como las dos mujeres, quedaron petrificados; solamente *Vencedor* iba de las unas al otro, como para demostrar que les era deudor de gratitud a todos tres.

Rojas había perdido su aire fanfarrón de Tenorio de barrio, y estaba pálido, un tanto ojeroso, y respiraba su continente un aire apacible, que se acentuaba en su mirada dulce como la de esos buenos frailes, que, después de una vida de disipación, han llegado a tornarse santos.

Rojas fue el primero en reponerse. Las saludó, suplicándoles que le excusen la sorpresa que sin querer les había dado. De ver todo en abandono, sin saber el fin que habían tenido, deseoso de servirles, se apersonó a cuidar la posesión, alentado con la esperanza de que regresarían breve.

—Gracias, señor Rojas —le respondió Guadalupe— obra es ésta de verdadero amigo. Ha ligado mi gratitud personalmente; pues, por lo que hace a mi hija, ya no necesita de esto para vivir.

—¿Se ha casado, tal vez?

—Sí: no ha venido hoy sino por acompañarme. Estoy tranquila por ese lado; sólo me amedrenta la soledad.

—Pero, en cambio, me tiene a mí. Ahora soy otro hombre. He tomado cariño por todas las cosas de usted, y por nada del mundo quisiera separarme de ellas. Haremos cuenta que ha muerto Juana y uniremos nuestras soledades para acompañarnos.

Mientras hablaba, le temblaban las comisuras de los labios, como si fuera a llorar, y luego de callar un rato, continuó:

—Bien sabe usted, que fuera de esa ilusión que se me acaba de morir, no tengo nada ni a nadie, y me será muy dulce permanecer a su lado, en contacto con todas estas cosas a las que me encariñara, porque guardan el aroma de mis recuerdos.

—Ya hemos de hablar de eso, —contestó Guadalupe, interesada en poner término a esta conversación, porque le notaba a Juana demasiado emocionada. Y agregó:

—Ahora no tenemos tiempo sino para dar una ligera vuelta, porque esta misma tarde debo ir a dejarle a mi hija.

—Yo les guiaré.

Y tomó la delantera, deteniéndose aquí, allá, en el afán de indicarle los cultivos. Estaba muy cerca ya

de acabar la segunda deshierba. Había oído los ladridos del perro, y estaba saliendo a ver quien le buscaba.

—Vea usted estos hermosos *cazhiles* de lenteja. Es una mies que no se siembra y que se da muy bien. Alevanta mucho y carga más que la arveja. Con la cosecha de estas rayas, tenemos ya para sembrar un pedazo en esta playa, que es arenosa. En terrenos duros se ahoga.

Su hablar era natural. Había dejado el dialecto costeño, y ya no se comía ni alteraba el sonido de las letras, sólo rasgaba deliciosamente la *r;* lo que comunicaba cierto gracejo aristocrático a su charla.

—Pero se ve que usted entiende de chacarería, —le dijo Juana.

—Y más de lo que usted supone —repuso Rojas— no ve que tuve que ganarme la vida muchos años sin derecho a escoger oficio!..... Lo único que no he podido aprender es el arte de ser feliz. Pero ahora, en la desgracia, merced a una hermosa que usted no conoce, paréceme que lo voy ya cogiendo la punta.

Juana, recibiendo tan de frente la alusión, enrojeció, y, tomando a broma lo dicho, repuso:

—Amaéstrese en él para que me enseñe: creo que a nadie le sentará mal saberlo.

—A los que han labrado ya su desgracia, sólo les sirve para hacerles más desgraciados.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque la fuente de la felicidad está en el amor. Al que lo ha perdido, le hace feliz el recuerdo; pero el que lo ha renunciado, ya no tiene redención.

—Se puede amar tantas veces!.....

—Así lo juzgué también yo; y es ese mal juicio que del amor había formado, el que me descarrió. ¿A qué cree usted que obedecen tantos matrimonios desbaratados? No queda otro remedio que volver al camino o sacrificarse: lo primero no siempre es realizable y requiere mucho esfuerzo; de aquí es que la mayor parte quedan en el otro extremo.

—No hay sacrificio cuando se quiere.

—Estamos conformes: es lo mismo que le acabo de decir.

Habían llegado a la orilla del río. Estaban en el punto preciso donde aquella noche, postradas en tierra, elevaron su oración antes de vadearlo. Ahora bajaba grueso, dejando al descubierto, apenas una que otra piedra. Comparado con el de aquella noche parecía otro. Los jarales habíanse espesado en las orillas, y sobre el verde obscuro de su follaje, blanqueaban múltiples racimos de flor de mora, con su cortejo de abejas y moscardones.

Después de una rápida vuelta, regresaron a la casa por un camino que se abría atrás de ésta. Allí cerca estaba el árbol junto al cual se encontraron la primera vez. A Juana se le imaginaba que habían pasado siglos, pero sobre el falso follaje que recubría su corazón, sentía florecer y colgarse los recuerdos, como las flores de mora encima de los jarales del río.

El amor verdadero no muere. En los períodos de estío se agosta; pero retoña y florece al primer beso de la primavera.

Madre e hija estaban asombradas de la transformación operada en tan poco tiempo en el espíritu de

Rojas. Como él mismo les había dicho, era otro hombre. Si para Guadalupe resultaba amable, para Juana merecía adoración. ¿Cómo pudo ocurrir semejante cambio? La dulzura de su fisonomía, la tranquilidad de sus modales, la misteriosa tristeza de sus ojos, el acento de resignada amargura de su voz: todo les subyugaba.

Apenas hubieron llegado a la casa, acudió la bandada de gallinas a donde Rojas; le rodearon: unas le picoteaban los zapatos, otras le volaban a los hombros. Apenas extendía la mano sobre cualquiera de ellas, se echaba y se dejaba acariciar. El las hablaba como a personas, y, sacando puñados de maíz de los bolsillos de su saco, les arrojaba o les daba de comer en la mano. Era una delicia ese cuadro de amistad y compañerismo, que les llenaba de dulce emoción a las dos mujeres, no hechas a tan bellas escenas de sentimental espiritualismo.

—¿Cómo pudo educarles tanto? —le preguntó Guadalupe.

—Con el cariño —le contestó dulcemente Rojas— los animales son más agradecidos que las personas. Ellos no tienen reveses ni hacen las cosas por cálculo como nosotros..... El empeño de la felicidad nos pierde, y hace que la busquemos donde menos podemos hallarla, cuando muchas veces la tenemos en nuestras manos.

Era ya cerca de las doce, y entraron las dos a la cocina, para prender el hogar al cabo de tantos meses; y Rojas fue a entretenerse colocándoles a los pimientos los puntales que *Vencedor* había derribado en el entusiasmo de sus zalemas por las patronas. Pronto

estuvo dispuesto el almuerzo, como que no tenían sino que calentar el fiambre que hubieron llevado; y le llamaron a Rojas, quien se excusó porque ya mismo le llevarían el suyo. Ellas insistieron, y pasó a la mesa que le habían preparado en el corredor, a la puerta de la cocina.

Acababa de sentarse cuando apareció la mujer que le atendía, llevándoles el almuerzo para él y para *Vencedor,* que frente a la mesa esperaba impaciente su parte.

—Hágame el favor de entregar acá a las señoras —le insinuó Rojas a su servidora, quien hizo lo que se le indicaba, sorprendida de verles allí a las dueñas de casa—. Y luego, volviéndose a éstas les suplicó:

—Acepten ustedes mi almuerzo de pobre. Si me hubieran hecho saber que venían, quizá les habría ofrecido otra cosa.

Mientras comían, —si no es indiscreción,— preguntó Rojas— ¿podrían decirme, en donde han hospedado tanto tiempo?

—En casa de mi sobrino Mariano Padilla, contestó Guadalupe.

—Y dónde queda?

—En el Valle, cerca de la toma de *Maluay.*

—Hace ya mucho tiempo a lo que estuve por allí; pero no he conocido al señor Padilla. ¿Casado con quién es?

—Es mi marido —terció Juana.

Rojas palideció ligeramente, y, reaccionando, después de un breve momento de silencio, continuó:

—Cuando usted lo ha elegido, debe ser digno de

esa preferencia. Mi deseo es que la felicidad les sonría para siempre.

—¡Ah!..... —murmuró Guadalupe— Mi sobrino es capaz de hacer la felicidad de cualquiera, no digo de mi hija que tan poco necesita para vivir contenta..... Bien parecido, trabajador, sin vicios y de fortuna..... Es una bendición de Dios. ¡Para qué es! Yo, no esperaba tanto!

—Yo me alegraría mucho que pudiera siempre decir lo mismo. Es tan consolador que una persona a quien se le quiere, alcance más de lo que uno hubiera podido darle. Y si todo eso tiene por base el amor, ya nada queda por desear..... Yo le felicito de todo corazón.

—Gracias, señor Rojas.

—Quizá la suerte me depare la ocasión de conocer al señor Padilla, para ofrecerme como un servidor suyo.

—Cómo no, y más pronto de lo que cree —apuntó Juana— Especialmente, si, como lo ha dicho, se resuelve a ser compañero de mamá, que se queda tan sola.

—Lo duda usted? Cuando lo he dicho, es porque así lo tengo resuelto. A menos que mi insignificante persona fuese indigna de tan señalada merced.

—Al contrario —saltó Guadalupe— esa es una nueva suerte con que el Señor me protege. En esta soledad hallar un hijo como usted.....! Pero es tarde, usted queda en su casa. Yo voy a dejarle a mi hija; y me tendrá aquí después de pocos días, en cuanto el marido llegue.

Y mientras disponía el viaje, continuaba hablando.

Hubiera deseado ser rica para llevarles a la hija con el marido a su casa. Por más que fuese lo corriente, era tan dolorosa la separación..... No comprendía que hubiera padres que buscaban casar a las hijas precisamente para zafar de ellas. Su anhelo iba por el otro camino. Por el de envejecer y morir en medio de los suyos. En cuanto a esto, más feliz que el hombre, era el árbol, al que cortaban por el tronco, sin hacerle sentir antes la dolorosa mutilación de las ramas. Por desgracia la pobreza le ponía ante un imposible. De no ser egoísmo, hubiese deseado, que su yerno careciera de bienes, para llevarle allí, y decirle: "no tengo sino esto, pero es tuyo", con la seguridad del agradecimiento.

Rojas asintió, anotando, sin embargo, la contradicción constante en que se vivía. No era buen partido para una joven, sino el que descansaba sobre las posibilidades económicas del pretendiente, que le daba preferencia sobre otras cualidades más importantes y menos expuestas a contingencias. En su sentir, era éste un error que no tenía otro fundamento que la materialización de la vida. Juzgaba este un disparate tan monumental como el del viajero, que enajenara en el primer tambo todo los adminículos de viaje, como si hubiera llegado a su término. Buena era la riqueza, como el fiambre para hacer más llevadera la jornada, pero no pasaba de allí. Darle otra significación era desnaturalizar el destino humano, cuya realización estaba fuera de su alcance. A la hora de la hora, quedaba la riqueza en la hospedería, y quién la acumuló pasaba a-

delante, acaso más desnudo que si no la hubiese tenido. Ese falso concepto que de la riqueza se tenía, era según él, la causa única del desaparecimiento de la paz entre los hombres.

—Así es, señor Rojas.

—Nada de señor. De aquí en adelante, Antonio. Que mi ilusión de hijo suyo, tome carácter de efectividad.

—Bien, Antonio; tú quedas con las llaves hasta mi regreso, que será muy.pronto.

—Muchas gracias.. Me permitirán acompañarlas hasta por ahí. ¿Qué dice usted Juana?

—Por mí, aun cuando fuere hasta la casa. Ya tendría compañero mamá para la vuelta.

—Ahora, imposible. Va siendo tarde, y siempre hay que cuidar la casa. Pero pueden hacerme saber la determinación de venir, para darme tiempo de irle a traer. No le parece bien, Guadita?

Convenidos en ello, después de asegurar las puertas, salieron camino del *Valle,* por el puente de *Monay,* y se internaron en la *Quebrada del Mal Paso,* volviendo a transitarla al cabo de tanto tiempo, acompañadas de aquel de quien fueron huyendo la primera vez, y que ahora les hacía tan grato su recorrido.

Lleváronle a Rojas hasta la altura del camino desde donde se veía la casa de Mariano para enseñársela. Y allí se despidieron mutua y profundamente conmovidos.

XXIX

Los meses habían pasado con rapidez vertiginosa. Mariano ni por casualidad volvía a verse con Rosario ni con Mercedes; pero mantenía inalterables sus relaciones con Pepe, cuyo matrimonio se aproximaba. No hubo sucedido lo mismo con Juana: tanto la madre como la hija habíanse encontrado repetidas veces con ella en el camino del pueblo. No se saludaban, pero tampoco asumían ninguna actitud hostil. De suerte que Juana había acabado por perderlas el miedo, y ningún desasosiego le acosaba cuando se le ocurría quedar sola en la casa; lo cual era de lo más frecuente, desde la separación de Guadalupe.

Al principio, unas veces sola y otras acompañada de Mariano, no había mes que dejara de irle a ver a su madre. Ahora ya no podía por el avance de su enfermedad. Cuando fué Pepe a recordarles el compromiso de apadrinarle, Juana se excusó, diputándole a Margarita Sigüencie, hermana de Berta, para que hiciera sus veces.

Mariano aprobó la resolución. El ofrecimiento había sido precipitado y cabía rectificarlo. No se debía ir a una reunión, si la homogeneidad de sus componentes no garantizaba la armonía. Los más lejanos resentimientos se avivaban con el fuego de las copas, y sal-

taba la chispa, sin que nadie pueda precaver el incendio. Mercedes y Rosario tenían que estar en la boda; y Juana con su enfermedad, que le había vuelto susceptible, no se encontraba en disposición de aguantar un menosprecio. Estaba muy bien. Lo mejor era que no vaya.

La víspera de Tres Reyes, a eso de las seis de la tarde, estuvo Mariano en *Narancay*. Allí se encontraban ya Mercedes y Rosario, con quienes saludó, a la manera de siempre, como si nada hubiera perturbado sus relaciones.

Don Raimundo se mostró contrariado de verle a Mariano llegar solo. Tenía tanto deseo de conocerle a la señora, y ratificarle personalmente la oferta de sus servicios. Mariano le expuso los inconvenientes. Estaba la pobrecita con la barriga a la boca, y apenas podía moverse. Pero, para después que hubiese zafado de la carga, se comprometía llevarla para hacerle la presentación. Y preguntó:

—Qué es de las chiquillas, que no las veo?

—Por adentro andan afanadas, porque ya les alcanza la marea.

Allí estaba él para un mandado..... Una raja de leña..... Cualquiera cosa..... Arriero y soldado, desde el manejo del aventador, nada le vencía..... Iba a verlas; y salió.

Con el primero que, al dar la vuelta la casa, se encontró, fué con Pepe, que en mangas de camisa, estaba terminando de rajar un tronco. Un pilo de leña de más de un metro de alto, denunciaba las horas que le habían absorbido la tarea. Al verlo a Mariano, de-

jando clavada el hacha, se limpió el sudor con el pañuelo, y avanzó para saludarle.

—Se ha hecho usted muy tarde: ya pensé que no vendría.

—Efectivamente, de no tratarse de tí, me quedaba. Mi mujercita no anda muy bien.

—Ese ha sido para mí un desengaño: anhelaba tenerles aquí a todos.

—En fin, lo que importa es hacer algo práctico: ve tú a entenderte en otra cosa, mientras yo concluyo tu tarea.

Pepe se opuso, pero acabó por ceder. Había tantas cosas pendientes, que ni con la ayuda de diez manos, creía poder terminarlas. En semejantes circunstancias, dando de lado al recargo de atenciones que de sí llevaban, se volvía la casa un revoltijo, que pedía manos y tiempo para ponerla en orden. Todo por la pobreza. El mismo humilde cuarto, como tablado de teatro, era comedor, sala de baile..... todo, sin más cambio que el de la decoración. Los muebles andaban arrastrados de un lado a otro..... Todo un desastre.

No había acabado aun Mariano de rajar la leña, cuando asomaron por allí Mercedes y Rosario a solicitar su parte en los quehaceres de la casa. Antes se habían mantenido quietas por falta de insinuación, pero, oyéndole a Mariano, les pareció una indolencia tanto descomedimiento.

La noche fué de agitación. A continuación de la merienda, servida a eso de las ocho, siguió el movimiento hasta la madrugada, con el confortante riego de sazonados *draques,* para hacer llevadero el peso de la velada. Los únicos que, pasada la media noche, se

abstenían de tomarlos, eran los novios; porque, de acuerdo con la costumbre, estaban para comulgar en la misa de la velación, que debía celebrarse a raíz misma del matrimonio.

A las nueve de la mañana, estaban ya de vuelta en la casa, desde el templo de la parroquia, a donde fueron a pie para la ceremonia religiosa; y encontraron los caballos listos para subir a la Capilla, porque habían resuelto así para mayor libertad y esparcimiento. Todas las cabalgaduras eran mansas, y yendo sosegadamente no ofrecía el traslado motivo alguno de temor. Para alentar el ánimo de las mujeres y cohonestar con el mal disimulado deseo de los hombres, asomó humeante la tetera de agua de azúcar, acompañada de la botella de *caña-puro*, y ¡para el estribo! el *draque* repartido con generosidad y tomado con devoción, les supo a gloria para el *chuchaque* y el frío de la mañana, con tendencias de garuar.

—Ahora sí, todo el mundo a la silla —ordenó el dueño de casa— y que se lleve una jarra de agua de azúcar para entretener el camino.

Montadas las mujeres, ocuparon su respectivo caballo los hombres y comenzó el desfile. Abría la marcha Pepe, tras de él iba Berta, y así sucesivamente. Al centro de la comitiva, compuesta de quince jinetes, por distinción y preferencia, marchaba Rosario en un caballo *palomo*, un poco inquieto, y le seguía Mercedes. El camino era pendiente y pedregoso, debido a la reprensible e inveterada costumbre de los vecinos de lado y lado, de echar a él la piedra que asomaba en los terrenos de cultivo.

Avanzaban lentamente asentando el polvo de la ruta con frecuentes libaciones. El buen humor recorría los ánimos en su visita de cordialidad, haciéndoles derramarse a todos en charlas, ocurrencias y bromas. Era como una feria, en la cual exhibía cada uno su rinconcito de sol, reservado para los días felices, en una especie de participación espiritual de las encantadoras promesas que fascinaban a los novios. Desde la flor que en la frescura de la madrugada, desabrocha su cáliz a la limosna fecundante del polen, el amor en la naturaleza, lleva a todos los seres a los jardines encantados del arrobamiento, en los que se abren temblando las corolas azules de las flores de loto del ensueño. A Pepe y Berta les embargaba la felicidad a tal punto que parecían tristes, porque la emoción les aislaba en las moradas del éxtasis, sin permitirles con el exterior sino el débil contacto de la brisa, que estremece la corola dispuesta a los misterios de la fecundación. ¡Oh! el amor verdadero, el amor grande, libre de cálculos y mezquindades; no engendrado en los bajos fondos de la lujuria, sino nacido de la comunión de ideales en las regiones del espíritu! ¡Ese amor en el que los amantes son dos sacerdotes que ofician en el templo de la Naturaleza, con la omnipotencia de Dios, para la multiplicación de la vida! Sólo él es digno del incienso del altar y las bendiciones del Cielo, porque reivindica para el hogar los encantos del paraíso en la realización de la felicidad de los individuos y la grandeza de las naciones!

Habían subido ya más de la mitad de la cuesta, y en un punto en que una piedra enorme estrechaba

el camino, sin dejar sino una garganta hacia el borde inferior para el paso; contra toda previsión, porque no existía antecedente que le haga sospechoso, *el palomo,* en el que iba Rosario, sintiendo sobre el anca el roce del hocico del caballo que le seguía, al tiempo que éste entraba en la garganta, alzó de repente ambas patas, con tanta violencia, que Rosario vino al suelo boca abajo, al mismo tiempo que estampaba, de los dos cascos, el uno en la rodilla de Mercedes, y el otro, en el pecho del rocín que cabalgaba. Este, al sentirse atacado, viró rápidamente para evadir nuevos golpes, y Mercedes, disparada por la tangente, cayó como una masa, del camino adentro.

Cundió el alarma y la gritería. Todo el mundo echó pie a tierra, aglomerándose unos al rededor de Rosario, a quien las mujeres, celosas de la honestidad, se apresuraron a bajarle los vestidos que se le habían arrollado; y descolgándose otros por entre pencas y jarales, en auxilio de Mercedes. Esta había caído verticalmente, partiéndose la cabeza contra el filo de una piedra, donde había dejado los sesos. Cuando llegaron los concurrentes junto a ella, acababa de espirar. Cargaron con el cadáver, y después de un largo rodeo, salieron con él al camino. Averiguaron por Rosario, temerosos de que le hubiese ocurrido otro tanto; y supieron que no había recibido sino un golpe en la boca del estómago, que la dejó sin habla unos minutos, y un ligero denudamiento en el talón de una de las manos.

La inesperada tragedia ensangrentó la boda, convirtiéndola en desfile fúnebre. De allí, a raíz de una desesperante escena de gritos, de lloros, de lamentos y

de maldiciones, que desgarraban las entrañas, regresaron a la casa, todos cabizbajos y con lágrimas en los ojos. Cuatro hombres, que se iban relevando por turno conducían el cadáver en un poncho, y los demas hacían el cuerpo de duelo. Los caballos venían más atrás al cuidado de un muchacho.

Llegados a la casa, como si cada uno de los deudos buscara alguien sobre quien descargar su dolor, comenzaron las recriminaciones. Según Rosario, el único responsable de todo era su hermano Pepe. Sobre haberse comprometido, como si se tratara de su cocinera, sin conocimiento de la madre, guardando su puesto, o tal vez presintiendo la desgracia, no había querido ir, haciendo lo contrario, sólo por las exigencias del hijo. Esa sangre de la pobrecita pesaría sobre el matrimonio como una maldición. Cierto era que él nada perdía, porque estaba asegurado contra las trapacerías de la suerte; pero ella, Rosario, había perdido todo..... todo. Era como un grano de maíz botado en la calle, para que lo pisotee cualquiera viandante.....

Pepe, a su vez, le echaba toda la culpa a Rosario, que algo debía haber hecho a la cabalgadura, para que animal tan conocido, saliera de su acostumbrada mansedumbre. En cuanto a la soledad, era cosa que aceptaba remedio, y a la mano: podía quedarse con él. Y si eso rechazaba, era ya mujer completa, y capaz de gobernarse sin peligro de las tentaciones de la libertad, contra las cuales era suficiente precaución el buen juicio. Lo que sí le aseguraba era no reclamar ni mínima parte de los pocos bienes que había dejado la difunta, a los que renunciaba en beneficio exclusivo de su her-

mana. Más no podía hacer: a ella le tocaba decidirse.

Entonces intervino Mariano. Era preciso que se dejaran de cargos y reconvenciones, porque en lo sucedido no se veía otra cosa que la voluntad de Dios. Lo que las circunstancias pedían era decidir si el cadáver se enterraba allí en *Narancay,* o se le trasladaba al *Valle.* El estaba allí para cumplir cualquiera resolución que se tome, como un homenaje de cariño a la difunta, a quien consideraba como a su segunda madre, no obstante los caprichos de la suerte, que estorbaron para que lo fuese realmente. En cuanto a los gastos, en uno o en otro caso, corrían de su cuenta, para que le reembolsen cuando a bien tuvieren. Qué decían?

Para don Raimundo, desde que la muerte había ocurrido estando su señora consuegra allí en *Narancay,* en su casa, que era a la vez de sus hijos Pepe y Berta, veía clara la voluntad de Dios: debía enterrarse allí. Sus hijos y toda la familia cuidarían, con cariño, que en la tumba nunca falten flores y oraciones. ¿En dónde había de estar mejor? Y, si Rosario decidía quedarse con ellos, que estimaba lo más acertado, ¿qué objeto tenía llevarle al *Valle?* Y así quedó resuelto.

Se habilitó la mejor de las piezas de la casa para el duelo, y allí tuvo lugar la velación, a la que acudieron todas las amistades del contorno; y las cosas destinadas a la boda, fueron consumidas en el velorio.

Hacia la media noche, atrás de las personas extrañas, rendidas por la trasnochada anterior, todos los de casa se habían también retirado a descansar, y sólo quedaban acompañando a la difunta, Rosario al un lado y Mariano al otro. Este después de despabilar las

ceras, quitarles el moco y enderezar las torcidas, acercándose a Rosario, le insinuó cariñosamente, que fuese a tomar un momento de reposo, y como se negara, sentándose junto a ella, comenzaron a conversar, en voz profundamente baja.

Ella se manifestó agradecida por todo cuanto había hecho, y por el afecto que demostró haberle tenido a la difunta.

—En verdad te digo —contestó Mariano— que la quería como a mi madre.

—Y ella..... —repuso Rosario— te quería más que a sus hijos..... Para ella no había otro hombre.

—Así como para mí no había otra mujer que tú..... ¡Qué dichosos hubiéramos sido! Y acaso no hubiese pasado esta desgracia.

—Tu orgullo nos perdió.

—Me estás dando de lo tuyo..... Precipité mi matrimonio con Juana, como un recurso para no suicidarme.....

—Pero estás muy bien con ella.

—No tengo motivo para quejarme, pero mejor hubiera estado contigo..... Aquí, ante el cadáver de esa santa, dime: ¿Es verdad que no me querías?

—Como nadie te ha querido, ni te querrá. Mi madre lo sabía..... Pero todo ha concluído..... Ahora somos buenos amigos..... No te olvides de verme en mi soledad. Me será tan útil tu apoyo.

—No piensas quedarte con Pepe?

—Unos pocos días..... Sólo el rincón propio no tiene boca..... Hasta hoy no he conocido mesa extraña..... Sea cual fuese la suerte que me toque, iré a ocultar mi dolor en mi tugurio.

Entrando Pepe y Berta, interrumpieron la confidencia. Les llevaban un vaso de vino hervido para la mala noche. Era preciso que fueran a recostarse; ellos quedarían haciendo la guardia.

A Mariano le habían arreglado la cama en el dormitorio de don Raimundo, y a Rosario la llevaron al departamento de las mujeres. ¡Qué dormir!.... Pero sí tenían necesidad de tenderse y extenderse.

La meditación le sumió a Mariano en una inacción muy semejante a la del sueño. La confidencia que acababa de recoger de labios de Rosario, después de tantos trastornos por los que había pasado su espíritu, le hacía retroceder muchos años atrás. El viajero extraviado desandaba el camino hasta el punto en que se extravió, para tomar la verdadera senda; pero él se encontraba condenado a seguir adelante, sin saber a dónde llegaría. ¡Cuánta razón tenía el celo de los esposos para impedir que cualquiera de ellos, aunque no fuese sino por accidente, llegara a ponerse en contacto con un amor antiguo! El fénix resucitando de sus cenizas, era el símbolo de esos amores, que, muertos en apariencia, se levantaban con las seducciones de lo imposible, que multiplicaba sus encantos. Saber que Rosario le amaba..... que le ama todavía..... Le había provocado con su soledad, solicitando su apoyo..... Y no estar libre para darse a ella por entero, y corregir la mala orientación de su vida!..... Sentía dentro de su alma algo así como si volviera a funcionar un resorte que había creído roto, y que alejándole de Juana, le empujaba hacia Rosario. ¡Hacia esa Rosario que fué el ensueño de su existencia; que le hizo hombre para

las rudezas del trabajo y las abnegaciones del ahorro, y que guardaba entre sus brazos la felicidad perdida!

Rosario no estaba menos emocionada. Rodeada de una especie de nube, compuesta de zonas de luz y zonas de tiniebla, tenía momentos de lucidez y momentos de inconsciencia, en los que llegaba a perder la idea de la muerte de su madre, o en que esa muerte tomaba el halagador aspecto de una liberación. Hasta cuando Juana, por obra de la desgracia, había ido a parar en casa de Mariano, fontana sobre arena en lecho de flores, su vida no tenía un punto obscuro. Después..... obstáculos a cada momento, pasajes subterráneos, cataratas de odio..... Le era imposible recorrerla, sin quemarse de indignación, sin tiznarse en cráteres de venganza, sin sentirse obligada a la retaliación, devolviendo injuria por injuria..... Estaba, por fin sola, estaba, por fin, libre. La muralla de respeto a su madre le había impedido obrar, antes que las brasas del amor propio se amortigüen, bajo la ceniza de la indiferencia. La muerte de su madre y el matrimonio de su hermano, le dejaban abierto el camino, con un amor sin remedio a cuestas y una injuria sin perdón que vindicar. Recuperaría ese amor que le fué usurpado, y la injuria se cobraría con creces, en la misma forma en que le fué irrogada. Sentía las uñas de Juana, como regueros de fuego, allí, donde no cabían sino las caricias del amor. Allí, en lo más sagrado de la mujer, en ese reservado de la maternidad; en esa cúpula del templo divino, por excesivamente humano, donde abatían su vuelo temblando los ensueños. No sabía cómo no enloqueció..... Quizá la esperanza del desquite fué parte para

la conservación de la normalidad de los sentidos, después de semejante ultraje. Estaba libre y sola! Había comenzado la obra de su venganza, y la concluiría sin remedio.....

A las seis de la mañana estaba en pie, con los ojos escaldados por el llanto e irritados por el insomnio, y lo primero, después de refrescarse el rostro con una ablución de agua fría, fué ir en busca de Mariano, a quien le encontró preocupado en la traslación del cadáver al cementerio.

—Has dormido algo? —le preguntó.

—Nada. Pero he recorrido el camino de mi vida, encontrándote en todas partes a lo largo de él.

— Ojalá no me pierdas de vista en adelante. ¿Cuándo regresas al Valle?

—Hoy, después del entierro. ¿Tú cuando vas?

—Si estoy aquí ocho días será mucho. ¿Quiéres venirme a llevar?

—Tú eres la que mandas. En un día como hoy en la semana entrante, me tienes aquí.

Siguió el trajín de los preparativos, y a las ocho de la mañana, desfiló el duelo, renovándose, con la salida del cadáver, los lloros, los gritos y las lamentaciones.

¡Qué desgarrador es eso de ver partir a un ser querido, en brazos ajenos, empujado por los mismos que le amaron, para no volver jamás! Al principio se le llora, después se le recuerda, al fin, la costra del olvido acaba por cubrir la llaga, rellena el vacío que abrió la tumba y sobre él sigue el desfile de la vida, en su normalidad de indiferencia y de ambiciones, como la gusanera del cadáver, viviendo de la muerte.

XXX

Juana había dado a luz una niña, a la que se le puso el nombre de Alicia, y para asistirle a la dieta, se había trasladado Guadalupe, dejándole a Rojas en la casa. Entonces, por primera vez, le refirió Juana a su madre, que Mariano, aunque seguía siendo bueno, manifestaba cierto desabrimiento que iba tomando visos de frialdad. Temía que, en lo venidero, acabe por dejarla; pues, andaba, según había podido entrever, en amores con Rosario Larriva. Y concluyó:

—Qué me aconsejas?

—Desde cuándo es eso?

—Desde el matrimonio de José.

Y le siguió contando. Habíase ella abstenido de concurrir, porque tuvo miedo de que se le suscitara algún disgusto: desde los arañazos aquellos, Rosario andaba siempre con la sangre que le ardía. A los ocho días de la muerte de la madre, a espaldas de ella, Mariano había ido a traerla de *Narancay,* y desde entonces, ya no paraba en la casa. Cuando menos, aparentando trabajar, iba al lindero de la vecina, para estarle espiando por sobre las cercas; y no era raro verles, horas de horas, él del un lado y ella del otro, en conversación tirada. ¿Qué sería de ella, de Juana, lejos de su madre, sola, en pueblo extraño y con el

marido dañado? Además, tenía miedo: eran ya dos contra ella, y estaba comprometida la guardia.

—No te falta las noches?

—No. Todo se reduce a lo dicho, y de recelo de empeorar las cosas, me he tomado el silencio, mientras consultarte.

—Has hecho bien. Más vale la prudencia. Los hombres son unos perros. El día que te des por notificada, te bota..... Lo que te conviene es tenerlo siempre contento, a fin de que no busque en otra parte lo que en casa le sobra.

La mujer propia debía ocupar su puesto con dignidad, sin meterse en porquerías fraguadas afuera, con perras de la calle. Ella era la preferida. La única, la que no pasaba con la veleidad o el capricho; pero, estas ventajas no le autorizaban para hacer del marido el estropajo del plato de alacranes de sus celos. Arrojado de la casa por el incendio, del cual era tea y combustible su mujer ¿a dónde había de ir el infeliz a buscar el sosiego de su espíritu? La ruina de los hogares, por regla general, no era causada por el marido, que de donde quiera volvía a él, sino por la falta de cordura de la mujer que le rechazaba. Si, lejos de ser el genio de la bondad y la dulzura, se trocaba en el demonio que rovolvía los carbones del infierno, ¿cómo quería que el marido no huya?

Cierto era que cualquier devaneo del esposo afectaba a la economía de la casa, porque era muy rara la mujer que no buscaba el interés. Pero eso mismo, al fin o al cabo, concluía por decepcionar al amante, al verse convertido en objeto de explotación. El hombre

buscaba amor, y no encontrándolo, regresaba al hogar, siempre que la mujer no hubiese puesto candela en los umbrales, para impedirle la entrada.

Por la mente de Juana, mientras le oía a su madre, pasaba la imagen de José Antonio Rojas, hermoseada por la pérdida y enaltecida por el martirio y la abnegación. ¡Cuán feliz hubiera sido con él! Ahora llevaba el corazón vacío como un estuche en el que se había reemplazado con un monigote de cobre, el ánfora de esencia para el cual fué hecho, y del cual quedaba sólo el perfume. Tenía ímpetus de echarle aquello en cara a su madre pero se calló, para no darle a comprender que su amor por Rojas alentaba todavía. Por lo demás, aceptables eran las observaciones de su madre para los matrimonios en que no fué el cálculo o un devaneo de lujuria el que les unió. Pero los casamientos por amor eran tan raros, que no había base para calcular el porcentaje de los que vivían bien avenidos.

—Y usted cómo va con su nuevo hijo?

Estaba cada día más sorprendida de una transformación tan profunda, tan radical, como era la que en Rojas se había operado. Se le imaginaba que no era él, sino algún genio benéfico que por permiso de Dios, hubo tomado la figura de Rojas, para hacerle llevadera la doble soledad de viuda y huérfana en que había quedado. No tenía otro pensamiento que el de agradarla, de servirla, de rodearla de comodidades; pero con un cariño, con una mansedumbre y un desinterés, que no aceptaba parecido. Como era tan bueno, los animales, las aves, y hasta las plantas, se le antojaba que le querían, porque sus manos eran una bendición para to-

do lo que tocaba. Lo único que no podía quitarle era la tristeza; una tristeza de dulce resignación, pero tan honda, que nunca reía, y muchas veces asomaba con los ojos escaldados por el llanto.

—No tendrá algún cariño? —preguntó Juana, afectando indiferencia.

Estaba segura que nó, porque no salía para nada, ni le absorbía otra preocupación que la de atender la finca. No estaba porque fuese de día ni de noche, sino porque se haga lo que había que hacer, sin idea de aplazamiento ni de descanso. Sólo dejaba la herramienta cuando era de ir a verla a ella, a Juana. Y, cada vez, de regreso, para justificar la tardanza, como temeroso de que le riña, le refería lo que había hecho, lamentándose de la distancia que le impedía servirle en algo de provecho. Y le interrogó:

—Contigo se porta respetuoso?

—Tanto, como si no fuera sino antiguo sirviente de la familia.

Su comportamiento era confiado, con esa confianza de fámulo casero que está muy cerca de la patrona, pero a distancia infinita de la mujer. Lo que le distinguía era el comedimiento. Había un huerto de papas por aporcar; un cantero para cebollas, que esperaba la semilla; una acequia de regadío obstruída por la hierba..... No era sino hasta que él llegue..... Y lo hacía con esmero, y en volandas, como si le aguardara alguna buena recompensa, para correr donde la Guadita, porque estaba sola.....

—Se ha encontrado con Mariano?

—Siempre. Y Mariano le tiene especial estimación.

Es tan discreto, que no deja ni vislumbrar que fué nuestro amigo anteriormente. Y él mismo me parece que todo ha olvidado.....

—Yo desearía que así fuera, para que, si Mariano te deja por la vecina, venga las noches a servirte de compañía..... En fin, mejor es pedir a Dios, que no nos ponga en esas dificultades..... Yo que pensaba hacerte un bien!.....

Y se puso Guadalupe a llorar como si presintiera una catástrofe, sin saber el camino por el cual vendría, para desviar su curso, poniendo su envejecido cuerpo de muralla, o ser arrollada ella primero.

Las quejas de Juana no eran infundadas. Por más que Mariano con su buen juicio, procuraba mantener a su esposa en la ilusión de los primeros tiempos; ella, con la perspicacia peculiar de la mujer, notaba que hasta en las caricias que recibía, estaba presente la otra.

Lo mismo que Mariano ignoraba los pasados amores de Juana con Rojas, Juana ignoraba los de Mariano con Rosario, a quien había considerado simplemente como a una amiga de la niñez. Esto le desorientaba en sus apreciaciones, sin alcanzar las raigambres profundas que en el pecho de Mariano tenía lo que ella consideraba una afición reciente. De ser así, Mariano hubiera vencido. Como él decía, era inconcebible que un hombre encendiese el infierno en su propia casa, por improvisarse un paraíso fuera de ella, donde nunca podría estar sino accidentalmente y de paso. La felicidad del matrimonio fincaba para el marido, en vivir siempre enamorado de la mujer, y que, a su vez, ésta no tuviese otro pensamiento que el marido. El hogar

era entonces verdaderamente huerto cerrado, que perfumaba la espiritualidad del afecto, en el florecimiento de la confianza, bajo la llave de la fidelidad.

De manera que Mariano había luchado, luchaba todavía, en esa lucha interior, que no permite reposo, porque está en el reposo principalmente su campo de combate. No hay batalla comparable a ésa, librada en la soledad del espíritu, entre el corazón y el deber. Entre la pasión, que es la fuerza, y el deber que es el derecho.

Cuando cumpliendo la oferta que tenía hecha, fué a *Narancay* para traerla a Rosario, jamás supuso que ésta, con la madre recién enterrada, había de dar cabida en su alma a otros sentimientos que los de dolor; y se prometía un camino de reminiscencias y de lágrimas. Pero no fué así. A poco que habían salido de la casa, ella se dió trazas de llevar la conversación a los tiempos de la escuela, en la cual se sentaban juntos; y pasó revista de recuerdos con tanta minuciosidad y desenfado, que Mariano sentía combustionarse y arder todo en su interior. Las recorridas de nidos y de fruta por lugares solitarios, que poblaban de abrazos, de besos, de exhibiciones y cariñosas palmadas.....

Todo saliendo de sus labios enardecidos, desfiló ante los dos, con horas, lugares y circunstancias, que ya Mariano había olvidado.

—Después de todo esto, no creí nunca..... nunca que te habías de casar con otra —le reconvino.

—Tú fuiste para eso la única culpable.

—Me encontraba tan ardida con tu prima..... Día ha de haber en que nuestras relaciones sean más firmes, para contarte lo que me hizo. Lo que yo creí fué con-

seguir con mi resistencia que, después de despedir a tus parientas, vuelvas por mí.

—Y por qué no me dijiste?

—Porque no estaba segura de que me dieras gusto. Especialmente desde cuando volviste de la guerra, te habías puesto otro conmigo.

Entonces Mariano le hizo recuerdo de aquel día que habiendo vuelto de *Tarqui,* se encontraba en la casa inmediata al puente de *Todos Santos.* No siquiera le contestaron la salutación, pasándose de largo, después de verle, como si nunca le hubieran conocido.

Rosario se le rió.

—¡Qué tonto! Si fuimos en tu busca, llevándote dos *cuyes* asados y otras frioleras, que vinimos a comernos en casa, desesperadas de no encontrarte.

Pero, si él las había saludado, les había hecho señas, con la evidencia de que le veían, y se negaban a reconocerle.

Y le contó las horas negras por las que pasara, sin saber a qué atribuír el desvío, sino al beso que le dejó sobre la frente, cuando fué a la casa, pocos días antes, en comisión para llevarle a Pepe al campamento.

—Te acuerdas?

Eso le había resentido en tales términos, que resolvió no volver más a molestarles. Tanto era así que, después de la derrota, encontrándose solo en la casa, sin saber qué hacerse, acudió al desesperado recurso de ir donde su tía Guadalupe.

—Así como me oyes.

—Por mudos nos hemos descarriado. Lección para que no hagamos lo mismo en adelante.

—Ya todo es tarde —murmuró Mariano con desaliento.

La suerte o Dios lo había querido así..... todo por rumbos desconocidos, les había llevado a un término insospechable. Ya no les quedaba otro remedio que conducir la carga, aliviándola con la aceptación, para que no les sea más insoportable. Ella estaba soltera, y frente a todos los caminos de la vida: podía elegir el que mejor le parezca. El que se hallaba irremediablemente perdido, era él, que ya no podía rehacer su existencia.

Efectivamente Mariano era de un sentido práctico casi invulnerable, y para desviarlo del camino de la honradez y las buenas costumbres, precisaba que el cerco no dejara flanco débil por ninguna parte. Pero el enemigo estaba dentro de la fortaleza. El amor de Rosario, después de las últimas revelaciones, volvía a levantarse agigantado por las dificultades; y tenía momentos, días de desfallecimiento, en que todo se le presentaba oscuro, borroso, dando lugar, sin quererlo, a las quejas y sospechas de su mujer. Muchas veces, él mismo daba malhayas contra ese apadrinamiento que le puso en contacto con Rosario, volviéndole al martirio del recuerdo.

Habían pasado algunos días desde que trayéndola de *Narancay,* la hubo dejado en la casa, cuando una mañana que pasaba junto al lindero, rodeando sus sementeras, Rosario que parecía haber estado en acecho, asomando por sobre la cerca, le llamó. Estaba tan encantadora! Los brazos desnudos, la camisa escotada hasta el nacimiento de los senos. Los ojos que despe-

dían cierta luz particular, que armonizaba con la coquetería de la sonrisa y la actitud. Estaba irresistible, pero Mariano se excusó de saltar, ofreciéndole que iría más tarde

Así continuaron viéndose a diario, sin segunda intención, por el encanto de verse.

Una tarde a la caída de un día caluroso; de uno de esos días cuya influencia se siente en el organismo, con el atractivo de la soledad, como si la tierra cálida nos guardara en sus rinconadas, la sorpresa de Náyades o Huríes, Mariano urgido por cierto desasosiego interior, se dirigió a uno de los ángulos más repuestos y escondidos de su propiedad, en donde tenía la costumbre de irse a pasar sus horas tristes, a la sombra de los nogales y los capulíes, que hacían de ese rincón un huertecillo de ensueños.

Allí cerca, entre el maizal estaba Rosario. De espaldas a él, cogía, o simulaba coger hierba. Al trasluz de los últimos rayos del poniente, se dibujaban los contornos de su silueta primaveral y núbil.

—Me muero! Marianito, ya me cogiste en el robo.

—Bribona, qué pena mereces?

—La que me impongas.

—Me la cumples cualquiera que sea?

—Te la cumplo.

—Un beso y..... otro y otro beso.....

—Ya está.

Mariano dudaba de la veracidad de sus ojos, del testimonio de sus oídos. Creía una jugada de los traviesos genios habitadores de ese rincón paradisíaco. Se le acercó, temblando que se desvanezca al contacto de sus manos. La abrazó. Era ella.

El sol había acabado de ponerse. *Fio..... fio..... chiiir*, silbó un gorrión oculto por allí cerca..... Y los dos se perdieron entre los árboles, donde eran más espesas la sombra y la hierba.

Ya cerrada la noche, Mariano, retornó a la casa. Buscó cualquier pretexto para reñirle a su mujer, que estaba ya sana, y como ella se defendiera, dándose por resentido, salió a la calle. Juana le esperó hasta tarde. Era la primera vez que le faltaba. No regresó sino a las siete de la mañana del siguiente día.

Es tan pequeño y tan dócil el corazón humano, que bastan las caricias de una mano amada, para hacerle sentir beatitudes de cielo; y es precisamente esa pequeñez la revelación de su grandeza. Si un minuto de amor basta para hacerle feliz, es porque está hecho para el amor de algo más noble y grande, del cual ese minuto es una participación.

Mientras dura se siente en contacto con el infinito. La desilusión de su término suscita el deseo de la repetición, ansiando, con la suma de actos, resolver el problema de la intensidad infinita, en el tiempo que es limitado, para caer en la desesperación, en el tedio del vacío.

Mariano sentíase feliz, pero en el fondo de esa felicidad había un punto negro y una espina dolorosa, que se oponían a que fuese plena. Su amor, ese ideal de toda su vida, a cuyas puertas llamó como un pordiosero ¿cómo era que ahora le salía al encuentro para saltear lo mismo que no quiso recibir? Esa mujer tan soberbia, tan convencida del valer que atesoraba su belleza ¿por qué llegó a perder toda noción de pudor, para echarle

a los pies como una cosa baladí, la rosa purpurada de su virginidad? En el fondo del crepúsculo que recubletaba su alma, parpadeante, próxima a desaparecer, escintilaba una estrella, que se le prendía al corazón como una espina que le gangrenaba, le hacía sangrar.....· Era su hogar recién formado, en el que había surgido la primera flor, y al cual se debía como el tronco a las ramas, pero que flaqueaba en sostener, porque había perdido su orientación.

A la primera velada de ilusión, fueron sumándose otra y otra, como eslabones de una cadena interminable, que entre el acero de sus vueltas acabó por sofocar la voz acusadora. En vano Juana, paciente y resignada, multiplicaba atenciones y ensayaba artificios, procurando atraer al descarriado con la miel de sus ternuras. Al fin cansada, pero sin reñirle, comunicó a su madre.

Se habían realizado sus temores y conceptuaba necesario ponerse en condiciones de defensa. No le creía a Mariano capaz de ningún crimen. A pesar de su mala amistad, le trataba comedidamente y no le hacía faltar lo necesario. Pero, así como, poco a poco, le había arrancado del lecho, pretendería esa mala mujer usurparle el título de esposa, que era lo único que le restaba. Y entonces sí..... tenía miedo de un atentado. ¿Acaso no habían ocurrido tantos casos? Los hombres, cuando estaban así, se volvían ciegos y no tenían otra voluntad que la de la querida.

—Debes consultarle al señor Cura —le insinuó Guadalupe.

—Lo había hecho ya. Pero los sacerdotes no sabían de estas cosas sino de oídas, y como a espíriuts

de santidad, aconsejaban el martirio. Imite usted a la Santa tal, imite usted a la Santa cual. No todas eran capaces de esperarle al marido con la sonrisa en los labios amargos, mientras el corazón les destilaba sangre. Eso no! Había hecho ya todo lo que buenamente había podido y no estaba obligada a más. ¿Podría recogerla Guadalupe en su casa?

Siempre que Mariano consienta estaba lista a llevarla por una temporada. Pero, de otra suerte, le parecía peligroso, porque terminaría por olvidarla, dejándola privada aún de lo necesario.

Eso no le amedrentaba a Juana. ¿Acaso no había vivido siempre trabajando? Haría cuenta que ha quedado viuda, y reanudaría las tareas de cuando soltera para ganarle el pan a su hija.

Realmente la conducta de Mariano traspasaba los límites de la decencia y era un desafío al público y a las buenas costumbres. No eran una novedad los amancebamientos, pero debía procederse sin escándalo, porque, al fin o al cabo, lo reclamaban así la convivencia social y la solidaridad humana. Quien quisiera vivir como salvaje, era libre de hacerlo, pero en la selva, donde a nadie hiera ni atosigue con sus porquerías. Mariano ya no era esposo de Juana, sino de Rosario. En casa de Rosario comía, dormía.... vivía. A la suya no iba sino como un buen patrón que atiende sin mezquindades una propiedad, encomendada al celo de una buena sirviente, a cuyo cariño había también confiado la crianza de una hija.

A su pequeña Alicia sí, quería mucho, mucho..... deliraba en ella. Acaso era el amor a la hija lo único

que le tenía atado al hogar. Estaba entrando y tomándola en brazos. Así, con ella andaba por todas partes, y para el trabajo la sentaba en alguna sombra inmediata o la dejaba estar dando vueltas al rededor de él. Y para eso también la muchacha era una vividora!.... No había en el vecindario criatura que se le parezca, así por lo bonita, como por lo experta. Estaba recién comenzando a balbucir palabras, y ya daba a entender todo. En su media lengua le decía al padre cosas tan encantadoras como el gorjeo de los pájaros, que decían todo, precisamente, porque no decían nada. Era el arco-iris de ese hogar entempestado, que azotaban el viento y el granizo. Tenía el un extremo en el corazón de Juana y el otro en el de Mariano. Ella era ya lo único que les mantenía unidos.

Mas, esta predilección del padre para Alicia, mortificaba a la madre.

Sospechaba que el día menos pensado, al paso que iban las cosas, la llevaría a vivir con la querida, dejándole sin ella. Esa idea le absorbía, le martirizaba al extremo de hacerla desear que mejor no la quiera. Se había dado en irse frecuentemente con la chica, regresando ésta, cada vez, cargada de juguetes y de golosinas, como para hacerle agradable la vivienda. Pero le dejaba, por no anticipar el rompimiento; resuelta si llegaba ese caso, a tomar a su hija y marcharse definitivamente a donde Guadalupe. Y si ella se negaba a darle posada,, a dondo quiera. En algún pueblo distante, en las montañas del Oriente..... en cualquiera rincón que le asegure el amor y la compañía de Alicia, viviría contenta.

XXXI

Cuando Guadalupe, en la intimidad casera, le refirió a Rojas lo que estaba ocurriendo con Juana, apuntando sus temores e insinuando la forma de asegurarle contra un posible atentado, Rojas no tuvo una sola palabra de reproche contra Mariano, procurando más bien, defenderle contra los desfavorables conceptos que de él habían llegado a formarse.

El señor Padilla era para él una persona insospechable, cuya conducta anterior no daba pie para la desconfianza. Las malas relaciones que se le suponían, aun siendo verdaderas, eran insuficientes para juzgarle con tanta severidad. No había hombre que estuviese libre de una tentación de esa especie, sin que por eso se le pueda tildar de criminal.

Lo que interesaba saber era, si Mariano se casó por amor, o fue arrastrado por un deseo que había desaparecido con la posesión. Todo lo demás eran meros episodios dentro del asunto principal.

Eso sí, a Guadalupe le constaba que Mariano se casó con un amor loco y firme. Como era, tal vez, la primera mujer a quien quiso, la amó con el frenesí de los novatos, que hasta llegaban a imaginarse, que sólo la mujer que ellos amaban tenía tantas dulzuras. No sabía ella cómo pudo Rosario Larriva conquistarle, por-

que Mariano era de suyo incapaz para esas cosas. Había tanta gente supersticiosa, que lo sucedido daba para creer que era obra de algún hechizo. Y claro que en tales condiciones, había fundamento para temer cualquier desastre. Ella no encontraba otro remedio que el de ver una persona de confianza, que fuera las noches para acompañarle a Juana, sin que el marido se diese cuenta de ello.

—Podrías tú hacerle ese favor a mi desgraciada hija?

—Ya sabe usted, Guadita, que no tengo otra voluntad que la suya. Lo que sentiría es tener que dejarla sola.

—En cambio, me habrías asegurado la tranquilidad.

Lo que le aconsejaba era mucho tino y circunspección, a fin de que no les calumnien. Iría de noche y estaría de vuelta antes que saliera el sol, asegurándose que no haya quien vea lo que entraba ni lo que salía. El, que era tan inteligente y juicioso, sabría conducirse en todo con la prudencia que le hacía digno de tan delicada confianza.

Arregló Rojas el viaje, y a eso de las ocho, estaba donde Juana, que recibió una grata e inquietante sorpresa. Se le puso que llevaba alguna mala noticia relacionada con Guadalupe. Pero, desvanecido ese temor, se entregaron a la satisfacción de una charla tranquila, que insensiblemente fue haciéndose íntima y confidencial.

Se abrieron los manantiales del recuerdo, y fluyeron aguas dulces de inenarrable dolor, que apuraron hasta saciar sus almas sedientas, embriagándose del

pasado, para las reivindicaciones del presente. ¿Por qué camino volvían a juntarse, y cómo se encontraban? Antonio le reconvino a ella su apostasía, haciéndole presente su abnegación, su renunciamiento. Habíase convertido en un cenobita, consagrado exclusivamente al culto de ella, como al de una divinidad, tanto más reverenciada, cuanto menos accesible; yendo en su homenaje hasta el holocausto y viviendo de ella en el más doloroso e inverosímil de los ensueños. Y ¿para qué? Para encontrarla en la servidumbre de un caballero que no la amaba, que no la comprendía, que había renunciado al cielo de sus brazos, por las caricias vulgares de una mujer cualquiera!.....

Juana no le había renunciado. Era hora de hablar, y hablaba. Nada sabía ella del sacrificio de él, que, bien vista la cuestión, la renunció cuando Guadalupe le insinuó que formalizara el matrimonio. Lo de la noche aquella en que ocurrió la fuga, no podía tomarse en cuenta, sino como el episodio de una tragedia que felizmente, no concluyó. En tales circunstancias, ante el sacrificio de la madre que había renunciado a su casa, a sus comodidades, para ir a mendigar asilo en hogar ajeno, no le quedaba otra cosa que sacrificarse igualmente por ella, jurándole no hacer sino su voluntad. Dios hubiera bendecido ese sacrificio, derramando la felicidad sobre su hogar, en forma de tranquilidad y de cariño. Pero no lo había hecho por culpa de ella: le faltó sinceridad en el vencimiento, sometiéndose a vivir de apariencias y de mentira.

—En brazos de mi marido, vivía tu amor. Me entiendes?

Y siguió explicando. Había jurado a su madre no hacer sino su voluntad, y estaba en la obligación de cumplir su juramento, y lo cumplió, casándose con Mariano. Pero sin apostatar del amor de Rojas, a quien vivía unida espiritualmente, recibiendo sus caricias, por mano de otro, en una dualidad constante de aceptación y correspondencia. Había sido como una mujer en cuyo lecho se deslizase entre las sombras otro hombre, con quien se derramara ella en favores, creyéndole su marido. Sólo que esto hacía ella a sabiendas, tendiendo el velo rosado de la ilusión, que ponía la sal del ensueño, en ese sacrificio de la materia, que, de otro modo, le hubiera sido insoportable.

Esto, que conocía de propia experiencia, le había hecho meditar en la desorientación de tantos matrimonios, que sobre las frías estepas de la realidad, acababan por encontrar su norte, en la fidelidad del espíritu al ideal perdido, en cuyos brazos, sin consideración a los obstáculos, buscaban el anhelado reposo.

Sobre el nido debían alternar cuatro alas para el abrigo y felicidad de los polluelos. Y esto que era lo corriente para los pájaros, era lo excepcional entre los hombres; y obedecía al acoplamiento de los cuerpos, con prescindencia de las almas; pretendiendo mantener la unión en forma artificiosa, mediante amenazas y prohibiciones incapaces de llenar el vacío de los espíritus. No había joven que medite sobre estas cosas, para no dar un paso tan decisivo en la vida, como el matrimonio, sino con la conciencia plena de amar y ser amada. Así, la fidelidad era una consecuencia, no una virtud, y perdía los caracteres de severidad que presenta-

ba, al calificarla de deber. Quien se casaba por amor, era incapaz de traición, porque cuanto en su torno advertía, hallaba siempre inferior al ideal amado.

Hablaba con el entusiasmo de la pasión, atropelladamente, estropeando las palabras, con reticencias de lágrimas, y subrayaduras de silencio. Pero Rojas comprendía, porque estaba comprometido el corazón en ese discurso, cuya mayor elocuencia estaba en lo que no decía; en lo que Juana, intencionalmente, o por falta de expresiones, dejaba al arbitrio de los ojos, de las manos, de la actitud y del gesto, lo cual era como si derramara música de luz por todos los poros.

Hubieran deseado que el coloquio se prolongase sin interrupción, sin término, a la manera de un surtidor de murmullos, tanto más conmovedores, cuanto menos expresivos, menos individuales, menos humanos. Así, glosaban con sus sentimientos, al igual que el parpadeo de las estrellas, el rumor de la soledad, o la ilimitud del horizonte, que hablan el idioma de las grandes emociones.

Entre tanto, las horas habían corrido y comenzaba la diana de los gallos, como para advertirles la necesidad del reposo. Empero se hallaban tan sin voluntad para todo lo que no fuera estar juntos, que ninguno se sentía con fuerzas para el arrancamiento de la separación.

Por fin, Juana, asumiendo su papel de dueña de casa, le dijo a su interlocutor:

—Bueno, Antonio, es tarde; has de querer dormir.

—No he venido para eso, sino para velar tu sueño. Vé tú a descansar, y déjame a mí seguir soñando

en este rincón, mientras tú duermas, ya que la suerte cruel no me permite irlo a rematar entre tus brazos.

—Antonio! Antonio, qué desgraciados somos! Ahora que estás junto a mí, te siento más distante que cuando estás lejos, porque palpo el abismo que nos divide.

—Por qué dices eso? —le interrogó Antonio, acercándose a ella, pasándole la siniestra por el talle y tomándola con la diestra las manos que ella tenía unidas sobre la falda; e inclinándose sobre el hombro, le siguió hablando al oído. Cuántas veces la había soñado así, tal vez más íntimamente unido a ella, y ahora que la suerte compadecida de tanto que habían sufrido, les acercaba, era ella quien extendía un abismo entre los dos, para alejarle.... Mientras le creía feliz, amante y amada, había aceptado el martirio de verla en poder ajeno, sin una queja, sin un reproche. Nunca permitió que los canarios de su pensamiento, llamen a las puertas de su corazón con sus trinos o vayan traviesos a aletearle en los oídos..... Pero ahora que la encontraba en abandono, escarnecida y pospuesta, se creía con derecho para recuperarla, para redimirla, para exigirle ese amor que ya por voluntad fue suyo, en aquella noche fatal de la separación....

—No— contestó Juana.

Para ella las circunstancias habían cambiado: entonces era libre, ahora se encontraba casada. Se debía al hombre a quien prometió fidelidad ante el altar, y, sólo con pensarlo, le hacía estremecer el adulterio.

—Ahora estás reparando en eso?— le preguntó él y continuó arguyendo.

Adúltera era cuando daba y recibía las caricias

del marido pensando en él ¿por qué, ahora que el mismo cielo les arrojaba al uno en brazos del otro, para que den realidad a su amor, se aferraba a esa vida de ficción y mentira? No tuvo escrúpulo alguno para pisotear los juramentos que le tenía hechos casándose con Mariano, a quien aseguraba no haberle querido nunca, y hallaba tan difícil rectificar el curso de su vida con la recuperación de su amor único? No podía creer que en cuanto acababa de decirle, le hubiese mentido, sin otro objeto que el de martirizarlo. Eso era cruel, como apegar el vaso de agua a la boca enardecida del sediento, para no dejarle beber.

En tanto que hablaba, arrimábale contra su pecho palpitante, en actitud de posesión; la quemaba el rostro con su aliento enardecido; al fin, los labios se adueñaron de los labios, y la sonrisa risueña de la aurora, con el despertar bullicioso de la vida, cantó el epitalamio del verdadero amor.

¡Cuán lejos estaba Guadalupe de pensar que su maternal solicitud abriría los cauces de la antigua pasión, aparentemente extinguida por la acción de la ausencia y del tiempo!

En las noches siguientes, ocupó Rojas el puesto de Mariano. Rojas con Juana, Mariano con Rosario. Esas dos parejas desorientadas, parecía que hubiesen recuperado el equilibrio de sus almas, por las reivindicaciones del amor, que no halla reposo sino en brazos del ideal. Pero, aquello no podía ser duradero, para la una ni para la otra, porque estaba en abierta pugna con los cánones de la sociedad, que tejía el abrigado manto de la convivencia, con los delicados hilos de oro del buen vivir.

Mariano, especialmente, comenzó a sentir el vacío de la gente honrada, que evitaba su contacto como si fuera un apestado. Cuando iba a misa, el Cura desde el púlpito se desataba contra él en invectivas y maldiciones, con tanto personalismo, que sólo faltaba nombrarle. Todos los concurrentes volvían la cabeza para verle, con tal escándalo, que no acertaba dónde poner la cara y se le caían los ojos de vergüenza.

Sucedía una desgracia en el pueblo, se malograban las cosechas, invadían las epidemias, había anuncio de guerras, todo era por su mal vivir. Los inviernos y las sequías, el granizo y las heladas, las pestes y conmociones políticas interiores o exteriores, no eran sino el fruto de su concubinato. ¡Que lloviera fuego sobre la casa; que le arrancaran de cuajo los huracanes; que la acribillaran los rayos; que la tragara la tierra en un cataclismo, para moralizador ejemplo del vecindario! ¡Poco faltaba para que lance a la población sobre la pecadora pareja, en huelga de destrucción y de sangre!

Rosario había dejado ya de asistir a misa en la parroquia, y Mariano, hostigado por la persecución inmisericorde, acabó también por no poner los pies en la iglesia. Pero eso, lejos de suavizar la situación, la había empeorado. Se inventaron leyendas de gagones y duendes que andaban de boca en boca. Desde que se ponía el sol, nadie arriesgaba por el camino inmediato a la casa de Rosario, sino santiguándose y haciendo un puñado de cruces con cada mano. Si aullaba un perro en la vecindad, era que estaba viendo las terroríficas visiones que rondaban la casa de los amancebados, y se alarmaba el barrio, rezando oraciones y haciendo cru-

ces en el aire, con dirección allá, para ahuyentarlas.

Aquello era insostenible, y Mariano comenzó a reflexionar acerca de su situación, buscando la manera de conjurarla, sin hallar sino dos soluciones: volver al camino de la honradez, o huír con su amada lejos, donde nadie les conozca y pudieran pasar por esposos.

La primera quedó descartada desde el principio: le parecía una ingratitud, una infamia abandonar a una joven que, empujada por un amor desinteresado, le había hecho el sacrificio de su virginidad, de su belleza y de su porvenir. El, ciertamente, nada perdía con dejarla; pero ella quedaba anulada por la deshonra, sin esperanza de rehabilitación.

Si acaso no se le hubiera entregado por la suprema y santa dádiva del amor, sino por interés u otra pasión innoble, no sólo era justificable, sino que se imponía el abandono, como una liberación. Pero Rosario le amaba, y era preciso llevar a la práctica la fuga, única solución que le quedaba.

Una noche, en la intimidad de las sábanas, le interrogó a Rosario, en un apasionado coloquio, desbordante de caricias, su manera de sentir en orden a su proyecto. ¿Fugar? Ella no quería fugar. Su sacrificio tenía otra finalidad, a la cual no podría renunciar ni viendo el Infierno abierto a sus pies. Si Juana sólo le hubiera arrebatado su amor, por doloroso que le hubiese sido, habría transado con ella. Y le refirió minuciosa y descaradamente, el vergonzoso ultraje de que la hizo víctima y su juramento de venganza.

El estaba ya vinculado a ella por lazos más grandes y más fuertes que los que le unieron a Juana, y,

a menos de pasar por un canalla y un cobarde, era para él un imperativo secundarla en la realización de sus planes..... y entonces sí, estaba lista a seguirle como esclava a donde quiera. Pero mientras no cumplir su juramento, cobrándose en la misma moneda y por su mano, lo que con ella hiciera, estaba dispuesta a todo, por grandes que fueran los obstáculos que tuviera que vencer.

—Te niegas?— preguntó Mariano.

—El que se niega eres tú. Pero no ha de faltarme otro que me ayude por menos de lo que te he sacrificado.... Piénsalo hasta mañana....Vendemos todo y nos vamos.

Mariano sintió correr por sus venas el hielo del desencanto. Estaba aclarado el punto oscuro de la conducta de su amada para con él.

¡Con que no fue el amor, sino la venganza, lo que hizo que se le atravesara en el camino, hasta caer desnuda en sus brazos, para arrastrarle a la vida de vergüenza, de abyección y de escándalo en que se encontraba sumido? Y él que había creído ser feliz con semejante monstruo!

Quién se había supuesto que era él, para que tuviera la audacia de proponerle complicidad en un atentado contra su esposa? No le había bastado robarle sus caricias, condenarle a la soledad del abandono, al martirio sin sosiego del desamor; sino que anhelaba que coopere a bañarse en la sangre inocente de esa mártir, dejando en la orfandad a su hija?

Sentía horror, repugnancia, como si se encontrara acostado en la madriguera de una serpiente, de un basilisco, de la más venenosa de las alimañas.

Fingió tranquilidad, haciéndose el dormido, hasta

que ella duerma, porque tenía miedo que le envenene con su ponzoña. Y, en cuanto la sintió dormida, deslizándose sin ruido, ganó la puerta y salió al aire, con las sienes que le martillaban y la cabeza que le dolía.

La noche era de luna, pero llovía. El momento que abrió la puerta, una lechuza asilada bajo el alero del corredor, se levantó chillando y fué a posarse en la cumbrera de a casa de él. Ese pájaro era de mal agüero. Siempre asomaba en los lugares más tétricos. Su chillido funesto, era voz de desahucio para los agonizantes, y buscaba su guarida cerca de las personas cuya moral había naufragado: concubinarios, bandidos y hechiceros. Se santiguó varias veces y permaneció arrimado a un pilar un buen rato, esperando que pase la lluvia. No tenía conciencia plena de lo que hacía ni de lo que pensaba, salvo el deseo de huír, pero vago, nebuloso, indefinido, como acaso actuaba en los irracionales el instinto de conservación.

De repente oyó la voz de Rosario que le llamaba. Y esa voz querida, que momentos antes tenía dulzuras de arrullo, atractivos de promesa, ahora le sonaba trágicamente, con acentos de amenaza y de catástrofe. Se arrebujó en su poncho y se lanzó al través de la lluvia, como un duende o una visión maligna engendrada por la tempestad y la sombra, en el supersticioso silencio de la noche.

Al entrar al patio de su casa, el perro que dormía en el corredor, le salió al encuentro furioso, pero se aquietó y púsose mohino al reconocer a su amo, y después de halagarlo, volvió a enroscarse en el pingajo de harapos que le servía de cama.

Mariano, una vez en el corredor, se detuvo delante de la puerta del dormitorio de su mujer, como ante un lugar sagrado. Un sentimiento de respeto y de pudor se fundía, dentro de su alma, en ternura, en pena de despertarla, de romper ese sueño al que, acaso, habría llegado, después de largas horas de batalla y de lágrimas, en medio de su abandono. Esperaría para verla de mañana. Cantaban ya los gallos. Y se sentó en el poyo del corredor.

De repente, se abrió la puerta. Al través de ella, Juana adelantó su cabeza desordenada por el sueño, y, por lo mismo, más sugestiva, y le llamó:

—Marianito, por qué no entras?

Al mismo tiempo, el pájaro agorero que había permanecido sobre el tejado, como si le respondiera, lanzó un agudo chillido, y sacudiendo sus pesadas alas, se sumergió siniestramente en el seno de la tempestad que arreciaba, y un sordo trueno le acompañó en su fuga, desvaneciéndose junto con él, en las negras profundidades del espacio.

Mariano, sobrecogido y temblando de emoción y de frío, avanzó hacia donde Juana, cuya blanca silueta se destacaba sobre el oscuro fondo de la estancia, como una visión de felicidad. Cerrando la puerta tras de sí, prendió la luz, y tomándola entre sus brazos, la condujo al lecho y la vistió con la túnica de sus besos, jurándole que comenzaba otra vez su luna de miel.

Había terminado con Rosario y regresaba a los brazos de ella, de Juana, para siempre, avergonzado y arrepentido de esa vida de ceguedad y de miseria, que le arrastrara como un huracán nocturno a

la tenebrosa mansión de la deshonra. Le rogaba que olvide aquel episodio de locura, en el cual cayó como el caminante inadvertido en una cisterna que le cortaba el paso. Que se convenciera que sólo el amor de la mujer legítima, llenaba cumplidamente y sin dejos de amargura la copa del placer y de la vida. Sólo ella era el licor que embriaga y nunca sacia; el manjar que por mucho que se coma, no empalaga; el fuego sagrado que abraza sin consumir; la lámpara divina que en el santuario del hogar desempeña el oficio del sol, que alumbra, vivifica y crea....:

XXXII

Cuando llegó Mariano al corredor de su casa, José Antonio Rojas, ajeno a la sorpresa que el destino le preparaba, dormía el sueño delicioso de las noches de lluvia, entre los brazos de Juana, seguro de la posesión, como el amante que sabe que el marido de su amada ha muerto. Al sentirle frente a la puerta del dormitorio, levantándose sigiloso, le atisbó por el ojo de la llave, y, cerciorado de que era Mariano, comunicó a Juana. Era tan inusitado y de tanta magnitud el suceso, que ambos quedaron atónitos, como si les aplastara la casa. Qué hacer?

La pieza comunicaba con el jardín de atrás por otra puerta. Al tiempo que Rojas escapaba por ella, Juana abría la de adelante, para que entrara su marido, dejando así, expedito el camino para la escapatoria del amante. Al mismo tiempo, por una misteriosa complicidad de los espíritus maléficos, la lechuza, chillando, arrancó el vuelo, recrudeció la tempestad, repercutió el trueno, y todo junto, tendió un espeso velo de sombras en el espíritu de Mariano, que no pudo columbrar la infidelidad de Juana.

Nada hubiera importado aquello para la vida ulterior de los consortes, pero Juana, desde hacía un mes, se sentía madre, y este florecimiento del amor clandes-

tino en que vivió, la llevaba inquieta y contrariada. No podía haber sobrevenido en peores circunstancias la conversión de su esposo. ¿Que espíritu malo se complacía en enredar así las cosas, sin dejar siquiera impune, ya que no tranquilo al amor? Ya llevaba días de buscar solución al caso, proyectando la fuga; pero las condiciones económicas habían hecho diferirla hasta entonces. Antes, Mariano, absorbido por el amor de Rosario, no solamente hubiese visto con indiferencia el desaparecimiento de su mujer, sino que lo hubiera, tal vez aplaudido Pero ahora..... Y, sin embargo, era la única solución que aceptaba el conflicto.

Al segundo día de restablecidas sus relaciones conyugales, Mariano le anunció a su mujer, un viaje a *Yunguilla*, conduciendo paramentos de destilación para una hacienda, lo que le obligaba, cuando menos, a una semana de ausencia. El hubiera deseado quedarse, mas, todo su empeño por un arriero que haga sus veces, había resultado estéril, y era preciso resignarse.

Juana creyó llegado el momento de su liberación, y le notificó a Rojas para que dispusiera lo conveniente. Para cuándo? Como el regreso de Mariano sería pronto, juzgaban de necesidad aprovechar el mayor tiempo, a fin de poner al medio tanta tierra, cuanta exigía su seguridad.

Marcharían el mismo día que Mariano, para que, a su vuelta, perdida toda esperanza de alcance, se imponga la resignación.

A Juana se le hacía cuesta arriba el abandono de Alicia; pero, si la llevaba, Mariano habría revuelto el mundo hasta dar con ella. Además, Rojas estimaba co-

mo una complicación para su vida de fugitivos, la presencia de la pequeña, que como cuerpo extraño, ulceraría su amor, recordándole a cada momento que su amada había pertenecido y seguía perteneciendo a otro, sin que sea suya a otro título, que el de la usurpación y el crimen. Lo mejor era dejarla.

No habían podido conseguir bagajes sino hasta *Quínoas,* donde tenían esperanza que se les facilitaría arriero para Molleturo. De allí adelante, la cosa era más factible hasta el infierno del *Empedrado.* Les habían dicho existir otro camino mejor, más abrigado y corto por Sanahüín, pero Rojas no conocía nada por ese lado, y era peligroso para la situación de ellos perder el tiempo en tanteos. Por lo demás, era cierto que no había trayecto menos socorrido y más detestable que el que iba de *Quínoas* a Molleturo, por las alturas del Cajas, donde parecía haberse paralizado la vida por la elevación y el frío. De Molleturo para allá, mejoraba la temperatura, pero empeoraban las demás condiciones: fangales, desfiladeros por la orilla de precipicios cuyo fondo ocultaba la selva, y, por fin, el *Empedrado*, cementerio de las acémilas y martirio de los arrieros. Por allí mejor se andaba a pie que a caballo, sin que hubiera viajero que no desmonte y arree su montura.

Al tercer día de la reconciliación, Mariano, con las primeras luces del alba, antecogiendo sus mulas aperadas, salió de la casa con dirección a Cuenca, donde debía recibir la carga, con la esperanza de avanzar lo que alcance el sol, y estar al siguiente día en *Yunguilla.* Mas, el hojalatero, se había enfermado y

estaba por concluir el *canastón,* que en las destilaciones sirve para enfriar la culebrilla. Se le ofreció entregar hasta las doce y, por no estar regresando, esperó. Y como no hubiese caso de que se le entregue, dejando el viaje para después, tomó el camino de la casa, ya mediada la tarde.

Durante el trayecto, tenía corazonadas de angustia, cierto malestar interior, que enturbiaba su espíritu con la nube negra del presentimiento, obligándole a la aceleración del paso, pero sin dar ni remotamente, con el motivo. De lo que si se daba cuenta, era de la repugnancia que desde el principio había sentido para ese viaje. Mejor que no se haya realizado!

Eso no podía bajo ningún concepto, obedecer a su separación de Rosario: antes sentíase liviano con haber puesto punto final a tan vergonzosa servidumbre. No era dable que Rosario le estuviera urdiendo ninguna traición, porque se había alejado de ella sin rompimiento, y lo seguro era que más bien le esperaba. Por lo que hacía a Juana, que tanta abnegación había mostrado durante el tiempo de su desvío, debía estar satisfecha del regreso de él, a su amor, a la tranquilidad doméstica, a la vida del hogar..... Era lo cierto que alguna desgracia le amenazaba, aunque por lo pronto, no supiera cuál.

En el callejón de entrada, a medio vestir, el cabello suelto, los ojos chispeantes, los labios cargados de promesas y de besos, oliéndose al agua de la fuente donde había retocado su belleza, le encontró a Rosario.

—A dónde vas, orgullo mío?

—A la casa, tesoro amado.

—Para qué, si nadie te espera? Vamos a la mía y te contaré los milagros de tu santa.

—Vuelvo dejando mis bestias: en tu casa no hay donde tenerlas.

—Te espero.

—Y siguió Mariano adelante, con el corazón que le salía. Habríase producido algún nuevo disgusto entre ellas? La actitud, el traje, la alegría que le retozaba en todo el cuerpo alejaban toda sospecha de desagrado. Sea lo que fuere, tenía resuelto que no volvería donde Rosario.

La casa estaba cerrada. Recorrió los alrededores, buscó, llamó, sin encontrar a nadie y sin que nadie le responda. A dónde podía haberse ido Juana? Probablemente, recelando de la soledad, se habría ido a *Monay*, a pasar con Guadalupe. Estaba en lo justo. Esperaría.

Desenalbardó, y dejando los aperos en el corredor, fué con sus mulas al potrero. Allí se tumbó sobre la grama, permaneciendo largo rato de espaldas, con los brazos cruzados bajo la nuca y el sombrero sobre el rostro, sin pensar en nada, en un ensimismamiento angustioso. Si iría a verle a su mujer en la banda, para venir con ella de noche? Pero..... y los aperos?

Si los dejaba en el corredor, no los encontraría a la vuelta.

Entonces se acordó de Escolástica Sinchi, una indiecita de la vecindad, que le servía de mesera, a la que acostumbraban encomendar la casa, cuando quedaba sola. Se encaminó allá, acelerando el paso, porque la tarde avanzaba.

Allí le aguardaba la sorpresa. La Escolástica no parecía, y en el patio jugaba la pequeña Alicia, que viéndole, corrió a su encuentro.

—Dónde está mamá?— le preguntó rebujándola como acostumbraba, con el poncho entre sus brazos.

—No hay mamá.... fue apa— contestó la pequeña, al propio tiempo que en señas le hacía entender que se fue llorando a caballo.

—Con quién se fué?

—Tuco..... apa.... pan,— y sacando del diminuto bolsillo de la chaqueta, le enseñó un sucre.

Toda la sangre le refluyó al corazón, le sonaban los oídos y sentía helársele las extremidades.

—En donde está la Escolástica?

—Allá— y le mostró, con la manito, el campo que se extendía tras de la casa, cubierto de chacra de maíz en sazón.

Mariano, pasando allá, desde la gotera, gritó:

—Escolástica!.... Escolástica!....

—Ya voy.... ya voy— contestó desde el centro del maizal. Y, a poco asomó con la falda llena de hierba para los *cuyes*.

—Qué es de Juana? Cómo ha venido mi hija a dar aquí?— preguntó Mariano con acento de inquietud y de zozobra.

—Siñor, buinas tardes. Anda sintarás in puítu. Ya vuilvo dejando iste hierbita mío gusanos, —repuso la india, pasando rápidamente a la cocina, en donde se oyó la gritería de los *cuyes*, sintiendo abrir la puerta.

—Yu nu ispiraba vus..... Patrona cá, dentro uchu días vínir, jué diciendo.

—Y ella a dónde, con quién, por qué se fué?

—Nu sí..... Muchu llurando dijú guagua..... Tení aquí hasta vinga Mariano.....

—Y con quién se fué?

—Isi humbre, Antucu dichu, va llivandu.

—A qué hora se fueron?

—Ya istaba calintando sul.

—A dónde iban?

—Nu sí..... juacha era para largu.

Tomando una llave que colgaba de un clavo en el pilar, le entregó, diciéndole que las demús había advertido Juana, que dejaba en la alacena.

Sin más llevándose a su hija, volvió Mariano a su casa. ¡Y él que había creído que su mujer era una santa! Le dolía la cabeza como si quisiera destapársele el cráneo, al impulso del volcán de ideas que se le revolvían dentro, quemándole los sesos. A dónde ir? Qué hacer?

—Dios mío!, Dios mío!, qué desgraciado soy!

Sacándose el poncho, sin desabrigarla, le sentó a Alicia en el corredor.

La llave era del dormitorio. Abrió la puerta con mano temblorosa..... Se le imaginaba que tras de ella iba a encontrarse con la blanca silueta de Juana, tibia, y palpitante bajo su camisón de lienzo como la noche aquella de su retorno..... Nada! Todo estaba en su puesto. Descorrió la sábana que cubría el ropero de ella contra el polvo. No faltaban sino una mudada y algunas piezas de ropa blanca. Se abrazó a lo que restaba, hundiendo la cara entre sus pliegues, para aspirar el perfume de la ingrata, en esos trapos, menos crueles que ella.

Tenía los ojos secos, el rostro pálido, las manos ávidas; un sudor helado empapaba su frente, y su cuerpo estremecía el calofrío! Sin ella, cuando más la amaba; cuando más necesidad tenía de sus encantos; cuando más seguro estaba de conservarla hasta la muerte!

—Señor!, Señor! es demasiado para mi alma!

Tambaleándose como un beodo, se acercó al lecho, y se levantó las sábanas con la ilusión dé acostarse a su lado..... Estaban frías. En las blanduras del colchón que era de seibo, quedaban impresas las huellas del lozano cuerpo, como si recién hubiese acabado de levantarse: aquí el torso, allí la redondez de las caderas, luego los torneados muslos.... la cabeza adorable en un hundimiento de la almohada..... Y rompió en llanto, con hipos, como un niño que estando entretenido con sus juguetes, improviso cae en la cuenta de que le han dejado solo.

—Juana!.... Juana!.... Juana mía!....

—Qué haces, tonto ? —le contestó Rosario que, extrañosa de que no iba, había acudido a verle, y llevaba un buen rato de contemplarle. Y agregó:

—Sois tan desgraciado que teniéndome a mí lloras?

—Ella era mi mujer.

—Pero yo soy tu amor.

—Hoy que me falta, siento que la he querido mucho.

—Rojas dormía con ella, mientras tú estabas conmigo.

Mariano quedó lelo, viéndole a Rosario con los ojos extraviados, como si acabara de recibir un mazaso en la cabeza. Se le crisparon los miembros, en actitud

de saltar sobre su interlocutora para extrangularla, y rugió:

—Calumniante, no insultes mi dolor!

—Calumniante?..... Ve que los hombres sois brutos. Si te hubieras ido a oirme, te ahorrabas tanta lágrima.

—Bueno, habla, pero no mientas.

Y Rosario habló. José Antonio Rojas había sido enamorado perdido de Juana, quien, a pesar de que él se negaba al casorio, llevada por la pasión, resolvió entregarse. La madre les cayó en el momento preciso. Le dió a él unas tantas roturas de cabeza y a ella le puso sin poder sentarse. De ese pie habían ido a donde Mariano, huídas de Rojas.

Este no supo el fin de las dos. Sin poder olvidar a Juana, resolvió esperarla en la propia casa de ella, que había quedado en abandono. Cuidó de los animales, cultivó las tierras y vivió allí como dueño. Ya casada Juana, fue con la madre y volvieron a encontrarse. Se hizo el mogigato y quedó con Guadalupe.

Cuando tú pasaste a vivir conmigo, se ofreció para acompañarle las noches a Juana, que dizqué temía que unidos tú y yo, le cobremos la que tenía conmigo y nos mandemos a cambiar.

Con ese pretexto, volvieron a sus amores y ocupó tu puesto en la cama de tu mujer. La noche aquella en que me dejaste, ingrato!, Rojas estaba en tu lecho, y Juana abrió la puerta, fingiendo cariño, para llamarte, mientras el marchante salía por la de atrás.

Las cosas hubieran quedado allí, pero para colmo de males, tu mujer se encontraba en cinta. Ya desde antes había estado para fugar, y precipitó las cosas tu regreso. Partieron a eso de las siete de la mañana, con

dirección a Naranjal, persuadidos que tú no sabrías sino a tu vuelta de *Yunguilla.*

—Y cómo sabes todo eso?

—Porque el mismo Rojas, que había hecho su guarida en casa del cantinero Tamay, le ha contado a éste, y Tamay esta mañana me contó a mí. Quiéres más?

—Rosario, tú me has quitado a mi mujer. Tu venganza ha venido sôbre mí.

—Vaya, hijo, te has vuelto loco. Qué encontraste en ella que no pueda darte yo?

—La tranquilidad, y ese no sé qué del Sacramento, que para los hombres honrados, pone sabor de cielo en la mujer legítima.

—Vaya que de veras estás tonto! Lejos de dar gracias que nos haya dejado solos, te pones a lamentar.

—Es cosa que me desgarra verla a mi hija, tan pequeñita, ya huérfana.

—Yo me he de hacer cargo de ella, y la mimaré de modo que no eche de menos a la madre.

—Convencido estoy de que eso será así, pero no basta..... Cuando haya llegado a la razón, huirá de nosotros, para no participar de nuestra vergüenza.

— Qué piensas hacer?

—Ir en busca de Juana hasta encontrarla. Tú quedarás aquí con mi hija.

—Si eso puede consolarte...Aunque me parece tarde.

—Te molestarás en prepararme algún fiambre, una cosa ligera que pueda servirme sin desmontar, porque pienso no perder minuto hasta alcanzarles.

Salió Rosario y él se entregó a sus reflecciones. Con que Juana le engañaba, cubriendo con la capa de

la hipocresía su mal vivir! Qué monstruo!

Haber ido a perturbar su tranquilidad, a desequilibrar su vida, haciéndose la inocente, para mandarse a mudar con el mismo, de cuya persecución fue a refugiarse donde él? Era una infame, una mal agradecida, digna del mayor de los suplicios..... No encontraba crimen comparable al de haber labrado, con premeditación, a sangre fría, la desgracia de un hombre! Realmente, como había dicho Rosario, su idea de recogerla era una locura..... No aceptaba perdón; la mataría. La desollaría viva, a látigos, colgada del primer árbol del camino; haciéndola experimentar en una hora, todo el dolor que él arrastraría a lo largo de la vida.

Verdad que ella tenía su disculpa. Si él no se hubiese enredado con Rosario..... Pero no..... Probablemente ella andaba desde antes en sus traiciones. Por eso eran los frecuentes viajes a donde la alcahueta de la madre, donde, acaso, no dejaría árbol a cuya sombra no se haya tendido para la consumación de sus adulterios. Quién podría asegurarle que esa hija, su pequeña Alicia, no fuese el fruto de esas uniones indecentes! Oh! que sospecha tan cruel!..... Eso era aniquilar el débil rayo de sol que abrigaba el más pobre rincón de su alma destrozada! Tenía necesidad de creer que no fue así, para no abrasar entre las llamas de su odio a esa criatura angelical y desdichada!

Sí; no podía haber sido así! Alicia era su hija..... De otra suerte, Rosario, en el infierno de su odio, no hubiera tenido escrúpulo de decirlo. Además, al no ser su hija, huyendo los padres, no la hubieran dejado.

Alicia era su hija.

XXXIII

A eso de las once de la mañana, con un sol abrasador dieron los fugitivos en casa de doña Luz Barros, una viejecita encantadora, buena como una onza de oro, a quien todo el mundo llamaba cariñosamente *mama* Lucita.

Tenía su casa, que desempeñaba el papel de hospedería, en *Quínoas,* al pie mismo del *Cajas.* Almorzaron cualquier cosa, mientras mamá Lucita ponía en movimiento a hijos y yernos, por conseguirles un par de mulas, siquiera hasta Molleturo. Volviendo todos con el desahucio: si era para el siguiente día....

Pero vean un par de bestias de ustedes.

Era imposible. Estaban en la paja. Hasta encontrarlas ya se hacía tarde. Y no dilataba la tempestad.

Por lo mismo, era cargo de conciencia, dejar que esas criaturas avancen a pie. Lo que importaba era que se quedaran. Sobrarían arrieros para el día siguiente. Una mujer tan bonita, no acostumbrada a caminar a pie, qué se hacía en el maldito cerro, batida por la tempestad, y sin auxilio humano?

—Tenemos nuestros encauchados— le observaron los viajeros.

Eso para *mama* Lucita era lo mismo que nada. Con el viento no había burlas. Era un tirano. Desnuda-

ba, materialmente, a las personas, que, envueltas en el encauchado, no podían ni defenderse. Varias veces se había encontrado cadáveres como la madre les parió, cubiertos por la nieve o el granizo. Dónde quedarían las ropas ¡Pero si se empeñaban mismo en irse, que el Señor les bendiga...!

Al medio día reanudaron los fugitivos el camino. Felizmente, iban escoteros. El se echó al hombro las pequeñas alforjitas de ropa, en las que iban también los encauchados, hasta que la necesidad los reclame.

El día estaba sereno. Un sol de gloria, contrarrestaba el frío de la altura. En los días anteriores había nevado con exceso, y quedaban todavía en algunos picachos y en las oquedades de las peñas, témpanos de formas caprichosas, que blanqueaban como garzas muertas. Ligeras nubecillas, como vedijas de algodón escarmenado, arrancaban de los picos más altos, y se juntaban a otras, espesándose y cambiando su blancura, por un claro de ceniza.

Un ventecillo inquieto jugaba empujando hojas y pajas secas, y levantando el escaso polvo del sendero en pequeños remolinos.

Cuando los viajeros se dieron cuenta, tenían sobre sí una extensa nube plomiza, con manchas equimóticas en el centro, que les dejó sin sol. El viento iba poniéndose más fuerte, y Juana sentíase fastidiada por sus travesuras, que pegándole las ropas al cuerpo, le quitaban la libertad de las piernas. Tuvieron que trincarse, con un pañuelo, el sombrero, porque no era suficiente el fiador para mantenerlo en la cabeza. Y, a pesar de todo, con mayor empeño, cada vez, ilusio-

nados por la esperanza de ganar la vertiente opuesta, anticipándose a la tormenta, que les parecía inevitable, seguían avanzando.

Improviso, del seno tenebroso de la nube, escapó la sulfúrea serpiente del relámpago, acompañada de un trueno seco, agudo, que dilatándose ronco, repercutió en todas las cuencas del páramo... Al mismo tiempo comenzó a caer un chaparrón de granizo, descomunalmente grueso, que parecía que les apedreaban. Arreció el viento con impetuosidades de huracán, y se entabló la tremenda lucha.

Los encauchados, lejos de servirles de protección, complicaban las dificultades. El viento se los echaba en la cabeza como una venda, impidiéndoles toda maniobra. Mientras desembarazarse de él, le arrebataba a Rojas las alforjas, les alzaba los vestidos a ambos y les embutía agua y granizo por todos los pliegues, hasta lo más recóndito.

La nube había descendido, se arrastraba sobre las cabezas de los viajeros.

Los rayos, cárdenos, estallaban sobre ellos, les pasaban quemando por delante de los ojos, y, por los lados, al contacto de la cara. Se alcanzaban los unos a los otros, con segundos de intermitencia, sin permitirles un instante de reposo, en la desesperada agonía de la marcha, si marcha podía llamarse ese combatir sin tregua. Era un castigo del cielo, todo aquel aparato de artillería, desplegado en la inclemencia de aquellas soledades, al rededor de una pareja indefensa, perseguida por la desgracia, sin más fortaleza que la de su pasión insana.

Qué brutalidad la de haber llevado el camino por esas alturas vecinas del infinito, puestas por Dios como almacenes de reserva de agua para los tiempos de sequía, no para el tránsito, al cual le quedaban las faldas y los bajíos, o la perforación de túneles, para conservar las condiciones de la vida! Eso no se explicaba, sino por la ambición egoísta de hombres sin moral para quienes los demás no existen, sino para provecho suyo.

La pobre Juana mascullaba oraciones, que el viento no le dejaba concluir, metiéndole las alas en la boca y cortándole la respiración. Al mismo tiempo le arremolinaba las faldas, que ella sostenía con las manos en defensa de su honestidad. Si ahogada, le oponía las espaldas, echábale los vestidos a la cabeza, y el granizo la flagelaba con su látigo de cien ramas, amoratándole las carnes. Chorros de agua helada le bajaban a lo largo de las piernas temblorosas y crispadas, inundándole los zapatos, en los que le nadaban los pies.

A pesar de todo, sin tener donde asilarse, pavorizados, chorreando, y en lucha con tantos elementos sin control, continuaban adelante, empujados por el amor y el miedo de ser alcanzados. Ya no existía camino, sino una sábana de granizo, sobre la cual ambulaban atascándose y en peligro de perder el calzado, que a cada paso sentían escapárseles. Entonces, para mayor expedición, se descalzaron. Le contristaba a Rojas, ver los blancos pies de su amada resbalar sobre los bancos de granizo, como dos flores azuladas, azotados por los bordes de las sayas flojas y alargadas con el peso de la lluvia.

Al salir hacia una altura, donde asentaba con ma-

yor fuerza el viento, perdido el equilibrio y apretando contra el pecho las alforjas, Rojas cayó de bruces, y Juana fué levantada con los vestidos que se le salieron por la cabeza como una tela de paraguas, yendo a caer a varios metros de distancia, exánime y sin fuerzas. Hasta que Rojas acuda en su auxilio, se hallaba ya medio enterrada en la masa de porcelana del granizo.

—Déjame..... déjame morir..... Dios mío!.... Ya no puedo más!— suplicó a su cómplice, con el más hondo desaliento, negándose a moverse de su ataúd de hielo.

—No tienes derecho a morirte en tanto que yo viva... Vamos!.... Arriba!— le repuso Rojas, queriendo infundirle ánimo.

Este diálogo en la desolación del páramo, a la vecindad del cielo, bajo la furia de los elementos, era para conmover a las rocas!... —La flagelación continuaba en forma despiadada y cruel, como si todo no fuera sino instrumento sordo de la ejecución de una sentencia. Buscó Rojas en torno, alguien que pudiera favorecerle: estaba solo. Buscó en su derredor algún sitio donde guarecerse, bajo alguna piedra o la joroba de algún picacho: no distinguió nada. Las alforjas, destilando agua, le pesaban como plomo: las botó a un lado. Recogió las ropas de Juana, que yacían como un pingajo de trapos entre el hielo, haciéndolas un ovillo. Arrancó de su ataúd a la pobre amada, rígida, agonizante y se la echó a las espaldas, emprendiendo la carrera, medio loco, sin saber a dónde.

Aquel acto de energía, les salvó. No había andado diez minutos, cuando avanzó a distinguir el pico

vencido de una roca, a cuyo pie, detrás de enormes piedras que obstruían la entrada, había una especie de cueva. La esperanza reverdeció en su alma, y enderezó hacia ella. Trepando como pudo, en un esfuerzo de titán, logró vencer los obstáculos, que formaban una barrera infranqueable, y llegó a la meta de sus anhelos.

Había allí, efectivamente, una cueva abierta en la roca, en dirección contraria al viento, a la que daba entrada una tronera, y que se abría adentro ofreciendo hospedaje cómodo para varias personas. Al penetrar, percibió que salía de adentro olor de humo, y en cuanto se le acomodaron los ojos a la obscuridad, se dió cuenta que había una fogata próxima a extinguirse, en el centro del recinto.

Depositó su preciosa carga sobre una cama de paja que estaba a un extremo arreglada por arrieros que pernoctaron antes, y atizó la candela, con leños que había acumulados. La llama disipó con sus resplandores, las sombras de la cueva y la de su alma. Estaban salvados.

Con sus manos calentadas en la llama, dió masajes a Juana, de los pies a la cabeza, para hacerla entrar en calor, y luego, secando uno de los encauchados, la envolvió en él. Entre tanto, la tempestad había pasado y, recomendándole a Juana que no se mueva, salió para recoger sus alforjas, en las que, además de la ropa, iba el escaso fiambre que llevaban, y que nunca, como entonces, les hacía falta.

Cuando regresó con las alforjas, cuya búsqueda fue dilatada, porque, casi, habían desaparecido bajo el

granizo, la encontró a Juana junto a la hoguera, puesta el encauchado, secando su ropa. La fuerza del viento había arrancado las reatas de la cintura, cuando se la llevó, que si no sucedía eso, no sabía a donde le hubiera ido a botar a ella, y acaso a esa hora, no estaba contando el cuento.

Para la felicidad de ellos, el fiambre no consistía sino en carne seca, *mote* y *tostado*, y el remojón brutal, no le había causado mayor daño. Mientras Juana se habilitaba en calentarlo, su amante, de torzales que tenía al bolsillo, improvisaba una percha para colgar la ropa que iba en las alforjas, porque de otra suerte, no tenía fuerzas para cargarlas. Arreglado todo y confortados con la comida y el calorcito de la caverna, se pusieron al programa para el día siguiente.

Juana no quería continuar el viaje. Tenía presentimientos siniestros. La tempestad les había detenido, haciéndoles perder la jornada y, por no sé qué, abrigaba la seguridad de que Mariano les alcanzaría.... Lo acertado era regresar o quedarse en la cueva, asta que pasara.

Para Rojas, la cosa era distinta. Después de semejante granizada, tendrían buen tiempo. Saliendo con el alba, estarían temprano en Molleturo. Según las fuerzas con que cuenten, podían, aun, ir a pernoctar más adelante. Y, al otro día, a cualquier hora, se pondrían en Naranjal. Allí ya era otra cosa.

—Y si nos alcanza Mariano?

Eso era imposible. A esas horas, estaría el pobre, cuando más en Tarqui.

Al tiempo que ellos a Naranjal, él estaría lle-

ría llegando en *Yunguilla*. Tenían campo sobrado para acomodarse de modo que nadie les descubra.

Comenzaba a rayar la aurora, cuando dejaron su asilo, volviendo al tormento de caminar sobre bancos de granizo, helados por la inclemencia de la altura, que es enemiga inhospitalaria de la vida. El resto del trayecto, lo hicieron sin contratiempos. Dejaron atrás Molleturo, sus huertas, sus caseríos y los desfiladeros que les siguen, y bajaban ya la cuesta del *empedrado*. De repente apareció, a la distancia, un jinete, cabalgando en mula, tras otra que arreaba por delante. Por el aceleramiento con que descendía, era de creer que iba de posta.

Ambos fugitivos se pusieron en zozobra. A Juana, desde el primer momento, se le puso que era Mariano. Rojas sostenía la imposibilidad de que fuera él, pero en el fondo de su negativa, hincaba sus garras, la duda. Siguieron bajando.

El hombre de las mulas ponía, cada vez, más ahinco en apurar. Seguía acercándose. Juana fue la primera en reconocerle: era Mariano. Cabalgaba en la *mohina* y arreaba a la *zamba*. Bien había querido ella quedarse en la cueva.

Estaban perdidos.

Desviaron el camino y se introdujeron en la montaña, siguiendo un sendero que suponían la entrada de algún rancho. Como a cien metros, desembocaron en un claro que se abría en mitad del bosque. Un arroyo cristalino bullía rumoroso en la rinconada, y aquí y allá, quedaban señales de fogatas. Allí habían solido pernoctar los arrieros, cuando les cogía la noche.

—Bueno—dijo Rojas— aquí se resuelve nuestra

suerte. Nada de humillaciones ni de lágrimas. Si muero, procura dominarle con tu belleza. Viéndote, como yo, en el Cajas, se arrodillará para besarte los pies.

—No creas: me matará. Dios mío! Sí te dije que nos volvamos!

—A lo hecho, pecho. Descansa tú en esa sombra; yo le aguardo en la entrada.

En ese momento, a pie, apareció Mariano dentro del claro, con su machete de arriero a la mano, y actitud amenazante, y les gritó:

—Canallas!.... Bandidos!....

—Nada de eso —le cortó Rojas— Uno de los dos está demás aquí. Para el vencedor allí está el premio —mostrando a Juana.— Como hombres, don Mariano. Tápese.

Y se lanzó encima de su rival, blandiendo su *Collins,* que llameaba al sol, con la velocidad del relámpago. Mariano paró el golpe, recibiéndolo en el filo del suyo, y el choque siniestro de las mortíferas armas repercutió en la virginidad del bosque, con ruido seco de un rayo que cae.

—Desgraciado! Aprende!— Era Mariano quien atacaba.

Rojas se defendió, presentando su machete de plano, en vez de ofrecerlo por el filo, y la hoja saltó rota junto al puño. Botó éste y con la agilidad de un tigre, se avalanzó sobre su rival, para impedir que le siguiera hiriendo. Le clavó las uñas en el cuello, y ambos vinieron a tierra, sofocándose mutuamente y agotando esfuerzos por dominar.

Las manos de Rojas, eran dos tenazas en el cue-

llo de Mariano, a quien le faltaba ya la respiración. Rojas se le puso encima, oprimiéndole con todo el peso de su cuerpo contra la tierra, a la vez que le hundía una de las rodillas en el vientre: vencía.

En aquel instante supremo, desesperado ya de triunfar, se acordó Mariano del verduguillo que cargaba oculto en la pretina. Lo arrancó de la vaina sin que Rojas se diera cuenta, y, con él en la mano, lo abrazó con la diestra, clavándole hasta el puño en la espalda, sobre el costado izquierdo. Lo sacó y volvió a clavarle nuevamente por dos veces. Rojas le aflojó, se puso de pie como impelido por un resorte y cayó para atrás, con el ruido de un tronco que se desploma. Estaba muerto.

Juana pálida, estremecida, en estado de enloquecer, no se había movido durante la tremenda lucha, permaneciendo de pie, arrimada al tronco rugoso de un árbol, como una estatua de piedra. Sus ojos negros, grandes y rasgados, se habían humedecido, pero no llegaron a fluir lágrimas. La boca tenía seca y amarga. Los oídos le sonaban con el rumor de las grandes conchas vacías de los caracoles de mar. Pero su actitud era de serenidad, como el de una diosa que espera el incienso de la adoración.

Había llegado el caso de poner a prueba el consejo de su desgraciado amante, porque no contaba con otras armas para su defensa. Se acordaba de esas noches en que Mariano se amanecía de rodillas delante de su lecho..... sentía en su piel el ardor de los besos en la mañana de su retorno. No le quedaba más recurso que despertarle al ensueño del amor, o morir pa-

ra acompañarle a Rojas en su abandono.

Mariano se levantó, pasóse la mano por los cabellos desordenados; se limpió el sudor que le bañaba su frente, con las mangas de la cotona; se amarró un pañuelo al cuello ensangrentado; sacudió el polvo de la ropa, y se encaminó a donde estaba ella.

—Monstruo!.... Ve a lo que me has conducido con tu.....— Y soltó la terrible palabra.

—Tú me empujaste con la tuya— le replicó Juana con lentitud, subrayando lo que decía.

—Infame, gran tal! El machete o el puñal, serían para tí misericordia. Para las pécoras como tú, el látigo. ¡Desnúdate!

Y se alejó rumbo a la entrada, donde había dejado asegurando a las mulas, volviendo a reaparecer con la rienda del freno en la mano.

Juana había desaparecido. ¿A dónde pudo ir? Miró en torno. El silencio era completo. El murmullo del pequeño arroyo, precipitándose en el seno de la montaña, lo hacía más solemne. Un viento suave agitó las copas de los árboles, con ese rumor indefinible que es como la respiración de la soledad, y algunas hojas, vibrando tenuemente, vinieron a caer cerca de sus pies.

Dos caciques enamorados cruzaron por sobre el claro, persiguiéndose entre un chorro de gorjeos. A ese tiempo, como un reclamo en que se fundieran todas esas dispersas armonías, de entre los árboles inmediatos, salió dulce, cristalina, la voz de Juana:

—Aquí estoy: ven.

Mariano avanzó unos pasos por entre los troncos

y se detuvo indeciso, humillado. Juana era de alabastro sin una mancha que deslustre la armonía de sus curvas.

No obstante la maternidad, conservaba impecable la lira de sus caderas: dos ánforas de leche en las que chispeaba la luz.

Alto y breve el talle, como el de la Venus de Milo. Ancho el pecho, con las colinas de los senos dispuestas como perezosas de azahares, para el descanso de la cabeza amada.....

Nunca vió Mariano más hermosa, destacando su silueta sobre el fondo verdinegro del boscaje, a la sombra de una palmera de *cadi*, que la abanicaba con sus hojas movidas, lentamente por la brisa perfumada de la montaña.

—Ven—volvió a murmurar ella.— Pero tienes primero que arrancarme la túnica besos con la que tantas veces, cuando me querías, me has vestido.

Mariano estaba deslumbrado. Parpadeaba ansioso de ver mejor, como si las pestañas le hicieran sombra robándole detalles que hubiera querido recoger. Y, en una especie de satisfacción y súplica, sin acercarse, respetuosamente, suspiró con voz lánguida:

—Siempre te quise.....

—Me abandonaste por Rosario.

—Fue mi amor primero.

—Lo supe, y por eso te perdoné.....

—Me traicionaste con Rojas.

—Fue mi único ensueño. No me arrastró la liviandad. Tropecé por amor. Perdóname!

En su actitud heroica, había la castidad del su-

plicio. La beatitud resignada y solemne del ajusticiado que se arrodilla ante la guillotina, para el abrazo de la muerte. Se jugaba la última partida en la tragedia que le había tocado ser protagonista. Estaba en el patíbulo, a voluntad del hombre a quien hubo ofendido, como humano, más cruel y salvaje que el viento y el granizo que le azotó en la cordillera. Ninguna escena más conmovedora y sagrada, que la de aquella mujer, de pie, en las fronteras de la vida y de la muerte, frente al enigma del hombre en el que se acercaban, a un tiempo, el verdugo y el esposo.

Mariano dejó escapar de sus manos el instrumento de castigo, que rodó sobre las *sarpas*, como una víbora que se desarma, y se perdió entre los árboles, camino de la felicidad.

La majestad de la selva, cubrió con su manto la reconciliación de esas almas, que, al borde mismo de la tumba, encontraban el equilibrio en el perdón.

Cuando Mariano volvió a reaparecer en el claro, tenía los ojos húmedos, como si hubiera llorado. Y mientras asomaba Juana, para ahorrarle el dolor de ver a su amigo muerto, tomando el cadáver de Rojas sobre los hombros, penetró en el laberinto de la montaña, de donde volvió después de largo rato.

En seguida, acomodada Juana en la *mohina,* cabalgó él en la *zamba,* y emprendieron el regreso.

Al otro día, caminando a sol y sombra, ya cerrada la noche, llegaron a la casa. Al ruido del tropel, Rosario, que había estado en el dormitorio, salió con el candil para alumbrarles. La presencia de su enemiga, allí, en su propia casa, enardeció la sangre de Jua-

na. Se arrojó de la silla sin esperar ayuda, yendo desatentada sobre su rival.

—Grandísima, qué haces aquí?

—Cuidando de tu casa y de tu hija.— Le contestó con voz firme; dentro de una asombrosa serenidad, guareciéndose a lado de su amante.

Juana estaba ciega. Sin tomar en cuenta lo delicado de su situación, ni medir las consecuencias de sus actos, pasando por sobre Mariano, que se interpuso para contenerla, le alcanzó a Rosario por los cabellos. Mariano, se inmutó. Le hizo a su mujer, abrir las manos a la fuerza, y como continuara agrediendo, con la correa del pantalón, le ató de las muñecas para atrás, y empujándole al dormitorio, después de asegurar las puertas, se guardó la llave en el bolsillo, mientras volver dejando las mulas en el potrero. Rosario se retiró a la cocina para preparar la cena.

Cuando después de arreglar sus mulas, llegó a la casa, eran las once de la noche. Al entrar en el corredor, de sobre el maguey que, atado a los pilares, servía de percha, se levantó chillando la lechuza que le tenía amedrentado. Al acercarse al dormitorio, escuchó salir de adentro, un ronquido de pesadilla. Abriendo la puerta, prendió la luz y se encontró con Juana, atadas todavía las manos, caída boca abajo en media pieza, con la ropa hecha girones y los glúteos ensangrentados.

La desligó de las muñecas, y la levantó del suelo. Le salía abundante sangre de las narices, que acaso se golpeara en la caída. La abrazó, la llamó, sin que hallen respuesta sus palabras. Y, al primer canto

de los gallos, expiró entre sus brazos.

Cuando la dejó bajo llave en el dormitorio, no se había fijado que la comunicación de la pieza con el jardín, quedaba sin aldabar.

Solo y desamparado.... llamarle a Rosario, le pareció una profanación. La dejó velándose, y saliendo al corredor se tumbó en el pretil, donde permaneció sin ver, sin oír y sin pensar, hasta las siete de la mañana, en que asomó la justicia para tomarle preso. Entonces se dió cuenta que tenía manchada la cotona de viaje con la sangre que a la difunta le fluía de las narices.

Motivada la causa por asesinato, en vísperas de jurado, Mariano fugó de la cárcel, yendo a vivir con Rosario en una de las alturas de Gualaceo, donde murió de pulmonía, un año después, legitimando su unión con Rosario, en artículo de muerte. La pequeña Alicia, había muerto antes, en una epidemia de viruela.

F I N

Quito, Julio—Octubre de 1939.

Esta primera edición de VIENTO Y GRANIZO
se acabó de imprimir en los talleres grá-
ficos de la Universidad de Cuenca,
el día 15 de setiembre del año
del Señor de mil nove-
cientos cuarenta
y dos.